FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

El mundo en movimiento

Circulación de bienes, recursos e ideas en el valle Calchaquí (Salta). Una visión desde la paya. Vol 1.

Autor:
Sprovieri, Marina
Tutor:
Pérez Gollán, José Antonio

2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Antropología

Posgrado

FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA

16.2.8.1
Tesis

Tesis 16.2.8V.1
FACULTAD de FILOSOFIA y LETRAS
Nº 862133
- 7 JUL 2010
MESA DE ENTRADAS

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Filosofía y Letras

EL MUNDO EN MOVIMIENTO: CIRCULACIÓN DE BIENES, RECURSOS E IDEAS EN EL VALLE CALCHAQUÍ (SALTA). UNA VISIÓN DESDE LA PAYA.

Marina Sprovieri

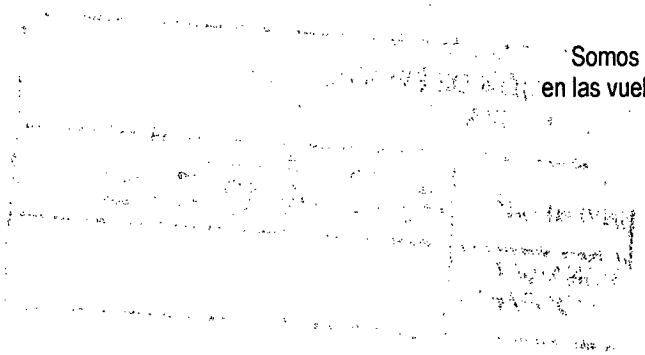
Director: Dr. José Antonio Pérez Gollán
Co-Directora: Lic. Lidia N. Baldini

TOMO I

2010

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

TESIS 16-2-8 V.1



Somos en movimiento,
en las vueltas del camino.

Tesis 16-2-8V.1

ÍNDICE

TOMO I

Agradecimientos. i

CAPÍTULO 1: INTRODUCCIÓN. 1
1.1 Organización de la Tesis. 2

CAPÍTULO 2: TRATAMIENTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS DE LA INTERACCIÓN INTERREGIONAL. 4
2.1 Modelos y propuestas de abordaje de la interacción interregional en los Andes. 4
2.1.1 El mundo andino y el sistema vertical. 5
2.1.2 Caravanas en el altiplano. 7
2.1.3 La región andina en movimiento giratorio. 8
2.1.4 El concepto de complementariedad en los Andes: la revisión de Salomon. 9
2.1.5 El intercambio en economías de bienes de prestigio. 10
2.1.6 La economía política inkaica. 11
2.1.7 Los aportes de la etnohistoria. 13
2.1.8 Modelos andinos bajo la lupa. 13
2.2 Acercamientos metodológicos a la interacción interregional. 16

CAPÍTULO 3: CIRCULACIÓN DE BIENES, RECURSOS E IDEAS EN EL VALLE CALCHAQUÍ. 19
3.1 Enfoque teórico de esta investigación. 19
3.2 Problemática de esta investigación, objetivos y metodología. 24

CAPÍTULO 4: EL VALLE CALCHAQUÍ: ENCUADRE ESPACIAL, PROCESOS SOCIOHISTÓRICOS TARDÍOS Y MATERIALIDAD. 29
4.1 Marco ambiental. 29
4.1.1 La Provincia de Salta. 29
4.1.2 El valle Calchaquí. 34
4.1.2.1 Geomorfología. 34
4.1.2.2 Clima. 36
4.1.2.3 Recursos. 37
4.2 Marco sociohistórico. 41
4.2.1 La sociedad local durante los Desarrollos Regionales. 41
4.2.2 La ocupación inka. 49
4.3 Materialidad Calchaquí. 55
4.3.1 Variedades alfareras tardías del valle Calchaquí. 56
4.3.1.1 Cerámica santamariana-calchaquí. 56
4.3.1.2 Cerámica Las Pailas y Molinos. 63
4.3.1.3 Cerámica negra pulida. 64
4.3.1.4 Cerámica utilitaria. 68
4.3.2 Otros conjuntos materiales tardíos. 68
4.3.2.1 Metal. 68
4.3.2.2 Lítico. 70
4.3.2.3 Madera. 71
4.3.2.4 Hueso. 72
4.3.2.5 Otros artefactos. 72
4.3.3 Los materiales inkaicos. 73

CAPÍTULO 5: ANÁLISIS DE LOS APORTES Y EVIDENCIAS DE INTERACCIÓN INTERREGIONAL DE INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS PREVIA. 81
5.1 Las investigaciones iniciales. 81

5.2 Las síntesis regionales. 86

CAPÍTULO 6: POTENCIALIDAD Y RESTRICCIONES DEL ESPACIO REGIONAL A LA CIRCULACIÓN. 106
6.1 Comunicación con la Quebrada del Toro y la Quebrada de Humahuaca. 108
6.2 Comunicación con la región puneña y tránsito hacia el Norte de Chile. 109
6.3 Comunicación con el valle de Lerma. 113
6.4 Comunicación con el valle de Yocavil. 116
6.5 Información desde fuentes documentales y datos actuales. 117

CAPÍTULO 7: LA MUESTRA DE MATERIALES Y MÉTODOS DE ESTUDIO. 121
7.1 Los sitios y las muestras en estudio. 121
7.1.1 La Paya. 123
7.1.1.1 La "Colección La Paya" en esta investigación. 128
7.1.1.1.1 Estudio de materiales e información. 129
7.1.1.1.2 Las problemáticas detectadas. 133
7.1.1.1.3 Consideraciones sobre el estado actual y la potencialidad de la colección. 136
7.1.1.2 Otros materiales de La Paya estudiados. 137
7.1.2 Tero. 137
7.1.3 El Churcal. 139
7.1.4 Otros sitios y colecciones. 142
7.2 Métodos de análisis de materiales. 143
7.2.1 Acercamiento desde el estilo. 144
7.2.2 Análisis de procedencia de materias primas. 147
7.2.2.1Circulación de obsidiana desde la técnica de Fluorescencia de Rayos X. 148
7.2.2.2 Aproximación a la determinación de maderas y sus zonas de origen. 149

CAPÍTULO 8: MATERIALES LOCALES Y FORÁNEOS EN LA MUESTRA. 153
8.1 Cerámica. 153
8.1.1 Alfarería santamariana. 154
8.1.2 Otras variedades alfareras tardías. 156
8.1.3 Cerámica Inka. 159
8.1.4 Otras vasijas "foráneas". 165
8.1.5 Otros tipos de vasijas. 169
8.2 Maderas. 171
8.2.1 Tabletas y tubos para inhalación de alucinógenos. 171
8.2.1.1 Las tabletas y tubos de La Paya y otros sitios del valle Calchaquí. 171
8.2.1.2 Los artefactos para inhalación de alucinógenos en el contexto surandino. 175
8.2.1.3 Comparación iconográfica y morfológica entre tabletas y tubos de distintas regiones del NOA y del Norte de Chile. 176
8.2.2 Otros artefactos en madera. 179
8.2.3 Maderas utilizadas. 181
8.3 Piedra. 190
8.4 Metal. 193
8.5 Hueso. 194
8.6 Otros materiales. 195
8.7 Otros materiales referidos en la bibliografía. 203

CAPÍTULO 9: CRONOLOGÍA Y CONTEXTOS DE HALLAZGO DE LAS EVIDENCIAS DE INTERACCIÓN INTERREGIONAL EN LA MUESTRA. 207

CAPÍTULO 10: LA INSERCIÓN DE LAS SOCIEDADES CALCHAQUÍES EN CIRCUITOS DE INTERACCIÓN INTERREGIONAL. 218
10.1 Circulación de bienes, recursos e ideas en el Período de Desarrollos Regionales. 219
10.2 Circulación de bienes, recursos e ideas en el Período Inka. 231

10.3 Cambio y continuidad en los circuitos de interacción interregional. 238
10.4 La experiencia de lo lejano: bienes foráneos y paisajes sociales tardíos en el valle Calchaquí. .. 245
10.5 Algunas reflexiones finales y perspectivas. 254

BIBLIOGRAFÍA. 258

Índice de Figuras incluidas en el texto. 288
Índice de Gráficos incluidos en el texto. 289
Listado de Abreviaturas utilizadas. 290

TOMO II

Apéndice I: Láminas
Listado de Láminas.
Láminas.
Apéndice II: Tablas
Listado de Tablas.
Tablas.

Agradecimientos

En el desarrollo de la presente investigación se contó con la colaboración y el apoyo de distintas personas e instituciones. A todos ellas quisiera agradecer.

En primer lugar, a mi Director, el Dr. J. A. Pérez Gollán, y a mi Co-Directora, la Lic. L. Baldini, por alentarme en el desarrollo de esta investigación, por su guía y por sus valiosos aportes para mejorarla. A mi consejera, la Dra. M. Tarragó, por su asesoramiento para completar esta investigación y la carrera de Doctorado de la FFyL.

Agradezco, también, a distintos profesionales que proporcionaron asesoramiento en el análisis de materiales. A la Dra. M. Tarragó, a la Dra. M. C. Sempé, al Dr. D. Zelaya, a la Dra. C. Pérez de Micou, a la Dra. M. L. Pochettino, al Dr. J. Carbonari, al Dr. Roberto Huarte, a la Dra. V. Lema, a la Dra. L. Quiroga, a la Dra. M. A. Runcio y al Dr. M. Medina. En especial, quiero agradecer a la Lic. Stella Maris Rivera, quien destinó desinteresadamente sus conocimientos y su tiempo a mi investigación.

El estudio de las colecciones de materiales de museos fue posible gracias a la cooperación de sus autoridades y personal. Agradezco a la Directora del Museo Etnográfico "J. B. Ambrosetti", la Dra. M. Tarragó, y a G. Ammiratti, S. Manuale, V. Coll y A. Reynoso, del Depósito de Arqueología. Además, agradezco a V. Spoliansky, J. I. Roca y M. Scaraffoni, del Archivo fotográfico y documental del mismo museo.

A la Directora del Instituto Interdisciplinario de Tilcara, la Dra. E. Belli, al Director Administrativo del Museo Arqueológico "E. Casanova", el Sr. P. Rueda, a A. Mendoza y P. Aramayo, del Depósito Arqueológico, y a C. Otero.

A la Directora del Museo Arqueológico "P. P. Díaz" de Cachi, la Lic. M. De Lorenzi, y a su anterior Director, el Sr. A. Mercado. A D. Salvatierra, Diego y Jorge del Depósito de Arqueología.

A la Directora del Museo de La Plata, la Dra. S. Ametrano, al Jefe de la División Arqueología, el Dr. R. Raffino, y a G. Alarcón y J. Kraideberg, Técnicos de la División Arqueología.

A C. Spencer, S. Aricanli y M. Rios-Dickson del American Museum of Natural History de New York.

A D. Rosenthal y J. Krakker del National Museum of Natural History de Washington.

A P. L. Nietfeld y L. Stancari del National Museum of American Indian de Washington.

A L. Van Broekhoven y M. Koek del National Museum of Ethnology de Leiden.

A M. Zavattaro del Museo di Storia Naturale di Firenze.

A H. Tasaki del University Museum de Tokio, a A. Ferrari del Museo Nacional de Historia Natural y Antropología de Montevideo y a Y. Berezkin del Museum of Anthropology and Ethnography de San Petersburgo.

Agradezco al Dr. A. J. Timothy Jull, Director del NSF-Arizona AMS Laboratory, por la realización de los fechados por AMS, y al Dr. M. D. Glascock, del Missouri University Research Reactor, por su asesoramiento en la realización de los análisis por FRX.

Asimismo, agradezco a J. Palma, I. Leibowicz, V. Gigliotti, D. Gobbo, M. E. De Feo, V. Villamayor, L. Dulout, M. E. Ferreira, G. Chaparro, M. P. Villegas, A. Feely, V. Palamarczuk, A. Reynoso, A. Elías, F. Acuto y L. Pereyra Domingorena por proporcionar acceso a bibliografía, equipamiento o información. A C. Orué por recibirme tantas veces en su casa en Salta. A M. Lazzari por su ayuda en mi estadía en New York, y su gran generosidad.

En lo personal, quiero agradecer a quienes me brindaron, en estos años, su apoyo y estímulo para transitar este camino.

A Lidia, por darme un marco de trabajo estimulante, de libertad y de alegría.

A Valeria, Claudia, Leandro, Luz, Lucas, Analía y Marcela, cuya amistad hace mi vida inmensamente mejor.

A mis padres, Ana y Osvaldo, por siempre, siempre, estar, para todo. A mis hermanas, Geor y Lili, por todo lo compartido y por lo que vendrá.

Llevar adelante esta investigación fue posible gracias a una Beca de Postgrado de CONICET, y al apoyo económico de un subsidio "Collection Study Grant" del American Museum of Natural History (New York, EE.UU), de un Subsidio de Jóvenes Investigadores de la Universidad Nacional de La Plata, de la Organización Internacional para las Migraciones y de los Proyectos CONICET PIP 5712 (2005-2008), UNLP 11/N 461 (2006-2009) y UBACYT F034 (2008-2010).

CAPÍTULO 1: INTRODUCCIÓN.

En cierto sentido, el movimiento define a las sociedades y a las personas. Lo hace en tanto plantea, en el devenir de la vida y las prácticas, enfrentarse a límites físicos, sociales y simbólicos, ante los cuales los sujetos accionan de maneras particulares que en última instancia producen y reproducen un mundo social y sus relaciones.

Especialmente, el movimiento interregional de personas, ideas y bienes, situación ampliamente documentada en gran parte de las sociedades prehispánicas, resulta el testimonio ineludible de la existencia de contacto entre distintas sociedades. En esas situaciones de interacción social, al igual que en tantas otras prácticas sociales, se ponen en juego una serie de concepciones del ser, la comunidad y el mundo que pueden ser complementarias, alternativas o contradictorias con aquellas desplegadas al interior de la propia sociedad. En tal sentido, plantean desafíos en cuanto a la consideración de las diferencias y la diversidad que serán resueltos de acuerdo a maneras socialmente específicas, aunque esto no necesariamente implique mecanismos conscientes de conceptualización (Bourdieu 1977).

Desde esta perspectiva, el estudio de la circulación interregional de personas, ideas y bienes en el pasado supone no sólo indagar sobre las motivaciones y mecanismos mediante los cuales tales movimientos tuvieron lugar sino también sobre el impacto social de estas prácticas sobre un grupo humano y sus particulares concepciones del mundo. El énfasis se encuentra entonces, no sólo desde el punto de vista metodológico sino también teórico, en la materialidad, y especialmente en la eficacia social de los objetos y símbolos en movimiento en tanto su presencia física y la multiplicidad de experiencias referenciales que estimulan, proporciona imágenes espaciales amplias que participan en la estructuración de un paisaje social de exclusión y/o inclusión y en la constitución de subjetividades potenciales (Edmonds 1993, 1995, Lazzari 1999 a y b, Phillips 2002, Sommer 2001).

La presente Tesis Doctoral se inserta en el marco de una serie de Proyectos de Investigación[1], que tienen como objetivo general avanzar en la investigación de las sociedades prehispánicas tardías del sector central del valle Calchaquí (Salta) desde una perspectiva regional dirigida a la articulación de los sistemas de asentamiento, el análisis de prácticas productivas y

[1] Los mismos han sido dirigidos por la Lic. L. Baldini y han contado con las siguientes fuentes de financiamiento: CONICET PIP 5712 (2005-2008), UNLP 11/N 461 (2006-2009) y UBACYT F034 (2008-2010).

sociales y de mecanismos de complementación e interacción. A partir de diferentes vías de indagación se busca profundizar en el análisis de las formas de instalación de las poblaciones, el estudio del paisaje natural y la disponibilidad de recursos en la región, estudios de manufacturas, indicadores de vías de interacción y análisis de los comportamientos mortuorios.

En el marco de esta propuesta, esta Tesis tiene por objeto abordar los procesos de interacción interregional en que participaron las sociedades del valle Calchaquí[2] (VC) durante el Período de Desarrollos Regionales (PDR) y el Período Inka (PI), desde una perspectiva que integra la cultura material y el paisaje como dimensiones fundamentales de la vida social e instancias de producción y reproducción de las relaciones sociales.

1.1 Organización de la Tesis.

La presentación del proceso de investigación desarrollado fue organizada en capítulos temáticos, que fueron incluidos en el Tomo I. En términos generales, la Tesis cuenta con una primera parte, compuesta de cuatro capítulos, que apunta a introducirse en el tema de estudio. Para ello, en primer lugar se plantea brevemente la problemática general de estudio, en la anterior introducción, para luego presentar las distintas perspectivas teóricas y metodológicas de análisis de la interacción en el área andina (Capítulo 2). A continuación se explicita el encuadre teórico de donde parte esta investigación, los objetivos e hipótesis de trabajo y la metodología empleada (Capítulo 3). Finalmente, se expone el marco espacial, temporal y sociohistórico en que se desarrolla el trabajo de investigación (Capítulo 4).

La segunda parte de esta Tesis está compuesta de cinco capítulos que constituyen los aportes concretos de esta investigación en cuanto a sistematización de información previa y generación de nuevos datos relevantes para evaluar los procesos de circulación de materiales e información en el valle Calchaquí durante la época tardía[3]. Primeramente, se presenta el análisis de los antecedentes de investigaciones arqueológicas en la región, a partir del cual se recopilaron todas aquellas evidencias de interacción interregional mencionadas en la bibliografía haciendo énfasis en

[2] Con valle Calchaquí nos referimos al tramo entre las localidades de La Poma y Cafayate aproximadamente, mientras que con el término Valles Calchaquíes denominaremos al conjunto que conforman el valle Calchaquí propiamente dicho y el valle de Yocavil en la provincia de Catamarca.

[3] Se utiliza época tardía para referirse al lapso correspondiente a los últimos siglos prehispánicos, especialmente el Período de Desarrollos Regionales e Inka.

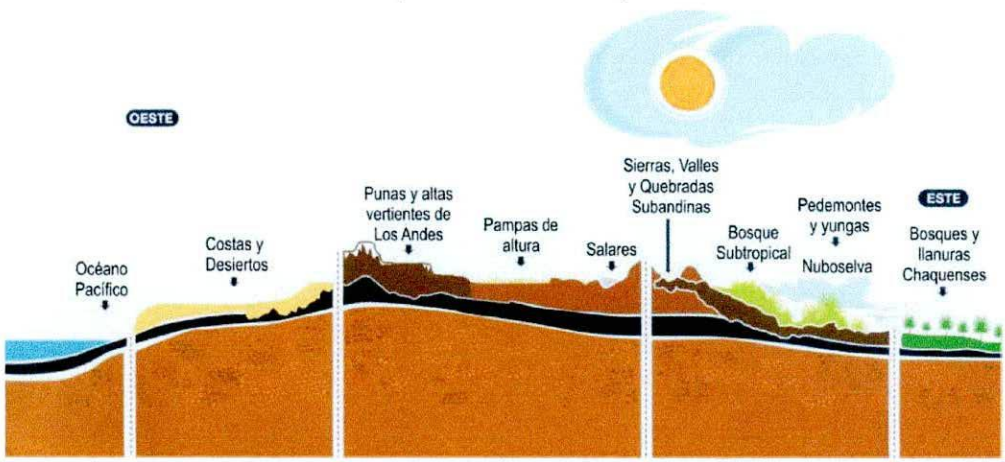
CAPÍTULO 2: TRATAMIENTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS DE LA INTERACCIÓN INTERREGIONAL.

El reconocimiento que las sociedades humanas desde siempre se han visto inmersas en una multiplicidad de interacciones mutuas de distinto carácter, alcance y regularidad ha conducido, en arqueología, a una intensa búsqueda por desentrañar las formas, funciones, motivos, significados y sujetos involucrados en los procesos de interacción entre sociedades; búsqueda que se encuentra presente desde los momentos iniciales de desarrollo de la disciplina y como tal ha acompañado sus cambios históricos.

2.1 Modelos y propuestas de abordaje de la interacción interregional en los Andes.

Particularmente para el área andina existen diversas propuestas teóricas y metodológicas de abordaje de los modos de interacción entre distintas sociedades del área. Muchas de ellas entienden que gran parte de la interacción entre sociedades ocurre a partir de poner en funcionamiento, por lo menos, una serie de mecanismos de complementariedad económica, que les permiten a las sociedades andinas abastecerse de todos los recursos necesarios para su subsistencia y reproducción social, en una región con ambientes ecológicos diferenciados de acuerdo a la gradiente altitudinal de los Andes (Figura 1). Estos mecanismos, que como se verá más adelante pueden abarcar la instalación de colonias, alianzas matrimoniales, trueque, intercambio a través de caravanas, etc., implican, ante todo, la circulación de productos, recursos, información y personas entre distintas regiones y zonas ecológicas.

Figura 1: Perfil transversal esquemático de ambientes de la región andina (tomado de Museo de Arte Hispanoamericano 2006: 21).



2.1.1 El mundo andino y el sistema vertical.

Una de las propuestas más influyentes que aborda el estudio de la economía andina y la movilidad de bienes y recursos es aquella planteada por Murra en 1972. Este trabajo es el resultado de su búsqueda por entender la organización económica andina que resulta en la proposición de un modelo denominado de "archipiélago vertical". El modelo, generado a partir del análisis de fuentes etnohistóricas sobre el reino Lupaqa de las orillas del lago Titicaca (Bolivia), se basa en la consideración que la geografía particular del mundo andino, en donde los recursos se disponen en distintos pisos altitudinales, impone a las comunidades la necesidad de control de un máximo de pisos ecológicos para asegurar su subsistencia. Según el modelo esto se resolvía a partir de la instalación de colonos permanentes en zonas alejadas del núcleo. Sin embargo, las relaciones entre el núcleo y las colonias continuaban siendo estrechas y los pobladores de estas últimas no perdían sus derechos sobre terrenos, recursos, etc. en el núcleo, los cuales eran ejercidos por medio de relaciones de parentesco periódicamente reafirmadas ceremonialmente en sus asentamientos de origen (Murra 1976).

Este planteo general es revisado por el autor en un artículo de 1976 donde, a la luz de ciertas discusiones surgidas de su propuesta, sugiere algunas salvedades y limitaciones del modelo. Murra propone que cuestiones como el aumento poblacional con el consiguiente establecimiento de islas cada vez más alejadas y las dificultades para mantener los derechos y lazos con el núcleo para las colonias más lejanas, las nuevas circunstancias históricas planteadas por la conquista inkaica y luego la española y las contradicciones surgidas entre los intereses de las distintas partes involucradas, fueron algunos de los fenómenos que habrían incidido en la aplicación de este modo de producción en diferentes zonas y momentos (Murra 1976).

Sin embargo, el modelo es cuestionado en algunas de sus proposiciones principales, particularmente la validez de su aplicación como un "ideal andino" a distintas regiones y contextos históricos. En este sentido, Rostworoswski (1975) sostiene que los pueblos de la costa central andina podían abastecerse de lo necesario sin recurrir a un control vertical, aprovechando los recursos del mar y de la agricultura de riego y obteniendo materiales alóctonos por intercambio con otras poblaciones. Por otro lado, Browman (1980) sugiere que el sistema de control vertical puede resultar practicable en determinadas regiones de los Andes pero que, por ejemplo, en el altiplano,

las características geográficas son muy diferentes y por consiguiente las sociedades que lo habitan habrían necesitado recurrir a otros mecanismos para la obtención de bienes de otras zonas ecológicas, que involucren menores costos que la explotación directa. Asimismo, la existencia de mercaderes (*mindaláes*), sector de especialistas en el intercambio de media y larga distancia, en distintas regiones de Ecuador plantea modalidades de circulación y tráfico de bienes alternativas a la propuesta por el modelo de colonias (Salomon 1986).

Otros puntos discutidos del modelo se relacionan con la consideración del acceso directo como el mecanismo por excelencia implementado por las sociedades andinas para obtener bienes y recursos de otras zonas ecológicas y satisfacer su subsistencia. Este planteo no considera otras posibles estrategias o combinaciones de ellas, como redes de alianzas, tráfico de larga distancia y circuitos de caravanas. Asimismo, muchas dudas se han generado en cuanto a las posibilidades de mantener poblaciones a grandes distancias y sus costos políticos y económicos sin un control continuo del territorio, como el que plantea el modelo de archipiélago vertical (Núñez y Dillehay 1995 [1978]).

El trabajo de Van Buren (1996) reúne muchos de estos cuestionamientos en un examen de algunas de las premisas centrales, que la autora sostiene han sido incorporadas de manera acrítica en los estudios andinos. En términos generales, Van Buren sostiene que, por un lado, la supuesta adhesión de las comunidades andinas a principios culturales ancestrales -como la verticalidad- impide considerar su variabilidad y dinámica; y por otro, la presentación de la organización económica como una adaptación estable, en la que las pautas de redistribución y la autoridad política son entendidas como beneficiosas al grupo étnico en conjunto resulta en una rotunda negación del conflicto y las posibles tensiones al interior de una sociedad.

Uno de los aportes más interesantes de este trabajo surge de la utilización de evidencia arqueológica sobre las colonias lupaqas en la cuenca de Osmore sobre la costa pacífica (200 km aproximadamente al sudoeste del Lago Titicaca) y del reexamen del censo de Chucuito, del cual la autora intenta una lectura que le posibilite identificar diferentes actores, motivaciones y factores socioeconómicos que pudieran dar cuenta de la perduración de las colonias. Estas fuentes de información le permiten a la autora afirmar que si bien se puede detectar la presencia de una colonia, posiblemente lupaqa, en la cuenca de Osmore durante el período colonial y posiblemente el Horizonte Tardío, esto no supone su existencia en momentos anteriores ni se explica como

persistencia de una adaptación pasada. Es más, se sostiene que su existencia se vincularía a factores políticos, antes que a una necesidad comunal de ajustar población y recursos en la cuenca del Titicaca (Van Buren 1996).

2.1.2 Caravanas en el altiplano.

Manteniendo la inquietud de entender la organización económica en los Andes, Browman plantea un nuevo patrón económico relacionado a Tiwanaku y a las culturas preexistentes del altiplano. Su propuesta parte de reconocer, al igual que Murra, que las comunidades andinas no eran autosuficientes y que necesitaban obtener productos de otras zonas para complementar su economía. Sin embargo, la propuesta de Browman se enfrenta definitivamente al modelo de archipiélago vertical, sosteniendo que este último sólo puede ponerse en práctica en determinadas zonas de los Andes, especialmente en las laderas más empinadas de Chile y Perú. El autor sostiene que para las sociedades altiplánicas el control de diferentes pisos altitudinales resulta impracticable, por lo que las mismas recurrieron al intercambio como mecanismo de provisión de recursos y productos de otras zonas a través de una red comercial que incluía la presencia de ferias, artesanos especializados en la producción de ciertos bienes de intercambio y el tráfico por medio de caravanas (Browman 1978a, 1980).

Este modelo le permite al autor explicar el fenómeno Tiwanaku considerando primero los patrones de intercambios previos en el Altiplano. Para ello presenta un conjunto de datos, de carácter arqueológico y etnográfico, vinculados al desarrollo de las redes de tráfico desde sus comienzos entre los 1300 y 1000 AC. A partir de estos momentos iniciales, Browman observa una progresiva consolidación de la red de tráfico, junto al desarrollo de varios centros en el altiplano y la costa. Con posterioridad, entre el 300 y el 900 DC, se produce un incremento de la interacción de acuerdo a un modelo de integración económica que abarca regiones distantes como el norte de Chile, el oeste Boliviano y el Noroeste argentino. De esta manera Tiwanaku se convierte en el centro económico y político del área, con control del tráfico de objetos de valor. De acuerdo con Browman, el crecimiento de estas redes resultó fundamental para el inicio, desarrollo y establecimiento de los estados andinos siendo uno de los factores que contribuyó al urbanismo de Tiwanaku (Browman 1978a y b, 1980).

Los principales cuestionamientos surgidos al modelo de Browman se relacionaron con su especificidad ecológica y social. Resulta ser una propuesta que se vincula con una zona ecológica esencialmente uniforme y geográficamente amplia -como es el altiplano- y orientada a una sociedad urbana estatal con fuerte desarrollo comercial (Núñez 1996, Núñez y Dillehay 1995 [1978]). El modelo altiplánico propone, entonces, una estrecha vinculación de las redes de circulación de bienes con una entidad sociopolítica fuertemente jerárquica, lo cual implica la existencia de centros administrativos de los que emane el control o la regulación de las relaciones de intercambio. En definitiva se trata de una perspectiva centro-periferia que enfatiza el control económico y político por parte de elites como esenciales en el proceso de complejidad social (Angelo 2006).

2.1.3 La región andina en movimiento giratorio.

En desacuerdo con perspectivas como la de Browman que privilegian los desarrollos en las zonas urbanas nucleares, Núñez y Dillehay (1995 [1978]) plantean un modelo alternativo para el área centro-sur andina que parte de un principio que denominan de movimiento giratorio, como base para definir y probar el patrón de movilidad andina en los Andes Meridionales. La argumentación considera que la ecología andina genera la necesidad de complementar recursos, lo cual es logrado por las comunidades a través del movimiento de grupos que se involucran en diferentes mecanismos: trueque, colonias, transhumancia, verticalidad, intercambio, etc. Dentro de este planteo el rol de las caravanas es fundamental ya que participan como agentes de comunicación e integración.

De acuerdo al modelo, una unidad social de ganaderos-caravaneros, en su movimiento transhumántico, conecta distintos puntos o asentamientos-ejes (por ejemplo, campamentos base semi-sedentarios o aldeas agrícolas sedentarias) emplazados en zonas ambientales diferentes (tierras altas, costa, selva, zonas interiores marginales). Estos asentamientos-ejes no constituyen centros autónomos autosuficientes, sino que cuentan con su propio flujo productivo y se contactan con un sistema más amplio al cual vuelcan sus excedentes, a la vez que incorporan bienes, técnicas, ideologías, etc. Su intervención se vincula con el abastecimiento de los grupos caravaneros, la recepción de productos foráneos y el establecimiento de redes locales de redistribución, balanceando el movimiento giratorio y fortaleciendo los vínculos de beneficio mutuo entre las partes involucradas. El accionar de estos asentamientos-ejes no presupone, de ninguna

manera, una centralización económica ni la existencia de diferencias en las jerarquías sociopolíticas entre ellos (Núñez 1996, Núñez y Dillehay 1995 [1978]).

También se considera que este patrón de movilidad, que se alejó del modelo de desarrollo urbano, integró diversas poblaciones dispersas en los Andes Centro-sur privilegiando las relaciones interétnicas en armonía social, lo cual le otorgó mayor coherencia e identidad interna a la sociedad andina. Esta orientación integradora, dada por la combinación de distintos componentes socioculturales, económicos e ideológicos, no se entiende como un mecanismo de dominio sino como "*actos motus propio de complementariedad de recursos compatibles con los permanentes ideales andinos de girar entre distintos y distantes ejes de la red de interacción caravanera*" (Núñez 1996:44).

Los cuestionamientos al modelo se vinculan principalmente con el supuesto equilibrio del sistema, que cuenta con un conjunto de asentamientos-ejes que se integran a la red en condiciones equivalentes. En este sentido, Haber (2006) destaca que, de acuerdo con la discusión entre los defensores del modelo de "centro-periferia" y aquellos del modelo de la "interacción entre entidades políticas semejantes" (*peer polity interaction*), las redes integradas por unidades sociales semejantes pueden en realidad constituir entidades políticas que en su conjunto son periféricas respecto de áreas más desarrolladas. Precisamente, lo que le otorga dinamismo al sistema, no es el equilibro entre sus unidades constituyentes, sino la multiplicidad de condiciones y circunstancias en las que cada unidad se conecta al conjunto mayor.

2.1.4 El concepto de complementariedad en los Andes: la revisión de Salomon.

El concepto de archipiélago vertical de Murra atrajo la atención sobre lo que se considera el imperativo andino de complementariedad ecológica, haciendo hincapié en el acceso directo a zonas ecológicas a distintas altitudes y distancias como el mecanismo por excelencia para lograr dicha complementariedad. Como plantea Salomon en su artículo de 1985, este atractivo concepto generó una diversidad de investigaciones etnohistóricas, arqueológicas y etnológicas que se enfocaron en la búsqueda de nuevos casos que pudieran especificar sobre la distribución de sistemas verticales en el tiempo y el espacio. Esta tarea permitió detectar evidencias de la existencia de una amplia gama de mecanismos de complementariedad desarrollados por las sociedades andinas.

En dicho trabajo, Salomon presenta una tipología funcional de los diversos mecanismos de complementariedad estableciendo ocho modos de articulación interzonal, no necesariamente excluyentes, en diferentes momentos y regiones de los Andes. Más aún, el autor sugiere que, de acuerdo a la información disponible al momento, las sociedades andinas combinaron diferentes mecanismos con la intención de desarrollar un sistema de complementación flexible que les garantice el acceso a múltiples recursos. Asimismo, plantea la fuerte posibilidad que las comunidades andinas hayan cambiado constantemente su combinación de mecanismos a lo largo del tiempo, sugiriendo que no debe entenderse la "complementariedad" como una esencia permanente de esas sociedades (Salomon 1985).

Esta visión más dinámica de los modos de organización económica de las comunidades de habitan los Andes, supera, en parte, algunas de las dificultades señaladas para otros modelos andinos. Sin embargo, en su propuesta aún subyace una visión de las sociedades andinas como respondiendo a un imperativo de adaptación surgido de la misma geografía andina (Nielsen 2006a).

2.1.5 El intercambio en economías de bienes de prestigio.

En algunos casos, el intercambio y la circulación interregional de bienes en sociedades andinas han sido entendidos a partir de modelos de "economía de bienes de prestigio" (Frankenstein y Rowlands 1978, Friedman y Rowlands 1977). En ese sistema de bienes de prestigio, la reproducción social está vinculada al consumo o intercambio de bienes exóticos específicos que en gran parte son obtenidos por medio del tráfico extrarregional. Esto otorga una ventaja política a las elites, en las transacciones sociales, alianzas políticas y pago de deudas sociales, ya que son ellas las que controlan el acceso a estos objetos de circulación y uso restringido y los utilizan para ostentar y mantener su estatus en ciclos de competencia de prestigio y poder que implican una demanda y consumo constante de ellos. De esta manera, los bienes valiosos y exóticos se constituyen en vehículos de jerarquización política, contribuyendo a la construcción del prestigio personal dentro de la sociedad y la consolidación de desigualdades sociales (Frankenstein y Rowlands 1978, Friedman y Rowlands 1977).

Si bien este modelo reconoce en las redes regionales de intercambio y circulación de bienes una dimensión política, y no meramente económica o de subsistencia, su aplicación supone en muchos casos asumir algunas de sus postulaciones en contextos arqueológicos muy diversos. Por

ejemplo, se considera que un número limitado de personas (elites) controlan bienes claves para la reproducción del grupo social, sin explicarse cómo se llega a esa situación, o por qué es el intercambio de objetos de prestigio la base del estatus en lugar de otros recursos, como la tierra por ejemplo (Nielsen 2007, Preucel y Hodder 1996). En este sentido, se percibe que subyace una lógica similar a la de nuestra sociedad capitalista donde ciertos objetos y bienes resultan marcadores sociales de éxito y posición social (Nielsen 2007), e incluso que se excluye la posibilidad que otro tipo de objetos, cotidianos por ejemplo, participen en prácticas de construcción y disputa del poder (Lazzari 1999a).

Asimismo, dado que el modelo pone el acento en las elites como detentores del poder y en quienes descansa el control de las redes de circulación de bienes valorados, se elimina la existencia de posibles redes alternativas que limiten las capacidades de las elites de acaparar los recursos estratégicos para la reproducción social y la existencia de espacios de acción de otros actores sociales (Lazzari 1999a, Saitta 1994).

2.1.6 La economía política inkaica.

Un tema central en los estudios andinos sobre interacción social y circulación de bienes ha sido la organización económica del Estado Inka, caracterizada como una economía de movilización de bienes y servicios canalizados hacia arriba desde el productor para financiar la estructura política del Estado y su expansión (Earle y D'Altroy 1989)

Los estudios desarrollados por Earle y D'Altroy han abordado intensamente esta problemática, focalizando, entre otras cuestiones, en la organización de la economía política estatal y el desarrollo de las instituciones y formas de financiamiento del Estado (D'Altroy y Earle 1992). Los autores proponen que el Estado Inka implementó una serie de estrategias para organizar su economía política y mantener las instituciones de poder y sus operaciones, entre las que se incluyeron la financiación por medio de bienes básicos y suntuarios (D'Altroy 1994, D'Altroy y Earle 1985). El financiamiento por medio de bienes básicos estuvo dirigido a la producción, almacenamiento y administración de bienes de subsistencia y bienes utilitarios (tales como cultivos, ganado, armas, tejidos, etc.) procurados a través de la imposición por parte del Estado sobre las poblaciones dominadas, de un sistema de pago en trabajo o prestaciones rotativas denominada *mita* (Murra 1975, 1983 [1956]). Los bienes así generados eran utilizados para garantizar la subsistencia

del personal estatal y contribuir en el sostenimiento de diferentes operaciones que el imperio pudiera emprender (D'Altroy y Earle 1992, Earle y D'Altroy 1982).

Por otra parte, el financiamiento por bienes suntuarios involucró, a través de la creación de un número creciente de artesanos especialistas trabajando a tiempo completo, la manufactura y obtención de productos especiales, que fueron empleados como bienes de intercambio en las alianzas y negociaciones entre los Inkas y las elites de los grupos étnicos dominados y como forma de pago para funcionarios del Estado (D'Altroy y Earle 1985, 1992, Murra 1983 [1956]).

Debido al volumen de los bienes básicos y sus altos costos de transporte y almacenamiento, estos productos se utilizaban principalmente para sostener las tareas administrativas a nivel regional, mientras que el financiamiento por bienes suntuarios se volcó a sostener aquellas actividades estatales más centralizadas que requerían del movimiento de bienes a larga distancia. En definitiva, la puesta en práctica, dentro de la economía política estatal, de una estrategia que combina financiamiento por bienes básicos y por bienes suntuarios le dio a los Inkas la flexibilidad suficiente para concretar sus requerimientos económicos tanto a nivel regional como interregional (D'Altroy y Earle 1992).

Respecto de esta propuesta surgen dos cuestiones muy relacionadas a discutir. Una de ellas se vincula con el énfasis en los aspectos económicos de la organización de las sociedades andinas, cuando actualmente es discutida la posibilidad de estudiar las sociedades pasadas separando esferas de diferente contenido (por ejemplo: económico, político, ideológico, etc.). En relación a esto surge también la cuestión de la validez de la separación entre bienes suntuarios y bienes básicos, considerando que en muchas sociedades esta división no es tan tajante e incluso inexistente. Muchas objetos, incluso los más mundanos, por las propiedades simbólicas que poseen, están en realidad plenos de significados y profundamente integrados a procesos socioculturales más amplios (Miller 1998, Shanks y Tilley 1982, 1987). En síntesis, el estudio de la economía política difícilmente puede ser desligado de los sistemas de significado que le dan valor a las cosas. De hecho, la arqueología ha privilegiado el estudio de la economía a expensas del valor o, peor aún, ha reducido el valor al valor económico únicamente, relegando de la discusión los procesos de construcción social del valor y su rol en la producción y reproducción de las relaciones sociales (Preucel y Hodder 1996).

2.1.7 Los aportes de la etnohistoria.

Enmarcados dentro del debate sobre la complementariedad y sus numerosas variantes muchos estudios abordan esta problemática desde una perspectiva etnohistórica. El trabajo de Martínez (1990) resulta una contribución al respecto, ya que el autor se propone estudiar la subregión circumpuneña y los mecanismos culturales implementados por los distintos grupos étnicos asentados allí para asegurar su subsistencia y reproducción social. Su punto de partida coincide con Salomon al proponer un enfoque diacrónico que considere la flexibilidad de los sistemas de complementación andina. En este sentido sostiene que:

> "Aunque el énfasis de nuestro trabajo está en el siglo XVII, pretendemos rescatar la dinámica y multiplicidad de las respuestas andinas, como una exigencia básica para lograr la comprensión acerca de cómo las poblaciones de estas regiones meridionales resolvieron los problemas planteados por la geografía." (Martínez 1990:12)

Para su estudio analiza una serie de documentos sobre la región atacameña entre los siglos XVI y XVIII, a partir de lo cual postula la existencia de un manejo simultáneo de recursos situados a corta distancia de los núcleos en complementación con estrategias de obtención de bienes ubicados a largas distancias, que implicaría -por lo menos- dos opciones, la residencia en nichos distantes y el tráfico caravanero. Su estudio discute la afirmación de ciertos modelos, sobre la supuesta autonomía y autosuficiencia de cada grupo étnico. De acuerdo a sus investigaciones, Martínez sugiere que en el altiplano meridional se implementaron simultáneamente distintos mecanismos de complementariedad por las mismas unidades domésticas. Esta flexibilidad del sistema permitiría conformar una estructura social dinámica, preparada para reaccionar ante distintas circunstancias, como pueden ser aquellas planteadas por el sistema económico colonial o los esquemas tradicionales de subsistencia propios (Martínez 1990).

2.1.8 Modelos andinos bajo la lupa.

Han pasado ya más de 30 años del planteo de algunos de los modelos más influyentes sobre organización económica en los Andes. Y como es de esperar, el avance de las investigaciones en la región y la constante revisión de conceptos a la luz de los nuevos acercamientos teóricos han generado una serie de cuestionamientos de algunos de sus postulados. Sin quitar el reconocimiento

de los relevantes aportes de estos modelos, que permitieron profundos avances en el conocimiento de las formas de organización social, económica y política de las comunidades andinas, se han discutido algunas de sus concepciones sobre el carácter de las sociedades prehispánicas.

Una de las principales observaciones que se han realizado sobre los modelos tiene que ver con su énfasis en aspectos ecológicos como determinantes de la interacción social, la organización económica y la circulación de bienes y recursos. Como ya se mencionó, muchos modelos entienden que la particular geografía andina plantea un desafío a las comunidades, las cuales se ven en la necesidad de proveerse de recursos procedentes de otras zonas ecológicas para asegurar su autosuficiencia económica ya sea través del acceso directo, el intercambio, etc. La persecución de este imperativo esconde una noción adaptativa de la sociedad, que ve a los grupos humanos como inherentemente relacionados con su medio geográfico y sus prácticas culturales condicionadas por él. En este sentido, las relaciones y prácticas de intercambio son vistas como respuestas a factores netamente externos a la sociedad -la ecología como determinante de la complementariedad económica y las relaciones que establece-, descuidando el papel de factores sociales, políticos e ideológicos en la redefinición constante de tales relaciones y prácticas (Angelo 2006, Lazzari 1999a, Nielsen 2006a). En definitiva, a nuestro entender lo que subyace a esta visión es la supuesta separación e independencia entre las esferas económica, política, ideológica, etc.

La complementariedad económica andina fue presentada como una adaptación estable que refleja la adhesión a tradiciones culturales persistentes subyacentes y cuya implementación resulta en beneficio de toda la comunidad. Esta visión más allá de oscurecer la variabilidad y dinámica de las sociedades andinas, deja de lado la posibilidad de considerar la participación diferencial de sectores sociales -con intereses diversos e incluso contradictorios- en estas prácticas y las tensiones que resultan de ello. Los niveles de solidaridad implicados en muchos de los modelos (por ej.: armonía social, permeabilidad territorial, alianzas multiétnicas) son una negación del conflicto social y las relaciones de poder quedan ausentes de la explicación (Lazzari 1999a, Nielsen 2006ª, Van Buren 1996).

Otros modelos, como el de Browman, más vinculados con la propuesta del modelo de centro-periferia, si bien incorporan la cuestión de la constitución del poder, tiene una visión unilateral de este proceso ya que la desigualdad planteada en las relaciones entre el centro y la periferia es vista como una consecuencia necesaria y que nunca es resistida (Nielsen 2006a). Sin embargo,

algunos estudios muestran que las periferias no se encontraban sometidas en cuanto a definición de los términos del intercambio sino que la interacción entre el centro y las sociedades sojuzgadas era constantemente negociada (Kohl 1989, Senatore y Zarankin 1999).

Las revisiones a las propuestas para el estudio de los procesos de interacción y circulación de bienes han abierto ciertas cuestiones de profunda relevancia a discusión y cuestionamiento. Una de ellas es la variable espacial implicada en las prácticas de intercambio, que está implícita en todos los modelos abordados pero que no siempre es problematizada como una dimensión significativa en la producción y reproducción de las relaciones sociales. En general, el espacio ha sido concebido como un ámbito natural y geográfico, que impone una serie de condiciones para la acción humana (Criado Boado 1993, Tilley 1994). Si bien esto es así en cierto sentido, perspectivas alternativas consideran que la espacialidad no es meramente el lugar donde la vida social se desenvuelve, sino que está permeada por las relaciones sociales y en procesos de constitución mutua (Hayden 1997, Parker Pearson y Richards 1994, Potteiger y Purinton 1998, Tilley 1994).

La otra cuestión, se vincula con el carácter de los bienes y recursos en circulación dentro de las estrategias de complementariedad económica planteadas por los modelos considerados. En muchos de estos modelos, los objetos circulantes son parte de una estrategia de obtención de recursos y bienes, cuyo interés es principalmente económico como elementos de satisfacción de la subsistencia y en ese contexto resultan pasivos en la producción y reproducción de las relaciones sociales. Sin embargo, perspectivas más recientes en arqueología consideran que la materialidad está constituida significativamente y como tal se convierte en un fenómeno activo y presente en la acción diaria, evocando situaciones y relaciones pasadas a través de su presencia física, pero a la vez conformando las mismas relaciones sociales que le dieron origen (Dietler y Herbich 1998, Hodder 1982a y b, 1996, Lee y LiPuma 2002, Shanks y Tilley 1987, Tilley 1984).

Claramente, estas concepciones alternativas sobre espacialidad y materialidad tienen profundas implicancias al momento de interpretar los procesos de interacción y circulación de bienes en el pasado. Ambas concepciones, junto a otras nociones teóricas, se desarrollaran con mayor amplitud más adelante a fin de delinear el marco desde el cual se espera dar sentido a los procesos de interacción ocurridos en el valle Calchaquí entre los siglos IX y XVI.

2.2 Acercamientos metodológicos a la interacción interregional.

Desde el punto de vista metodológico, el espectro de abordajes de la interacción interregional se muestra asimismo diverso. Las evidencias disponibles para abordar temáticas relacionadas con la interacción interregional suelen ser limitadas en el registro arqueológico. Esto puede deberse a varios factores, entre los que tienen mayor incidencia las dificultades en la conservación de ciertos materiales, el déficit de investigaciones arqueológicas en ciertas áreas o la escala macro espacial necesaria para abordarlas que puede superar ampliamente las posibilidades de proyectos de investigación particulares. Pero posiblemente, la naturaleza esquiva de este fenómeno se deba en mayor medida a que involucra una serie de prácticas (tránsito de personas y animales, asentamientos de pernocte de corta duración, traspaso de materiales de mano en mano, circulación de información, conocimientos y relatos, etc.) que no necesariamente dejarán testimonios de su acción pasada, ausencia que no es indicio irrefutable de la falta de interacción.

Sin embargo, estos obstáculos no han desalentado a gran cantidad de investigadores que se han abocado a trabajar esta problemática ensayando distintas vías metodológicas de aproximación a la interacción interregional en el pasado, en algunos casos combinándolas para obtener mayor sustento interpretativo. Quizás el desafío que supone su estudio ha sido una de las razones de su atractivo.

Desde los comienzos de la arqueología una de las líneas de investigación más utilizadas para abordar el vínculo entre sociedades de distintas regiones ha sido la consideración de bienes materiales y simbólicos que se hallan fuera de sus áreas de origen. La mayor parte de los modelos planteados para los Andes y de gran parte de los estudios específicos de situaciones de interacción en el área surandina se han basado en este tipo de evidencias como soporte empírico fundamental de sus interpretaciones (Albeck 1994, Ambrosetti 1907, Angiorama 2006, Berenguer 1986, Lazzari 2005, Pérez Gollán 1986, Tarragó 1976, Torres 1987, sólo por mencionar algunos ejemplos que dan cuenta de su consideración a través del tiempo).

En principio, la determinación de la presencia de bienes o símbolos alóctonos en cierta región se basaba en mayor medida en la identificación de correspondencias estilísticas (morfológicas e iconográficas principalmente) entre materiales. A partir del avance en la aplicación de técnicas analíticas de las ciencias físico-químicas y naturales a problemas arqueológicos que permiten establecer, con importantes grados de precisión, las zonas de procedencia de materiales

particulares (rocas, minerales metalíferos, pigmentos, arcillas, maderas, etc.), se ha generado un nuevo espectro de métodos de trabajo que ha sido ampliamente aplicado en la arqueología surandina (Burger 2006, Cremonte y Botto 2009, Escola 2007, Lechtman y MacFarlane 2006, Ratto *et al.* 2007, Raviña *et al.* 2007, Scattolin y Lazzari 1997, Williams 2004, entre muchos otros).

Otro acercamiento empleado se enfoca en el estudio de las características biológicas de las poblaciones antiguas para determinar el aporte de grupos humanos de otras regiones a la estructura poblacional local (Baffi y Cocilovo 1989-90, Cocilovo *et al.* 2001). Este tipo de trabajo es de gran relevancia para entender procesos de interacción que involucran el movimiento y reasentamiento de personas y grupos en nuevas regiones, situación fuertemente asociada al proceso de expansión inkaica en el NOA pero no necesariamente exclusiva de ese momento histórico.

Por su parte, el estudio de la información provista por las fuentes etnohistóricas e incluso información actual ha constituido otra alternativa metodológica, frecuentemente complementaria a otras, que ha permitido generar hipótesis de trabajo y obtener valiosos datos sobre la dinámica, circunstancias y motivaciones de la interacción y circulación de distintos grupos humanos (Albeck 1994, 2007, Albeck *et al.* 2004, Garay de Fumagalli 1994, García *et al.* 2002, Santoni y Torres 1995/6, Williams 2005).

En las últimas décadas, nuevos enfoques en el estudio de la interacción interregional destacan la necesidad de abordarlo también desde el análisis del registro material generado en las rutas de tránsito y no únicamente en las localidades o nodos de producción y/o consumo de bienes en circulación (Nielsen 1997-98, 2006a). Esta perspectiva de aplicación creciente en la arqueología surandina, que cuenta con fuertes contribuciones de la etnoarqueología, supone aportar una línea independiente de evidencia que complemente los resultados del estudio de los nodos (Aschero 2000, Berenguer 2004, Clarkson y Briones 2001, Martel y Aschero 2007, Nielsen 2003, Pimentel *et al.* 2007).

La diversidad de propuestas teóricas, modelos y métodos planteados para abordar la problemática de la interacción interregional en el pasado da cuenta de la complejidad del fenómeno como dimensión donde se entreteje la estrecha relación entre personas, paisajes y objetos. Claramente, no existen recetas fijas que aseguren el "éxito" en el abordaje de esta problemática sino más bien exploraciones que combinan marcos conceptuales y propuestas metodológicas de

maneras particulares, en lo que cada investigador considera la forma más apropiada (que puede ser coincidente con la de muchos otros) de acercarse al problema desde las posibilidades planteadas del propio registro arqueológico, del alcance de su investigación y especialmente desde el encuadre teórico propio.

CAPÍTULO 3: CIRCULACIÓN DE BIENES, RECURSOS E IDEAS EN EL VALLE CALCHAQUÍ.

3.1 Enfoque teórico de esta investigación.

La interacción entre sociedades activa una serie de mecanismos y relaciones sociales que frecuentemente suponen la puesta en movimiento de bienes materiales y simbólicos, ideas y/o personas.

La circulación de una variedad de materias primas y bienes es una práctica que va mucho más allá de la obtención de recursos y que supera ampliamente requerimientos de índole económica únicamente. Debemos reconocer en ella un ámbito en el que se producen y reproducen las relaciones sociales, profundamente enraizado en contextos económicos, sociales, políticos e ideológicos particulares (Hodder 1982a y b, 1996, Lee y LiPuma 2002, Shanks y Tilley 1987, Tilley 1984).

Cualquier avance en la comprensión de los procesos de interacción social y de los patrones de sus evidencias materiales en el registro arqueológico requiere situar esta problemática en un contexto teórico mas amplio que se dirija a la cuestión más general de la relación entre la cultura material y la sociedad (Dietler y Herbich 1998). Los objetos en circulación no son escogidos arbitrariamente, sino que son apropiados dentro de un contexto cultural e históricamente contingente, cuentan con valoraciones específicas y son socialmente construidos en las maneras en que son adaptados a la rutina, prácticas cotidianas y estilos de vida (Appadurai 1991, Dant 1999, Hodder 1982a y b, 1996, Shanks y Tilley 1987, Tilley 1984).

Hace ya algunas décadas que las disciplinas sociales se han replanteado el rol desempeñado por la cultura material en la vida social, entendiéndola como constituida significativamente y corporizando relaciones y estructuras sociales, aunque no simplemente reflejando la naturaleza y forma de nuestro mundo social sino siendo parte constitutiva de él (Csordas 1999, Dant 1999, Hodder 1996, Miller 1985, Shanks y Tilley 1987, Tilley 1984). Estos acercamientos han afirmado la importancia de los objetos en la vida social, rechazando la noción de la materialidad como un dominio pasivo, desligado de lo que hace a la experiencia histórica de una sociedad. Se plantea, más bien, entender la materialidad como un fenómeno social e histórico, como profunda y activamente involucrada en la vida social, desempeñando un rol importante en la producción y reproducción de las relaciones sociales ya que es producto de ellas al mismo tiempo

que las constituye. En este sentido, se reconoce la capacidad de los artefactos, producidos dentro de un conjunto reconocible de formas y estilos, de influenciar a las personas en las maneras en que los hacen y los usan. Las personas se socializan en universos materiales particulares que existen previos a su nacimiento y dentro de los cuales se estructuran como seres sociales con ciertas concepciones, percepciones, predisposiciones, etc. hacia el mundo derivadas de la cultura material local (Dietler y Herbich 1998, Gosden 2005, Hodder 1996, Miller 1985, Shanks y Tilley 1987, Tilley 1984).

Estas posturas desafían, definitivamente, la separación categórica entre personas y objetos propia del pensamiento occidental; concepción que ha hecho evidente su particularidad histórica y cultural a partir, por ejemplo, de los aportes de numerosos trabajos etnográficos clásicos. Sólo por mencionar algunos, los trabajos de Mauss (1925) sobre la diferenciación entre *gifts* y *commodities* o los de Malinowski (1922) sobre el sistema de intercambio *Kula* en las islas Trobriand, hacen referencia a la existencia de una clase de bienes que se caracterizan por conservar parte del carácter de su poseedor aún cuando hayan cambiado de mano, es decir que se da un intercambio de cualidades entre las personas y las cosas, hay una construcción recíproca del valor del otro. Es así que los artefactos no simplemente actúan como "símbolos" de la identidad personal, étnica, etc. sino que son componentes esenciales del ser, es decir, existe una relación recursiva entre objetos y personas (Appadurai 1991, Bruck 2004, Dietler y Herbich 1998).

En este sentido, no se está considerando a los objetos como reflejo de relaciones sociales ni se supone la inscripción en ellos de significados y categorías sino más bien es un proceso de incorporación donde, en el devenir de la vida y las prácticas, se constituyen mutuamente objetos y personas (Csordas 1999, Gosden 2005, Ingold 1993).

Referirnos a la materialidad implica, por lo tanto, una manera diferente de concebir lo tangible, que supere los aspectos funcionales y tecnológicos, incluyendo la capacidad de las propiedades físicas de las cosas para modificar la percepción humana y la acción (Gell 1998). En la vida social, los objetos llegados de regiones lejanas, aunque de ninguna manera exclusivamente ellos, hacen presentes múltiples relaciones, ideas y actividades, la mayoría de las cuales han ocurrido de manera diferida en tiempo y espacio (Csordas 1999, Ingold 1993). Los productos, bienes, recursos, conocimientos y personas procedentes de áreas lejanas vincula lugares geográficos que pasan a ser parte de un paisaje socialmente construido, de espacios conformados

por relaciones sociales de más amplio alcance creados a través de la experiencia. Es decir, la utilización de estos bienes en circuitos más extensos, y la llegada de bienes de regiones lejanas, proporciona imágenes espaciales amplias que participan en la estructuración de un paisaje social de exclusión y/o inclusión. Son estas relaciones distantes, simbolizadas por los objetos, un recurso básico en la reproducción social, en las estrategias políticas y en las prácticas relacionadas con la construcción y disputa del poder (Edmonds 1993, 1995, Haber 2007, Lazzari 1999a y b).

Esta línea de pensamiento entiende que la espacialidad no cuenta con una esencia en sí misma sino más bien posee una significancia relacional, es decir es creada a partir de las relaciones entre personas y lugares y es entendida de diferentes maneras por diferentes individuos o sociedades (Hayden 1997, Potteiger y Purinton 1998, Tilley 1994). En este sentido, el paisaje no es simplemente el escenario natural donde se desarrollan las vidas de las personas y las sociedades, como tampoco es una dimensión extrínseca y universal que espera la imposición del orden humano (Criado Boado 1993, Tilley 1994). Sino que, como plantea Ingold (1993), la constitución del paisaje se da en el mismo devenir de las vidas y acciones de generaciones pasadas que lo han habitado, y en ese proceso de habitar (*dwelling*) hay una constitución simultánea del paisaje y las acciones humanas. Pero como estas acciones son infinitas, el paisaje nunca es completo, está en continua creación, constituyéndose en una construcción social dinámica, que a la vez condiciona y es condicionada por la práctica social (Ingold 1993, Potteiger y Purinton 1998).

En definitiva, el mundo material y la espacialidad, y la multiplicidad de experiencias referenciales que estimulan, se convierten en dimensiones fundamentales en la constitución de subjetividades potenciales, cuya eficacia radica en su presencia física como parte de una red de asociaciones, implicancias y relaciones no conscientemente percibidas ni sujetas a conceptualización activa (Phillips 2002, Sommer 2001).

Es en este aspecto particular que la teoría de la práctica (Bourdieu 1977) ofrece elementos conceptuales para articular la relación entre la cultura material y los actores sociales responsables de su producción y uso, en el marco de las prácticas cotidianas y rutinas de la vida social. En esta perspectiva, los actores sociales pueden conducir sus asuntos cotidianos de maneras intencionales y estratégicas, sin embargo la mayoría de las veces la gente actúa sin ninguna evaluación consciente de lo que sus acciones significan, actuando muchas veces de maneras rutinizadas, no discursivas y preconcientes (Pauketat 2000, Silliman 2001). De este modo, las personas desarrollan

"disposiciones" (*habitus*) para actuar de ciertas maneras a través de la influencia de las estructuras de las condiciones materiales en las cuales viven. Es decir que se ofrece una reserva común de conocimiento e interpretaciones culturalmente trasmitidas, en donde muchas percepciones y las acciones resultantes están ya dadas, convirtiéndose en un aspecto no reflexivo de la vida y que, por ende, no está abierto a discusión ni puede ser desafiado (Sommer 2001).

El *habitus* es un fenómeno relacional dinámico que es tanto un producto como un agente histórico. Esto es porque, como conjunto de disposiciones aprendidas que permiten la solución de problemas sociales diarios, las soluciones a esos problemas influencian el desarrollo de las disposiciones. Una cierta libertad en la acción es entonces posible cuando los actores responden a demandas prácticas. La práctica se puede alterar gradualmente sin marcadas consecuencias mientras que continúe habiendo un acople estrecho entre las condiciones objetivas y el sistema organizacional subjetivo de disposiciones. Sin embargo, ciertas demandas o situaciones sociales específicas a veces llevan en la práctica a respuestas que ponen esta correspondencia en cuestionamiento en ciertas áreas, llevando a la formación de un dominio de discusión auto consciente. Cuando la arbitrariedad de algo de lo que era aceptado como conocimiento axiomático implícito es expuesta de esta manera resulta o en la racionalización y sistematización de lo que era anteriormente un conjunto inconsciente de disposiciones, o en conflicto social explícito. Esta es una manera en que la materialidad puede tener impacto no intencionado en las relaciones sociales y estructuras que la generaron, y esto es particularmente significativo para el cambio social cuando la arbitrariedad de las prácticas e instituciones sociales que encierran relaciones de poder son expuestas (Dietler y Herbich 1998).

Los modos de interacción interregional, como cualquier otra práctica social, están formados a través del *habitus*. En ellos, la circulación de bienes, ideas e incluso personas, los mecanismos por los cuales tales movimientos se concretan, las personas y/o grupos involucrados y las motivaciones que los inspiran, forman parte de patrones de elección y percepciones de lo posible, dentro de repertorios mucho más amplios de posibilidades potenciales, que están entramados con disposiciones de elección y percepciones en el domino de las relaciones sociales y categorías culturales de maneras que se evocan y refuerzan mutuamente, conformando un universo social particular (Dietler y Herbich 1998).

Especialmente en situaciones de contacto cultural, maneras alternativas de vivir, hacer, percibir, etc. pueden hacerse evidentes, llevando a un cuestionamiento de prácticas cotidianas arraigadas y a una apertura de las mismas a la negociación abierta, en muchos casos de carga política explícita. En estas últimas situaciones, las prácticas diarias pueden adquirir significancia política al ser apropiadas y empleadas a manera de control sobre cuerpos y rutinas como parte de estrategias implementadas por ciertas personas o grupos dominantes para reconstruir subjetividades colectivas e individuales; o bien adquirirla para aquellos que llevan a cabo dichas prácticas como manera de ejercer la agencia social a través de la cual pueden expresar una gama de actitudes (resistencia, complicidad o adecuación) frente a estructuras de dominación imperantes (Silliman 2001).

Los acercamientos teóricos aquí delineados constituyen el marco de referencia desde el cual interpretar las evidencias de interacción entre sociedades del valle Calchaquí y las de regiones circundantes durante los Desarrollos Regionales y la ocupación Inka. Centrase en los materiales que circulan, y no simplemente en las formas y las funciones de la interacción, puede resultar relevante para entender la eficacia social de los objetos en movimiento entre personas y lugares creando espacios sociales de gran escala. El paisaje, inseparable de los movimientos de personas y objetos entre lugares, se constituye en una dimensión vivida y activa de la vida social, que le otorga sustento a la experiencia del mundo más allá de lo local por medio de ceremonias, intercambios, y la dispersión de información a través de complejas redes sociales. De la misma manera, los objetos y materiales en circulación pueden desarrollar roles similares, permitiendo la experiencia de la región como un espacio social compartido. En particular, los ítems no locales usados en actividades diarias vinculan personas y lugares distantes, refiriendo a transacciones previas, usuarios, contextos de uso y rutas, no inmediatamente presentes en la vida cotidiana (Haber 2007, Ingold 1993, Lazzari 2005, Weiner 1994).

Como arqueólogos podemos intentar rastrear cómo se entreteje la estrecha relación entre personas, paisajes y objetos focalizándonos en la circulación como una de las dimensiones que revela la naturaleza intrincada de la vida social, la continua retroalimentación entre esferas de la práctica social.

3.2 Problemática de investigación, objetivos y metodología.

La interacción entre sociedades y el movimiento de bienes materiales, ideas y personas que en muchos casos implica, ha llenado innumerable cantidad de páginas en la literatura arqueológica. En lo que respecta a la arqueología del Noroeste argentino (NOA), el interés por el estudio y comprensión de la interacción entre sociedades está presente desde los trabajos pioneros en el área, en los cuales constituía un punto de interés establecer límites espaciales y características culturales de pueblos arqueológicos y las vinculaciones que podían detectarse entre estas sociedades y territorios. A medida que las investigaciones avanzaron, la cuestión de la interacción se va convirtiendo en un foco fuerte de estudio como punto en que se articulan diferentes procesos socioeconómicos, políticos e ideológicos; y como tal se constituye en una línea de investigación en sí misma pero que a la vez permite articular y comprender en su conjunto distintas esferas de la vida de las sociedades pasadas.

Muchos investigadores han destacado ya que el valle Calchaquí (Lámina 1), por su disposición longitudinal, su dirección norte-sur y su extensión de 200 km de largo, se convierte en una vía natural privilegiada de acceso y comunicación interregional del NOA. Su posición geográfica lo ubica en un área intermedia entre las regiones puneñas occidentales y las zonas más bajas, húmedas y boscosas del oriente que se abren hacia el gran chaco (Ardisonne 1940, Tarragó 1970).

En este sentido se ha constituido en una excelente ruta de circulación de influencias económicas, políticas, culturales y demográficas, facilitando los contactos entre las sociedades de la puna, los oasis de San Pedro de Atacama, el valle de Santa María y Hualfín, las Quebradas del Toro y de Humahuaca, el valle de Lerma y las selvas occidentales (Ardissone 1940, Baldini y Villamayor 2007, Baldini *et al.* 2004, Tarragó 1970, 1980a). Las fuentes documentales disponibles para la región Calchaquí dan cuenta de su trascendencia para los conquistadores, ya sea como lugar propicio para la extracción de recursos naturales y la obtención de mano de obra, como por tratarse de un ámbito sumamente estratégico en las rutas de comunicación y tráfico entre el Perú y la Bolivia colonial y las regiones meridionales del Tucumán y Río de La Plata (Raffino 1984).

En este contexto, esta investigación tiene como objetivo general profundizar en los modos de interacción de las poblaciones que habitaron el valle Calchaquí con las de regiones circundantes entre los siglos IX y XVI[1].

De manera más específica se buscó:

1) Determinar la variabilidad de bienes, recursos e información que circularon hacia y desde la región durante el lapso temporal considerado, buscando deslindar patrones particulares en cuanto a tipos y cantidad relativa de elementos en circulación, contextos a los que se vinculan, espacios que se conectan, temporalidad de las relaciones (PDR vs. PI) y cómo estos patrones se combinan, superponen, corresponden o excluyen entre sí.

2) Establecer las vías de circulación potenciales entre el valle Calchaquí y diversas regiones del Noroeste Argentino y los Andes Meridionales con la intención de precisar las posibilidades de comunicación reales entre distintas regiones.

3) Proponer modos de interacción regional e interregional durante el Período de Desarrollos Regionales y sus diferencias/similitudes con respecto al momento de ocupación inkaica, indagando en las maneras en que elementos de distintos orígenes e historias son articulados en la vida y las prácticas de las sociedades calchaquíes.

Los objetivos de la investigación se implementaron a partir de hipótesis orientadas a reconocer modos de interacción interregional de las poblaciones calchaquíes tardías, considerando patrones particulares de circulación interregional de distintos tipos de materiales e ideas y sus variaciones en el tiempo.

Actualmente se considera que las poblaciones tardías del Noroeste argentino desarrollaron un eficiente manejo de recursos económicos intensificando la explotación y control efectivo de los mismos. Esto requirió la implementación de estrategias particulares de obtención, aprovechamiento e intercambio que estuvieron orientadas por factores ecológicos, económicos, políticos e ideológicos (Aschero 2007, Núñez y Dillehay 1995 [1978], Raffino 1981, Tarragó 1994, 1995, 2000, Tarragó *et al.* 1997, entre otros). A partir de la ocupación inkaica del NOA, se produjeron profundas transformaciones en algunos aspectos de la organización social de las poblaciones nativas,

[1] Este lapso corresponde a los Períodos de Desarrollos Regionales (900-1430/70 DC) e Inka (1430/70-1536 DC) definidos para el NOA.

vinculadas con la tenencia de tierras, la imposición de un sistema de de prestaciones rotativas de trabajo, la intensificación de la producción artesanal, agrícola y pastoril, el traslado y reasentamiento de poblaciones y el mantenimiento de relaciones ceremoniales, ideológicas y culturales en la integración de las sociedades sojuzgadas al imperio (D'Altroy y Earle 1985, D'Altroy *et al.* 2000, Lorandi 1988, Murra 1978, Raffino 1981, Rowe 1982, Williams y D'Altroy 1998).

De acuerdo con este contexto de conocimiento, dos hipótesis generales guiaron el proceso de la investigación:

1) En el valle Calchaquí, durante los Desarrollos Regionales, la circulación de bienes, recursos e información, se articuló en esferas de distinto contenido, magnitud y direccionalidad de acuerdo al tipo de elementos (materias primas, artefactos, objetos, información, etc.).

2) Con el arribo del Imperio Inka al valle Calchaquí se produjeron modificaciones en los patrones de circulación regional e interregional, manifestando fenómenos de mayor amplitud territorial y magnitud.

En síntesis, articulando las hipótesis se postula que las sociedades que habitaban el valle Calchaquí se habrían vinculado diferencialmente y en distinta intensidad con sociedades de los diferentes ámbitos circundantes durante el Período de Desarrollos Regionales por un lado y el Período Inka por otro. Esto implicaría, en última instancia, diferencias también en los sujetos y en las relaciones y paisajes sociales conformados, en parte, a partir de los modos de interacción interregional particular de cada momento histórico.

En el valle Calchaquí en particular, si bien la consideración de la interacción interregional en sociedades tardías fue una preocupación presente en la historia de investigaciones en la región, aún no se había desarrollado un estudio integral de este fenómeno. Desde las posibilidades de esta investigación se abordó de manera sistemática esta problemática, a partir de un acercamiento metodológico que articula conocimientos e información proveniente de distintas vías de análisis.

Ellas implicaron la revisión de los antecedentes de investigación en el área, recopilando todas aquellas evidencias disponibles en la bibliografía regional expresamente relacionadas a situaciones de interacción interregional. De esta manera, se recuperaron provistos en la literatura, que no habían sido explícitamente señalados como indicadores de interacción.

La segunda instancia de análisis fue el estudio de la geografía regional a partir del análisis de cartas topográficas y cartas de imagen satelital. Conocer en principio las potencialidades y/o restricciones físicas que la geografía del valle Calchaquí plantea al tránsito de personas y animales entre distintos ámbitos, tanto al interior como al exterior de la región, constituye una instancia valiosa para avanzar en una comprensión más integral del paisaje y de las posibilidades, al menos físicas, de circulación interregional.

Finalmente, el acercamiento metodológico se completó con el reconocimiento de bienes e información foránea o que permita establecer vínculos con otras regiones en el registro arqueológico del valle a través del análisis directo de materiales y colecciones arqueológicas en tanto esto constituyó una de las fuentes principales de nuevas evidencias de la existencia de contactos interregionales entre las sociedades calchaquíes y las de otras regiones.

En Arqueología, la denominación de "foráneo" suele hacer referencia a recursos o materiales procedentes de ambientes disímiles al de la región de estudio y a bienes con características estilísticas que remiten a regiones culturalmente diferentes (ver Capítulo 7.2), más allá de cuales hayan sido los modos en que ellos circularon. Esta investigación parte de esos mismos criterios en tanto el valle Calchaquí presenta rasgos ambientales y disponibilidad de recursos diferenciales con respecto a otras áreas circundantes, especialmente hacia el este y el oeste, y en momentos tardíos fue habitado, de acuerdo a los conocimientos alcanzados hasta el momento, por sociedades con determinadas características culturales que le otorgan ciertas particularidades con respecto a los desarrollos de otras regiones del NOA y los Andes Centro-sur, al punto de haberse reconocido incluso algunas diferencias con las sociedades del valle de Yocavil de la misma época con las que comparte un sustrato cultural común (ver Capítulo 4).

De esta manera, la identificación de materiales e información foránea o que permita establecer conexiones extrarregionales en los materiales y colecciones estudiadas se realizó por medio de la combinación, y mutuo reforzamiento, de un acercamiento que considera rasgos estilísticos con otro que apunta a la identificación de materias primas y sus áreas de procedencia.

Estos procedimientos metodológicos permitieron obtener un conjunto relevante de datos que fueron analizados principalmente desde una perspectiva cualitativa[2] considerando aspectos como el

[2] Generalmente, resulta muy difícil integrar y evaluar en conjunto todas las evidencias de interacción interregional para una región desde una perspectiva cuantitativa. Esto se debe, por ejemplo, a la usual escasez de materiales foráneos en

tipo de materiales en circulación, la cantidad y variedad relativa de los mismos, la/s dirección/es en que se mueven y la duración temporal de los desplazamientos. Estos análisis permitieron evaluar situaciones de contacto entre sociedades calchaquíes y aquellas de otras regiones y proponer circuitos diferenciales de interacción interregional a través del tiempo.

contextos arqueológicos, la necesidad de utilización de distintas técnicas de determinación, habitualmente costosas, para cada artefacto, la envergadura y costos de los trabajos de investigación de campo que requiere una problemática de escala regional y fundamentalmente la dificultad de lograr una manera adecuada de medir el aporte de evidencias de circulación interregional tan disímiles como una vasija, un núcleo o un desecho lítico, un artefacto en madera, evidencias esqueletales, caminos, etc.

CAPÍTULO 4: EL VALLE CALCHAQUÍ: ENCUADRE ESPACIAL, PROCESOS PREHISPÁNICOS TARDÍOS Y MATERIALIDAD.

4.1 Marco ambiental.

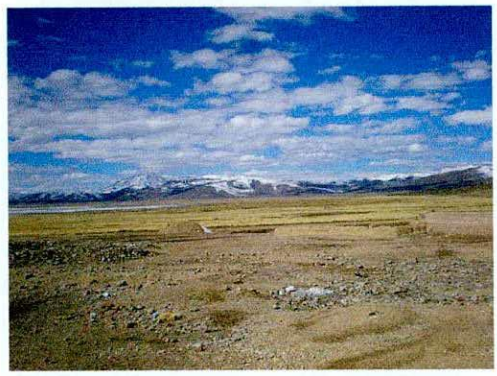
4.1.1 La Provincia de Salta.

El extenso territorio de la Provincia de Salta presenta un relieve escalonado que se compone de bloques montañosos de sentido longitudinal separados por anchos valles o planicies (Lámina 1). El bloque Salto-jujeño, que trasciende los límites de la provincia, incluye en Salta las sierras de la Capilla, Lampasillos, Cumbre del Obispo, Amblayo y León Muerto en el sur. La sección salteña del bloque Salto-jujeño esta separada de la puna por el valle Calchaquí cuya pared occidental son las sierras de La Poma y Cachi. Al oriente del bloque Salto-jujeño y separado de él por la quebrada de Las Conchas y el valle de Lerma están las sierras de Carahuasi, Peñas Blancas y Castillejos. El bloque de las Sierras Subandinas, borde de la cuenca sedimentaria del Chaco, se extiende en cordones longitudinales desde más allá del límite con Bolivia hasta casi la ciudad de Tucumán en una extensión de 600 km (Hongn s/f, Reboratti 2006, Serrano 1963, Valencia *et al.* 1970).

De acuerdo a las diferencias en el relieve, clima, flora y fauna, en el paisaje de Salta pueden definirse cuatro regiones naturales. La **puna** es una altiplanicie desértica ubicada por encima de los 3000 m de altura, con alturas medias que alcanzan los 3800 m y que morfológicamente traspasa fronteras políticas hacia el sur de Bolivia (Altiplano boliviano) y NE de Chile (Desierto de Atacama) (Figura 2). Está limitada hacia el oeste por la línea de volcanes y cordones de origen reciente que marcan la frontera con Chile, tales como el Socompa (6031 m), el Llullaillaco (6720 m) o el Azufre (5600 m), mientras que su límite este lo marca el encadenamiento montañoso denominado Cordillera Oriental, un sistema de orientación norte-sur que encuentra su mayor altura en el Nevado de Cachi, de 6380 m (Serrano 1963, Reboratti 2006).

El relieve puneño es relativamente chato, con algunos cordones montañosos como el de Antofalla y Calataste que se elevan esporádicamente, y se encuentra interrumpido por amplias depresiones salitrosas, los salares, lagunas y pequeñas vegas, los fértiles oasis del desierto puneño (Serrano 1963). Los suelos son arenosos, con ocasionales formaciones de dunas, o pedregosos, con muy bajo contenido de materia orgánica (Reboratti 2006).

Figura 2: Fotografía de la Puna.



El clima de la puna es frío y seco con grandes amplitudes térmicas diarias. Las mínimas pueden llegar en el invierno a los -15°C y el promedio general es de 10°C. Las precipitaciones son escasas, lo cual no favorece la formación de nieve salvo a alturas mayores de los 5000 m (Reboratti 2006, Serrano 1963).

Estas condiciones dan como resultado una vegetación esteparia, dominada principalmente por pastos duros y arbustos como la tola (*Paraestrephia sp.*), la añagua (*Adesmia horridiscula*), la yareta (*Azorella yareta*) y la tolilla (*Fabiana densa*) que no cubren el suelo en su totalidad, el cual aperece en gran medida libre de vegetación. En las zonas deprimidas donde se acumula el agua de vertiente se da la formación de un microambiente diferenciado (vegas) donde suelen aparecer gramíneas. Los árboles de mayor porte, como la queñoa (*Polylepis ferox*) y el churqui (*Prosopis ferox*), son muy escasos y únicamente aparecen en los bordes orientales más bajos de la puna (Cabrera 1971, Reboratti 2006).

En cuanto a la fauna, en el paisaje puneño se destaca por sobre todo la presencia del guanaco (*Lama guanicoe*) y la vicuña (*Lama vicugna*), pero también se encuentra el suri andino (*Pterocnemia pennatta garleppi*), la chinchilla (*Chinchilla chinchilla*), el gato andino (Felis jacobita), aves como el flamenco (*Phoenicopterus andinus* y otras dos especies) y varias especies de patos (Reboratti 2006, Serrano 1963).

Como segunda región natural en la Provincia de Salta se puede mencionar la **región Salto-jujeña**. Sus bloques siguen una orientación longitudinal originando valles tectónicos como el Calchaquí y la quebrada de Humahuaca y se encuentran atravesados por valles de erosión profundos y angostos en sentido transversal o diagonal descargando por ellos las aguas de casi toda la cuenca hidrográfica hacia el río Juramento en el caso del sector salteño y hacia el Bermejo en el de Jujuy (Figura 3). Estos valles constituyen vías naturales que conectan las llanuras del chaco santiagueño con el valle Calchaquí y, más allá, con la puna (Serrano 1963).

Esta es la región del Monte, caracterizada por un clima cálido y seco con gran variedad de temperaturas en el día y entre estaciones. La lluvia es poca, restringida a los meses de verano y con

un marcado gradiente este-oeste. Las precipitaciones pueden variar entre 80 mm y alrededor de 300 mm anuales, aunque en pocos lugares superan los 200 mm (Serrano 1963, Pol *et al.* 2006).

Figura 3: Fotografía del valle Calchaquí.

La fauna y la vegetación tienen un carácter bastante homogéneo en toda la extensión de la región (Pol *et al.* 2006). Entre los mamíferos, se destacan la vicuña y el guanaco, cérvidos y roedores, así como el puma (*Felis concolor*) y zorros. La vegetación es de estepa arbustiva alta, que incluye espinillos y churquis (*Acacias sp.*), molles (*Schinus molle*), bosques de algarrobos (*Prosopis alba* y *nigra)* en algunas zonas, presencia de cactáceas columnares o cardones (*Trichocereus pasacana*) y gran cantidad de pequeños arbustos que crecen en las laderas de las montañas y quebradas hasta los 3000 m de altitud (Pol *et al.* 2006, Serrano 1963).

La **región subandina** incluye la vertiente oriental de las cadenas montañosas de los Andes donde se extiende el sistema de los bosques nublados y selvas de montaña, conocidos como yungas (Figura 4). En estos bosques húmedos subtropicales el clima es caluroso y húmedo, con precipitaciones que sobrepasan los 2000 mm anuales concentradas entre noviembre y marzo (Brown *et al.* 2006, Serrano 1963).

Figura 4: Fotografía de las Yungas.

Esta región presenta una pronunciada gradación altitudinal que se corresponde con importantes variaciones en la composición de la vegetación. De acuerdo con la altura sobre el nivel del mar la flora se organiza en tres grandes pisos, dos de los cuales son selvas (Brown *et al.* 2006, Corcuera 1997).

El piso inferior, sobre relieve todavía muy suave, corresponde a la Selva Pedemontana que se ubica entre los 400 y 700 msnm. En ella se diferencian principalmente dos unidades ambientales: "selva de palo blanco y palo amarillo" (*Calycophyllum multipflorum* y *Phyllostylon rhamnoides* respectivamente) en las áreas más septentrionales (Provincias de Salta y Jujuy) y la "selva de tipa y

pacará" (*Tipuana tipu* y *Enterolobium contortisiquum* respectivamente) en las más meridionales (Provincia de Tucumán fundamentalmente). Las especies dominantes son el palo blanco, el palo amarillo, el lapacho rosado (*Tabebuia impetiginosa*), el cebil (*Anadenanthera colubrina*), la quina (*Myroxylon peruiferum*), el peterebí (*Cordia trichotoma*), el palo lanza (*Patagonula americana*), la pacará y el urundel (*Astronium urundeuva*) y numerosas hierbas y lianas (Brown *et al.* 2006, Cabrera 1971, Corcuera 1997).

La Selva Montana ocupa las laderas de las montañas entre los 700 y los 1500 msnm y es donde se registran las mayores precipitaciones de la región. Esta selva constituye una densa masa de vegetación, con áboles que superan los 30 m de altura y entre ellos una red de lianas y enredaderas. Al interior de ella se reconocen dos estratos con predominancia diferencial de especies vegetales (Brown *et al.* 2006, Cabrera 1971). Hasta los 1000 m se desarrolla la selva basal, dominada por las tipas (blanca y colorada) y los laureles (*Cinnamomum porphyrium*, *Nectandra pichurim* y *Ocotea puberula*), con aparición de epífitas y una cobertura vegetal del suelo de arbustos y helechos. Entre los árboles también se encuentran el cebil, el lapacho, el roble (*Ilex argentina*), cedros (*Cedrela lilloi*, *Cedrela angustifolia*), la maroma (*Ficus maroma*), el horco cebil (*Parapiptadenia excelsa*), la quina, el urundel y el peterebí y en ciertos sectores a la vera de los ríos pueden desarrollarse densos cañaverales (Cabrera 1971, Corcuera 1997, Serrano 1963).

Entre los 1000 y los 1500 m, donde la neblina es más frecuente, aparece la selva de mirtáceas. Predomina el horco molle (*Blepharocalyx gigantea*), que a menudo supera los 40 m de alto, también se desarrollan inmensos nogales (*Juglans australis*) y cedros autóctonos. En este estrato, con más de 200 especies únicamente de árboles, se da el mayor desarrollo de los helechos y de las epífitas (Cabrera 1971, Corcuera 1997, Serrano 1963).

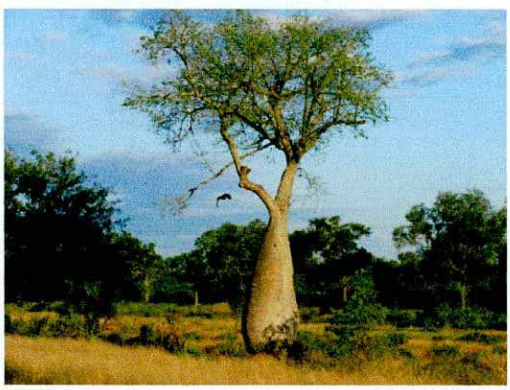
El piso superior corresponde al Bosque Montano, que se ubica entre los 1500 y 3000 msnm. En esta zona la neblina persiste o se hace más intensa, aunque la selva ha sido reemplaza por el bosque, donde la variedad de árboles es menor. Es común la formación de bosques de una única especie arbórea como el pino del cerro (*Podocarpus parlatorei*) o el aliso (*Alnus acuminata*). También se registran la yoruma colorada (*Roupala meisneri*) y la flor de la quebrada (*Fuchsia boliviana*), el nogal criollo (*Juglans australis*), el arbolillo (*Viburnum seemenii*), el sauco (*Sambucus peruviana*) y el palo yerba (*Ilex argentinum*). Por debajo del nivel de los árboles se desarrollan algunos arbustos, hierbas y musgos, y líquenes suelen cubrir sus cortezas. Con el aumento de la

altitud, paulatinamente, se observan sectores de pastizales que finalmente dominan el paisaje (Brown *et al.* 2006, Corcuera 1997).

En la región subandina habita el puma y otros felinos como el yaguareté o jaguar (*Panthera onca*) y el gato montés (*Felis Geoffroyi*), ciervos y roedores. Se destacan otros mamíferos como el tapir o anta (*Tapirus terrestris*), corzuela parda y roja (*Mazama gouazoubira* y *Mazama americana*), ardilla roja (*Sciurus vulgaris*), coatí (*Nasua nasua*), lobito de río (*Lontra longicaudis*), mono caí (*Cebus apella*), oso hormiguero (*Myrmecophaga tridactyla*) y las mulitas (*Dasypus sp.*). Abundan los insectos y peces. Se observan también anfibios (sapos y ranas), reptiles (serpientes, culebras, lagartos y lagartijas) y aves (colibríes, loros, lechuzas, tucanes, águilas, etc.) (Corcuera 1997, Serrano 1963).

Por último, la **región chaqueña** es un amplia llanura sedimentaria, cruzada por importantes cursos de agua, principalmente el Juramento-Salado, el Bermejo y el Pilcomayo (Serrano 1963, Torrella y Adámoni 2006) (Figura 5). Al interior se reconoce la subregión denominada Chaco Semiárido o Seco que ocupa el este de Salta y Tucumán, casi la totalidad de Santiago del Estero, el oeste de Chaco y Formosa y parte del norte de Córdoba. Esta subregión está dominada por la presencia del bosque chaqueño, xerófilo y semicaducifolio, que antes de su intensa depredación se caracterizaba por la predominancia del quebracho colorado santiagueño (*Schinopsis quebracho-colorado*) y el quebracho blanco (*Aspidosperma quebracho-blanco*), que puede superar los 20 m de altura. El bosque chaqueño también esta integrado por otros árboles más bajos como el mistol (*Ziziphus mistol*), de frutos comestibles, el palo cruz (*Tabebuia nodosa*) y una gran variedad de árboles y arbustos (Torrella y Adámoni 2006).

Figura 5: Fotografía de la Región Chaqueña.



La subregión presenta una gran diversidad faunística, destacándose, entre los mamíferos, el yaguareté, el tatú carreta (*Priodontes maximus*) y otros armadillos, el guanaco, varias especies de pecaríes, el venado de las pampas (*Ozotoceros bezoarticus leucogaster*), oso hormiguero y gran variedad de aves, reptiles e insectos (Torrella y

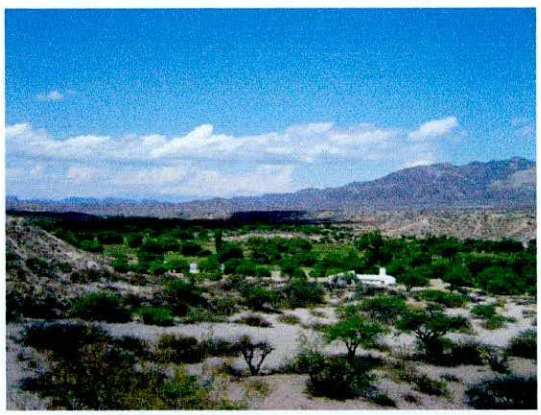
Adámoni 2006).

4.1.2 El valle Calchaquí

4.1.2.1 Geomorfología

El valle Calchaquí (Figura 6) es una fosa tectónica que se extiende de norte a sur por los Departamentos de La Poma, Cachi, Molinos, San Carlos y Cafayate en el centro-oeste de la Provincia de Salta (Lámina 1). En su recorrido presenta una altura sobre el nivel del mar que varía entre 3500 metros en las nacientes del valle y 1700 metros en las zonas más bajas y meridionales, a la altura de Cafayate. Por dicha fosa escurre el río Calchaquí, que nace en el Nevado del Acay y sigue una dirección sur hasta confluir con el río Santa María.

Figura 6: Fotografía del valle Calchaquí.



El valle conforma una faja alargada con bordes relativamente paralelos con un recorrido general de norte a sur por aproximadamente 200 km de longitud. En este trayecto, comunica el alto relieve puneño occidental y noroccidental con las zonas bajas más húmedas y cordones montañosos de menor altura que se emplazan al este y sudeste. El límite oriental del valle Calchaquí corresponde al ramal intermedio de la Cordillera Oriental de Salta del cual se destacan, de norte a sur, las serranías de San Miguel, Lampasillos, del Zapallar y Apacheta, con alturas que alcanzan los 5850 m en la primera. Su límite occidental está determinado por un sector del límite entre el macizo puneño y la Cordillera Oriental que sigue la línea de las sierras de La Poma (5000-5500 msnm), el Nevado de Palermo, las Sierras de Cachi (con el Nevado de Cachi de 6380 msnm), desde donde los cordones pierden altura para retomarla luego más al sur en el curso inferior del río Luracatao, en los cerros Overo, Encrucijada y la porción septentrional de la sierra de Quilmes o del Cajón, con alturas máximas entre 3500 y 4000 msnm (Hongn s/f, Tarragó y De Lorenzi 1976, Valencia *et al.* 1970, Vilela 1956).

Las cadenas de cerros de ambas márgenes del valle están conformadas por un basamento

de materiales precámbricos en el que se diferencian varias unidades de acuerdo con sus características litológicas. Una de ellas es la Formación Puncoviscana, cuyos principales afloramientos se encuentran en el cerro Tin Tin, en la margen oriental del valle Calchaquí y en la margen occidental, desde Molinos hacia el norte. Se compone por una intercalación de pelitas, grauvacas y areniscas, y agrupaciones menores que representarían facies de lavas ácidas (dacíticas y quizás riolíticas) que afloran en la margen occidental del valle de Las Cuevas, al oeste de Cachi. Asimismo, la Formación La Paya aflora principalmente en el sector de las cumbres de Brealito y hacia el sur de Molinos, en los cerros Overo, Rumio, Condorhuasi y Cuevas. Este último sector está compuesto por una amplia variedad de tipos litológicos, entre ellos filitas, metacuarcitas, esquistos y migmatitas (Hongn s/f, Tarragó y De Lorenzi 1976).

La cubierta sedimentaria está constituida por elementos cretácico-terciarios del Grupo Salta dentro del cual se distingue el Subgrupo Pirgua que se manifiesta en la región de Molinos-Brealito, en el valle de Las Cuevas y en ambos lados del valle Calchaquí. Los afloramientos del valle de Las Cuevas están compuestos por conglomerados de matriz gruesa y mediana y areniscas con tonalidades rojas. Los clastos son de metamorfitas de muy bajo y bajo grados, venas de cuarzo, granitos y volcanitas ácidas. Por su parte, en el flanco oriental del cerro Tin Tin el Subgrupo consiste de areniscas y conglomerados con clastos de metamorfitas, cuarcitas y cuarzo. Por último, durante el Cuaternario, se produjo la depositación de sedimentos de pie de monte y conos de deyección que se desarrollan en las depresiones de la región (Hongn s/f).

Las grandes cadenas montañosas están separadas por profundos valles intermontanos, recorridos por ríos de diversa importancia que integran un sistema exorreico de desagüe hacia el Océano Atlántico, constituido por grandes colectores que, con numerosos tributarios, conforman una red dendrítica.

El colector principal es el río Calchaquí, que originándose en los deshielos del Nevado de Acay, corre hacia el sur, hasta su confluencia con el río Santa María a la altura de Cafayate. El valle del río Calchaquí es estrecho y presenta forma de V en su comienzo al norte de La Poma donde presenta una amplitud variable entre 1 y 1,5 km de ancho hasta aproximadamente San Carlos. A partir de allí comienza a ensancharse alcanzando su máximo de 10 km a la altura de Cafayate a 1680 msnm (Tarragó y De Lorenzi 1976).

El valle del río Calchaquí presenta una acentuada disparidad entre las vertientes oriental y occidental, particularmente en su sector norte, desde su nacimiento hasta la localidad de Payogasta. La vertiente occidental presenta una densidad de drenaje mayor, con el desarrollo de cursos de agua permanentes como los ríos Salado y Palermo, debido a las mayores precipitaciones y especialmente a los deshielos en las altas cumbres occidentales. En cambio, la margen oriental presenta afluentes de menor caudal como el río Potrero e incluso de carácter intermitente como los arroyos Seco y Valdez.

Hacia el sector medio del valle, entre las localidades de Payogasta y Angastaco, si bien aumenta la densidad de drenaje desde el oriente con ríos como Tin Tin, Totora y Grande, continua siendo la vertiente occidental la que aporta los afluentes permanentes más caudalosos y significativos. Entre ellos se destacan el río Cachi, con nacientes en el nevado homónimo, el río Luracatao que confluye con el río Tacuil-Amaicha formando el río Molinos, que descarga el caudal de esta cuenca al río Calchaquí y, finalmente, el río Angastaco que, con aportes de los ríos Hualfín, Compuel y Huasamayo, alcanza al río principal a la altura del pueblo de Angastaco. Finalmente, en el sector sur, el río Calchaquí cambia su rumbo hacia el sudeste hasta confluir con el río Santa María, de sentido inverso (Baldini y De Feo 2000, Baldini y Villamayor 2007, Hongn s/f, Ruiz Huidobro 1960, Vilela 1956).

4.1.2.2 Clima

El valle calchaquí se enmarca en una región semiárida, pero que presenta importantes variaciones provocadas por la presencia de agua, la variación altitudinal y la geomorfología.

El clima seco, con temperaturas medias de 11°C en invierno (con mínimas levemente por debajo de 0°C) y de 18°C en verano (con máximas de 30°C), es acompañado por una intensa radiación solar y grandes diferencias térmicas entre el día y la noche. Sin embargo, se advierten algunas variaciones en la temperaturas medias anuales en diferentes sectores del valle, registrándose en La Poma 12° promedio, mientras que en Molinos y Cafayate 16° y 18° respectivamente (Tarragó y De Lorenzi 1976).

Las precipitaciones son escasas y oscilan entre 140 mm en el sector norte del valle del río Calchaquí (con registros aún menores en La Poma donde se dan 97 mm anuales) y 200 mm en su

extremo sur. Se producen únicamente en la época estival del año (Diciembre a Marzo) cuando alcanzan al 85% de las precipitaciones, siendo los otros ocho meses totalmente secos. A pequeña escala se dan algunas particularidades que hacen más variado el ambiente, como la ocurrencia de nevadas ocasionales y neblinas periódicas que incrementan la humedad de ciertos sectores.

Las mencionadas condiciones son producto de la posición continental de la región y de la altura de los cordones de montañas de rumbo N-S, localizados al oriente del valle que bloquean la entrada de los vientos húmedos del Atlántico (Ardisonne 1940, Hongn s/f, Vilela 1956).

4.1.2.3 Recursos

La flora predominante en la zona pertenece a las Provincias del Monte y Prepuna con plantas adaptadas a suelos pedregosos y permeables y al clima seco imperante. Hacia el norte de Cachi, ligado con una mayor altitud y mezclado con los rasgos de la Provincia del Monte, se presentan componentes pertenecientes a la Provincia Prepuneña que se identifica principalmente por la presencia de cactáceas columnares pertenecientes al género *Trichocereus*, en particular cardones (*T. pasacana*). Otro elemento a destacar es la aparición de bromeliáceas sexícolas que se desarrollan en la superficie de las rocas como los géneros *Deuterocohnia*, *Dyckia*, *Abromeitiella*, gramíneas duras (*Stipa*), etc. (Cabrera 1971, Tarragó y De Lorenzi 1976)

En cambio, hacia el sur de Cachi-Payogasta se observa vegetación de la Provincia del Monte representada por especies arbustivas como cachiyuyo (*Atriplex ondulatum*), retama (*Bulnesia retamo*), jarillas (*Larrea nítida* y *Larrea divaricata*), *Cortaderia rudiuscula y argentea*, estas últimas vinculadas a sectores anegados y a vegetación a orilla de los ríos (Cabrera 1971). Por su parte, los componentes arbóreos más frecuentes son: tola (*Baccharis tola*), tala negro (*Celtis sp.*), churqui, molle, brea (*Cercidium australe*), chañar (*Geoffroea decorticans*), algarrobo blanco y negro, estando estos últimos, en general vinculados con la presencia de mayor cantidad de humedad en suelo principalmente proveniente de cursos de agua o napas freáticas. También se registran especies alóctonas como sauce criollo (*Salix humboldtiana*) y eucaliptus (*Eucalyptus globulus*) (Tarragó y De Lorenzi 1976, Valencia *et al.* 1970). A estas especies se suman las hierbas y gramíneas en el estrato inferior.

Cabe destacar que para momentos prehispánicos, especies arbóreas como el algarrobo y el

chañar constituyeron un recurso fundamental para la subsistencia del cual se podían extraer productos como leña, harina de sus vainas, aloja, tinturas y madera para la confección de postes o de diversos instrumentos (Baldini y Villamayor 2007). Este aprovechamiento integral continúa en la actualidad (Santoni y Torres 1995/6).

En cuanto a la fauna, se destacan especies animales como puma, zorros colorados (*Ducicyon culpaeus*), zorros grises (*Ducicyon griseus*), roedores tales como chinchillones o vizcachas (*Lagidium sp.*), el cuis andino (*Cavia sp.*), entre las aves, pericotes andinos (*Auliscomis sublimis*), las tinamiformes (perdices o "guaipo"), el cóndor (*Vultur gryphus*) y dentro de los desdentados armadillos y quirquinchos chicos (*Chatophactus vellerosus*). Los camélidos (llama, guanaco y vicuña) y la taruca o huemul (*Hippocamelus antisensis*) son los principales especímenes de porte de la fauna regional explotados en la subsistencia humana (Santos Gollán 1958, Tarragó y De Lorenzi 1976).

A los fines de la ocupación y explotación humana en el pasado, los depósitos cuaternarios, que ocupan las laderas del escarpado complejo orográfico y las márgenes de los ríos, constituyen un rasgo geomorfológico de importancia. Estos depósitos, constituidos por sedimentos fluviales medianos a finos que se originan en los momentos de mayores precipitaciones y que luego son distribuidos en las márgenes de los principales ríos, presentan una amplia distribución en el valle. A pesar de su textura arenosa, moderada alcalinidad y bajo contenido de materia orgánica, estas áreas poseen propiedades pedogenéticas por lo cual las posibilidades de desarrollo agrícola se dan en los terrenos subhorizontales que presentan el río Calchaquí y sus tributarios con agua permanente conformado una angosta faja a ambos lados de sus cauces, variando su capacidad agrícola según los distintos sectores del valle (Baldini 2003, Baldini y Villamayor 2007, Tarragó y De Lorenzi 1976, Valencia *et al.* 1970).

Actualmente, la agricultura con riego es la actividad productiva predominante de las comunidades calchaquíes. Sus cosechas principales son pimientos, habas, porotos y tomate que se comercializan fuera del valle y son complementadas con cultivos de maíz, papa, quinoa, trigo, zapallo, legumbres y vegetales de consumo regional. Más recientemente se han iniciado cultivos de especies aromáticas en algunas zonas, como el valle de Molinos. Hacia el sur, sin embargo, las mejores condiciones climáticas hacen posible el cultivo de la vid y frutales. En época arqueológica, fueron particularmente importantes en la dieta humana recursos tales como el maíz, porotos

cultivados hacia el fondo de valle, las papas y quinoa en zonas de mayor altura como las cuencas interiores de la ladera occidental. A estos se suman otros recursos silvestres como el algarrobo y el chañar, y con relación a otros aspectos, especies con propiedades medicinales, apropiadas para la cestería, etc. (Baldini 2003, Baldini y Villamayor 2007, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Para las sociedades prehispánicas andinas, la crianza de llamas y el pastoralismo constituyeron recursos económicos tan importantes como la agricultura. Los rebaños de camélidos proveyeron variados recursos (carne, lana, etc.) y constituyeron animales de carga en caravanas que vinculaban a través del tráfico de bienes distintas zonas ecológicas (Murra 1978, Núñez y Dillehay 1995 [1978]). En la actualidad, en las zonas más altas del valle perviven guanacos, vicuñas y llamas, mientras que se ha incorporado la cría de ganado lanar y caprino con éxito por su gran adaptación al medio (Vilela 1956).

En cuanto a los recursos minerales se puede destacar la existencia de varias minas metalíferas en la región y zonas vecinas. La zona de San Antonio de los Cobres al norte, es una de las más destacadas por sus importantes yacimientos de gran rentabilidad que son explotados en la actualidad. A escasos kilómetros de esta localidad se hallan ubicadas las minas Esperanza, Rosa y California destinadas a la extracción de minerales de plata (pirita, calcopirita, cerusita), además, particularmente en el Macizo del Acay, se encuentra la mina Saturno de la cual se extraen carbonatos (malaquita y azurita) y sulfuros de cobre. Por último los yacimientos de oro Incahuasi se ubican en la puna, a 234 km al SO de San Antonio de los Cobres (Angelelli *et al.* 1970). Otra zona donde se localizan recursos mineros es en los alrededores de la Laguna el Brealito, ubicada en el sector medio del valle Calchaquí, en donde se presentan yacimientos de cobre y plata (Hongn s/f). Asimismo debemos tener en cuenta la posible presencia de otras minas metalíferas que por no ser redituables económicamente en la actualidad no figuran en los registros de la Dirección Nacional de Geología y Minería pero que pudieron haber sido utilizadas en el pasado.

Existen en la región claras evidencias de actividades metalúrgicas prehispánicas representadas por los hallazgos en distintos sitios arqueológicos. En La Encrucijada, localizada en el alto valle Calchaquí, a 34 km al norte de la localidad de La Poma, fueron hallados restos de hornos de fundición de metales, acompañados por restos de mineral de cobre, escorias y un maray para la molienda de minerales (Rodriguez Orrego 1975). Asimismo, los sitios arqueológicos de Valdez, Potrero de Payogasta, Cortaderas Derecha y Molinos I muestran también evidencias de producción

metalúrgica (Baldini 1992a, m.s., Earle 1994, Jacob 1999). También son evidencia del fuerte desarrollo de esta actividad los productos terminados depositados en las tumbas de La Paya, El Churcal y Tero entre los sitios tardíos.

La sal, constituyó otro recurso mineral clave para las sociedades prehispánicas y fue objeto de intenso tráfico en el mundo andino. Los salares de mayor relevancia se localizan en la zona de la puna, destacándose el Salar de la Laguna Barreal, Centenario, de Pastos Grandes, Pocitos o Quirón y Ratones en la puna de Salta y el Salar del Hombre Muerto y de Antofalla, en la puna catamarqueña (Hongn s/f), a los que se accede por las cuencas occidentales del valle Calchaquí (Baldini y Villamayor 2007, Baldini *et al.* 2004).

Como se mencionó con anterioridad, la particular geomorfología de la región y sus formaciones resultantes aportaron una diversidad de rocas de importancia para el aprovechamiento por las sociedades prehispánicas. En el valle de Las Cuevas, al oeste de Cachi, se localizan facies de lavas ácidas (dacitas y riolitas) y venas de cuarzo y granitos, mientras que en el flanco oriental del cerro Tin Tin se ubican clastos de metamorfitas, cuarcitas y cuarzo. Las cumbres de Brealito y, al sur de Molinos, los cerros Overo, Rumio, Condorhuasi y Cuevas, ofrecen variedades litológicas como filitas, metacuarcitas, esquistos y migmatitas (Hongn s/f). Algunas de estas materias primas fueron empleadas para la confección de instrumental lítico por las poblaciones tardías del valle (Sprovieri 2009a, Sprovieri y Baldini 2007)

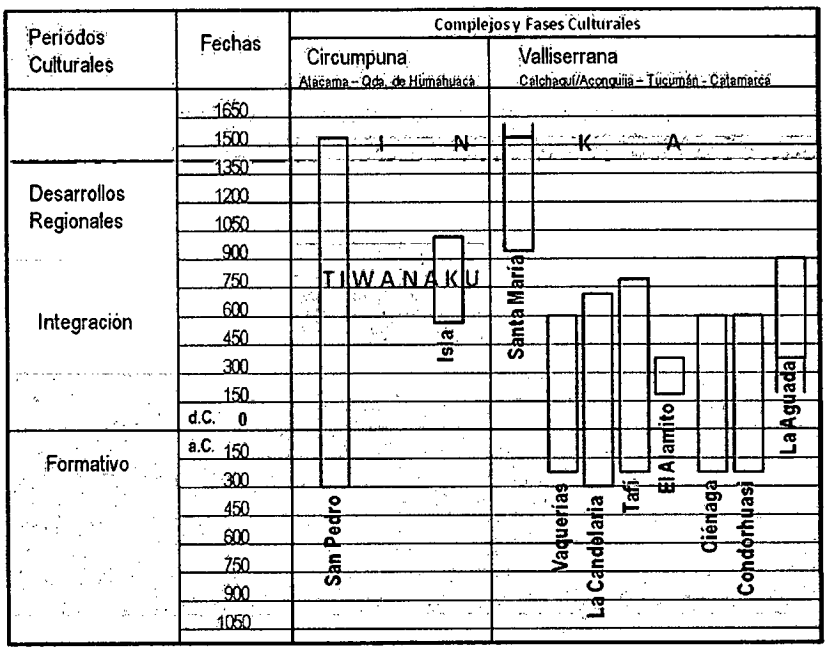
En síntesis, el territorio de la Provincia de Salta muestra una sucesión, en sentido transversal, de regiones ambientales que presentan particularidades en cuanto a relieve, clima y recursos naturales. En una de esas regiones se encuentra el valle Calchaquí, marco espacial de esta investigación, el cual exhibe una posición estratégica como zona intermedia que vincula la región puneña hacia el oeste con las zonas bajas y húmedas del este. A lo largo del trayecto del valle se presenta una variedad de recursos naturales, de los que existe evidencia de su explotación por parte de las poblaciones prehsipánicas que lo habitaron. Sin embargo, como se desarrollará más adelante (ver Capítulo 5 y 6.5), también se registra una larga historia, aunque de características cambiantes, de relaciones con otros ámbitos geográficos.

4.2 Marco sociohistórico

4.2.1 La sociedad local durante los Desarrollos Regionales

El Período de Desarrollos Regionales en el NOA (900-1430/70 DC) (Figura 7) ha sido caracterizado como un momento de crecimiento demográfico acompañado por el surgimiento de sociedades que lograron un alto nivel de complejidad social. Se plantea la existencia de diferencias de rango social y jerarquías políticas y la presencia de una elite que contaba con importantes privilegios, a diferencia del resto de la población, especialmente en cuanto al acceso y control de los recursos, tierra, trabajo, redistribución de bienes, y poder político. Estas sociedades contaban con territorios controlados y defendidos y habrían entrado en competencia con unidades sociales similares por zonas de alto valor agropecuario, por recursos claves como el agua, por vías de comunicación y por otros factores sociales y políticos. Estos desarrollos constituían parte de un proceso mayor de consolidación de la cohesión social interna dentro de cada territorio y de centralización del poder. En este sentido, una organización política basada en jefaturas regionales que integraban grandes territorios en los valles más importantes, es sostenida por muchos autores (DeMarrais 2001, González y Pérez 1972, Otonello y Lorandi 1987, Raffino 1983, 1988, Tarragó 1995, 2000, Tarragó *et al.* 1997).

Figura 7: Cuadro cronológico para la región valliserrana del NOA, la Quebrada de Humahuaca y la región Atacameña (modificado de Pérez Gollán 1994).



En este particular contexto de enfrentamiento entre entidades sociopolíticas se da la emergencia de un modo de asentamiento específico, el pukará, cuya localización en la cima de cerros y lugares de buena visibilidad y difícil acceso, sumado a la presencia en algunos casos de murallas, le otorga un carácter defensivo y de control por excelencia. La evidencia sobre asentamiento reunida hasta el momento sugiere que las comunidades de mayor tamaño se encontraban localizadas en las terrazas inmediatamente por encima de las zonas irrigadas por el río y que conservaban acceso a las tierras cultivables. A lo largo del período dichos asentamientos fueron creciendo hasta convertirse en centros regionales rodeados de varias aldeas pequeñas, instalaciones productivas y puestos para tareas específicas que se encontraban funcionalmente vinculados para ser aprovechados por una unidad productiva durante el ciclo anual. En general se plantea que el núcleo básico que integraba el patrón de asentamiento era el pukará desde el cual se ejercía el control de los núcleos residenciales campesinos, las zonas agrícolas y los recursos como agua y pastos (DeMarrais 2001, Tarragó 2000, Tarragó y Nastri 1999, Tarragó *et al.* 1997).

Paralelamente se ha advertido una marcada intensificación en la explotación, manejo y control efectivo de recursos naturales, vías de comunicación y áreas económicamente significativas. El medio de subsistencia básico lo constituyó un patrón mixto agrícola-ganadero. Para estos momentos se hallaban bien establecidas la agricultura intensiva con la incorporación del riego y la construcción de terrazas y andenes en las laderas de los cerros, estrategias que permitieron ampliar los terrenos cultivables a niveles incluso mayores que en la actualidad. El rendimiento de la agricultura se vio además incrementado por la introducción de nuevas variedades de maíz, porotos, calabaza y tubérculos. La contraparte fundamental de este sistema fue la ganadería de camélidos que implicaba el mantenimiento de rebaños de llamas mediante el acceso a los pastizales de altura y de las vegas de fondo de valle. El gran complemento a este medio de vida parece haber sido la recolección de especies vegetales como el algarrobo y la caza de animales silvestres (entre los de porte se incluyen guanacos, vicuñas y tarucas) en pampas altas y ambientes de puna.

La diversidad ecológica que presenta el ambiente andino impulsó el desarrollo de redes de caravanas que vinculaban comunidades estables mediante la movilización de bienes y recursos de diferentes zonas ecológicas. Esta situación generó amplia interacción que a partir del intercambio regional a corta y larga distancia vinculó sociedades de distintas áreas (Tarragó 2000, Tarragó *et al.* 1997).

La magnitud y calidad lograda en la producción artesanal fue una característica distintiva de los Desarrollos Regionales en el NOA. Se ha señalado que los avances tecnológicos llevaron al establecimiento de talleres destinados a la producción de bienes con un alto valor material, social y simbólico por parte de artesanos especializados. La presencia de estos últimos se vincula generalmente con la necesidad de fortalecimiento y consolidación de las elites dentro de la sociedad, marcando un proceso de acentuación de relaciones sociales desiguales que se prolongó en la organización del trabajo y en la distribución y consumo de bienes. Los objetos de uso cotidiano y bienes suntuarios elaborados poseen, además de sus evidentes connotaciones tecnológicas y económicas, una fuerte carga simbólica que los llevó a ser utilizados en contextos rituales para despliegues de ostentación. Gran parte de estos objetos fueron empleados en prácticas relacionadas con el establecimiento y legitimación de la desigualdad social y con la búsqueda por parte de las elites de financiar y negociar su status dentro de la sociedad (DeMarrais 2001, Tarragó 1995, 2000).

Recientemente, algunas de estas interpretaciones, especialmente las referidas a la organización sociopolítica, han sido cuestionadas como aplicables universalmente a todas las sociedades del NOA de los Desarrollos Regionales, planteándose propuestas que enfatizan el gobierno descentralizado, las prácticas corporativas (Nielsen 2006b) y la integración comunal (Acuto 2007), como rasgos centrales de la vida social en este período. Esto hace necesario considerar el desarrollo social en cada área del NOA en particular.

En el ámbito de los Valles Calchaquíes y sus cuencas tributarias, durante este período se desenvuelve la tradición cultural Santamariana que ocupó también áreas adyacentes hacia el este como el valle de Lerma en Salta y el valle de Tafí en Tucumán (González y Pérez 1972, Otonello y Lorandi 1987). Esta cultura arqueológica ha sido identificada a partir de un estilo específico denominado Santamariano, el primero definido como tal en la historia de la arqueología argentina, que se plasmó particularmente en objetos de cerámica y metal con un alto grado de estandarización y un patrón iconográfico y formal común (Tarragó *et al.* 1997).

Existen evidencias de la presencia de sociedades santamarianas en el valle Calchaquí desde los siglos XI y XII (Baffi *et al.* 2001, Baldini 1980, Pollard 1983, Raffino 1984). Sin embargo, de acuerdo al conocimiento actual de la historia de ocupación de la región se reconoce que el PDR abarca más que las sociedades santamarianas, identificándose un momento inicial (entre siglos IX y

XI aproximadamente) que involucra a grupos sociales que producían alfarerías diferentes de la santamariana-calchaquí[1] (Baldini *et al.* 2004), situación similar a la que ya se había observado en un sector de la localidad de Las Pailas (Baldini 1980, 1992a y b, 1996/7, Tarragó 1980a). Este primer momento está representado por poblaciones asentadas en sitios conglomerados y que contaban con una capacidad organizativa y tecnológica suficiente como para permitir un incremento en los procesos de crecimiento demográfico y concentración de población que se dan en los Desarrollos Regionales avanzados (Baldini 1992a, Baldini *et al.* 2004).

Con relación a la organización sociopolítica en el valle Calchaquí, las fuentes históricas sugieren que las poblaciones locales se integraban en unidades sociales autónomas y de pequeña escala, lo cual señalaría que la región no constituía un territorio políticamente integrado (Acuto 2007, DeMarrais 1997, Lorandi y Boixados 1987-88). Investigaciones arqueológicas apoyan la presencia de varias unidades políticas, con grandes comunidades como las de Borgatta y Valdez funcionando como centros regionales, cada uno de ellos núcleo de una entidad política pequeña e independiente y bajo el control de un líder local (DeMarrais 1997, 2001). Asimismo, se ha planteado, a partir de información sobre la disposición espacial de asentamientos en el valle troncal y sus quebradas tributarias, la hipótesis de la existencia de dos unidades sociopolíticas en el tramo entre las localidades de Payogasta y Molinos, vinculadas espacialmente a las cuencas del río Cachi y a la del río Molinos (Baldini y De Feo 2000) (Lámina 2). Más aún, recientes estudios plantean la integración comunal, la homogeneidad simbólica y material y el control comunal del desarrollo de desigualdades como rasgos que caracterizan la vida social de las poblaciones tardías del VC, a diferencia de la centralización política, segregación social y estratificación institucionalizadas anteriormente planteadas para las mismas (Acuto 2007, Leoni y Acuto 2008).

La ocupación del espacio en el valle Calchaquí estuvo influenciado por la posibilidad de acceso a tierras aptas para agricultura, mostrando una tendencia hacia la instalación de conglomerados de envergadura (con superficies de hasta 30 ha) en terrazas inmediatamente por encima de la faja irrigada del río (Baldini y De Feo 2000, DeMarrais 2001). Sobre algunas de las quebradas tributarias se emplazan también conjuntos habitacionales de dimensiones reducidas

[1] Como se detalla más adelante (ver Capítulo 4.3.1.1), el estilo alfarero Santamariano fue definido principalmente a partir de materiales del valle de Yocavil o Santa María en la Provincia de Catamarca. Con el avance de las investigaciones, se distinguieron especificidades en las tradiciones alfareras santamarianas del valle de Yocavil y del valle Calchaquí (Salta), por lo que se utiliza la denominación santamariana-calchaquí para hacer referencia al conjunto cerámico producido en el valle Calchaquí dentro de la amplia tradición alfarera Santamariana.

asociados a espacios acondicionados para el desarrollo de actividades agrícolas (Baldini y De Feo 2000). La disposición en el espacio regional de las instalaciones ha llevado a sugerir la posibilidad de la existencia de dos agrupamientos de asentamientos residenciales de dimensiones importantes que integran sitios de las quebradas tributarias, especialmente alrededor de las cuencas de los ríos Cachi y Molinos, quebradas que plantean una interesante accesibilidad a terrenos con alta productividad agroganadera, posibilidad del desarrollo de diferentes recursos económicos y que constituyen vías de comunicación interregional (Baldini 2003, Baldini y De Feo 2000, Baldini y Villamayor 2007, Baldini *et al.* 2004).

Algunos autores han llegado a plantear la existencia de una jerarquía de asentamiento con dos niveles en el VC, que integraría asentamientos de distintos tamaños y complejidad (centros regionales y aldeas menores) (DeMarrais 2001). Sin embargo, otros investigadores la han cuestionado, señalando que no se observan en el registro arqueológico del valle, las diferencias en infraestructura esperables entre instalaciones que funcionan como cabeceras políticas y asentamientos satélites de menor orden (Acuto 2007).

Por otro lado, algunos investigadores plantean que para momentos avanzados del PDR en el VC se producen cambios en el asentamiento que involucraron el traslado de conglomerados a localizaciones más elevadas y estratégicas que incluso incluyen construcciones defensivas (como muros de circunvalación), cambios que fueron relacionados a situaciones de tensión y conflicto creciente (DeMarrais 2001, Tarragó 1974, Tarragó y De Lorenzi 1976).

No obstante, otros autores destacan que aunque algunos de los poblados conglomerados del valle troncal se ubican en espacios que cuentan con una muy buena visibilidad del espacio circundante, no presentan dificultades en su acceso ni estructuras de defensa. Asimismo, las instalaciones defensivas registradas en el VC o bien se relacionan a la ocupación inkaica de la región, como el Pukará de Palermo o de Angastaco, en los sectores norte y sur del valle respectivamente, o se registran en los cuencas más occidentales de Tacuil y Luracatao en sectores lindantes con la puna (Baldini *et al.* 2004). Es decir que el patrón de asentamiento con estructuras de defensa en las cumbres de los cerros acompañadas por núcleos residenciales en la base y unidades dispersas en zonas más bajas, que se observa tan claramente en el valle de Yocavil, no se extendería al valle Calchaquí (Baldini 2003, Baldini y Villamayor 2007).

Al interior de los asentamientos se distinguen distintas técnicas constructivas y patrones arquitectónicos, reconociéndose un tipo de instalación en asentamientos con numerosas unidades aglutinadas que se mantiene a lo largo de todo el período, y que en sus momentos más recientes presenta una mayor diferenciación en algunas unidades (Baldini y Golfieri 2008, Baldini 2008, Ferreira 2009). Especialmente, los trabajos en Borgatta y Corral del Algarrobal, en Cachi Adentro, y en Valdez, en el sector norte del valle, han permitido identificar plazas, plataformas de tierra y otras construcciones no residenciales que podrían haber actuado como espacios apropiados para la realización de actividades ceremoniales y públicas para grandes audiencias. Esto ha llevado a sugerir diferencias en el tamaño y trazado al interior de los sitios, señalando una creciente complejidad de los mismos en esta época (DeMarrais 2001). En el sector central del valle, en el sitio El Churcal, se presenta un espacio despejado de características especiales en su centro, que habría tenido alguna funcionalidad pública (Baldini *et al.* 2007, Raffino 1984).

Por su parte, Acuto (2007) sostiene que al interior de los asentamientos no se han identificado sectores políticos y/o administrativos diferenciados y separados de las unidades residenciales, y que no existen construcciones de carácter monumental o espacios abiertos excepcionales, sugiriendo que los sitios del PDR no se encuentran divididos en sectores jerárquicamente distintos. Es decir, que a entender del autor, no estarían presentes tales indicadores de la existencia de instituciones políticas centralizadas y de toma de decisiones que superen el nivel de las unidades domésticas o la comunidad.

La subsistencia de las poblaciones calchaquíes estuvo sostenida por una combinación de actividades agroganaderas y de caza y recolección. Se encontraba desarrollada la agricultura de regadío y el acondicionamiento de tierras para su cultivo por medio de cuadros aterrazados, como lo evidencia el caso de Las Pailas, en la zona de Cachi Adentro (Baldini *et al.* 2004, Tarragó 1974, 1980a). Restos de maíz se hallaron en Molinos I, La Paya y El Churcal, sitios del sector central del valle, así como zapallo, calabaza y poroto en los dos últimos también (Ambrosetti 1907, Sprovieri y Baldini 2007, Raffino 1984). El complemento fundamental lo constituyeron los recursos ganaderos, especialmente la cría de llamas, a lo que se suma aportes de la caza de otros camélidos, como se evidencia en las muestras óseas en sitios como Molinos I y El Churcal (Fernández Varela *et al.* 2002, Izeta *et al.* 2009, Raffino 1984). Finalmente, el consumo de alimentos se completó con

recursos obtenidos por medio de la recolección, fundamentalmente de frutos del algarrobo (Baldini *et al.* 2004, Raffino 1984, Tarragó y De Lorenzi 1976).

A nivel de la producción artesanal, una de las actividades más destacadas fue la metalurgia. El trabajo del oro y la plata junto con el de aleaciones de buena calidad como el bronce, apuntaban a la elaboración de objetos utilitarios y otros para usos ceremoniales o de adorno personal. Asimismo, se llevaron adelante otras prácticas artesanales como la cestería, el trabajo en madera, la elaboración de cuentas de collar en malaquita y valvas y la tejeduría que alcanzó niveles de gran perfección y que más allá de su uso cotidiano inmediato sirvió a fines de señalar diferencias étnicas y de jerarquía en contextos sociales particulares (DeMarrais 2001, Tarragó 1974, 2000).

Otra actividad artesanal de gran importancia fue la producción cerámica, de larga tradición en el NOA y el VC, y que abarcó un amplio repertorio de formas empleadas en diversas funciones (servir alimentos y bebidas, almacenaje, tareas culinarias, utilización en contextos ceremoniales y funerarios). Dos de los tipos más frecuentes y característicos, correspondientes a la tradición estilística santamariana, fueron las urnas funerarias, altas vasijas de borde evertido para el entierro de niños, y los pucos o escudillas utilizados para tapar las aberturas de las primeras. Si bien se asocia principalmente la utilización de urnas y pucos en contextos funerarios, las mismas pudieron haber participado también tanto en tareas domésticas como en otros contextos rituales y políticos a fines de comunicar principios y significados sociales particulares (DeMarrais 1997, 2001, Tarragó 2000, Tarragó *et al.* 1997). Asimismo, se han identificado cerámicas diferentes de la santamariana para momentos iniciales del período, como la alfarería del sitio Molinos I y otras vasijas aisladas de distintas localidades del sector central del valle, que muestran semejanzas en términos morfológicos, tecnológicos y decorativos con alfarerías del valle de Yocavil, Hualfín y Abaucán (Baldini 1992b, 1996/7, Baldini y Balbarrey 2004). Por otro lado, también se reconoce en el valle la presencia de una alfarería negra pulida propia de sitios de los sectores medio y norte del valle Calchaquí, que se asocia recurrentemente a la cerámica santamariana-calchaquí, y que alcanza proporciones significativas en los contextos mortuorios (Baldini y Sprovieri 2008a y b, 2009).

Para algunos investigadores, la calidad y complejidad tecnológica de algunos de estos productos artesanales hicieron necesaria la instalación de talleres que contaran con artesanos especializados y son evidencia de una creciente división del trabajo (Tarragó 1974). Para otros, la mayor parte de los artefactos manufacturados durante este período no fueron resultado de una

producción especializada, sino que tanto las vasijas como la producción textil se desarrolló a nivel doméstico, a la vez que la producción de artefactos de metal no necesariamente requirió de una infraestructura compleja (Acuto 2007, Baldini 1992a).

Finalmente, en cuanto a las prácticas funerarias se han identificado distintos modos de inhumación, como niños en urnas decoradas u ordinarias y adultos en cistas o inhumados directamente en tierra, entre éstos un caso vinculado a Molinos I. También se detectaron algunas evidencias relacionadas con los rituales de muerte que involucran la depositación con cenizas calientes, práctica que se registra en distintos momentos de la historia tardía del valle (Baldini y Baffi 2003, 2007a y b, 2008, Baffi *et al.* 2001). Las inhumaciones se realizaban dentro de los poblados, en montículos entre las viviendas e incluso en el interior de las mismas, o en espacios por fuera de los conglomerados, a modo de cementerios, como en el caso de La Paya (Ambrosetti 1907, Baldini y Baffi 2007b, Debenedetti 1908, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Los cuerpos inhumados eran acompañados por diversos tipos de bienes y objetos a modo de ajuar. Este rasgo, especialmente la inclusión de objetos valiosos, fue interpretado como un marcador de diferenciación social entre las sociedades calchaquíes (DeMarrais 2001). Análisis particulares del consumo diferencial en tumbas de La Paya han mostrando patrones contrastantes entre el continente (estructura funeraria) y el contenido (ajuar) en términos de costo social invertido, en tanto que mientras en las tumbas el costo es relativamente homogéneo, independientemente del número de inhumados, los ajuares sugieren diferencias en el acceso a ciertos objetos (Baldini y Baffi 2006, Baldini *et al.* 2004). Por su parte, Acuto (2007) señala que no habría enterratorios que se diferencien en cuanto a localización o calidad arquitectónica y que en su mayoría los objetos colocados como ofrendas constituyen artefactos de uso doméstico y cotidiano, cuestionando en su análisis la relación directa entre la inversión en ritual funerario y el estatus social de la persona inhumada que usualmente se asume.

En síntesis, si bien existen al momento algunas discrepancias en cuanto a ciertos aspectos del modo de vida de las poblaciones calchaquíes durante los Desarrollos Regionales, se puede señalar que para los inicios del Período, que se retrotrae al siglo IX aproximadamente, ya se identifican procesos económico-sociales y de concentración poblacional que se profundizarán durante momentos posteriores.

En términos generales, no existen evidencias que sostengan que el valle Calchaquí constituía un territorio políticamente unificado y centralizado a modo de una unidad sociopolítica de nivel regional. La presencia de una jerarquía de sitios (como es entendida por modelos de lugar central o de rango-tamaño) se encuentra en discusión, aunque se reconoce la existencia de asentamientos de distinto tamaño, funciones y localización, que permite plantear, para el sector medio del VC, una integración de sitios de mayor envergadura localizados en el valle troncal con los de las cuencas tributarias, al menos desde el punto de vista de económico. Asimismo, no se reconocería en la región un patrón de asentamiento caracterizado por la instalación de conglomerados de tipo pukará, como se hace evidente en otras áreas del NOA. Finalmente, el modo de subsistencia de las poblaciones calchaquíes estuvo basado fundamentalmente en el desarrollo de actividades agrícolas y el pastoreo de rebaños de camélidos, complementado con la caza y la recolección. La obtención de recursos no disponibles en el VC se habría implementado a través del contacto con otras zonas ecológicas, probablemente por medio de distintos tipos de mecanismos.

4.2.2 La ocupación inka

El décimo Inka *Thupa Inka Yupanki*, fue el responsable de la anexión del Noroeste argentino al *Tawantinsuyu*, conformando así un territorio de aproximadamente 984.000 km² (D'Altroy y Earle 1985, Palma 1998, Raffino 1981, Williams 2004). Según las fuentes de Cabello Valboa, *Thupa Inka* obtiene el mando de los ejércitos imperiales en 1463 y asume el trono en 1471 (D'Altroy *et al.* 2000). De acuerdo con esta cronología, la región Valliserrana fue incorporada entre 1470 y 1480 (Figura 7). No obstante, existen nuevas dataciones radiocarbónicas que discuten las estimaciones históricas y plantean la posibilidad de una presencia imperial con anterioridad. Para el valle Calchaquí norte en especial, se cuenta con dos fechados radiocarbónicos efectuados sobre muestras provenientes de depósitos estratigráficos del asentamiento imperial de Potrero de Payogasta los cuales revelan una cronología para la ocupación inka más temprana que la comúnmente aceptada para la región, arrojando fechados entre 1409-1436 y 1436-1458 DC (calibrados y con 1 sigma) (D'Altroy *et al.* 2000, DeMarrais 1997).

Como consecuencia de la expansión imperial hacia el *Kollasuyu*, comienza a desarrollarse una nueva historia para las comunidades que habitaban el valle Calchaquí. Estas poblaciones si bien

se vieron repentinamente vinculadas a un gobierno imperial, contribuyeron con su historia única y sus tradiciones sociales, económicas, religiosas y políticas a conformar las que serían las últimas décadas de desarrollo aborigen en el NOA.

El Imperio Inka contaba con una eficiente organización logística orientada a la conquista que suponía incursiones planificadas de reconocimiento del área y sus recursos, para finalmente permitir el avance de ejércitos de ocupación que se instalaron en forma provisoria en valles y zonas clave imponiendo su control ya sea mediante la implementación de estrategias de remoción de los jefes locales o de negociación con las élites en el poder según las conveniencias. La motivación principal de la conquista parece haberse vinculado con el aprovechamiento de recursos claves como los metales, la sal y las explotaciones agrícolas y ganaderas, aunque no puede descartarse el interés de contar con más mano de obra y la continua necesidad de expansión de sus fronteras (González 1980, Palma 1998, Raffino 1981, Williams y D'Altroy 1998, Williams *et al.* 2005).

Sin embargo, más allá de los objetivos específicos del imperio en los nuevos territorios, los Inkas implementaron diferentes estrategias según las características ambientales y sociopolíticas particulares. La demografía, la potencialidad de recursos, las respuestas locales frente a la invasión, entre otros, fueron los factores últimos que moldearon definitivamente las políticas estatales a implementar en cada región. De aquí que si bien la ocupación inka fue intensa ocurrió de manera selectiva en zonas productivas y estratégicamente localizadas (Raffino 1981, Williams y D'Altroy 1998).

Una vez lograda la conquista efectiva del territorio el Imperio debió consolidarse, creando un sistema de conexiones estructuradas y dependencias entre las diversas regiones y tradiciones culturales. La información arqueológica e histórica con que se cuenta actualmente sugiere la implementación de políticas diversas pero complementarias en los Andes del Sur. En primer lugar, existía la necesidad de afianzar la seguridad por lo que fueron emplazadas fortalezas o *pukarás* con la intención de proteger los nuevos territorios anexados de invasores y disuadir sobre la posibilidad de insurrecciones internas (D'Altroy *et al.* 2000, Lorandi 1988, Williams y D´Altroy 1998). En el VC, el Pukará de Palermo, en el sector norte, los pukarás vinculados a cuencas tributarias del sector medio del valle como Peña Alta de Mayuco, Fuerte de Gualfín y de Tacuil o el Pukará de Angastaco en el tramo sur, hacen evidentes estrategias de control de áreas agrícolas relevantes y vías de comunicación interregional (Baldini *et al.* 2004, Chaparro 2007, Williams 2004, Williams *et al.* 2005).

Paralelamente, la expansión de la red vial en estos ámbitos tan alejados del Cuzco, constituyó la base del sistema de dominación, permitiendo la rápida movilidad de información, tráfico comercial y recursos humanos. A lo largo de esta red de caminos se construyeron una amplia variedad de instalaciones imperiales (*tampus* o postas de enlace, centros administrativos, santuarios de altura y enclaves de explotación de recursos) para fines administrativos, ceremoniales, de abastecimiento militar y producción económica (D´Altroy 1992, D'Altroy *et al.* 2000, Hyslop 1990, Palma 1998, Raffino 1981, Williams y D'Altroy 1998).

Dentro de los límites del valle Calchaquí, se ha reconocido un tramo de camino inkaico que recorre el valle del río Calchaquí, pasando por las localidades de La Poma, Palermo, Cachi, La Paya, San Rafael, Angastaco, San Carlos y Tolombón (De Lorenzi y Díaz 1977, Hyslop 1984, Raffino 1981). Asimismo, otros tramos se han identificado en quebradas tributarias al río principal como la del río Potrero, que conecta con la Quebrada del Toro, o sobre la ruta que sale de Payogasta hacia el oriente y pasa a través de la Cuesta del Obispo hacia Lerma (De Lorenzi y Díaz 1977, Hyslop 1984).

En cuanto a las instalaciones inkaicas, particularmente en el valle Calchaquí la distribución de sitios hace visible la implementación de dos estrategias diferentes entre sus sectores norte y medio (Acuto 1999a, Williams 2004). Mientras que en el sector central la ocupación inka se hace evidente mediante la instalación de enclaves estatales dentro de los poblados locales de mayor importancia (La Paya y Guitián[2]), en el norte se manifiesta una intención de establecer asentamientos estatales en sectores donde ocupación local previa era casi inexistente. Según los registros de Hyslop y Díaz (1983) se localizaron siete sitios estatales en el tramo de 50 km de camino inkaico que recorre el valle del río Potrero sin observarse en el trayecto ninguna comunidad local de importancia. Siguiendo la rama oeste de camino sobre el río Calchaquí, en dirección a La Poma, se registra otro conjunto de sitios inka de importancia (Pukará de Palermo, Los Graneros, La Encrucijada y Apacheta Acay), sin mencionar los ubicados en los puntos de salida del valle Calchaquí (Agua de los Loros y Tin Tin y posiblemente Gana) sobre el ramal de camino que sale de Payogasta anteriormente mencionado (Acuto 1999a, Baldini y De Feo 2000, D'Altroy *et al.* 2000, Tarragó 2003, Williams 2004).

Un problema central del estado fue financiar y sostener sus operaciones e instituciones en

[2] Guitián se localiza al norte de La Paya sobre la margen opuesta del río homónimo.

las cuales la autoridad y el poder se depositaban. Por esta razón los inkas debieron elaborar una desarrollada y compleja economía política. Las estrategias económicas que el *Tawantinsuyu* utilizó para conseguir los recursos necesarios con que mantener a las instituciones de poder (tales como las élites gubernamentales, administrativas, religiosas y militares) y sus operaciones estuvieron centradas en la obtención de una diversidad de bienes y recursos (D'Altroy y Earle 1985). La producción, almacenamiento y administración de bienes para la subsistencia y para su utilización en intercambio en las alianzas y negociaciones entre los Inkas y las elites de los grupos étnicos dominados (Murra 1978), eran procurados a través de la imposición por parte del gobierno central de pagos obligatorios de impuestos sobre las poblaciones dominadas, que no sólo garantizasen la subsistencia del personal estatal, sino que también contribuyesen a la planificación y el desarrollo de las diferentes operaciones que el Imperio pudiera emprender (Earle 1994, Earle y D'Altroy 1982). El Imperio Inka procuró la incorporación de estos bienes a partir de la imposición de un sistema de pago en trabajo o prestaciones rotativas denominada *mita*, de la creación de un número creciente de artesanos especialistas trabajando tiempo completo para su beneficio y del traslado y reasentamiento de poblaciones en lugares claves para los intereses imperiales (Lorandi 1983, Murra 1975, 1978, Rowe 1982). En este sentido una de las medidas fundamentales adoptadas por el Imperio fue la intensificación de la producción artesanal, agrícola y pastoril mediante el desarrollo de recursos más allá de los aprovechados por las poblaciones locales y de la apropiación de parte de los que se encontraban bajo su explotación (D'Altroy *et al.* 2000).

En el valle Calchaquí, los inkas no buscaron simplemente apropiarse de los campos existentes sino que extendieron la cantidad de tierras bajo cultivo. En La Paya, los Inkas parecen haber intensificado la producción agrícola mediante la construcción de un canal de varios kilómetros de longitud que expandía las tierras cultivables más allá de las irrigadas por el río. También en el valle del río Potrero, los inkas llevaron adelante la construcción de canales a ambos lados del río, en vinculación a los asentamientos de Potrero de Payogasta y el complejo de sitios de Cortaderas (D'Altroy *et al.* 2000:16-17, Williams *et al.* 2005). De la misma manera, el almacenaje de alimentos y de bienes producidos en el valle fue un elemento de importancia para la economía política del Imperio y para el modelo de hospitalidad ritual, que tenía lugar en *collcas* o almacenes en sitios como Los Graneros, Potrero de Payogasta y Cortaderas Bajo (Acuto 1994, Tarragó y González 2003, Williams *et al.* 2005).

En cuanto a la producción artesanal, se hallaron evidencias de producción metalúrgica en distintos asentamientos de la región. La misma se encontraba, al menos en parte, directamente vinculada a instalaciones estatales y al control y monitoreo por el Imperio de ciertos aspectos del proceso económico (Earle 1994). A aproximadamente 34 km al norte de La Poma, se localiza La Encrucijada, un sitio destinado a la producción metalúrgica que se encuentra en adyacencias de una mina y cuenta con un área de molienda para separar la ganga del metal y con hornos de fundición (Rodríguez Orrego 1979). En Valdez y Potrero de Payogasta, dos importantes sitios del sector norte del valle, fueron recuperados indicios de actividades metalúrgicas, aunque ellos presentan diferencias sustanciales en cuanto a la naturaleza de dicha actividad. En base a la evidencia arqueológica recobrada en Valdez, se observan los estadios intermedios de producción de objetos de cobre mientras que en Potrero de Payogasta se encontraron las etapas finales de la metalurgia del cobre y oro. Sin embargo, la abundante evidencia de las etapas productivas en contraste con la escasez de objetos terminados ha permitido sugerir que gran parte de los bienes fabricados eran transportados fuera de la región (D'Altroy *et al.* 2000, Earle 1994). Por otro lado, en Potrero de Payogasta también se reconoció la existencia de una producción de objetos, principalmente de adorno, en mica y valvas del Pacífico (Earle 1994).

Por su parte, la producción cerámica en esta región sur del Imperio no parece haber seguido los estrictos estándares que se evidencian en piezas de estilo imperial, hallándose limitada la escala de producción y los contextos de uso de la cerámica importada y el estilo inka por excelencia (Calderari 1991a, D'Altroy *et al.* 2000, Williams 2004). La mayor parte de la cerámica inka era producida localmente, en forma de vasijas que reproducen ciertas morfologías e iconografía inkaica, piezas que combinan elementos inkaicos con otras tradiciones locales. Paralelamente se mantuvo la producción de alfarería santamariana-calchaquí en los centros estatales locales (Calderari 1991a, Calderari y Williams 1991, DeMarrais 2001).

Por último, en cuanto a la producción lítica, los estudios de conjuntos de materiales líticos de distintos asentamientos del VC señalan que el aprovisionamiento y manufactura parecen haber permanecido sin mayores alteraciones desde momentos previos a la conquista (Chaparro 2007, Sprovieri 2005, Sprovieri y Glascock 2007).

Como medio para optimizar la seguridad y fundamentalmente para llevar adelante la tan necesaria intensificación productiva, los inkas movilizaron y reasentaron algunas de las poblaciones

nativas para trabajar en proyectos estatales (D'Altroy *et al.* 2000, Raffino 1981, Williams y D'Altroy 1998). Testimonio de este tipo de estrategia parecen haber sido los cambios atestiguados en los asentamientos de los Desarrollos Regionales, los cuales se vieron reducidos en tamaño o abandonados, como Borgatta (D'Altroy *et al.* 2000:15). Desde una perspectiva de seguridad, el abandono del sitio local fortificado de Cortaderas Alto (ubicado en el valle del río Potrero) a partir del arribo imperial, habría optimizado sustancialmente las posibilidades de control sobre el valle Calchaquí norte. Sin embargo, también existen evidencias de ocupaciones continuas en La Paya y Guitián, ambos con destacados sectores intrusivos inka, por lo que se ha señalado que no siempre se recurrió a la implementación de tácticas de traslado de poblaciones locales fuera de comunidades de origen (D'Altroy *et al.* 2000). Por otro lado, hallazgos específicos en La Paya han llevado a algunos autores a plantear la posibilidad que un grupo de *mitimaes* del sur de Bolivia hayan sido asentados en dicho sitio (González y Díaz 1992).

Finalmente un aspecto clave del dominio inka en los territorios del sur fue el mantenimiento de relaciones ceremoniales, ideológicas y culturales en la integración de las sociedades sojuzgadas al imperio. La construcción de altares en las cimas de montañas a elevaciones superiores a 5000 msnm constituyó parte del esfuerzo por colocarse como mediadores entre la población nativa y los poderes naturales, acompañando esta práctica con una imprecisa separación entre las conductas religiosas y seculares. Otras políticas implementadas por el Imperio se relacionaron con la exigencia de mantener residencia en Cuzco parte del año a los nobles provinciales y de enviar a sus hijos a recibir educación a la capital imperial particularmente para aprender el idioma inka y las funciones de soberano. Asimismo, junto a la imposición de la religión estatal era una práctica común el traslado de las deidades u objetos sagrados de las regiones conquistadas al Cuzco para ser mantenidos como rehenes y asegurarse la lealtad de los grupos sometidos (Rowe 1982). En este sentido, las relaciones establecidas entre el Imperio y las comunidades nativas integraban características administrativas e ideológicas, llevándose a cabo, por ejemplo, relaciones políticas dentro de contextos rituales de hospitalidad estatal (Acuto 2008, D'Altroy *et al.* 2000, Williams *et al.* 2005).

Según D'Altroy *et al.* (2000), en los sectores norte y medio del valle Calchaquí, se evidencian rasgos arquitectónicos predominantemente ceremoniales en los sitios de Potrero de Payogasta, Cortaderas Izquierdo, La Paya y Guitián. Estos sitios presentan plataformas y *kallankas*, e incluso se registraron espacios abiertos a modo de plazas en todos ellos menos en La Paya.

Además, el arreglo que presenta la arquitectura doméstica de Cortaderas Derecha alrededor de una estructura cuadrangular ubicada en el centro de un anfiteatro natural es sumamente sugestivo. Todos estos tipos de estructuras se reconocen por ser los ámbitos de actividades cívicas y religiosas y de rituales públicos (Acuto 1999a, D'Altroy *et al.* 2000). Asimismo, la existencia de sitios ceremoniales de altura emplazados en las laderas superiores de los Nevados de Cachi y el Monte Acay son testimonio de la realización de ceremonias y rituales que promovían la cosmología inkaica (D'Altroy *et al.* 2000, Jacob y Leibowicz 2007, Vitry 2008).

Por otra parte, la fuerte reestructuración espacial que implicó la presencia inkaica en el valle, ya sea por medio de los cambios en el emplazamiento de sitios o el diseño interno de los mismo y sus edificios, tuvo no sólo un carácter logístico o económico, sino también representó una manipulación ideológica de la experiencia de las poblaciones locales en nuevos ambientes socialmente construidos (Acuto 1999a, 2008, Acuto y Gifford 2007).

Hasta aquí, las políticas combinadas impulsadas por el imperio en estos territorios tan alejados del centro político, sugieren un acercamiento sumamente planificado y complejo que integraba el control militar con estrategias políticas de negociación, reasentamiento demográfico, intensificación productiva, hospitalidad ceremonial y proclamaciones ideológicas. En tal sentido, la dominación inkaica influenció profundamente a las sociedades nativas del VC y de otras regiones de los Andes del Sur, transformando la dinámica de las relaciones políticas, económicas, sociales e ideológicas previas y creando nuevas (Acuto 1999a, 2008, D'Altroy *et al.* 2000, Williams *et al.* 2005).

4.3 Materialidad calchaquí.

A través de más de un siglo de investigaciones en el valle Calchaquí se ha ido conformado una base empírica y de conocimiento importante sobre distintos aspectos de lo que constituyó el entorno material en el que se entretejieron las vidas de las poblaciones tardías de la región, conformado fundamentalmente por una variedad de objetos, artefactos y bienes muebles. Algunos de ellos son de características similares a los utilizados por sociedades de otras regiones del NOA del mismo momento histórico, sin embargo un amplio espectro han mostrado rasgos morfológicos y/o decorativos particulares del valle. En tanto conocer la materialidad calchaquí permite distinguir objetos y artefactos de características y manufactura locales de aquellos que, al menos

parcialmente, responden a estándares ajenos a la región, se desarrollarán los conocimientos actuales sobre distintos tipos de materiales, artefactos y objetos utilizados por las sociedades tardías del valle Calchaquí.

A fines analíticos y expositivos los materiales calchaquíes han sido segregados en distintos grupos de acuerdo a la materia prima o material en el que están confeccionados, lo que no supone asumir una conceptualización similar del mundo material por las sociedades del pasado.

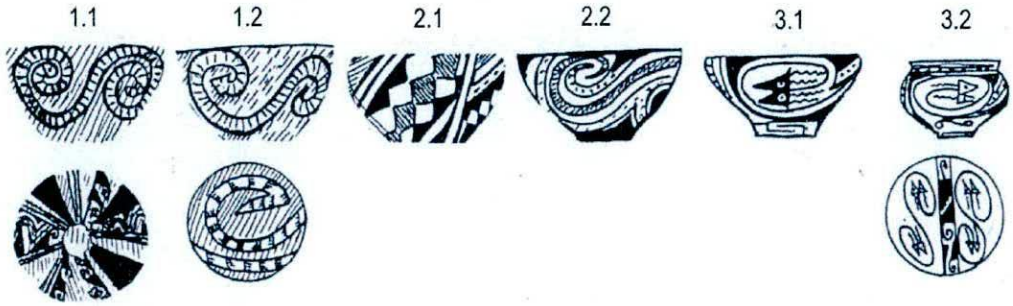
4.3.1 Variedades alfareras tardías

4.3.1.1 Cerámica santamariana-calchaquí

La alfarería decorada más característica de los Valles Calchaquíes es la englobada bajo la denominación Santamariana. El estilo Santamariano fue el primero definido dentro de la arqueología argentina y ha sido descripto y analizado básicamente a partir de piezas del valle de Yocavil (Bregante 1926, Márquez Miranda y Cigliano 1957, Nastri 1999, 2008, Piñeiro 1996, Podestá y Perrota 1973, Tarragó *et al.* 1997, Weber 1978). Estos trabajos han reconocido y descripto el repertorio morfológico (principalmente urnas y pucos) e iconográfico que presenta la alfarería santamariana, sus variantes decorativas, principalmente la Tricolor, Bicolor y Negro sobre Rojo (N/R), y a partir de la observación de cambios graduales en sus características formales y decorativas y en sus dimensiones se ha establecido una seriación cronológica que divide a las urnas y pucos santamarianos en seis fases (Figura 8 y 9).

Figura 8: Secuencia de fases de las urnas santamarianas (tomado de Nastri 2008).

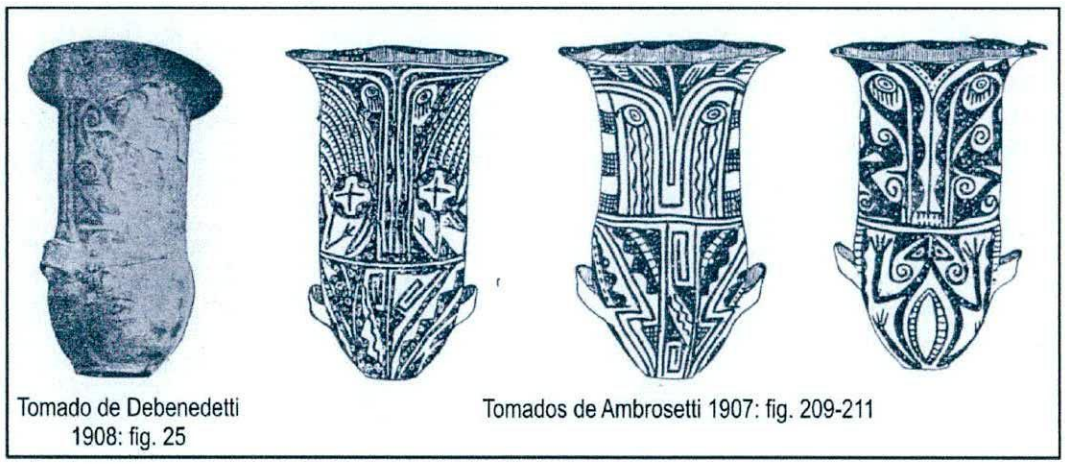
Figura 9: Secuencia de fases de los pucos santamarianos (tomado de Perrota y Podestá 1973).



Paralelamente a la alfarería santamariana, para el valle de Yocavil se han registrado otros estilos alfareros como el Loma Rica Bicolor, San José Tricolor y Shiquimil Geométrico (Lámina 3) que han sido tratados con menor intensidad (Bennett *et al.* 1948, Bregante 1926, Perrota y Podestá 1975, 1978, Podestá y Perrota 1973).

En el valle Calchaquí, la alfarería santamariana-calchaquí está compuesta por variedad de ollas, cuencos y urnas para el entierro de infantes que se presentan en distintas variantes decorativas (Ambrosetti 1907, Pollard 1983, Raffino 1984, Tarragó y De Lorenzi 1976). Las urnas Santa María están compuestas por un cuerpo globular y un cuello subcilíndrico de borde evertido, presentan asas acintadas horizontales colocadas simétricamente y base cóncava-convexa (Figura 10). Se encuentran pintadas en Negro sobre Crema (N/Cr.), en Negro y Rojo sobre Crema (N y R/Cr.) o en N/R con complejos motivos geométricos (líneas paralelas o angulares, puntos, triángulos o rombos, escalonados con volutas y grecas), zoomorfos (suris, sapos, serpientes) y antropomorfos (con túnicas o cubiertos con grandes escudos). En la decoración se destaca la representación de una cara antropomorfa en el cuello, con detalles de ojos, cejas y boca, y brazos en el cuerpo de la vasija que pueden ser pintados o aplicados en relieve. El vocabulario iconográfico es limitado, recurriendo a la repetición de un repertorio restringido de motivos y elementos de diseño pero al mismo tiempo combinándose de maneras diversas (Ambrosetti 1907, Bennett *et al.* 1948, DeMarrais 2001, Raffino 1984, Tarragó 2000, Tarragó y De Lorenzi 1976, Tarragó *et al.* 1997).

Figura 10: Urnas santamarianas del valle Calchaquí.



Tomado de Debenedetti 1908: fig. 25

Tomados de Ambrosetti 1907: fig. 209-211

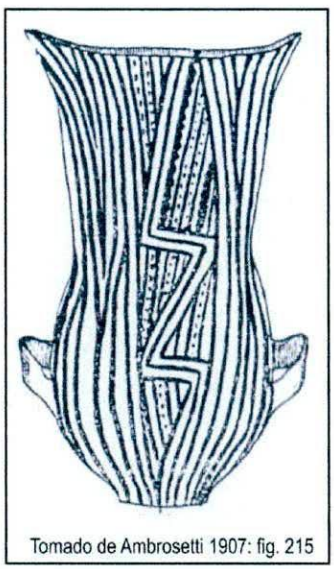
Además de las urnas Santa María, en el valle Calchaquí se han mencionados algunas especificidades dentro del conjunto de este tipo de vasijas. Entre ellas se destaca una forma particular de "urna" denominada de "tres cinturas" (Ambrosetti 1907, Baldini 1980, 1981-82, Bennett *et al.* 1948, Raffino 1984, Tarragó y De Lorenzi 1976). Se trata de vasijas de contorno complejo, con dos asas horizontales de sección subcircular o subrectangular y de base cóncava convexa que puede estar diferenciada o no del cuerpo por un punto angular o de inflexión (Lámina 4). El cuerpo está compuesto por tres sectores delimitados por constricciones en su diámetro, el sector inferior, donde se ubican las asas, corresponde a una sección de ovaloide vertical mientras que el medio y superior a dos elipses de eje mayor horizontal. Algunas presentan además un cuello hiperboloide y borde evertido, mientras que otras sólo un borde evertido bien diferenciado del cuerpo. En algunos casos se registran pequeños apéndices en forma de asas trenzadas verticales que fueron colocadas inmediatamente por debajo del borde (Baldini 1980, DeMarrais 2001, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Su decoración está circunscripta por sectores morfológicos y puede estar ejecutada en N/Cr. o N/R alternándose en los sectores, aunque también puede incluir combinaciones de N y R/Cr. El sector inferior del cuerpo está pintado con ángulos superpuestos, el medio con motivos geométricos y el superior con figuras geométricas o zoomorfas. Cuando poseen cuello, en el mismo se encuentra una representación antropomorfa de características similares a las de las urnas santamarianas, con representación de ojos, cejas y boca, aunque en las mejillas presentan espirales o figuras en S verticales rodeados por espacios plenos o reticulados; motivo constante y propio de las urnas de tres cinturas (Baldini 1980).

De acuerdo a algunas diferencias en sus características morfológicas y decorativas, este tipo de vasijas fueron divididas por Baldini (1980) en dos modalidades, una que se caracteriza principalmente por la ausencia de cuello y por ende de representación antropomorfa (Modalidad A) y otra que incluye estos dos rasgos (Modalidad B). Ambas variantes se encuentran representadas en el valle Calchaquí, aunque la distribución de la primera modalidad se restringe al sector central del mismo mientras que la de la segunda abarca también el sector sur (Baldini 1980).

Otras variedades de urnas incluyen vasijas tricolores de cuerpo de contorno simple, de proporciones semejantes entre el cuerpo y el cuello, con asas ubicadas en la parte media del primero o más cercanas a la unión con el cuello y en las cuales la decoración antropomorfa muestra una representación de "mejillas" muy particular. Esta variedad sólo ha sido localizada en el sector central del valle (Baldini 1981-82). También se reconoce una modalidad especial de urnas, aunque poco frecuente, procedentes de sitios al norte de la localidad de Payogasta, que presentan una decoración lineal sin separación entre el cuerpo y cuello y sin representación antropomorfa en piezas de morfología característica de las urnas de las primeras fases de la seriación del valle de Yocavil, es decir que presentan un cuerpo alto y cuello corto (Baldini 1981-82).

Figura 11: Urna de sección elíptica.



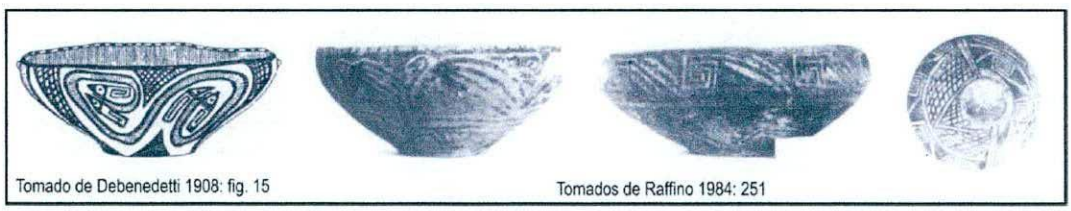
Tomado de Ambrosetti 1907: fig. 215

Por otro lado, en la variedad Negro sobre Rojo de la alfarería santamariana-calchaquí se dan unas urnas de sección elíptica (Ambrosetti 1907: 401) (Figura 11), cuya decoración se presenta en registros de líneas verticales laterales y un panel central, igualmente vertical, que presenta zigzags y triángulos, que únicamente han sido registradas en La Paya (Baldini 1981-82, Tarragó y De Lorenzi 1976).

En cuanto a los cuencos, utilizados como vajilla y tapa de urnas, presentan un lenguaje pictórico similar al de las urnas (Bennett *et al.* 1948, Calderari 1991b, DeMarrais 2001, Tarragó 2000, Tarragó y De Lorenzi 1976). Pueden ser de contornos simples o compuestos, predominando los de forma convexa y asas mamelonares, con diseños de grecas que se desprenden de triángulos escalerados, figuras zoomorfas de cuerpo romboidal y cabeza constituida por dos triángulos y serpientes con cuerpo conformado por grandes óvalos reticulados

(Figura 12). Entre los de contorno compuesto se destacan los pucos de "paredes de zona superior vertical" (Ambrosetti 1907: 320) cuyas paredes pueden ser verticales rectas o evertidas, tiene asas macizas en forma semilunar ubicadas a la altura del punto angular, y decoración con motivos de volutas o triángulos negros escalerados y grecas (Bennett *et al.* 1948, Raffino 1984, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Figura 12: Pucos santamarianos del valle Calchaquí.



Tomado de Debenedetti 1908: fig. 15

Tomados de Raffino 1984: 251

Un estudio específico sobre los pucos de tradición estilística santamariana de La Paya ha ahondado en la variabilidad de este tipo de vasijas (Calderari 1991b). A través de un análisis estilístico formal en 58 pucos procedentes de las tumbas excavadas por Ambrosetti se reconocieron dos agrupaciones estilísticas contemporáneas, al menos en ciertos contextos. Por un lado se encuentra la agrupación estilística *Calchaquí* (Lámina 5), identificada a partir de 33 piezas, que responde, aunque con diferencias, a rasgos estilísticos de la tradición santamariana del valle de Yocavil. La pasta es de textura laminar con mica plateada de tamaño mediano o grande, sus superficies están alisadas y sobre la externa se aplicó un baño blanquecino sobre el cual se realizaron motivos de trazo grueso en negro o negro y rojo. Estas diferencias en la utilización de colores han permitido determinar dos variedades estilísticas denominadas *Calchaquí Bicolor* y *Tricolor*. Los campos decorativos estaban divididos de seis maneras diferentes y la iconografía está compuesta por 33 elementos de diseño. Se distinguieron cuatro variantes morfológicas, tres de las cuales son de contorno compuesto[3] con borde cóncavo evertido o cóncavo entrante y una de contorno simple y borde convexo. Las asas pueden ser de tipo otomorfas, mamelonares, zoomorfas o retorcidas.

Por otro lado, se reconoce la agrupación estilística *Cachi* (Lámina 5), que no comparte características con las piezas de Yocavil y que se distingue del grupo *Calchaquí* por su estructura de diseño e iconografía fundamentalmente. La pasta es relativamente compacta con mica de tamaño fino, el acabado de superficie puede ser alisado, pulido o paleteado. Se ha aplicado un engobe en la

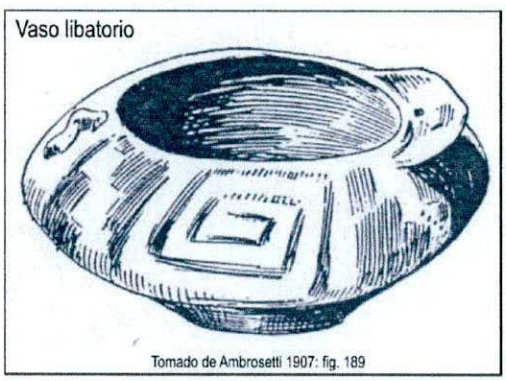
[3] Denominadas como con cuello por Calderari 1991b: 4.

superficie externa que puede ser blanco, rojo o en franjas blancas y rojas sobre el que ejecutaron trazos gruesos en negro. Morfológicamente se reconoció un tipo de puco simple de borde convexo (forma que comparte con la agrupación anterior), otros dos de contorno simple, uno de borde convexo[4] y otro de borde convexo y modificado, y un tipo compuesto de borde cóncavo evertido. En este conjunto se reconocen seis patrones de división de los campos decorativos (uno compartido con la agrupación *Calchaquí*) y un repertorio mucho menor de elementos de diseño, fundamentalmente geométricos. Al interior de este conjunto se distinguieron cinco modalidades (A-E) en base a las diferencias en sus características morfológicas, de producción, estructura de diseño e iconografía (Calderari 1991b: 6).

Desde el punto de vista de su dispersión geográfica, ambas agrupaciones estilísticas presentan también diferencias. Los ejemplares de la agrupación *Calchaquí* se registran en el valle Calchaquí medio (entre Payogasta y Angastaco), mientras que los de agrupación *Cachi* además en La Poma, Incahuasi y Tastil (Qda. del Toro), Tinti (valle de Lerma) y Pampa Grande (Qda. de Guachipas) (Calderari 1991b).

A la variabilidad morfológica de la alfarería santamariana-calchaquí se suma un tipo particular de vasijas denominadas "vasos libatorios" por Ambrosetti (1907: 372), denominación que mayormente se mantiene. Son piezas de cuerpo subglobular relativamente achatado, de superficies alisadas o poco pulidas, que tiene la característica particular de presentar un reborde semicircular aplicado alrededor de un orificio cercano al borde (Figura 13).

Figura 13: Vaso libatorio.



La decoración combina motivos geométricos pintados en N/Cr., N/R o N y R/Cr. con la aplicación de figuras antropomorfas y zoomorfas modeladas al pastillaje que se ubican en la pared opuesta al orificio y reborde semicircular (Cremonte 1984, Raffino 1984). Este tipo de vasijas han sido registradas en sitios como La Paya, Kipón, Tero y El Churcal, por lo

[4] Calderari no explicita la diferencia entre esta forma de puco de borde convexo y la forma de puco inmediatamente antes mencionada, a la que llama de la misma manera (Calderari 1991b: 5). De acuerdo a lo que observamos en sus ilustraciones la diferencia parecería estar en la altura de las piezas y tal vez en la proporción cuerpo/borde (Calderari 1991b: lám. III).

que su área de dispersión se limita a los sectores norte y central del VC. Por fuera de este ámbito los hallazgos de este tipo son esporádicos (Cremonte 1984).

Asimismo, hay que mencionar que entre los materiales de La Paya excavados por Ambrosetti se han registrado otros tipos de piezas como pucos decorados con apéndices zoomorfos (Ambrosetti 1907: 363 y fig. 181-184) y vasijas zoomorfas (Ambrosetti 1907: 369 y fig. 186 y 187), que mayormente representan aves. También se encontraron "urnas votivas" que corresponden a piezas muy pequeñas que en morfología y decoración responden a las de las urnas santamarianas-calchaquí y las de tres cinturas (Ambrosetti 1907: 402 y fig. 218) y "vasos de boca anchos" que comprenden vasijas de cuerpo más o menos globular con bordes fuertemente evertidos (Ambrosetti 1907: 381 y fig. 196 y 198). Otras clases de vasijas halladas son piezas con una constricción en el diámetro de su cuerpo (Ambrosetti 1907: 384 y fig. 199 y 200) y piezas con múltiples bocas (Ambrosetti 1907: 386 y fig. 201).

Por último, en la zona de La Poma, en el extremo norte del valle Calchaquí, la típica alfarería santamariana-calchaquí se presenta en menor proporción, registrándose otro tipo de cerámica, que en algunos casos se asemeja a los conjuntos descriptos para la Quebrada de Humahuaca y áreas cercanas hacia el norte. Entre las formas se incluyen grandes cántaros de cuello alto, y se registran piezas y fragmentos con superficies grises pulidas y con engobes rojos pulidos, algunos de los cuales están decoradas con motivos en negro. Gran parte de las alfarerías de esta zona contienen inclusiones de materiales felsíticos (DeMarrais 2001, Gifford 2003, Pollard 1983).

En particular, a partir del análisis de una colección procedente de los alrededores de la localidad de La Poma, Dillenuis (1909) distingue distintos tipos de pucos, entre ellos platos simples, platos con asa, pucos toscos, pucos de bordes salientes con decoración pintada de líneas gruesas y vasos con gran borde saliente con decoración pintada de ángulos y puntos, estos dos últimos semejantes a algunos ejemplares de La Paya (Ambrosetti 1907: fig. 185) (Lámina 6). Dentro del conjunto se distingue una variedad de pucos convexos, de base cóncava-convexa, con decoración externa pintada en bandas anchas negras onduladas o curvilíneas sobre un fondo rojo (Lámina 6), correspondientes al estilo denominado Poma N/R (Bregante 1926, Bennett *et al.* 1948), que incluso ya fueron relacionados por Dillenius con ejemplares hallados en la Quebrada de Humahuaca.

4.3.1.2 Cerámicas Las Pailas y Molinos

Entre la alfarería decorada se reconocieron en el valle además otras variantes diferentes de la Santamariana y situadas cronológicamente entre los siglos IX-X, y hasta el XI para el caso de la cerámica Molinos (Baldini 1992a y b, 1996/7, Tarragó 1974, 1980a, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Una de esas variantes corresponde a la cerámica del sitio Las Pailas, integrada por pucos de tamaño mediano y pequeño de pasta compacta, cocción oxidante y superficies alisadas sobre las que se aplicó un baño de color rojo, que en algunos casos se disponía en franjas que alternaban con el color natural de la pasta (Lámina 7). Los pucos de forma hemisférica presentan asas mamelonares y están decorados en negro con motivos geométricos simples de líneas entrecruzadas y líneas verticales que se abren suavemente desde la base hacia el borde. Otros pucos de forma de sección de esfera y boca restringida también presentan los motivos decorativos anteriores aunque a veces combinados con hileras de puntos. El rasgo distintivo de estos últimos es la presencia de apéndices que les dan aspecto ornitomorfo constituidos por dos rebordes mamelonares horizontales colocados a la altura del diámetro máximo (a modo de alas) y entre ellos una cabeza y una cola modeladas, una en cada extremo de la pieza. Esta alfarería presenta ciertas similitudes con los pucos Shiquimil Geométrico del valle de Yocavil cuya cronología aproximada es de 900 DC (Tarragó 1980a, Tarragó y De Lorenzi 1976).

La otra variante corresponde a la alfarería Molinos integrada por cuencos, cántaros, ollas y platos de pasta homogénea de color rojizo y en algunos casos grisáceo, de superficies alisadas cuya tonalidad varía de acuerdo al de la pasta (Lámina 8). Las mismas suelen presentar un baño de pintura blanquecina que puede alternar con otro de color rojo, o el fondo natural de la superficie. Estudios particulares de pastas han confirmaron la diferencia entre la alfarería Molinos y la santamariana-calchaquí (Baldini 1992a y b, 1996/7, Baldini y Balbarrey 2004).

Los cuencos más comunes son no restringidos, de contorno simple o compuesto con un sector superior vertical y pequeñas asas mamelonares. Con menor frecuencia otros presentan boca restringida y asas otomorfas y algunos un borde evertido pequeño. Sus diámetros varían entre 15 y 30 cm. Los cántaros, que alcanzan los 40 cm de altura y entre 30 y 35 cm de diámetro máximo, tienen cuerpo ovaloide o compuesto, cuello troncocónico con borde evertido y asas subcirculares

horizontales. Por su parte, las ollas son globulares con o sin bordes evertidos y se ha registrado únicamente un plato de 10 cm de altura y 30 cm de diámetro.

Estas vasijas están decoradas en negro con motivos geométricos, entre los que predominan series verticales de bandas de líneas rectas y onduladas o escasas veces festoneadas y triángulos solos o formando guardas. En la superficie interna la decoración se limita a una guarda en el borde aunque en los cuencos puede incluir otras dos guardas que se entrecruzan en el fondo de la pieza o series de bandas verticales. Vasijas con estas características, especialmente cántaros, se han registrado de modo accidental en diversas localidades del valle Calchaquí central (Baldini 1992a y b, 1996-97)

4.3.1.3 Cerámica negra pulida

En el valle Calchaquí, a la alfarería santamariana-calchaquí se asocia recurrentemente una variedad de superficies negras pulidas, que estaría presente desde los inicios de los Desarrollos Regionales hasta la época inka (Baldini y Sprovieri 2009). Esta última variedad es menos conocida que la típica alfarería decorada del VC y ha sido sólo objeto de caracterizaciones más generales, motivo por el cual nos detenemos con mayor detalle en su descripción.

Las primeras menciones sobre la alfarería negra pulida del VC se encuentran en la obra de Ambrosetti (1907) donde se efectúa una detallada descripción y clasificación de la cerámica hallada en el sitio de La Paya, entre la que se cuenta una serie de vasijas de superficies negras pulidas, tonalidad con variaciones al gris e incluso parduzco. Entre estas vasijas distingue un conjunto de vasos negros, poco frecuentes frente a una amplia mayoría de pucos negros, a los que considera "...la pieza de alfarería más común en los sepulcros de `La Paya'..." (Ambrosetti 1907: 309).

Como parte de la misma expedición se efectuaron excavaciones en Kipón, sitio integrado por un conjunto de vestigios de recintos de paredes de piedra muy deteriorados emplazados a unos 15 km al norte de La Paya. Siguiendo iguales criterios que Ambrosetti para La Paya, Debenedetti

(1908) publica las características y el contenido de 13 tumbas de tipo cista, tres de las cuales contenían pucos negros pulidos[5].

Dillenuis (1909), al tratar una colección de pucos procedentes de los alrededores de la localidad de La Poma, también describe pucos de superficies negras pulidas, aunque no todos ellos corresponden al mismo período. Según se observa en las ilustraciones (Dillenius 1909: fig. 3, 4 y 7) la morfología de algunos pucos negros (por ejemplo la pieza N° 2469 de la Figura 3 y la N° 2414 de la Figura 4 de Dillenius [1909]) es la de la alfarería negra pulida que en la actualidad conocemos como propia de los sitios del Período Formativo del valle Calchaquí[6], que se asemeja a la del tipo San Pedro Negro Pulido del Salar de Atacama (Baldini 2007, Tarragó 1980a, 1996). Con esto podría relacionarse la diferencia que Dillenius percibe en la calidad de las piezas, "...Los pucos negros en general son pucos convexos de pasta fina, de arcillas grises, como puede reconocerse en las líneas de fractura, muy bien trabajados, livianos, de paredes delgadas elegantes y completamente pulidos de negro conservando algunos cierto brillo metálico. Pero hay también pucos toscos, de arcillas pesadas y si bien negros, no lustrosos..." (Dillenius 1909: 23-24).

Bennett *et al.* (1948) en su obra sobre el Noroeste argentino analizan los contextos de 79 tumbas de La Paya, discriminando un grupo Inka, otro transicional y un tercero más antiguo, o Calchaquí, que reflejan cambios en el tiempo y contactos externos durante la ocupación del sitio. Mencionan la presencia de pucos negros pulidos en los tres grupos de tumbas y destacan que en el grupo más antiguo los pucos negros son los más comunes, pero no resultan distintivos del mismo (Bennett *et al.* 1948:74). Por su parte, Serrano describe la cerámica más frecuente del mismo sitio con la denominación de La Paya dibujos negros y menciona un tipo La Paya Negro Pulido, pero haciendo referencia a las piezas halladas en la quebrada de La Paya de La Poma correspondientes al tipo San Pedro Negro Pulido y procedentes de San Pedro de Atacama (Serrano 1958, 1963).

A diferencia de las alfarerías decoradas, el tratamiento dado a la alfarería negra pulida de sitios del Período de Desarrollos Regionales es limitado. Entre los trabajos que la mencionan,

---

[5] En Kipón se efectuaron un total de 50 excavaciones en algunas de las cuales se hallaron tumbas sin paredes de piedra o no produjeron resultados.

[6] Los pucos del Período Formativo presentan distintas variantes, hay de cuerpo elipsoide u ovoide y más profundo y con bordes evertidos, engrosados en la cara externa. Otros son más abiertos, con bordes levemente evertidos y también con labios engrosados. Poseen pequeñas asas en forma de mamelón por debajo del borde y bases indiferenciadas a la vista (Baldini 2007: fig. 5).

algunos se distinguen por la explicitación de las formas de las vasijas y por los comentarios referidos a su producción, que siempre destacan la diferencia de la pasta y el tratamiento superficial con los de las alfarerías de tradición santamaría-calchaquí.

Ambrosetti (1907) incluye a los vasos y pucos negros en el acápite sobre "Alfarería de uso común". Los primeros son descriptos como globulares, con boca grande, base pequeña, y asas gruesas horizontales, y de variación notable en sus proporciones (*op. cit.*: fig. 142). A ellos se suman vasos más bajos y de bordes salientes de boca ancha (*op. cit.*: fig. 143). Entre los pucos distingue una forma convexa con un borde que se cierra hacia el interior y otra en la que las paredes se hacen verticales a partir del diámetro máximo (*op. cit.*: 307). En síntesis describe dos variantes de vasos y dos formas de pucos.

Mayor variedad de formas se advierte en el análisis de la cerámica de La Paya efectuado por Tarragó y De Lorenzi (1976). Distinguen en esta alfarería platos muy abiertos con asa labio adherida, pucos hemisféricos con un asa vertical similares a la tazas de la vajilla moderna, pucos restringidos y de contorno muy convexo, algunos con base diferenciada del cuerpo, pucos con un sector superior vertical y boca sin constreñir, y ollas globulares con bordes muy evertidos y asas cinta horizontales.

Por su parte Calderari (1991a) al analizar los estilos cerámicos inkaicos de La Paya incluye una descripción del Estilo La Paya Negro Pulido, distinguiendo 10 formas de vasijas, entre ellas cuatro formas de escudillas y tazones, frascos, ollas y ollitas de pie y botellas de asa lateral, éstas dos últimas, junto a una forma de escudilla con asa botón, corresponden a formas propias de la cerámica inka (*op. cit.*: 156).

Con relación a la alfarería recolectada en el sitio El Churcal, se expresa que la de tipo identificado como El Churcal negro pulido, en todo similar a las vasijas de La Paya, presenta una única forma, la de pucos hemisféricos de contorno simple, de paredes delgadas y manufacturados con una pasta homogénea y bien cocida, y cuyo diámetro oscila entre 90 y 250 mm (Raffino 1984, Raffino *et al.* 1976).

Más referencias sobre la presencia de vasijas negras pulidas en contextos similares a los anteriores se presenta en publicaciones sobre el sitio Tero de Cachi (Tarragó *et al.* 1979), sondeos realizados en el sitio Borgatta de Cachi Adentro (Pollard 1983), excavaciones realizadas en recintos

de La Paya (Alfaro de Lanzone 1985) y sobre un entierro en urna en Ruiz de Los Llanos (Baffi *et al.* 2001). Finalmente, DeMarrais (1997) y Gifford (2003) mencionan la presencia de restos de alfarería negra pulida en sitios tardíos del sector septentrional del valle.

En este contexto, fueron analizadas por Baldini y Sprovieri (2009) piezas negras pulidas completas de sitios arqueológicos tardíos del valle Calchaquí, considerando sus atributos de forma y dimensiones, a fin de identificar la variabilidad que presenta esta clase de alfarería, así como controlar su cronología.

De acuerdo al análisis de fragmentos de alfarería negra pulida hallados en sondeos realizados en espacios entre recintos de La Paya, la pasta tiene una matrix de tono gris oscuro a negro, con inclusiones, escasas y pequeñas, de litoclastos grises, negros y rojos, y aisladamente pequeñas láminas de mica y granos de cuarzo, generalmente redondeados, distribuidos irregularmente. La textura es porosa, en algunos casos tendiente a laminar, y la fractura es irregular, aunque en cierta proporción la fractura es recta.

En las vasijas analizadas la superficie externa es de color gris oscuro (2.5 YR 3/0, 10 YR 3/1, 10 YR 4/1 de acuerdo a Munsell Soil Color Charts 1975), en menor proporción definidamente negra (7.5 YR 2.5/0) y puede presentar sectores con tonalidades que tienden al pardo (2.5Y 5/2). La interna es similar, pero es más frecuente el color negro. Ambas superficies fueron pulidas, más intensamente la interna.

En cuanto a su morfología, aplicando los criterios propuestos por Balfet *et al.* (1983) para la determinación de categorías de vasijas se reconocieron, en principio, siete categorías generales: escudillas (*écuelle*), escudillas hondas (*bol*), ollas (*pot*), botellas (*bouteille*), platos (*assiete*), cuencos (*jatte*) y platos hondos (*plat creux*). Entre ellas, las escudillas y cuencos resultan netamente mayoritarias en la muestra, en tanto las otras están representadas por muy pocas piezas.

A fin de distinguir la variabilidad total del conjunto se utilizaron los criterios definidos por Shepard (1954), lo que resultó en la distinción de 13 formas específicas para la muestra analizada de cerámica negra pulida. Existen vasijas no restringidas de contornos simples o compuestos y vasijas restringidas, que pueden presentar contornos simples, compuestos o inflexionados (Láminas 9, 10 y 11).

En las formas identificadas para la alfarería negra pulida se observan discrepancias entre algunas de ellas y las de la alfarería santamariana-calchaquí; sólo compartirían las formas de los comunes pucos convexos.

Según la información actual, esta cerámica negra pulida está presente en sitios tardíos emplazados entre Molinos y Payogasta en el sector central del valle Calchaquí (El Churcal, La Paya, Tero, Kipón, etc.) y hacia su extremo norte, como lo evidencia una parte del material de La Poma analizado por Dillenius (1909) y menciones sobre la presencia de alfarería negra pulida, aunque sin mayores especificaciones, en contextos tardíos de algunos sitios emplazados desde Cachi hasta La Poma (DeMarrais 1997, Gifford 2003). Aunque hacia el sur de Molinos la información arqueológica es muy reducida, aparentemente no hay menciones sobre el hallazgo de esta alfarería.

4.3.1.4 Cerámica utilitaria

Por último, en contextos tardíos del valle Calchaquí se reconoce la presencia de una cerámica ordinaria, de cocción oxidante y pasta de textura desmigable, no muy bien cocida, con inclusiones abundantes de cuarzo, hojuelas de mica y en ocasiones tiestos molidos (Baldini y Balbarrey 2004, Raffino 1984, Tarragó 1980a). Las formas predominantes en este tipo de alfarería son grandes vasijas globulares de cuello estrecho y borde evertido con asas horizontales o verticales remachadas, con una variante de ollas piriformes, que en algunos casos fueron utilizados como urnas para entierro de niños. También son comunes las vasijas pequeñas y medianas asimétricas (calceiformes) con un asa vertical labioadherida que suelen presentar una densa capa de hollín sobre su superficie externa, especialmente en la pared opuesta al asa (Ambrosetti 1907, Raffino 1984, Tarragó 1980a, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Se reconoce dentro del conjunto ejemplares de superficie peinada, lograda mediante la utilización de instrumento que dejó líneas finas paralelas, o con acanalado, presentando pequeños surcos paralelos probablemente producidos por un marlo (Baldini y Balbarrey 2004, Tarragó 1980a).

4.3.2 Otros conjuntos materiales tardíos

4.3.2.1 Metal

Durante los Desarrollos Regionales, en el área valliserrana del NOA, la producción de objetos en metal alcanza un gran desarrollo tanto desde el punto de vista técnico como con relación al volumen de producción. Si bien existen piezas manufacturadas en oro y plata por medio de técnicas de martillado de láminas, recorte y repujado, la producción metalúrgica se centró en el trabajo del bronce, material sobre el que se fabricó una enorme variedad de artefactos y objetos (A. R. González 1992, L. González 2004, González y Peláez 1999, Tarragó 2000).

En el valle Calchaquí en particular, esta variedad incluye artefactos mayormente utilitarios, como elementos delgados y alargados con extremos activos para el trabajo de algún tipo de material como cinceles y punzones, artefactos cortantes como cuchillos, constituidos por chapas rectangulares o semilunares con un filo en uno de los bordes y un agujero de suspensión cerca del opuesto, o pequeñas hojas rectangulares de hachas. También se incluyen objetos de adorno y uso personal como *topus*, brazaletes, anillos, dijes y pinzas depilatorias (Ambrosetti 1904, 1907, Boman 1908, González 2004, González y Peláez 1999, Raffino 1984, Tarragó 1970) (Lámina 12).

En menor proporción se registran otros tipos de objetos de mayor tamaño, más elaborados y que no se relacionan directamente con tareas cotidianas y domésticas y sobre los que se plasmó parte de la iconografía santamariana. Entre ellos se destacan los discos o placas que pueden alcanzar hasta 350 mm de diámetro, y pueden estar decorados con motivos en relieve en una de sus caras y sobre la otra presentar dos hemianillos para su amarre (Lámina 12). La decoración, ubicada en el centro de la pieza o únicamente en su periferia, es fundamentalmente de rostros antropomorfos, aunque también se pueden incluir motivos de serpientes y figuras antropomorfas con escudos. Hay además campanas de sección elíptica, presentan dos perforaciones rectangulares de suspensión en el lado puesto a la abertura y mayormente carecen de badajo. La técnica decorativa es del mismo tipo que la de los discos, predominando las representaciones de rostros antropomorfos y las guardas de óvalos o rombos, ubicadas en la zona de la boca. Dentro de este tipo de artefactos se pueden incluir también las hachas, que pueden ser lisas o decoradas (grecas y rostros) con alvéolo para enmangar o presentar el mango incorporado en una sola pieza fundida y decoración tanto en este último como en la hoja (Ambrosetti 1904, 1907, Boman 1908, A. R. González 1992, L. González 2004, Raffino 1984, Tarragó 1970, 2000, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Asimismo, otros hallazgos destacables son los tensores de arco de bronce, que también podían ser confeccionados en madera (González y Núñez Regueiro 1969), las denominadas

"insignias" por Ambrosetti (1907: 430) que son piezas laminares, largas y angostas, que en uno de los extremos presentan un ensanchamiento logrando una forma general en T, pero cuya funcionalidad es desconocida y, por último, un ejemplar único hasta el momento, un bol de bronce recuperado de una tumba de La Paya (Ambrosetti 1907: 138) (Lámina 12).

4.3.2.2 Lítico

No es sino en la última década que el estudio de los conjuntos líticos en sociedades tardías del NOA, y en el valle Calchaquí en especial, cobra importancia como línea de evidencia que permite abordar y examinar diferentes aspectos de la complejidad de la organización social y económica en aquella región (Álvarez 2004, Ávalos 2002, 2003, Ávalos y Chaparro 2004, Babot 2004, Chaparro 2001, 2002, 2007, Elías 2005, 2006, 2007, Elías *et al.* 2001, Escola *et al.* 1999, 2006, Ledesma 2003, Sprovieri 1999, 2005, 2009a, Sprovieri y Baldini 2007, entre otros).

Con anterioridad, el tratamiento de estos materiales era superficial y se reducía a la enumeración de la presencia de tipos de artefactos. En la actualidad, al menos para el valle Calchaquí, los resultados del estudio de las prácticas de aprovisionamiento, manufactura y uso de materiales líticos permitieron estimar que la producción lítica tardía fue de baja inversión de trabajo, destinada a la satisfacción de necesidades cotidianas y llevada a cabo a nivel doméstico; características que presentó en distintas comunidades tardías del valle Calchaquí (Sprovieri 2005, 2009a, Sprovieri y Baldini 2007).

En descripciones y análisis tecno-morfológicos de materiales líticos del valle se reconocen conjuntos de artefactos fundamentalmente utilitarios, compuestos por implementos para molienda como morteros, conanas y sus respectivas manos, pulidores, martillos, hachas y azadones (Ambrosetti 1907, Boman 1908, Raffino 1984, Sprovieri 2005, Tarragó 1980a, Tarragó y De Lorenzi 1976). Entre los instrumentos manufacturados por retoque se destacan las puntas de proyectil, de cuerpo triangular y base escotada confeccionadas principalmente en obsidiana, y también se registran artefactos de formatización sumaria como instrumentos de corte, machacado y con punta aguzada. El conjunto artefactual lítico se completa con núcleos y una gran cantidad de desechos de talla en materias primas locales (variedades de ortocuarcitas muy finas y limolitas cuarzosas, pizarras, cuarzo, etc.) y alóctonas (obsidiana y basalto) (Baldini 2003, Chaparro 2002, 2007, Sprovieri 2005, 2009a, Sprovieri y Baldini 2007, Sprovieri y Glascock 2007) (Lámina 13).

Finalmente, también de registran otros objetos manufacturados en piedra como torteros con grabados geométricos y collares de cuentas de malaquita principalmente, y algunos pocos ejemplares de anillos, flautas de pan, silbatos o vasos (Ambrosetti 1907, Boman 1908).

4.3.2.3 Madera

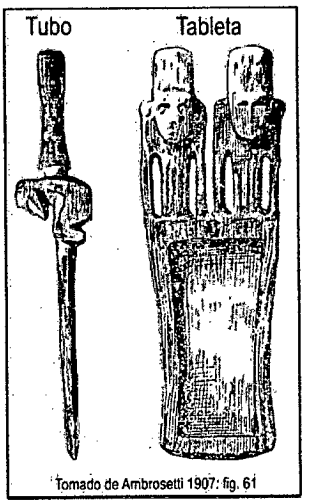
A pesar de las dificultades en la conservación de materiales perecederos como la madera, en el valle Calchaquí existen registros de una amplia variedad de artefactos confeccionados en esa materia prima que se habrían utilizado en tareas domésticas, agrícolas, en textilería, en actividades de caza o defensa, etc.

Entre los implementos vinculados a actividades textiles se destacan los torteros de variada morfología, estrellados, cónicos, discoidales, rectangulares, que suelen presentar decoración geométrica grabada sobre una de sus caras y en algunos casos están acompañados por sus husos (Ambrosetti 1907, Debenedetti 1908, Raffino 1984, Tarragó y De Lorenzi 1976, Tarragó *et al.* 1979). También se registran peines de cardar lana que pueden presentar, a modo de mango, una figura o rostro antropomorfo tallado, y palas largas y cuchillones, que han sido asociados a la producción textil (Raffino 1984, Tarragó 1974). Asimismo, artefactos como palas cortas y varas o bastones con extremos aguzados fueron relacionado a tareas agrícolas (Ambrosetti 1907). En relación a actividades cotidianas y domésticas se encontrarían las cucharas, trinchantes, punzones, agujas con ojal y las horquetas de atalaje o tarabitas utilizadas para sujetar las cargas a las llamas (Raffino 1984, Tarragó 1970, 1974, Tarragó y De Lorenzi 1976). Como parte del armamento, se encontraron restos de arcos y astiles de flechas con ranuras en uno de sus extremos para la inserción de la cuerda del arco (Raffino 1984) (Lámina 14).

Un conjunto particular de artefactos de madera está relacionado a las prácticas de consumo de alucinógenos. Está integrado por tabletas y tubos para inhalación de polvos psicoactivos, y estuches, posiblemente para almacenarlos. En el valle Calchaquí, estos artefactos se conocen fundamentalmente a través de los hallazgos de La Paya, pero también han sido registrados en otros sitios y localidades de la región como Cachi, Tero y El Churcal (Ambrosetti 1907, Tarragó y De Lorenzi 1976, Tarragó *et al.* 1979). Las tabletas se componen de una cavidad rectangular, hiperbólica u oval, acompañada por decoración tallada en volumen, u ocasionalmente grabada, con

motivos antropomorfos, zoomorfos o geométricos. Los tubos son de sección circular y presentan también decoración tallada en volumen de características similares a la de las tabletas (Figura 14).

Figura 14: Tableta y tubo para inhalación de alucinógenos.



Finalmente, existen otros tipos de instrumentos de menor representación como instrumentos musicales (tambor), figuras talladas antropomorfas provistas de tocados y adornos, y campanas (Ambrosetti 1907, Debenedetti 1908, González 2004, Raffino 1984, Tarragó y De Lorenzi 1976).

4.3.2.4 Hueso

Algunos artefactos fueron fabricados a partir de material óseo animal. Ellos incluyen instrumentos de puntas aguzadas o romas, agujas, boquillas de cornetas, *topus* o alfileres, pero entre todos ellos se destacan las espátulas y estuches, que han sido relacionadas con el complejo de rapé, y astrágalos perforados que habrían sido empleados como torteros (Ambrosetti 1907, Raffino 1984, Tarragó 1980a, Tarragó y De Lorenzi 1976). Algunos de estos artefactos presentan decoración grabada de pequeños círculos con un punto central.

4.3.2.5 Otros artefactos

Forman parte también de los conjuntos materiales del valle Calchaquí restos de telas de lana de auquénidos y cordeles de fibras vegetales, retorcidos y trenzados, fragmentos de cestas, cascabeles fabricados en frutos de nuez (*Juglans australis*) y calabazas pirograbadas con motivos

antropomorfos, zoomorfos y geométricos (Ambrosetti 1901, 1907, Debenedetti 1908, Raffino 1984, Tarragó 1970, Tarragó y De Lorenzi 1976).

4.3.3 Los materiales inkaicos

A partir de la ocupación inkaica del NOA, se incorporan al repertorio de artefactos locales una serie de materiales de rasgos imperiales, novedosos para las poblaciones de la región. Estos materiales, confeccionados en distintos tipos de materias primas (alfarería, metal, madera, piedra y hueso principalmente), podían ser bienes traídos desde la zona central del Imperio, pero mayormente eran confeccionados en las provincias de acuerdo a estándares de producción y decoración inkaicos (D'Alroy *et al.*1994, 2000, Raffino 1981).

Una importante circulación interregional tuvo la cerámica de rasgos imperiales. Esta estaba compuesta por una variedad de vasijas de distintas formas (Rowe 1944), entre las que se destacaron en las provincias el aríbalo, el plato pato o de asa ojal, la ollita de pie, la jarrita de asa lateral y ocasionalmente la olla de dos asas (Bray 2004, D'Altroy *et al.* 1994, 1998, Raffino 1981, Rydén 1947), decoradas según patrones correspondientes a estilos imperiales como Cuzco Polícromo, Cuzco Polícromo Figurativo, Cuzco Ante y Cuzco Rojo sobre Blanco (Rowe 1944) (Láminas 15 y 16).

En el NOA, la cerámica de momentos inkaicos esta compuesta por cerámica cuzqueña, excepcional en el NOA pero representada por algunas vasijas inkaicas que llegaron a la región desde la zona del Cuzco, por cerámica Inka Provincial, de producción local pero que imita las formas y decoración cuzqueña, por cerámica Inka Mixto compuesta por piezas que presentan una combinación de elementos inkaicos con otros no cuzqueños, y finalmente por la alfarería que se ha denominado de Fase Inka, que comprende aquellas cerámicas de tradiciones estilísticas locales o no locales pre-inkaicas (Calderari y Williams 1991, González 1980, Raffino 1981).

En el valle Calchaquí, se han identificado distintas piezas de filiación inkaica. Entre las vasijas importadas se pueden incluir dos piezas (ollas de dos asas) encontradas en la Casa Morada de La Paya (Ambrosetti 1907, Boman 1908) y solo unos pocos tiestos de Cortaderas y Potrero de Payogasta principalmente (DeMarrais 2001) (Figura 15).

Figura 15: Cerámica Inka Imperial del valle Calchaquí.

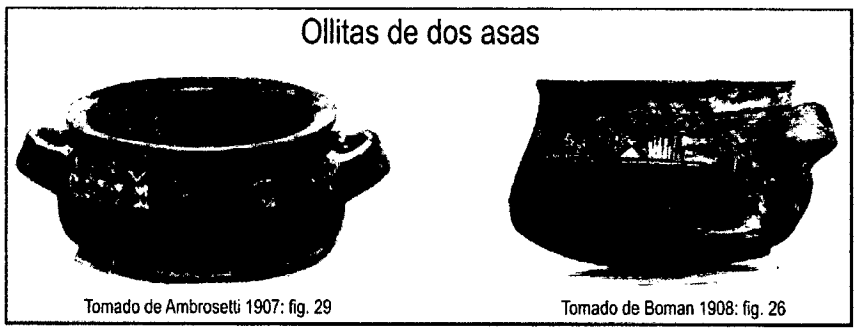


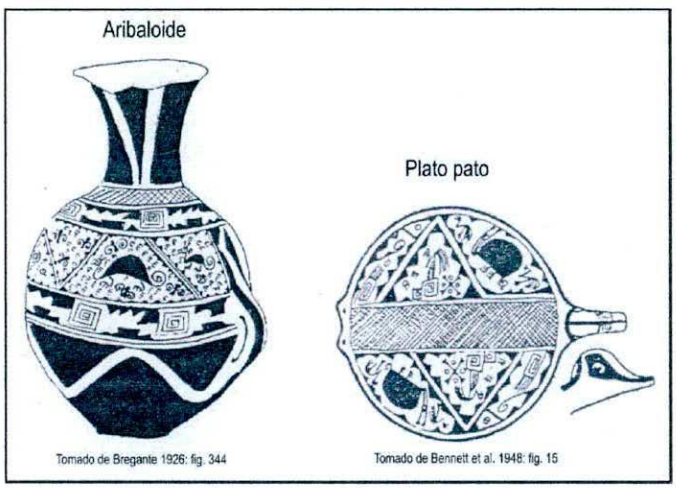
Figura 16: Cerámica Inka Provincial del valle Calchaquí.

Mucho más numerosas son las piezas y fragmentos Inka Provincial (Figura 16), presentes en múltiples sitios ocupados durante la época inka como La Paya, Guitián, Potrero de Payogasta, Cortaderas y Tero, por ejemplo, en contextos domésticos, funerarios y otros ceremoniales (Acuto *et al.* 2004a, Alfaro de Lanzone 1985, Calderari 1991a, Calderari y Williams 1991, D'Altroy *et al.* 2000, De Lorenzi y Díaz 1977, González y Díaz 1992, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Con relación a los estilos Inka Mixto, Bennett *et al.* (1948) han definido, a partir de materiales de la Casa Morada de La Paya fundamentalmente, el estilo Casa Morada Policromo (CMP), también denominado Inca Paya por Serrano (1958) (Figura 17). Este tipo de alfarería combina rasgos cuzqueños (principalmente morfológicos) con elementos de tradiciones locales, como del estilo Yavi del sector oriental de la puna jujeña y sur de Bolivia, y motivos decorativos de la tradición santamariana-calchaquí (De Lorenzi y Díaz 1977, Tarragó 1974, 2000, Tarragó y De Lorenzi 1976). Sus formas más frecuentes son aribaloides o aríbalos, platos y jarritas de asa lateral que presentan una pasta homogénea de color rojizo a marrón. Su superficie fue pulida y decorada con líneas finas en negro sobre un fondo blanquecino. La decoración se organiza en registros triangulares limitados por líneas rectas y dentadas en cuyo interior se encuentra una figura zoomorfa

compuesta de un cuerpo negro, cola en espiral, patas y dos apéndices en la cabeza. A su alrededor se ubican signos semejantes a letras E o H, cruces, círculos y dos triángulos unidos por sus vértices de los cuales salen dos espirales hacia los laterales. También son frecuentes las franjas reticuladas o compuestas por una sucesión de espirales que salen de triángulos, los grandes triángulos opuestos que determinan una línea sinuosa que rodea el cuerpo de la vasija formando una figura en negativo y la figura estilizada del *suri* . En el cuello de las vasijas suelen representarse triángulos con el vértice hacia abajo o de vértices alternados (Bennett *et al.* 1948, Raffino 1981, Serrano 1958, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Figura 17: Cerámica Casa Morada Polícromo.



Más recientemente Calderari (1991a) ha realizado un análisis en mayor detalle de esta tradición estilística a partir de piezas de La Paya según sus características de producción, morfología, estructura de diseño e iconografía. Si bien algunas de las características identificadas coinciden con las descripciones previas realizadas fundamentalmente por Bennett *et al.* (1948), se agregan otras a las que definieron originalmente este estilo.

De acuerdo al análisis que realizamos sobre algunas de las piezas estudiadas por Calderari (1991a: 160)[7] consideramos que no todas ellas corresponden al estilo CMP sino que algunas pueden agruparse dentro de la categoría Inka Provincial y otras en otros tipos de alfarería Inka Mixto que combina elementos cuzqueños con los de otras tradiciones estilísticas (Santamariana-calchaquí o Yavi). Por lo tanto, muchas de las nuevas características presentadas por Calderari, en sus cuatro ejes de análisis, no estarían describiendo piezas CMP sino, a nuestro entender, otras variedades alfareras. En este sentido, para el desarrollo de la presente investigación se tomó la definición del estilo CMP presentada por Bennett *et al.* (1948) como parámetro para la identificación de piezas

[7] Las piezas que Calderari (1991a: 160) asigna al CMP y que también fueron analizadas en esta investigación son: N° ME 815, 831, 832, 1013, 1035, 1036, 1560, 2119, 3992-1 o 47/370, 3992-3, 3995-1 o 47/379, 4102-1 o 04/39, 4102-2 o 04/40, 4102-4, s/n° (Ambrosetti 1907: fig. 39).

correspondientes a dicho estilo ya que resulta menos ambigua y refleja más estrechamente un universo particular de materiales claramente reconocible.

Desde el punto de vista espacial, la distribución de las piezas CMP es muy amplia, abarcando distintas áreas de los Andes del Sur. En el valle Calchaquí ha sido ampliamente registrado en la Casa Morada de La Paya (Bennett *et al.* 1948, González y Díaz 1992) y en otros contextos y sectores del mismo sitio (Alfaro de Lanzone 1985, Ambrosetti 1907), al igual que en otros sitios del valle como Loma del Oratorio (Tarragó y De Lorenzi 1976), Cortaderas y Potrero de Payogasta (De Lorenzi y Díaz 1977, Williams 2004). En otras zonas del NOA, piezas o fragmentos CMP han sido identificados en Rincón Chico (González y Tarragó 2004a), Punta de Balasto (González y Tarragó 2004b) y Fuerte Quemado (Bruch 1911: fig. 70) en el valle de Yocavil, en Potrero Chaquiago (Williams 2004) en el Bolsón de Andalgalá, Provincia de Catamarca, posiblemente en Quilmes, Provincia de Tucumán (González y Díaz 1992), también en el Pukará de Tilcara (Nº ME 3756 [MEC]) y Volcán (Cremonte y Garay de Fumagalli 1997a) en la Quebrada de Humahuaca, y en diversas localidades del borde salto-jujeño y la puna argentina (Tarragó 1984a). Fuera del NOA, se ha registrado en el Norte de Chile en Freirína y Paipote (Ambrosetti 1907, Tarragó *et al.* 1997), en San Pedro de Atacama, por ejemplo en Caspana (Uribe 1997), en los sitios de la región del río Loa, e inclusive en cementerios de Arica (Tarragó 1989). En Bolivia, se han hallado piezas CMP en el Altiplano Sur (Tarragó 1984a, 1989), en Culpina, Illuri, Sipisipi, Colcapirhua y Arani III (Raffino 1981) y en el valle de Cochabamba, caso que correspondería al traslado de *mitmaqkunas* vallistos a esa zona (Lorandi y Cremonte 1991).

En especial, el origen de esta alfarería CMP en el valle Calchaquí ha sido cuestión de discusión. Su carácter foráneo fue señalado ya por Ambrosetti (1907) y su vínculo con la alfarería Yavi, tradición que aportó las bases para su desarrollo, fue destacado por investigadores en momentos posteriores (De Lorenzi y Díaz 1977, González y Díaz 1992, Tarragó 1984a, 2000). Si bien posiblemente haya sido producida localmente (González y Díaz 1992), de acuerdo a datos composicionales de alfarería CMP procedente de asentamientos imperiales del valle, como Cortaderas y Potrero de Payogasta, las muestras presentan semejanzas entre sí y con arcillas de Yavi y La Quiaca, sugiriendo la circulación de al menos parte de ese tipo de material desde el área Yavi hasta valle Calchaquí (Williams 2004).

Esta alfarería particular de amplia distribución en el ámbito surandino, paralela a la de la cerámica Inka Polícroma y a la de otros estilos Inka Mixto como el Pacajes o Saxamar de la zona sur del lago Titicaca (Tarragó 1984a, Williams 2004), pudo haber contado con cierto valor o prestigio para los Inkas, quizás paralelo al de los bienes imperiales (Williams 2004).

Otro estilo Inka Mixto presente en el registro arqueológico del valle Calchaquí[8], aunque mucho más escasamente que el CMP, es el Inka Pacajes que cuya presencia, de acuerdo a los conocimientos actuales, se vincularía tanto a la instalación de poblaciones altiplánicas en el valle como a la circulación interregional de piezas (Lorandi y Cremonte 1991, Williams 2004) (Lámina 17).

El estilo Pacajes se caracteriza fundamentalmente por pucos hemisféricos de superficies de color rojizo o marrón, sumamente pulidas, la interna con mayor intensidad, la cual además presenta engobe. La decoración es generalmente pintada en negro en la superficie interior con motivos de llamas estilizadas o puntos, que se ordenan en círculos concéntricos, con motivos de líneas onduladas, rombos o figuras de "cruz de malta". A veces el labio también se encuentra decorado y en casos excepcionales el exterior del puco. Otras formas posibles incluyen jarritas y aríbalos (Munizaga 1957, Rydén 1947).

Por último, se han registrado en La Paya, y también en el valle de Yocavil (Bruch 1911: fig. 85, Lafone Quevedo 1908: fig. 68 y 69, Márquez Miranda 1946: fig. 86), otro conjunto de piezas Inka Mixto que integran rasgos inkaicos con elementos de tradiciones locales (Caderari y Williams 1991). Este tipo de piezas han sido descriptas por Calderari (1991a) y clasificadas como pertenecientes al estilo La Paya Dibujos Negros (LPDN) de acuerdo a la denominación originalmente presentada por Serrano (1958) (Lámina 18).

Cabe destacar que la descripción de estos materiales por ambos autores no coincide totalmente, sino que el conjunto de Serrano parece incluir piezas de tradición santamariana-calchaquí:

> "En el tipo cerámico *La Paya dibujos negros* se desarrolla un estilo decorativo que constituye el elemento más definido de su caracterización. Aparece en pucos, en vasos de boca ancha, en seudo ápodos y en gráciles yuritos vinculados por su forma a cerámicas típicas del norte de Chile. Aparece también en formas locales como los vasos libatorios.

[8] Por ejemplo en los sitios de Cortaderas, La Puerta y Animaná, en los sectores norte, centro y sur del valle respectivamente (Baldini 1994, Pollard 1983, Williams 2004).

> El estilo La Paya emplea para sus motivos y composiciones el negro sobre la superficie alisada o pulida de los vasos, algunas veces cubierto de un fondo rojo amarillento.
> En la cerámica La Paya es característica la representación de una serpiente bicéfala de cuerpo formado de óvalos generalmente reticulados. A propósito de esto queremos señalar que la tendencia general en la cerámica La Paya es llenar las figuras de su decoración con reticulados, se trate de motivos geométricos, zoomorfos o antropomorfos (fig. 24).
> En la figura 25 damos las formas dominantes o características de esta cerámica. En la primera fila la de los pucos cuya decoración exterior más típica aparece en la fig. 27. en la segunda fila aparecen vasos libatorios, así llamados por Ambrosetti por considerar que el labio con agujero que presentan en su borde servía para beber el líquido depositado en ellos. (Lám. XV – 3). Diametralmente a este labio presentan un apéndice o una aplicación zoomorfa o antropomorfa. Los hay medianos y pequeños." (Serrano 1958: 74-75).

Por su parte, Calderari (1991a) reconoce bajo el rótulo La Paya Dibujos Negros un grupo de vasijas que combinan rasgos del estilo inkaico como morfología, estructura de diseño y/o iconografía con una decoración de motivos de trazo grueso en N/R, entre los que abundan los reticulados.

Nuestro análisis de la totalidad de las piezas estudiadas por Calderari (1991a: 160-161)[9] y de la pieza N° ME 1841 a través de la ilustración de Ambrosetti (1907: fig. 129) nos permitió corroborar ciertos rasgos comunes entre estas piezas, a excepción de dos incluidas por Calderari (N° ME 1845 y 1920). Desde nuestro punto de vista estas dos últimas vasijas no corresponden claramente al estilo La Paya Dibujos Negros, dado que la primera no presenta el tipo de iconografía característica de esta agrupación estilística y la segunda no corresponde a una forma claramente inkaica y su decoración es en N/Cr. Probablemente la cantidad de piezas conocidas de este tipo no es suficiente como para permitir definir de manera precisa un estilo, sin embargo se decidió, por el momento, mantener esta agrupación y su denominación según fuera planteada por Calderari (1991a), aunque con las excepciones señaladas.

Como indica Calderari (1991a:158), estas vasijas tienen semejanzas con estilos tardíos de la Quebrada de Humahuaca y, a nuestro criterio, pueden incluir también algunos elementos de la tradición santamariana-calchaquí como grecas o una figura que remite a la imagen del *suri* (Ambrosetti 1907: fig. 129 y 130).

[9] Salvo la pieza 08.23.2163, del Museo del Hombre de Paris.

Paralelamente a la introducción de estas variedades alfareras novedosas, en el valle Calchaquí se continuaron produciendo las cerámicas típicas de las sociedades tardías de la región como la santamariana-calchaquí o la negra pulida, que se agruparían dentro de la categoría Fase Inka. Para la alfarería Santamariana del valle de Yocavil se ha propuesto que la misma presentaría algunas modificaciones introducidas a partir de la conquista inkaica de la región (Perrota y Podestá 1973, Calderari y Williams 1991, Marchegiani *et al.* 2009), pero no existen estudios particulares de estos aspectos para las variedades decoradas del valle Calchaquí en particular. Por su parte, en la cerámica negra pulida procedente de contextos inkaicos del valle no parecería haber transformaciones morfológicas con respecto a las piezas de momentos previos (Baldini y Sprovieri 2009).

Con relación a otros materiales también se introdujeron nuevos tipos y diseños al repertorio local de artefactos, aunque no todos ellos se presentaron en tanta proporción como la cerámica inkaica. Entre los metales, se incorporaron los *tumi* o cuchillos de hoja semilunar con mango perpendicular a ella el cual puede rematar en un ojal, un botón discoidal o una pequeña figura. También se incorporaron las hachas en forma de ancla o "en T" que implicaban nuevos modos de fijación al mango, las pequeñas figuras zoomorfas y antropomorfas corrientemente halladas como ofrendas en los santuarios de altura, las mazas estrelladas con un agujero central para ser enmangadas que también podían estar fabricadas en piedra, los *liwi*, esferas empleadas para cazar aves y los *topus*, largos alfileres con un extremo ensanchado o terminados en una figura; todos ellos fabricados en bronce (Ambrosetti 1904, González 2004, Raffino 1981) (Lámina 19).

Finalmente, otros objetos que se difunden con el ingreso del Imperio Inkaico al NOA son el *kero*, vaso de madera que usualmente presenta decoración polícroma de motivos geométricos inkaicos, las puntas de flecha fabricadas en hueso y las valvas marinas del género *Pecten*; materiales todos ellos registrados en distintos sitios del valle Calchaquí (La Paya, Tero, Choque, Potrero de Payogasta) (Ambrosetti 1907, Boman 1908, De Lorenzi y Díaz 1977, Raffino 1981, Tarragó y De Lorenzi 1976) (Lámina 20).

Las descripciones y apreciaciones desarrolladas en este capítulo en cuanto a los rasgos ambientales del valle Calchaquí y su entorno macrorregional, a los procesos sociales e históricos

ocurridos en la región y el NOA entre los siglos IX y XVI y a las características de los materiales calchaquíes tardíos, nos han permitido presentar al VC y su ocupación humana más tardía como el marco espacial, temporal y cultural de esta investigación. Este marco resulta relevante al estudio de la interacción interregional en tanto el valle constituye un ámbito con características naturales y culturales específicas que lo diferencian de otras regiones de la Provincia de Salta y del Noroeste argentino.

El reconocimiento dentro del campo de la Arqueología argentina que las sociedades tardías del NOA se vieron vinculadas entre sí por redes de interacción de diverso alcance y carácter plantea como pertinente el estudio de tal situación en el valle Calchaquí de manera puntual y sistemática. Desde el punto de vista espacial, su posición, extensión y accesibilidad hacen del valle una vía de comunicación natural significativa entre múltiples espacios y ambientes. Desde el punto de vista del registro arqueológico, el estado de conocimiento actual, luego de más de cien años de trayectoria de investigación en la región, sobre los bienes y objetos muebles que constituyeron parte del entorno material y la vida de las sociedades calchaquíes en los últimos siglos prehispánicos, propone un contexto material adecuado desde donde analizar y considerar, contrastar y evaluar las piezas arqueológicas estudiadas específicamente para esta investigación, en tanto este procedimiento permite reconocer materiales que estilísticamente puedan distinguirse como foráneos o locales y obtener un espectro de la variabilidad de materiales presentes en la región de estudio.

CAPÍTULO 5: ANÁLISIS DE LOS APORTES Y EVIDENCIAS DE INTERACCIÓN INTERREGIONAL DE INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS PREVIAS.

5.1 Las investigaciones iniciales

El interés en los fenómenos de interacción entre sociedades de distintas regiones se ve reflejado en las investigaciones arqueológicas del valle Calchaquí desde sus comienzos a principios del siglo XX. Si bien las primeras menciones sobre esta problemática podían verse mayormente circunscriptas a referencias sobre la presencia de bienes alóctonos o de influencias foráneas en el registro arqueológico de valle, con el desarrollo de las investigaciones en la región, se va conformando en una problemática en sí misma, con potencialidad para el estudio de los modos de vida de las sociedades calchaquíes en perspectiva sincrónica y diacrónica.

Entre las primeras expediciones arqueológicas al valle Calchaquí, la mayoría de las cuales fueron promovidas por la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la Universidad de Buenos Aires, se destacan los estudios realizados por Ambrosetti (1902, 1907) y por Boman (1908), quienes analizan materiales del sitio La Paya, ubicado unos 10 km al sur de la localidad de Cachi (Lámina 2). Los mismos fueron obtenidos mediante compras a distintos pobladores locales producto de excavaciones en la Casa Morada (un recinto de carácter especial dentro de ese asentamiento) y mediante excavaciones de más de 200 estructuras funerarias por el primero de aquellos autores. Las instancias particulares de la conformación de la colección de materiales de La Paya, las características del asentamiento y detalles de los hallazgos y contextos se detallan más adelante (Capítulo 7.1.1). Aquí resulta relevante señalar que en sus análisis de los conjuntos de materiales de La Paya, Ambrosetti y Boman mencionan la presencia de elementos foráneos. Sin embargo, se oponen en la interpretación dada a estos hallazgos, interpretación que gira en torno a la presencia inkaica en la región. Mientras que Boman afirma que el Imperio Inkaico alcanzó estos territorios tan australes, Ambrosetti vincula cierto tipo de objetos, de forma y decoración cuzqueña, a contactos con sociedades del Norte de Chile. Más allá del carácter innegable que tiene en la actualidad la ocupación inka del NOA, vemos en los trabajos de Ambrosetti y Boman los primeros pasos en torno a la constitución del estudio de los procesos de interacción entre poblaciones calchaquíes y aquellas

de otras regiones del NOA y los Andes surandinos como un campo de profunda relevancia para la comprensión del devenir histórico de las poblaciones prehispánicas de la región.

Paralelamente a los trabajos en La Paya, y como parte de las mismas expediciones arqueológicas, Debenedetti (1908) inicia tareas de investigación en el sitio de Kipón, ubicado en una terraza sobre margen izquierda del río Calchaquí, a 8 km al sur de la localidad de Payogasta (Lámina 2). Los trabajos comprenden una serie de excavaciones de estructuras mortuorias y el registro e inventario detallado del contenido y su disposición. La comparación con el material de La Paya, muestra una estrecha semejanza entre ambos conjuntos, sugiriéndole al autor que se trata de "productos de una misma cultura" (Debenedetti 1908: 55), aunque destaca la inexistencia en Kipón de relaciones con la costa del Pacífico, contrariamente a lo que se suponía que sucedía en La Paya (Debenedetti 1908).

En este primer impulso en las investigaciones en el valle se incluye el trabajo de Dillenius (1909) en el cual se analiza una colección de alfarerías procedentes de la zona de La Poma (Lámina 2), adquiridas a un coleccionista durante la Tercera Expedición arqueológica de la FFyL a la región Calchaquí. A esta colección se suma el análisis de otro conjunto de materiales de características similares a los anteriores procedente de Incahuasi (Quebrada del Toro) traída por C. Burmeister en 1890 y depositada en el Museo Nacional de Buenos Aires (hoy Museo de Ciencias Naturales "B. Rivadavia"). Las piezas forman parte del ajuar de entierros de la zona pero se desconocen mayores detalles sobre los yacimientos y contextos de origen. El análisis se centra en piezas de alfarería de tipo puco y se realiza una clasificación tipológica de acuerdo a morfología, tratamiento de la superficie y decoración.

Una línea que está presente en toda la descripción de este conjunto de piezas es la comparación constante entre los conjuntos de La Poma, los de Incahuasi y aquellos de La Paya, a los que se hace referencia continua. En este último sitio se encuentran unas pocas piezas que presentan una estrecha semejanza con algunas procedentes de La Poma. Pero aún más interesante resulta la comparación de por lo menos un conjunto de La Poma, que hoy conocemos como pucos Poma Negro sobre Rojo, con piezas recuperadas por la 4° expedición en el Pukará de Tilcara (Quebrada de Humahuaca, Jujuy), cuyos datos en ese momento se encontraban aún inéditos. La observación de similitudes decorativas entre estos conjuntos, el hecho que este tipo de alfarería en La Paya aparece de manera aislada y que no hay en las colecciones de la región piezas con

decoración similar, hace suponer a la autora que los ejemplares hallados en el valle Calchaquí no son de fabricación local sino procedentes de otra zona donde se fabricarían en masa según ciertos cánones estilísticos y que habrían sido obtenidos por canje. Este interés por la circulación interregional de objetos además se manifiesta en la afirmación de existencia de dos piezas en la colección de La Poma de características muy peculiares que podrían ser de origen exótico.

Luego de varias décadas sin trabajos arqueológicos en el valle, se reanudan nuevamente las investigaciones, en primer término con un trabajo de Carbajal (1939), quién, realizando una excursión arqueológica al valle Calchaquí, lleva adelante una serie de excavaciones en el sitio El Barrial (Departamento de San Carlos), en el sector sur del valle (Lámina 2). La breve nota sobre los hallazgos realizados detalla información sobre un conjunto de entierros de párvulos en urnas santamarianas, describiendo en especial las características de las urnas funerarias y el ajuar que las acompañaba. Uno de los hallazgos más interesantes dentro del conjunto fue la presencia de 12 cuentas de collar de vidrio planteando la existencia de contacto con los españoles.

En segundo lugar, se publica el reconocimiento realizado en las áreas de Cachi y Palermo por Ardissone (1940) quién proporciona datos geográficos regionales e información sobre la instalación humana y nuevos sitios arqueológicos como el Pukará de Palermo, que no figuraban hasta el momento en la bibliografía arqueológica (Lámina 2).

Por su parte Difrieri (1948) realiza sus investigaciones en el asentamiento inkaico de Potrero de Payogasta, emplazado en el valle del río Potrero, tributario del Calchaquí (Lámina 2). Su trabajo constituyó un gran aporte, fundamentalmente, desde el punto de vista metodológico ya que realiza una de las primeras excavaciones estratigráficas en el Noroeste argentino. Además, proporcionó un conjunto de datos e información sobre arquitectura y alfarería (Inka Imperial, Paya-Inca) de rasgos imperiales, que aportaban a la a caracterización de la ocupación inkaica en la región.

En ese momento, Bennett *et al.* (1948) publican un trabajo de síntesis de amplia relevancia para la arqueología del NOA, en el cual se realiza una revisión y condensación de información disponible en la literatura arqueológica sobre esa región. A partir de una división del NOA en cuatro áreas en base a criterios culturales y geográficos, se evalúa la cantidad y naturaleza de las investigaciones de campo en cada una de ellas, para posteriormente definir los principales estilos cerámicos y complejos artefactuales y describir los sitios más importantes de cada área. Desde

estos datos se pasa a una discusión de las asociaciones y distribuciones de estilos cerámicos y complejos y sus posiciones cronológicas, que finalmente son integrados en culturas y periodos[1]. Por último, la obra concluye con una interrelación de los estilos cerámicos y culturas de las cuatro aéreas del NOA desde una perspectiva cronológica y sus vinculaciones con otras regiones fuera de este ámbito.

El área denominada Centro, que incluye al valle Calchaquí, comprende la mitad sur de Salta, la Provincia de Tucumán y el norte de Catamarca. Para esta vasta región se identifican y definen numerosos estilos cerámicos (Yocavil Rojo sobre Blanco, Yocavil Polícromo, Candelaria, urnas San José, Amaicha y Santa María, etc.), algunas de cuyas denominaciones o caracterizaciones aún se mantienen en la arqueología del NOA. Particularmente en el valle Calchaquí, se reconoce la presencia de urnas Santa María, y su contraparte estilística en otras morfologías, principalmente pucos, conjunto que se denomina La Paya Polícromo (dentro de la que se incluye la variedad Bicolor Negro sobre Blanco) y la presencia de piezas de estilo Cuzco Polícromo. Casi exclusivamente a través de materiales de La Paya se destaca la existencia de un tipo especial de urna de tres cinturas, de similitud con las Santa María, y del estilo Casa Morada Polícromo, relacionado con la alfarería inkaica. También se resalta la presencia del estilo Poma N/R en el valle, aunque se reconoce su origen más al norte, en la Quebrada de Humahuaca.

Particular atención se dedica a los entierros excavados del asentamiento de La Paya, por su potencialidad para abordar parte de los aspectos temporales que busca resolver el trabajo. Gracias a la detallada publicación de Ambrosetti (1907) sobre esos contextos funerarios, se realiza un análisis de los artefactos de los ajuares y sus asociaciones en 79 tumbas lo que permite la separación de las mismas en tres grupos con valor cronológico relativo. El grupo A, que comprende 13 entierros, se separa del resto fundamentalmente por la presencia de cerámica de tipos inkaicos, y queda definitivamente vinculado al momento de ocupación inka del valle. Las 30 tumbas que se incluyen en el grupo B constituyen un conjunto que los autores denominan de transición ya que combina algunos de los materiales no inkas del grupo anterior y otros rasgos propios del grupo C. Este último grupo, compuesto por 36 entierros, contiene muchos tipos de artefactos y estilos que son considerados

[1] En términos generales, en esta obra se plantea la segmentación de la historia de ocupación del NOA desde la incorporación de la cerámica en adelante en Período Temprano, Medio, Tardío, Inka y Colonial.

representativos de las sociedades calchaquíes por los autores y, en especial, se caracteriza por ser el único que incluye entierros de niños en urnas.

Esta contribución avanza definitivamente hacia la organización de secuencias culturales regionales, tarea que se emprenderá, de aquí en más, con máximo interés en sucesivas investigaciones en el valle Calchaquí. De la misma manera, en esta obra se destaca como un eje fundamental para comprender el desarrollo histórico de las sociedades prehispánicas, la interrelación, identificada a través del estilo, entre poblaciones de distintas áreas, no sólo del NOA sino también de los Andes Centro-sur. Específicamente con relación a fenómenos que se vinculen con las sociedades tardías del VC, se pueden destacar las menciones de la presencia del estilo Casa Morada Polícromo (que fue definido en detalle en esta obra) en localidades del oriente de Bolivia (Culpina y Tolomosa), situación relacionada a la época inka (Bennett *et al.* 1948: 146), y de estilos de la Quebrada de Humahuaca en La Paya (op. cit.: 143). Esto último está sostenido a partir de la presencia de dos vasijas que los autores consideran pertenecientes al estilo Hornillos Negro sobre Rojo en dos tumbas del grupo de transición (grupo B) de La Paya. Los autores no precisan cuales son dichas piezas, pero una de ellas parecería ser la correspondiente al N° 758 procedente de la tumba 107 de La Paya (Ambrosetti 1907: fig. 197) por su similitud con la vasija ilustrada por Bennett *et al.* (1948: plate I, G), que adscriben a dicho estilo quebradeño. Sin embargo, es importante destacar que esta última pieza procede de Tafí (op. cit.: 160), lo que abre sospechas sobre la correcta asignación de esa pieza al estilo Hornillos N/R y por ende de las dos vasijas de La Paya.

Siguiendo la línea de trabajo abordada por *Bennett et al.* (1948), Serrano (1963) avanza sobre la historia cultural de la Provincia de Salta, proponiendo una cronología más afinada para el área, partiendo desde la temprana ocupación del territorio hasta el momento de ocupación inkaica. El marco cronológico tentativo que sugiere incluye un Período Precerámico entre 8000-400 AC, un Primer Período Cerámico que abarca desde el 400 AC hasta el 800 DC (Tafí, La Poma, Aguada) y un Segundo Período Cerámico entre los 800 y 1530 DC (Santamariano, Inca Paya).

Su análisis considera distintas regiones arqueológicas de Salta (área puneña, calchaquí, subandina, chaco-salteña y humahuaqueña, aunque no se encuentre estrictamente dentro de los límites de la provincia) y caracteriza el desarrollo histórico en cada una de ellas. En particular resultan de interés algunas de sus consideraciones en cuanto a la región calchaquí (que abarca el

valle homónimo y las quebradas vecinas) y su foco en las evidencias de influencias entre distintas regiones. Es así que Serrano destaca la presencia de lo que el denomina "culturas extrañas" en esa área ya que se da la presencia de elementos que corresponden a culturas no locales pero bien individualizadas como la Diaguita Chilena, Averías, Sunchituyoc, Sanagasta y Atacameña, además de la Inka. Todas estas culturas extraterritoriales corresponden al Segundo Período Cerámico, época que es considerada de intensos desplazamientos y contactos en todo el NOA. Sostiene que son frecuentes en la región piezas de estilo Diaguita Chileno (vasos patos) y de los estilos Sunchituyoc y Averías del área Chaco-santiagueña.

Asimismo plantea que en la región de Colomé hay abundante presencia de material cerámico Angualasto (San Juan) o Sanagasta (La Rioja), hecho que el autor vincula al desplazamiento de grupos de esas zonas al valle calchaquí central en tiempos históricos. Actualmente se conoce una variante alfarera en ese sector del valle de momentos iniciales dentro de los Desarrollos Regionales denominada Molinos, que presenta afinidades con los estilos Angualasto o Sanagasta, a la que es posible asimilar el material identificado por Serrano (Baldini 1992a y b, 1996/97).

Por otra parte, Serrano destaca la presencia de una cerámica negra muy pulida de formas particulares en la quebrada de La Paya de La Poma, que asocia a piezas similares publicadas por Latcham procedentes de San Pedro de Atacama y por Bennett de Chiu Chiu (región del río Loa).

5.2 Las síntesis regionales

En la segunda mitad de la década del 60 y durante la década del 70 se inicia una época de profundo replanteo de las problemáticas arqueológicas significativas y de las metodologías adecuadas para encarar los nuevos proyectos de investigación (González y Pérez 1968, Tarragó 1968, Tarragó y Núñez Regueiro 1972). En esta etapa se llevan a cabo las investigaciones más sistemáticas y consistentes para profundizar en la historia de la ocupación indígena del valle Calchaquí. Importantes avances se realizan con relación a distintos aspectos del modo de vida de las sociedades calchaquíes (sistema de asentamiento, economía, prácticas mortuorias, procesos tecnológicos, etc.) principalmente para el momento agroalfarero, entre los que se incluyen los procesos de interacción con sociedades de otros ámbitos del NOA y los Andes del Sur.

Para el **Período Formativo** (200 AC-600 DC), las investigaciones realizadas en la localidad arqueológica de Las Pailas, en Cachi Adentro, y en especial las desarrolladas en el sitio arqueológico de Campo Colorado, en los alrededores de La Poma, informaron sobre diversos aspectos de la forma de vida de las primeras sociedades aldeanas y permitieron caracterizar ese momento de la historia de ocupación del valle (Tarragó 1980a) (Lámina 2).

El primero de estos asentamientos presenta una superficie de alrededor 300 ha y está constituido por un sector central semiconglomerado y por otros tres sectores (norte, este y sur) en los cuales se observan principalmente cuadros de cultivos con algunos recintos dispersos. Según las investigaciones, esta localidad presenta evidencias de ocupación por grupos agricultores desde el Formativo hasta el Período Hispano-Indígena, presentando una larga y compleja historia cultural. La existencia de una localidad arqueológica como esta, de importantes dimensiones y con una organización espacial de las áreas de cultivo de gran envergadura, evidencia una organización social compleja con una distribución de funciones que superarían la de las primeras comunidades aldeanas a fines del primer milenio AC (Tarragó 1980a).

Por su parte, Campo Colorado es una aldea temprana de aproximadamente 30.000 m² con concentración de habitaciones y asociada a campos agrícolas. Las inhumaciones se realizaban en el interior de los recintos y en un área separa del poblado (cementerio). La subsistencia de sus pobladores se basaba en una combinación de actividades agrícolas y consumo de carne de camélidos. Se fabricaban herramientas en piedra (cuchillos, perforadores, instrumentos de molienda, palas y puntas de proyectil) y la alfarería era monocroma gris o negra de diversa calidad y acabado de superficie e incluía ollas grandes, platos y escudillas (Tarragó 1980a).

La información proporcionada por ambas investigaciones junto a otras evidencias procedentes de diferentes sitios del valle Calchaquí (Potrero de Gutiérrez, Jaime, Pozo Bravo, Las Cuevas 7, Salvatierra, Huasca Ciénaga, Cancha de Paleta, etc.) aportaron al conocimiento de las sociedades calchaquíes del Período Formativo y particularmente a la detección de distintas situaciones de interacción interregional (Baldini 2007, Tarragó 1996).

En este sentido, la presencia de alfarerías negras pulidas de formas equivalentes a aquellas definidas para la cerámica Negro Pulido de San Pedro de Atacama en distintos sitios del valle Calchaquí y algunas vasijas procedentes de La Paya de La Poma que serían originarias de la zona

del Salar de Atacama (Serrano 1963, Tarragó 1996), plantea no sólo ciertos contactos entre ambas regiones sino también la posibilidad de la existencia de enclaves atacameños en el borde de la puna salteña (Tarragó 1996).

Este eje de interacción se manifiesta también en la presencia en San Pedro de Atacama de pipas cerámicas de las fases tempranas que se corresponden estrechamente con ejemplares de pipas acodadas, de hornillo troncocónico y con dos apoyos cónicos del valle Calchaquí, desde donde habrían llegado a San Pedro (Tarragó 1968, 1970, 1974, 1980a).

Con otros ámbitos puneños se detectaron similitudes entre algunos vasos subcilíndricos de base plana y asa vertical y una clase de pipas de hornillo alto decoradas del VC con piezas alfareras de tipo Tebenquiche, y entre cuencos pulidos troncocónicos de Campo Colorado y ejemplares de Laguna Blanca, en la puna de Catamarca (Tarragó 1970, 1996). Asimismo, se detectaron semejanzas en numerosos rasgos arquitectónicos y de emplazamiento y en la alfarería de Campo Colorado con los de Las Cuevas, en la Quebrada del Toro (Baldini 2007, Tarragó 1980a, 1996).

Existe en la alfarería temprana del valle Calchaquí una técnica de tratamiento de superficie de pulido en estrías (Campo Colorado Líneas Bruñidas), que ha sido también detectada en el valle de Abaucán (Saujil Pulido en líneas), en Tafí, en Alamito y en urnas Ciénaga del valle de Hualfín (Tarragó 1970, 1980a, 1996, Tarragó y De Lorenzi 1976). Con estos valles de más al sur también se vinculan otros materiales del VC como vasos subcilíndricos con decoración pintada que tienen similitud con el estilo Condorhuasi (Tarragó 1996, Tarragó y De Lorenzi 1976) y algunas piezas en piedra (escultura y fuentes) semejantes a la tradición de Tafi y Alamito (Tarragó 1970, 1996).

Por último, contactos con las selvas occidentales se manifiestan a través de la presencia de fragmentos de vasijas con decoración tricolor de estilo reconocido como Vaquerías y de cuencos Negro Grabado San Francisco, ambos elementos de aparente origen foráneo en el VC (Tarragó 1996). Asimismo, para el sector sur del valle Calchaquí se han identificado en la colección Bravo piezas de cerámica gris grabada y modelada semejante a las de las fases tempranas de Candelaria y en el sitio El Arbolar, cerca de San Carlos, tiestos de las fases Choromoro y Molleyaco (Tarragó 1989, Tarragó y De Lorenzi 1976).

En síntesis, en el valle Calchaquí durante el Período Formativo las evidencias materiales han permitido plantear una serie de vínculos con sociedades de ámbitos ecológicos y culturales

diversos (área valliserrana, Quebrada del Toro, selvas occidentales, puna), que muestran ser relativamente significativos con la puna meridional (Tebenquiche y Laguna Blanca) y el área de San Pedro de Atacama.

Con relación al **Período Medio**[2] (600-900 DC), escasamente conocido en el valle, una de las problemáticas de estudio ha sido establecer la influencia y/o expansión de la entidad cultural Aguada en la región, y qué acontece con relación al fenómeno que se ha conceptualizado como de integración social e ideológica producto de esferas de interacción socioeconómicas que comenzaba a manifestarse en los siglos VI y VII en Catamarca y el norte de La Rioja (Pérez y Heredia 1987-88, Tarragó 1984a).

En el valle se observa una casi total ausencia de materiales Aguada en su sector norte, a excepción de los petroglifos de El Diablo, en la zona de Punta de Agua en el valle del río Potrero (Lámina 2), de estilo vinculado con Aguada (Baldini 1996-97, Tarragó 1984a). Por su parte, en el sector medio, se registró alfarería Aguada en la superficie de una serie de asentamientos arqueológicos y una estructura monticular en el sitio La Angostura (Lámina 2), localizado sobre la margen derecha del río Calchaquí, similar a las plataformas truncas que aparecen en la zona de Andalgalá-Chaquiago. También debe mencionarse la existencia en Pucarilla, en el tramo medio del VC, de una placa metálica semejante al disco "Lafone Quevedo" perteneciente a la cultura Aguada (González 1992: lám. 14, 187). Estas evidencias llevaron a postular la expansión de Aguada hasta aproximadamente la localidad de Seclantás (Raffino *et al.* 1979-82). En el sector sur, se destacan los materiales de los alrededores de Cafayate que integran la colección Bravo (Tarragó y De Lorenzi 1976) y una serie de vasijas de San Carlos que sugieren vinculaciones con la Aguada (Tarragó 1989).

Más recientemente Baldini (1996-97) retoma la problemática de la presencia Aguada en los valles Calchaquíes planteando que hasta el momento si bien se registra una serie de materiales en distintos sitios no se cuenta con evidencias suficientes que sustenten una concreta ocupación de sociedades Aguada en los mismos. De esta manera, postula que esos materiales Aguada se vincularían más probablemente con diversas situaciones de interacción social aún poco definidas que con una inserción efectiva de las poblaciones calchaquíes en los procesos de integración que se

[2] Se denomina de esta manera al lapso temporal comprendido entre los siglos VII y IX (González 1979), que también ha sido referido como Formativo Superior por Tarragó (1974), período que es poco conocido en el VC.

desarrollaban en Catamarca y La Rioja.

Otro posible indicio de interacción es un tipo de alfarería roja grabada con motivos geométricos de filiación Candelaria registrada en la quebrada de La Paya de Cachi, en Pampa Grande y en el sur del valle Calchaquí que se relaciona con la cerámica Rojo Grabado o Coyo Inciso de los oasis del Salar de Atacama (Tarragó 1970, 1989, Tarragó y De Lorenzi 1976, Tarragó y Scattolin 1999). Si bien los datos son insuficientes, contactos con las tradiciones Candelaria y Condorhuasi, que se extenderían desde el Período Formativo, estarían señalados por dos vasijas cerámicas y una pipa negra pulida con modelado e incisiones depositadas en el Museo Arqueológico "P. P. Díaz" de Cachi (Tarragó 1970, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Resumiendo, en sentido amplio, para este lapso temporal se han postulado relaciones con el área de desarrollo de la entidad cultural Aguada, la zona de selvas occidentales y San Pedro de Atacama (Tarragó y De Lorenzi 1976).

Sin dudas, la ocupación humana durante el **Periodo de Desarrollos Regionales** (900-1430/70 DC) es una de las más visibles dentro del valle Calchaquí a nivel de cantidad y tamaño de asentamientos y evidencias de múltiples actividades productivas y tecnológicas.

Una importante cantidad de investigaciones, iniciadas en la década de 1970, han contribuido a componer una imagen integral del período en la región, señalado que presentaría una cierta homogeneidad proporcionada por la tradición Santamariana-calchaquí en prácticas, costumbres y ergología (Tarragó 1970).

Desde el punto de vista de los procesos de interacción interregional, se considera que la sociedad Santamariana había logrado la integración cultural de dos extensos valles, el de Yocavil y el Calchaquí, y de importantes quebradas tributarias de acceso a la puna y a los valles más húmedos del oriente. Esto último está sugerido por las ocupaciones santamarianas en el valle de Lerma, en Tafí del Valle y otros sitios de Tucumán, que estarían indicando procesos de colonización de ambientes ecológicos orientales por parte de esta entidad sociopolítica, según consideran algunos investigadores (Tarragó 1970, 1974).

En particular, distintas localidades y sitios arqueológicos del PDR fueron objeto de investigación a lo largo de los años en el VC. Entre ellos se pueden destacar los trabajos realizados en El Churcal, localizado a 8 km al NE de la población actual de Molinos (Raffino *et al.* 1976)

(Lámina 2), cuyas características generales serán desarrolladas más adelante (ver Capítulo 7.1.3). En este asentamiento, ubicado estratégicamente sobre una meseta en estrecha vinculación con fuentes de agua y tierras cultivables, se llevaron a cabo tareas de relevamiento arquitectónico y excavación de recintos, montículos, tumbas y espacios especiales (Raffino 1984, 1988).

Las excavaciones en El Churcal proporcionaron abundancia y riqueza de materiales que informaron sobre diversas actividades artesanales y domésticas. En la alfarería, que prepondera sobre las demás manufacturas, se presentan diferentes tipos. Predomina la cerámica santamariana (bicolor y tricolor) pero también son frecuentes los tipos denominados El Churcal negro pulido, rojo pulido y tosco. Son de resaltar también hallazgos de múltiples artefactos en madera, piedra, hueso, textiles y objetos de metal, destacándose la ausencia de objetos de filiación inka (Raffino 1984) en un conjunto de materiales totalmente semejante a los de La Paya y Tero (ver infra).

Entre la alfarería de El Churcal, algunos pucos en N/R tienen ciertas afinidades con el estilo Loma Rica Bicolor, definido para el valle de Yocavil, y otros fragmentos recuerdan al Shiquimil Geométrico del mismo valle (Raffino 1984). Estos casos, si bien son probablemente producto de modalidades regionales, plantean vínculos con sociedades del ámbito inmediatamente más al sur, situación ya había sido señalada a partir de la aparición en la zona de El Churcal de urnas con forma y decoración en N/R que concuerdan con los tipos San José y Hualfín[3], depositadas en el Museo Arqueológico "P. P. Díaz" de Cachi (Tarragó 1970, Tarragó y De Lorenzi 1976). Asimismo, en las excavaciones de El Churcal se identificó, entre otros macrorestos vegetales, la presencia de frutos de nuez (*Juglans australis*) como parte de cascabeles (Raffino 1984), que, como se señala más adelante (Capítulo 8.6), de acuerdo a nuestros estudios evidencia la presencia de especies vegetales de procedencia alóctona.

El sitio arqueológico de Tero, ubicado en el extremo SO del actual poblado de Cachi (Lámina 2), fue foco de una extensa investigación iniciada a raíz de un rescate arqueológico. El sitio se encuentra emplazado sobre un terreno irregular en la margen derecha del río Cachi y ocupa una superficie aproximada de 2.5 ha (para mayor descripción del asentamiento ver Capítulo 7.1.2).

En Tero se realizaron excavaciones en recintos habitacionales, entierros y basurales. El análisis de los rasgos arquitectónicos, el patrón de asentamiento y las características de la funebria y

[3] Actualmente se considera a estas urnas correspondientes a la variedad alfarera Molinos (Baldini 1996-97).

la tecnología sugirieron significativas semejanzas con otros sitios de la región como La Paya y El Churcal. Asimismo, en base a observaciones de las características de la alfarería se propuso que el sitio habría estado ocupado en momentos avanzados de los Desarrollos Regionales y la época inka (Tarragó *et al.* 1979). Entre los materiales procedentes de este sitio se puede destacar la presencia de una valva de molusco de origen Pacífico (*Pecten purpuratus*) como parte del ajuar recuperado de la excavación de un entierro, excavación que había sido realizada en otra oportunidad (De Lorenzi y Díaz 1977).

Por otra parte, las investigaciones desarrolladas en la localidad arqueológica de Las Pailas, ya mencionadas para el Período Formativo, también aportaron información sobre las sociedades tardías del valle y en particular sobre situaciones de interacción específicas (Tarragó 1980a). Si bien el valle Calchaquí, al igual que el valle de Yocavil, fueron ámbitos de desarrollo de la sociedad santamariana, en la alfarería han existido diferencias regionales dentro de patrones generales compartidos. Parte de la cerámica de Las Pailas se aleja bastante de los cánones del Santa María Tricolor y Bicolor y hay pucos que presentan ciertas similitudes con los pucos Shiquimil Geométrico y sus correspondientes afinidades con la cerámica Hualfín. Esto concuerda con los otros hallazgos del mismo tipo ya mencionados para El Churcal y con la mención sobre la presencia de esta variedad en Colomé, mención hecha a partir de los mismos materiales que Serrano identifica como Sanagasta y Angualasto (Tarragó 1970, 1974, 1980a, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Con posterioridad, Pollard (1983) inició estudios en el valle Calchaquí que intentaron definir los conjuntos cerámicos de los asentamientos tardíos de los sectores central y norte del valle y asignar sitios a distintos momentos del Período. Como resultado presenta una seriación de la cerámica santamariana de la región a partir de muestras superficiales de fragmentos obtenidos en sitios de los Departamentos de La Poma, Cachi y Molinos y de sondeos en el sitio Borgatta, de Cachi Adentro (Lámina 2). A partir de su análisis plantea algunos aspectos, como la continuidad de la decoración tricolor a lo largo de toda la secuencia de la cerámica santamariana o el hallazgo de una menor diversidad de los motivos santamarianos en el valle Calchaquí con relación a los conocidos para el valle de Yocavil.

La existencia de contactos interregionales es una problemática abiertamente considerada en el trabajo de Pollard. Al respecto destaca las escasas evidencias de vínculos extrarregionales para

los Períodos Medio y Tardío[4] en el valle Calchaquí, entre las que menciona el hallazgo de un fragmento de puco pulido del sitio Valdez (ubicado al norte de Payogasta) con círculos incisos que el autor asimila a Ciénaga (pero que posiblemente podría corresponder a Famabalasto Negro Grabado) y un fragmento de un puco tricolor de Borgatta con decoración de línea fina en N y R/Cr. que sostiene pertenecería a una vasija Averías.

Asimismo, en sus colecciones de tiestos del VC reconoce un tipo de cerámica pintada en rojo sobre naranja que considera similar a la Tastil Borravino sobre Naranja de la Quebrada del Toro (Cigliano y Calandra 1973). El análisis petrográfico de pastas realizado por Pollard a tres fragmentos de esta alfarería del VC le permite integrarla al conjunto de alfarerías que denomina "cerámica Felsita" la cual predomina claramente en el extremo norte del valle Calchaquí en los alrededores de La Poma (Pollard 1983: 85).

Con respecto al trabajo de Pollard, Baldini (1981-82) llama la atención sobre algunos aspectos de su análisis. En primer término se cuestiona la representatividad de la muestra seleccionada y el manejo de los fechados radiocarbónicos para establecer la cronología. Asimismo, la autora nota la existencia de grandes diferencias entre las denominadas urnas santamarianas provenientes de los sectores norte, medio y sur del valle Calchaquí por lo cual plantea la necesidad de efectuar seriaciones por sectores con muestras amplias y estadísticamente significativas, más que para el valle en su conjunto. Finalmente, se critica la extensión en el tiempo del estilo santamariano hacia el 600 DC, planteando que no existiría información suficiente en los estudios desarrollados por Pollard y en los desarrollados por numerosos investigadores para el valle Calchaquí y de Yocavil que permitiera sostener esa propuesta.

Por otro lado, con relación a situaciones de interacción, el trabajo de Baldini (1981-82) menciona que la forma de puco profundo tratada por Pollard no integra amplias muestras de fragmentos de La Paya pero es la típica del sitio Molinos I, donde se combina con una pasta, acabado de superficie y decoración específicas, que la distinguen con claridad de las piezas de la tradición santamariana, a la vez que la semejan a los tipos cerámicos Las Pailas, Shiquimil Geométrico, Hualfín N/R y los de la fase Punta Colorada del valle de Abaucán cuya cronología fue

[4] Cronológicamente, Pollard delimita al Período Medio entre el 600 y 1000 DC y al Período Tardío entre el 1000 y 1550 DC.

estimada entre el 800 y el 1000 DC (Baldini 1981-82, Podestá y Perrota 1973, Sempé 1999, Tarragó 1980a).

En las últimas décadas, el sector central del valle Calchaquí ha sido objeto de investigaciones sistemáticas que aportaron información sobre esta zona escasamente explorada con anterioridad. Estos trabajos, desarrollados por Baldini, se han enfocado en el estudio de los inicios del Período de Desarrollos Regionales, desde la investigación del sitio Molinos I (Lámina 2). Este estudio de caso permitió detectar que los procesos económicos y sociales y de concentración poblacional propios del PDR en el valle Calchaquí ya se encontraban presentes hacia el siglo IX en vinculación con sociedades que producían alfarerías diferentes de la santamariana. Una situación similar a la que ya se había observado en un sector de la localidad de Las Pailas (Baldini 1980, 1992a y b, 1996/7, Baldini y Raviña 1999).

Ahonda, asimismo, sobre la dinámica de la interacción social de las poblaciones calchaquíes y del área valliserrana en conjunto, y sobre los procesos de complejización sociopolítica y económica durante los Desarrollos Regionales avanzados, claramente vinculados a la ocupación santamariana, dentro de una perspectiva de continuidad histórica.

Con relación a los modos de ocupación tardíos, inicia amplias prospecciones en la cuenca central del valle Calchaquí que aportan el registro de numerosos sitios y una valiosa cantidad de información, orientadas a avanzar en la propuesta de hipótesis sobre modos de asentamiento y disposición en el espacio. De manera sintética, se propone que los mayores centros poblados se disponen agrupados con relación al acceso y control de las cuencas transversales de mayor capacidad productiva emplazadas al occidente del valle principal, en cuyo interior se registran amplias zonas de producción agropecuaria con instalaciones residenciales de menor dimensión. Asimismo, plantea que esas cuencas habrían funcionado como una vía privilegiada por sobre el valle principal para la circulación de sujetos y bienes, a través de los sucesivos pasos a la puna ubicados en sus contrafuertes occidentales como el Abra de Los Diablillos al norte de Luracatao, el Abra del Cerro Blanco a la altura de Colomé y el Abra del Cerro Gordo en las nacientes del rio Tacuil-Amaicha (Baldini 2002, 2003, Baldini y De Feo 2000, Baldini y Villamayor 2007).

Con relación a la circulación interregional de bienes, la identificación de la variedad alfarera Molinos y sus semejanzas con ciertos tipos de vasijas de los valles de Hualfín y Abaucán plantean

posibles contactos con esos ámbitos que podrían haber ocurrido a través de los mencionados valles de Luracatao, Colomé y Tacuil-Amaicha, donde la aparición de fragmentos Ciénaga y Aguada sugieren vínculos de ese tipo desde épocas tempranas (Baldini 1996-97, 2003, Baldini *et al.* 2004, Raffino *et al.* 1979-82).

Asimismo, la presencia de ciertas materias primas líticas (obsidiana, basalto) en diversos sitios del valle Calchaquí sugiere situaciones de contacto con sociedades de otros ámbitos puneños, particularmente con la puna meridional y con el sector central de la puna de Jujuy (Baldini *et al.* 2004, Chaparro 2007, Sprovieri 2005, Sprovieri y Baldini 2007, Sprovieri y Glascock 2007, Villegas 2006).

En otra dirección, si bien considerables vínculos han existido entre las primeras sociedades aldeanas del valle Calchaquí y las del Salar de Atacama, durante los Desarrollos Regionales los indicios de interacción entre estas zonas se muestran muy escasos (Tarragó 1984a, 1994, 2000, Baldini *et al.* 2004). Los indicios existentes se vinculan con la presencia, para los momentos más tardíos del PDR o la época inkaica, de iconografía propia del ámbito santamariano en sentido amplio plasmada en diversos soportes del Norte de Chile (Tarragó *et al.* 1997).

De manera más especulativa, algunas características de los pucos del sitio Molinos I, que presentan ciertas similitudes con ejemplares de las regiones de Lípez en Bolivia, del área del río Loa en el Norte de Chile, y a fragmentos Pucarani y Kelluyo del Período Intermedio Tardío de las regiones de Juli-Pomata y Desaguadero de la cuenca del Titicaca, insinúan la hipótesis de posible contactos entre sociedades del altiplano y las calchaquíes (Baldini 2003, Baldini *et al.* 2004).

A modo de síntesis, en torno a los procesos de interacción entre las sociedades calchaquíes y aquellas de otros ámbitos durante el PDR, las relaciones más directas e inmediatas están dadas con las del valle de Yocavil, es decir, entre sociedades que comparten un sustrato cultural común (Tarragó 1970, 2000, Tarragó y De Lorenzi 1976). Estas relaciones se manifiestan incluso desde los momentos iniciales de los Desarrollos Regionales a través de las semejanzas estilísticas registradas entre las variantes alfareras Las Pailas y Molinos del VC y los estilos Loma Rica Bicolor y Shiquimil Geométrico del valle de Yocavil y, más al sur, fuera del ámbito propio de las sociedades santamarianas, el estilo Hualfín N/R del valle homónimo (Baldini 1996/97, Perrota y Podestá 1973, Raffino 1984, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Otra vía de interacción se da con sociedades la Quebrada del Toro, que habrían actuado como nexo de las calchaquíes, particularmente las de su sector norte, con las del sur de la Quebrada de Humahuaca. En esta dirección apunta una serie de evidencias como la presencia en el sitio de Tastil de alfarería correspondiente a la variante calchaquí del estilo santamariano, de pucos Poma N/R, de cuencos de interior negro pulido y de vasijas rojas, llegadas a través de circuitos de intercambio con el valle Calchaquí norte, la Quebrada de Humahuaca y sectores de la puna (Cigliano y Calandra 1973, Tarragó 1970, 2000, Tarragó y De Lorenzi 1976). La relevancia de esta esfera de circulación se ve reforzada por las evidencias procedentes de Volcán, en el sector meridional de la Quebrada de Humahuaca, cuya alfarería, aunque en general guarda correspondencias estilísticas con las producidas en Tilcara, presenta una mayor heterogeneidad de fabricación y en ella se advierte la presencia de vasijas alóctonas procedentes de Tastil y del alto valle Calchaquí (Cremonte y Solís 1998).

A esta situación se vincularía la presencia en el extremo norte del valle Calchaquí de alfarería Poma N/R (Dillenius 1909, DeMarrais 1997), estilo propio de la Quebrada de Humahuaca (Cigliano y Calandra 1973, Pérez Gollán 1973), que correspondería a su variante pomeña de manufactura local (Cremonte y Garay de Fumagalli 1997b), y de otros fragmentos y piezas cerámicas de estilos semejantes a los de dicha quebrada, como el Tilcara N/R (DeMarrais 2001, Gifford 2003). Es importante destacar que parte de estos materiales, en particular el estilo Poma N/R, según investigaciones recientes, se ha registrado especialmente vinculado a materiales inkaicos (DeMarrais 1997).

En sentido este-oeste, las relaciones con la región puneña, especialmente con el sector meridional de la puna argentina, se evidencia por medio de la abundante utilización de recursos líticos de esa región por los grupos calchaquíes (Chaparro 2007, Sprovieri 2005, Sprovieri y Baldini 2007, Sprovieri y Glascock 2007). Sin embargo, las evidencias de relaciones a mayor distancia, con el Norte de Chile, resultan prácticamente nulas para este período. Si bien las sociedades atacameñas demuestran un activo intercambio de bienes y materias primas con el altiplano meridional boliviano y jujeño, así como con sociedades de ceja de selva de Cochabamba y Tarija, las relaciones con los Valles Calchaquíes y Belén serían de carácter, al menos, más controlado (Tarragó 1970, 2000, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Hacia la vertiente oriental, las investigaciones en la zona de selvas occidentales aportan datos sobre la existencia de importantes sitios y alfarería santamariana en las zonas de piedemonte de la provincia de Tucumán, lo cual sugiere la explotación de recursos que proporcionaba el área pedemontana (Núñez Regueiro y Tartusi 1999, Tartusi y Núñez Regueiro 2003). Incluso algunos autores postulan la existencia de colonias efectivas dependientes de sociedades de los valles que tenían sus enclaves en los bosques húmedos de Tucumán y Salta (Tarragó 2000).

Por último, en referencia a los Valles Calchaquíes en sentido amplio, la aparición de iconografía santamariana en distintos soportes (calabazas, metal, arte rupestre) en el Norte de Chile y la puna argentina (Tarragó *et al.* 1997, Rydén 1944, Llagostera 2004) para el Período de Desarrollos Regionales avanzado o la época inmediatamente posterior, manifiesta la vasta circulación que tuvo el estilo Santamariano fuera de su ámbito de origen.

Desde los comienzos de la arqueología regional se han desarrollado investigaciones relacionadas con las sociedades calchaquíes del **Período Inka** (1430/70-1536 DC) (Ambrosetti 1902, 1907, Boman 1908, Bennet *et al.* 1948, Difirieri 1948). A partir de la década de 1970 se registra un incremento en el interés por el estudio de la ocupación inkaica en los territorios meridionales del Imperio, multiplicándose las investigaciones sobre distintos aspectos de la conquista imperial sobre el NOA y el valle Calchaquí en especial.

Estas investigaciones aportaron conocimientos sobre las motivaciones principales de la conquista inkaica, tipos de asentamientos instalados (centros administrativos, fortalezas, enclaves de producción, asentamientos residenciales, complejos ceremoniales de altura, tambos, instalaciones de almacenamiento, etc.), rasgos particulares del uso del espacio, caracterización de bienes asociados al imperio (arquitectura, cerámica, metal, textiles, madera), organización política de los territorios conquistados, sistema de red vial, etc. (D'Altroy *et al.* 1994, González 1980, Hyslop 1984, 1990, Lorandi 1980, 1983, 1988, Lorandi y Cremonte 1991, Palma 1998, Raffino 1978, 1981, 1988, 1993, Williams y D'Altroy 1998, entre muchos otros)

Específicamente en el valle Calchaquí, a partir de las últimas décadas del siglo XX prosperan los estudios más sistemáticos sobre la presencia imperial en el valle, aportando a la construcción de secuencias regionales de ocupación y focalizando en aspectos particulares como principalmente el análisis de los patrones de asentamiento y de la cultura material de rasgos inkaicos

(Alfaro de Lanzone 1985, De Lorenzi y Díaz 1977, Difrieri 1948, González y Díaz 1992, Hyslop 1984, 1990, Raffino 1981, Tarragó 1970, 1974, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Una serie de investigaciones desarrolladas apuntaron fundamentalmente al análisis de las relaciones establecidas entre el Imperio Inka y las sociedades calchaquíes, estudiando la organización económica y política impulsada por el Imperio en esta zona y los cambios que esto produjo sobre la organización social de las poblaciones locales (Acuto 1994, 1999a y b, DeMarrais 2001, Earle 1994, D'Altroy *et al.* 2000, Tarragó y González 2003, Vitry 2008, Williams *et al.* 2005, Williams y D'Altroy 1998, etc.). Estas investigaciones permitieron conocer diversos aspectos de las políticas estatales empleadas en la anexión de estos territorios meridionales del Imperio, aspectos ya desarrollados con amplitud en el Capítulo 4.2.2.

Por su parte, los datos etnohistóricos constituyeron una fuente de información clave de información sobre las características de la ocupación inkaica del Noroeste argentino, a pesar de la escasez de crónicas para la región. La información histórica disponible para los Valles Calchaquíes concretamente resulta escasa y fragmentaria, debido a la fuerte resistencia a la conquista por parte de las comunidades nativas y a que la región no contaba con riquezas suficientes que atrayeran a la población europea. Esto resultó en la inestabilidad de las ciudades instaladas por los españoles, la ausencia de grandes centros de poder político y económico y la falta de relaciones económicas estables entre las poblaciones nativas de los valles con los españoles. Por estas razones se cuenta con crónicas que usan datos indirectos y con información provista por documentación administrativa o judicial que ofrecen datos etnológicos limitados (Lorandi 1988, Lorandi y Boixados 1987-88, Lorandi y Cremonte 1991, Raffino 1981).

Sin embargo, las fuentes etnohistóricas han provisto información relevante especialmente con relación a dos cuestiones. En primer lugar hacen referencia a los diferentes grupos étnicos que habitaban el NOA al momento de la llegada del Imperio Inkaico. En este sentido señalan que se encontraba habitada por una gran entidad étnico-lingüística denominada diaguita, de habla kakana. Dentro del grupo diaguita se pueden distinguir diferentes parcialidades. Entre ellas, desde valle Calchaquí norte hasta el norte de la Provincia de La Rioja, se identifican los pulares, tolombón, colalaos, quilmes, yocabil, andalgalás, abaucán y sanagastas.

La problemática de la identidad étnica es sumamente compleja. La definición de los grupos

étnicos y el reconocimiento de sus territorios se basaron principalmente en información provista por cronistas europeos, resultando así, por una parte, una autoadscripción casi nula y, por otra, una determinación territorial según criterios jurisdiccionales hispánicos del siglo XVI o XVII. A esta última perspectiva se le suma la complejidad que produce el hecho que la ocupación de las comunidades andinas podría darse en forma de archipiélago y con acceso a diferentes pisos ecológicos, según sostienen algunos autores (Lorandi 1988, Lorandi y Boixados 1987-88).

Asimismo, las fuentes etnohistóricas aportaron al estudio de la política imperial y de las relaciones establecidas entre el Imperio y los grupos locales dominados, permitiendo conocer más a fondo la naturaleza de esta relación. Destacan especialmente un aspecto clave que caracterizó a la ocupación inkaica, como la movilización de grupos hacia diferentes territorios y por ende la modificación del cuadro poblacional previo de la región, con los consecuentes efectos de dicha política en las relaciones interétnicas y en los procesos de mestizaje posteriores. Se cuenta con datos que indican que en el espacio del *Chinchaysuyu* existieron traslados de entre 300 y 2000 personas a cada localidad y que las distancias máximas transitadas superaban los 1500 km con un promedio de 700 km recorridos por los diferentes grupos étnicos desde sus lugares de origen hasta su destino (Lorandi y Cremonte 1991).

En los Valles Calchaquíes en particular, se plantea como posibilidad la instalación de indios del Tucumán (nativos fieles al Imperio) como *mitmaqkuna*, asumiendo como parte de sus funciones la de contener las invasiones y ataques por el este de los grupos lules. Además, la rebeldía de los grupos diaguitas en aceptar el dominio inkaico constituyó una fuente de conflicto interno que llevó a la localización de grandes masa de *mitmaqkuna* para contención de poblaciones hostiles. A través de análisis cerámicos, se ha planteado la existencia de *mitmaqkuna* cuzqueños o del altiplano y tucumano-santiagueños en la región (Lorandi 1988).

Sin lugar a dudas, la dominación del valle Calchaquí por parte de una organización estatal conllevó importantes transformaciones a nivel de la organización socioeconómica, política e ideológica de las poblaciones locales que se tradujeron, por ejemplo, en cambios en la escala de los procesos de interacción regional e interregional. Arqueológicamente, esta situación se ve reflejada en un incremento substancial en el caudal de evidencias sobre la circulación de bienes, materias primas, personas e información con distintas regiones del NOA y los Andes del Sur durante este período.

En este sentido, muchas de las investigaciones realizadas en el valle Calchaquí aportaron gran cantidad de datos e información para comenzar a estimar el movimiento de bienes materiales y simbólicos hacia y desde el valle y evaluar los procesos de interacción en que se vieron involucradas las sociedades calchaquíes durante la ocupación inkaica.

Una de las evidencias más fuertes e incuestionables de la escala de los circuitos de interacción en que se vio inmerso el valle Calchaquí, y el NOA en general, a partir de su incorporación al *Tawantinsuyu*, es la amplia difusión de los cánones estilísticos imperiales (D'Altroy *et al.* 1994, 2000, Earle 1994, González 1980, Hyslop 1984, 1990, Raffino 1981), ya sea a través de la circulación de objetos producidos en el Cuzco, de información y conocimientos para la reproducción de tales cánones en las provincias y/o de la llegada de funcionarios estatales o de grupos de otras regiones al servicio del Imperio a la región.

Concretamente, en múltiples contribuciones sobre la arqueología regional se reconoce la reproducción de estos estándares imperiales en el material del valle Calchaquí, por ejemplo en los modos de uso del espacio y técnicas arquitectónicas (Acuto 1999a y b, Gifford y Acuto 2002, González y Díaz 1992, Hyslop 1990, Raffino 1981), en la formalización y ampliación del sistema vial (Hyslop 1984, Hyslop y Díaz 1983, Raffino 1981), en la intensificación de actividades productivas (Acuto 1994, Acuto *et al.* 2004a y b, Earle 1994) o en la morfología y decoración de alfarerías (Calderari 1991a, Calderari y Williams 1991, Raffino 1981, Tarragó y De Lorenzi 1976, Williams 2004).

Sin embargo, la presencia efectiva de bienes y recursos de origen cuzqueño, o estrechamente vinculados a la zona central del Imperio, es sumamente escasa en el valle. Se limita principalmente a algunas pocas vasijas (dos ollas de dos asas de la Casa Morada de La Paya y dos aríbalos) (Ambrosetti 1907, Boman 1908, Tarragó y De Lorenzi 1976) y a la presencia de valvas de molusco del género *Pecten*, del Océano Pacífico, en establecimientos imperiales o sitios con ocupaciones inkaicas como Potrero de Payogasta, Tero y La Paya, entre otros (Ambrosetti 1907, Boman 1908, De Lorenzi y Díaz 1977).

Los circuitos de interacción en que se insertaron las sociedades calchaquíes en momentos inkas no involucraron únicamente la circulación de materiales de carácter inkaico sino que comprendieron bienes materiales y simbólicos de muchas otras regiones y sociedades del ámbito

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

surandino. En este proceso, la alfarería ha constituido una de las evidencias fundamentales, pudiéndose detectar la presencia de estilos y variedades alfareras que resultan exóticas al valle Calchaquí, o bien una mezcla de elementos locales y foráneos.

Un ejemplo de este último caso es el estilo alfarero Casa Morada Polícromo (Bennett *et al.* 1948) que combina elementos de la alfarería cuzqueña y de tradiciones locales de otras regiones del NOA (como el Yavi) dando origen a una nueva configuración y a nuevas pautas culturales (Tarragó, 1970, 1974, 1984a). Las formas de la cerámica CMP si bien conservan rasgos imperiales adquieren nuevos elementos decorativos, entre los cuales se pueden reconocer algunos de tradición santamariana-calchaquí (Tarragó 1970, 1974).

Este tipo de alfarería tiene una amplia distribución no sólo en el valle Calchaquí sino también en distintas regiones surandinas (Raffino 1981). Dentro del valle, además de en La Paya, fue registrado en la zona de Cachi Adentro en los sitios Loma del Oratorio donde un entierro directo de niño en una gran urna, se encuentra acompañado de dos yuros y un puco CMP (Tarragó y De Lorenzi 1976), y en un ajuar funerario de Choque que incluía un puco de este tipo (De Lorenzi y Díaz 1977), y también fue reconocido en centros administrativos del sector norte del valle Calchaquí como Potrero de Payogasta (De Lorenzi y Díaz 1977) y Cortaderas (Williams 2004). De acuerdo a análisis composicionales, las muestras de cerámica de estilo CMP de estos dos últimos asentamientos, y de Potrero Chaquiago, han manifestado semejanzas entre sí y con arcillas de la zona de Yavi y La Quiaca, evidenciando la llegada de piezas desde el extremo norte de Jujuy hasta el valle Calchaquí y aún más al sur, hacia el Bolsón de Andalgalá (Williams 2004).

Como se señaló anteriormente (ver Capítulo 4.3.3), fuera del ámbito del valle Calchaquí, la amplia circulación de este estilo se reconoce en el hallazgo de piezas o fragmentos CMP en asentamientos imperiales del NOA (González y Díaz 1992, González y Tarragó 2004a y b, Tarragó 1984a, Williams 2004), en distintas zonas de del Norte de Chile (Ambrosetti 1907, Tarragó 1989, Tarragó *et al.* 1997, Uribe 1997) y en el Altiplano Sur de Bolivia (Lorandi y Cremonte 1991, Raffino 1981, Tarrago 1984a, 1989, Williams 2004).

Otros estilos regionales como el Pacajes, del área sur del Lago Titicaca, y el Yavi, del borde NE de la puna jujeña, presentan también una amplia circulación que se entrecruza con la del

CMP (Raffino 1981, Tarragó 1984a), sugiriendo que habrían sido estimados de manera equivalente con los bienes estatales (Williams 2004).

En el valle Calchaquí se ha reportado la existencia de tiestos Pacajes en el sitio Cortaderas del sector norte, que tendrían un origen foráneo según la semejanza de su composición química con la de una muestra de Bolivia (Williams 2004). En el sector central del VC se halló un fragmento de puco del sitio La Puerta cuya decoración e inclusiones de pasta se corresponden con piezas del Lago Titicaca (Pollard 1983). Asimismo, se ha señalado la presencia de un tiesto de este tipo de alfarería en Animaná (Baldini 1994), en el sector sur del VC.

Con relación al estilo Yavi, se ha indicado la presencia en La Paya de fragmentos Inka Provincial, y otros no inkaicos, con diseños propios de la puna jujeña o del sur del Altiplano boliviano, y que tienen además inclusiones blancas en sus pastas, similares a las de algunos tipos Yavi (Lorandi y Cremonte 1991).

Ahondando en esta problemática, Williams (2004) señala que el análisis macroscópico de cerámica Yavi de formas abiertas de Potrero de Payogasta sugiere que podría tratarse de alfarería importada del altiplano. Además, menciona la existencia de evidencias esqueletales de posibles colonos altiplánicos en el valle, aunque sin dar mayores precisiones. En este sentido, otros autores ya habían planteado la posibilidad de la presencia de *mitimaes* del sur de Bolivia en La Paya (González y Díaz 1992).

Por último, en cuanto a otras evidencias foráneas en el valle Calchaquí, intervenciones posteriores a las de Ambrosetti en La Paya emprendieron la limpieza de la Casa Morada, la recuperación del material arqueológico asociado y el levantamiento de un plano expeditivo de la misma y sus estructuras aledañas, proporcionando información respecto a sus características constructivas, forma de techado, circulación y funcionalidad (González y Díaz 1992). Entre los nuevos hallazgos de alfarería fragmentaria se reconocieron los tipos Yocavil Polícromo y Famabalasto N/R posiblemente traídos desde Santiago del Estero, según la apreciación de los autores.

En síntesis, la incorporación de las sociedades calchaquíes al Tawantinsuyu involucró su participación en esferas de circulación estatales de objetos, personas e información, como puede advertirse en la reproducción de estándares inkaicos en la producción y uso de una variedad de

bienes, recursos, etc. En este contexto pueden entenderse también las conexiones sugeridas con el Altiplano Sur de Bolivia (el área de Yavi y el sur del Lago Titicaca), con el Norte de Chile y con la vertiente oriental de los Andes, tanto mediante la circulación de bienes como de sujetos. Entre estos procesos se puede incluir también la amplia circulación del estilo santamariano fuera del ámbito Calchaquí, hacia el Norte de Chile y Bolivia (Tarragó *et al.* 1997).

La última etapa del desarrollo independiente de las sociedades aborígenes del NOA, antes de su definitiva inserción en la sociedad colonial, se reconoce como el **Período Hispano-Indígena**. La caracterización de este segmento temporal en el valle Calchaquí, proviene fundamentalmente del estudio de los hallazgos realizados en el cementerio Hispano-Indígena de Cachi Adentro (Lámina 2), el cual aportó al encuadre histórico y cronológico de las poblaciones aborígenes que habitaron la región hacia el siglo XVI (Tarragó 1970, 1984b).

Se trata de un área de cementerio con evidencia de una única ocupación que presenta una combinación de elementos autóctonos e hispanos. El tipo de estructura funeraria, de pozo y cámara lateral, es inusual en la región[5] y es totalmente disímil de las construidas por las poblaciones calchaquíes previas, quienes generalmente inhumaban los restos de individuos adultos en cistas circulares de piedra con techo en falsa bóveda. Por su parte, el conjunto de artefactos de hueso, metal, piedra y madera son de características netamente locales, mientras que la alfarería, si bien conserva ciertos rasgos (de pasta y colores empleados en la decoración) de la tradición alfarera santamariana, constituye una variedad alfarera diferente con patrones decorativos que le otorgan una configuración novedosa aunque aún claramente indígena (Tarragó 1970, 1974, 1984b, Núñez Regueiro y Tarragó 1972, Tarragó y De Lorenzi 1976).

A estos caracteres especiales se le suma la presencia de elementos de origen europeo como artefactos de hierro, cascabeles de cobre, collares de vidrio, cuernos de vaca, cáscaras de huevo de gallina, una cucharita con figuras heráldicas del siglo XVI, etc. que señalan la existencia de contactos entre los habitantes locales y los españoles (Tarragó 1974).

[5] Este tipo de tumba ha sido registrada también en el cementerio con evidencias de contacto hispano-indígena de La Falda de Tilcara (Bordach *et al.* 1998, Mendonça *et al.* 1997). Sin embargo, en la región de Caspinchango, Catamarca, las sepulturas de tipo pozo y cámara lateral se encuentran presentes desde momentos tempranos del PDR (Matera 2008).

Paralelamente a las relaciones con la sociedad europea, las sociedades calchaquíes de esta época establecieron vínculos extrarregionales con otras poblaciones indígenas; situación que se advierte en una serie de rasgos comunes que el cementerio de Cachi Adentro comparte con el de Caspinchango, en el valle de Yocavil (Tarragó 1974, 1984b). Entre ellos se observa una correspondencia definitiva en la forma, pasta y manufactura de ollas, aunque pueden distinguirse diferencias en los elementos decorativos y la composición del diseño. La concordancia es notoria también en la clase de puntas de proyectil de hueso y en los elementos hispanos incorporados al conjunto, a los cuales no hay asociadas evidencias de asimilación de tecnologías europeas por lo que se propuso que su presencia debió corresponder más bien a vínculos ocasionales (Tarragó 1984b).

Existen también en la colección de materiales de Cachi Adentro un conjunto de piezas particulares con potencial para indicar conexiones interregionales con otros sitios contemporáneos, a través de características como la morfología y/o decoración en alfarería. Entre estas se destaca un pequeño cántaro pintado en Rojo sobre Blanco (R/B), cuya combinación cromática y la guarda con que está decorado resultan frecuentes en la cerámica de raíz santiagueña de época tardía, por ejemplo el tipo Sunchituyoc N/R, el Famabalasto N/R y el Yocavil R/B (Tarragó 1984b).

Asimismo se plantean vínculos con sociedades del Norte de Chile a partir de la presencia de ollitas negras con pie de compotera y escudillas decoradas que exhiben estrechas similitudes con piezas halladas en los cementerios de Catarpe de San Pedro de Atacama, que datan de la misma época de contacto. Otros indicios de vínculos son las similitudes con la morfología de ollas de Sanagasta en La Rioja y ciertas coincidencias con motivos decorativos del Collao N/R, de la cuenca del Lago Titicaca, situaciones que se sugieren pueden estar relacionadas con procesos de reasentamiento poblacional (Tarragó 1984b).

Es indiscutible que el devenir de los pueblos que habitaron el valle Calchaquí, y cualquier otra región, no puede entenderse como un desarrollo en segmentos temporales herméticos que rompen con la continuidad propia de la trayectoria histórica de las sociedades, diluyendo los lazos (sociales, económicos, políticos, ideológicos, etc.) que unen las distintas generaciones y grupos sociales. Sin embargo, la síntesis de los antecedentes y aportes de las investigaciones aquí

presentada permite visualizar de manera sencilla cuál es el estado de la cuestión con relación a los procesos de interacción interregional en la región, destacando y condensando particularmente las evidencias disponibles sobre la circulación de bienes, recursos e ideas, algunas de las cuales no habían sido consideradas anteriormente como tales, al menos de manera explícita.

Sin bien el valle Calchaquí cuenta con una historia de exploraciones arqueológicas de más de un siglo, las investigaciones han sido de carácter intermitente hasta la década de 1970. A partir de ese momento, las etapas iniciales y finales del desarrollo de las sociedades sedentarias (Períodos Formativo e Hispano-Indígena) han sido exploradas, principalmente, a través de estudios centrados en localidades arqueológicas específicas como Campo Colorado y el cementerio de Cachi Adentro, respectivamente.

A diferencia de los anteriores, el Período de Desarrollos Regionales y, más aún, el Período Inka han sido foco de atención permanente a lo largo de la historia de la arqueología regional, concentrando la mayor cantidad de trabajos de investigación y los de mayor envergadura. Entre las muchas problemáticas abordadas, si bien los investigadores se han inclinado definitivamente hacia el estudio de las situaciones de interacción interregional, no muchas veces se ha encarado un análisis sistemático e integral. Probablemente esto se deba, en parte, a la escueta base empírica con que se cuenta para encarar estas cuestiones (ya sea por problemas de muestreo, conservación, etc.) y la compleja dinámica de los procesos involucrados.

En ese contexto, esta investigación tuvo por objeto avanzar en el conocimiento de los procesos de interacción, y de los circuitos por los que se movilizaron bienes materiales y simbólicos, información y sujetos que involucraron a las sociedades calchaquíes entre los siglos IX y XV, pero sin desconocer su inserción en un marco histórico y espacial más amplio.

CAPÍTULO 6: POTENCIALIDAD Y RESTRICCIONES DEL ESPACIO REGIONAL.

Muchos investigadores han destacado ya que el valle Calchaquí, por su disposición longitudinal, su dirección norte-sur y su extensión de más de 200 kilómetros de largo, se convierte en una vía natural privilegiada de acceso y comunicación interregional del NOA. Su posición geográfica lo ubica en un área intermedia entre las regiones puneñas occidentales y las zonas más bajas, húmedas y boscosas del oriente que se abren hacia el gran chaco (Ardisonne 1940, Tarragó 1970).

En este sentido, se ha constituido en una excelente ruta de circulación de influencias económicas, políticas, culturales y demográficas, facilitando los contactos entre las sociedades de la puna, los oasis de San Pedro de Atacama, el valle de Yocavil y Hualfín, las Quebradas del Toro y de Humahuaca, el valle de Lerma y las selvas occidentales (Ardissone 1940, Tarragó 1970, 1980a). Las fuentes documentales disponibles para la región Calchaquí dan cuenta de su trascendencia para los conquistadores por ser de un ámbito estratégico en las rutas de comunicación y tráfico entre el Perú y la Bolivia colonial y las regiones meridionales del Tucumán y el Río de La Plata (Raffino 1984).

Desde la arqueología, las investigaciones sobre las redes de caminos al interior del NOA, y del valle en particular, han aportado datos inestimables sobre las características y posibilidades de las comunicaciones prehispánicas. En especial, el estudio de la vialidad inkaica, permitió detectar la existencia de rutas y definir sus características formales, indispensable para su reconocimiento en el terreno.

Dentro de los límites del VC, valiéndose de fuentes documentales, prospecciones y datos de informantes locales, se ha reportado la existencia de distintos tramos de caminos (De Lorenzi y Díaz 1977, Hyslop 1984, Raffino 1981). Se reconoce un tramo de camino inkaico que recorre el valle del río Calchaquí, que ha sido observado, de a tramos, desde el Abra del Acay hasta el sitio La Paya, con un trayecto aproximado de 110 km (Hyslop 1984). El mismo, partiendo desde 10 km al norte del Abra del Acay a una altitud aproximada de 4200 m, atraviesa el abra y comienza a descender hasta alcanzar, 8 km más al sur, el sitio La Encrucijada y 2 km más allá el sitio Corral Blanco. Desde este punto el camino continúa su curso descendiente a lo largo de la margen oeste del río Calchaquí y parece continuar al sur pasando por las localidades de La Poma, Palermo Oeste, Cachi, La Paya, San Rafael, Angastaco, San Carlos y Tolombón (De Lorenzi y Díaz 1977, Hyslop 1984, Raffino

1981). Fuera del límite norte del valle esta vía, ya sea con un trayecto formalizado o no, permite la comunicación con la región puneña y de allí en distintos sentido hacia Chile, la Quebrada de Humahuaca y el valle de Lerma, como se desarrollará más adelante (Lámina 2).

Otro tramo importante de camino inka dentro del valle es aquel reconocido a lo largo del valle del río Potrero[1], tributario del Calchaquí desde la margen oriental, en el sector norte del valle. Este tramo se aparta del valle del río Calchaquí, y del tramo troncal de camino, aparentemente a la altura de Valdez, donde se observa un camino que corre hasta el comienzo de Los Cerrillos de Buena Vista y allí baja hasta el lecho del río Potrero, girando al norte hacia las ruinas de Cortaderas. Una vez que atraviesa ese sitio, se dirige hacia el de Potrero de Payogasta y luego hacia Ojo de Agua, 8 km al norte del último sitio, hacia las cabeceras del río Potrero (De Lorenzi y Díaz 1977, Hyslop 1984) (Lámina 2). Una vez fuera de los límites del valle Calchaquí, este camino conecta con la Quebrada del Toro y desde allí con el valle de Lerma, siendo esta una de las rutas más importantes para conectar estas áreas.

El camino principal a lo largo del valle del río Calchaquí, cuenta además con una serie de rutas laterales, cuya filiación cultural resta aún estimar. En el sector norte del VC, se ha indicado la existencia de un camino que sale desde Punta del Agua, en el valle del río Potrero, y cruza el río Calchaquí hacia Palermo, al oeste. Asimismo, se reconoce un camino que conecta Palermo con Cachi, el cual ha sido una vía de tránsito de las tropas que desde la puna vienen a efectuar el trueque de sus productos por los del valle: charqui, sal, tejidos, por granos, frutos y harinas, hasta, al menos tiempos muy recientes (De Lorenzi y Díaz 1977). Por último, se menciona un tramo de camino que parte de la localidad de Payogasta con rumbo este en dirección a Agua de los Loros, desde donde se pierde su trazado, que seguiría la ruta actual que lleva a través de la Cuesta del Obispo hacia Lerma, como se verá más adelante (De Lorenzi y Díaz 1977) (Lámina 2).

Lo anterior manifiesta la clara posibilidad de comunicación intrarregional sugerida por los distintos tramos de caminos que transitan por el fondo de valle del río Calchaquí, las laderas de los cerros y las quebradas tributarias, y que además se extienden fuera de los límites del VC, vinculándolo con otras zonas geográficas.

[1] Este río también es conocido con el nombre de Blanco, con el que figura en la Carta topográfica San Antonio de los Cobres (2566-I). Sin embargo utilizamos la denominación de Potrero que es más popular entre los habitantes del valle y evita confusiones, dada la presencia de otros ríos con el nombre de Blanco en el VC.

En esta investigación fueron exploradas con mayor detalle especialmente las posibilidades de conexión interregional que plantea la geografía del valle Calchaquí. Para ello se realizó un relevamiento a partir del análisis bibliográfico, de cartas topográficas y cartas de imagen satelital regionales[2] y de la recopilación de algunos datos provistos por pobladores actuales del valle, que permitió sintetizar las posibles vías de circulación principales[3], algunas de las cuales cuentan con confirmación empírica.

6.1 Comunicación con la Quebrada del Toro y la Quebrada de Humahuaca

En el extremo norte del valle Calchaquí existen algunas vías naturales de comunicación entre él y las Quebradas del Toro y de Humahaca, jugando la primera con un rol fundamental como vía intermedia. Como han señalado distintos autores, a la Quebrada del Toro se puede acceder por medio del Abra del Acay o desde las cabeceras del valle del río Potrero por las quebradas de La Quesera y de Capillas (De Lorenzi y Díaz 1977, Hyslop 1984, Raffino 1981, Vitry 2004).

Desde el análisis realizado de las cartas topográficas y fotografías satelitales, se observa que una vez que se alcanza la Quebrada del Toro por las rutas arriba señaladas, desde un sector entre las localidades de Las Cuevas, en el extremo norte de aquella quebrada, y la localidad de San Antonio de los Cobres salen múltiples quebradas pequeñas con cursos de agua intermitentes (entre ellas, la de mayor envergadura es la quebrada de Viscachayoc que cuenta además con una laguna), que permiten la conexión entre sí hasta alcanzar las abras de Piedra Blanca, Yareta y de La Sepultura (Lámina 21). El cruce de estos pasos posibilita avanzar hacia el este hasta conectar con el curso del río de Moreno, recorrido por caminos y sendas actuales, y cursos secundarios ya en la puna jujeña (Lámina 22). Desde allí, siguiendo esos cursos secundarios y el del río Moreno se puede arribar a las cabeceras de, por ejemplo, la quebrada de Banzo, el río de Tolara-río León, la quebrada Agua Caliente, el arroyo de la quebrada de Coiruro y otra sin nombre, que alcanzan el sector sur de la Quebrada de Humahuaca, entre las localidades de Barcena y Tumbaya aproximadamente

[2] Las cartas topográficas del Instituto Geográfico Militar de escala 1:250.000 utilizadas fueron: Susques 2366-III, Ciudad de Libertador General San Martín 2366-IV, Socompa 2569-II, San Antonio de los Cobres 2566-I, Salta SG 20-01, Antofalla 2569-IV, Cachi 2566-III, Metán 2566-IV, Paso de San Francisco 2769-II, Santa María 2766-I, San Miguel de Tucumán 2766-II. Las cartas de imagen satelital del Instituto Geográfico Militar de escala 1:250.000 utilizadas fueron: Socompa 2569-II, San Antonio de los Cobres 2566-I, Salta 2566-II, Antofalla 2569-IV, Cachi 2566-III, Metán 2566-IV.

[3] Si bien en el relevamiento se consideran los valles y quebradas como vías importantes de circulación, no se asume que necesariamente las rutas hayan atravesado por el fondo de valle sino tal vez o también por faldeos y cimas de cerros.

(Lámina 22). Parte de este recorrido ya había sido señalado como vía de tránsito prehispánica (Raffino 1981: 236).

También observamos que desde el tramo superior del río Moreno se abren otros dos cursos de agua intermitentes, uno de ellos recorrido por una senda actual, que, atravesando el Abra de Totora, permiten llegar a las nacientes del río de la Quebrada de Purmamarca. El trayecto de esta última quebrada, actualmente recorrido por rutas provinciales y nacionales, desemboca en la Quebrada de Humahuaca a la altura de la localidad de Purmamarca (Lámina 22).

Asimismo, en las cartas y fotografías analizadas se advierte que nuevamente desde la localidad de San Antonio de los Cobres, y siguiendo el curso del río homónimo, trayecto que actualmente está recorrido por la Ruta Nacional N° 40, se puede alcanzar el borde sur de las Salinas Grandes, en la puna de Jujuy, y, rodeándola, llegar a los inicios del río Moreno (Lámina 21). Desde allí se puede tomar la vía antes mencionada o seguir hacia el norte bordeando las salinas y arribar al arroyo de la Soledad o al río Colorados, recorridos por una ruta nacional y una senda actual respectivamente, desde los cuales se alcanzan las nacientes de la Quebrada de Purmamarca y por ella arribar a la de Humahuaca (Lámina 22).

Finalmente observamos que para alcanzar los sectores más septentrionales de la Quebrada de Humahuaca, más allá del río Colorados, ya llegando a la altura de la Laguna de Guayatayoc, encontramos otros cursos, como el río Piscuno o de Cortaderas, el río Grande y el arroyo del Arenal, que alcanzan el arroyo de la quebrada de Huichaira, el arroyo de la quebrada de Juella, el río Yacoraite, el río de la quebrada de Cuchiyaco o el río de la Quebrada de la Soledad, que desembocan en la Quebrada de Humahuaca entre las localidades de Tilcara y Humahuaca (Lámina 22).

6.2 Comunicación con la región puneña y tránsito hacia el Norte de Chile

La Quebrada del Toro ha jugado un papel importante también en la conexión de los valles salteños con la puna norte de esa provincia, la puna de Jujuy y la puna de Atacama (Palma 1973, Raffino 1981, Tarragó 2000, Vitry 2004).

Según observamos en el estudio de las cartas topográficas e imágenes satelitales, avanzando unos pocos kilómetros desde el extremo norte de la Quebrada del Toro se entra

plenamente en la región puneña, desde donde siguiendo un trayecto en sentido N-S se puede acceder a distintos sectores de la puna norte de Salta y la puna de Jujuy (Lámina 21). También desde allí, siguiendo el trayecto del río Tocomar hacia el oeste se alcanza el paso fronterizo de Huaytiquina, que permite el cruce hacia Chile y la entrada a San Pedro de Atacama (Lámina 21).

Serrano (1963) refiere también una ruta para entrar a la región del río Loa pasando por Moreno hasta Santa Catalina. Al menos en parte de este trayecto se registra un tramo del camino inkaico que pasa por el Abra del Acay, faldeando el cerro del mismo nombre, y que luego se puede reencontrar en La Encrucijada (De Lorenzi y Díaz 1977, Hyslop 1984). Raffino (1978: 108, 1981) indica también una ruta lateral importante, que partiendo de la zona del Monte Acay cruza en dirección oeste por la puna argentina hacia Chile a la altura del volcán de Socompa. Si bien esta ruta no cuenta con contrastación empírica, la mención de la presencia en Chile de parte de un camino que se sale del camino inka principal en el área de Tilomonte y, pasando aparentemente por el *tampu* de Selim, sigue hacia Argentina cerca del volcán Socompa, refuerza su posible existencia (Hyslop 1984) (Lámina 21).

Por otro lado, en las cartas y fotografías observamos que también en el sector norte del valle Calchaquí, entre el Nevado de Acay y la localidad de Cachi, se detectan una serie de quebradas perpendiculares al valle troncal y abras que permiten el cruce de las cadenas de sierras que separan el VC de la puna (Lámina 21). A la altura de Esquina Colorada se abre la quebrada del río Blanco, con un curso de agua intermitente, en cuya cabecera se encuentra un abra al SO del Cerro Saladillo (5378 m). Desde allí, siguiendo en sentido oeste, se alcanza el extremo norte de los Salares de la Laguna Barreal y de los Pastos Grandes, pero si se tuerce el rumbo hacia el norte es posible acceder al área de San Antonio de los Cobres. Este último trayecto cuenta en la actualidad con una senda que conecta San Antonio y el valle Calchaquí norte, que podría resultar paralela y alternativa al camino más frecuentemente empleado para unir ambas zonas, hoy recorrido por la Ruta Nacional N° 40.

Levemente al sur de La Poma se encuentra la quebrada de La Paya, con un curso de agua permanente (Lámina 21). Cuatro kilómetros antes de su desembocadura en el VC, se produce la unión con otro curso de agua permanente, de trayecto casi paralelo al de la quebrada de La Paya, aunque más al norte. Si desde el VC se continúan ambos recorridos hacia el O, se desemboca en el Abra de las Peñas Blancas (5100 m) y en el Abra de Incamayo (5300 m), levemente más al sur que

la anterior. Ambas permiten finalizar el cruce de las sierras e ingresar en el área puneña de salares. Con el Abra de Peñas Blancas también se comunica una quebrada de agua permanente que desemboca en el valle Calchaquí a la altura de Puesto El Toro Muerto (aproximadamente 9 km al norte de La Poma). Una vez hecho el cruce por cualquiera de estas abras se desemboca en el extremo norte de los salares de la Laguna Barreal y de los Pastos Grandes donde existe un cuerpo de agua importante, como la Laguna de los Pastos Grandes, rodeada por un amplia área de bañado. Detrás de los salares se encuentra el Cordón de Pozuelos, cuyo cruce puede hacerse, rodeándolo por el norte o el sur, como lo hacen dos caminos actuales que salen de Santa Rosa de los Pastos Grandes, o atravesándolo tomando la quebrada Honda que desemboca en el sector más angosto del Salar de Pocitos, que sigue a continuación de los anteriores salares (Lámina 21). Desde el final de esa quebrada sale hoy un camino que atraviesa este último Salar y empalma con la Ruta Provincial N° 27, que cruza la Sierra de Calalaste a través del Abra Navarro, pasando por Tolar Grande. Una vez hecho este cruce se alcanza el Salar de Arizaro, que puede atravesarse por su sector más angosto, de unos 15 km de ancho, habiendo posibilidades de obtención de agua y pastos en la Aguada del Desierto y la Vega de Arizaro del otro lado del salar. Una vez allí, ya cerca del límite con Chile, existen una serie de pasos de frontera como el de El Pular (3700 m aproximadamente), siendo sin embargo el más importante el de Socompa (4000 m), al que en la actualidad se accede por la Ruta Provincial N° 163, y que cuenta con acceso a una fuente de agua permanente como la Laguna Socompa.

Hacia el sur, entre La Poma y Palermo, se da otro conjunto de quebradas perpendiculares al valle, especialmente la quebrada del Porongo, una quebrada que desemboca a la altura del caserío El Cajón sobre el valle Calchaquí, y la quebrada Las Conchas a la altura de Palermo (Lámina 21). Todas ellas, si bien cuentan con cursos de agua permanente, conducen hacia los sectores de mayor altura de la Sierra de Cachi, como el Monte del Quemado (6184 m) o el Cerro Gral. San Martín (6380 m), cuyas alturas dificultan el cruce hacia la puna.

Algo similar sucede, a la altura de Cachi, con las quebradas formadas por los ríos Las Trancas y Las Pailas, especialmente relevantes para las poblaciones prehispánicas desde el punto de vista agrícola (Lámina 23). Estas vías, de rumbo O-NO, se dirigen hacia los picos más altos de los Nevados de Cachi, donde los pasos potenciales hacia el oeste superarían los 4000 m de altura. Sin embargo, con respecto a la ruta que toma por la quebrada de Las Trancas, pasando por Las

Cuevas, pobladores locales[4] han manifestado que era un "camino de los antiguos", que fuera utilizado en tiempos históricos y que en parte se encuentra enlajado y señalizado con apachetas. Esto podría estar sugiriendo la efectiva utilización de este tipo de vías de circulación hacia el sector más meridional de la puna de Salta.

Para el sector del VC ubicado entre Cachi y Angastaco, existen menciones sobre la utilización, en tiempos prehispánicos e históricos, de las quebradas laterales para la circulación hacia y desde la puna, entre las que destacan la cuenca conformada por los ríos Molinos, Tacuil y Amaicha[5] (Baldini 2003, Baldini y Villamayor 2007, González 1984, Toscano 1898, Vitry 2004).

Desde el análisis de las cartas topográficas y fotografías satelitales, se observa que entre Cachi y Seclantás podría haber posibilidades de acceso a la región puneña de Salta a traves de la quebrada de La Paya, la quebrada del río Vallecito y la del río Brealito, las dos primeras de con cursos de agua intermitentes. Todas ellas conducen hacia las Cumbres del Brealito, sin embargo no se indican en la carta topográfica la existencia de abras o pasos claros para atravesarlas (Lámina 23).

Más al sur, la comunicación con la puna es posible a través de la cuenca del río Molinos, por la quebrada del río Luracatao, parte de la cuenca hídrica de primero. Esta quebrada de rumbo NO, permite acceder a la puna de Salta, ya sea alcanzando su extremo norte o bien a través de pasos intermedios como el Abra de los Diablillos de 4700 msnm, cuyo cruce conduce hacia el Salar y la Laguna Ratones y el Salar de Diablillos, en el sector meridional de la puna salteña (Lámina 23).

Otra vía que se advierte en las cartas y fotografías, está constituida por el valle de los ríos Tacuil y Amaicha, con cursos de agua permanente, que también conforman parte de la cuenca del río de Molinos, aunque en este caso de rumbo SO. Sobre esos valles, a la altura de la localidad de Huasamayo se abre hacia el oeste la quebrada de Colomé, permitiendo alcanzar el Abra del Cerro Blanco de 4500 msnm, por la que se puede cruzar los Cerros Leones y acceder a la zona del Salar del Hombre Muerto, en el sector norte de la puna de Catamarca (Lámina 23).

[4] Estos datos fueron provistos por Clemente Moya y Walter Tolaba, residentes de la localidad de Cachi, en febrero de 2009.

[5] Este tramo es registrado como Humanao en la Carta topográfica Cachi (2566-III), sin embargo es ampliamente conocido por los habitantes del VC como Amaicha, razón por la cual conservamos esa denominación.

Siguiendo por el curso del río Tacuil un poco más al sur, a la altura de la localidad de Tacuil, se abre hacia el O el valle del río Blanco. Su recorrido permite atravesar los Cerros Leones o tomar el Abra del Cerro Gordo, de 4000 msnm, y luego por las quebradas de Casas Viejas y de Nacimiento, alcanzando la vega Patos, el curso del río de los Patos y el Salar del Hombre Muerto. También a la altura de la localidad de Tacuil, se encuentra el curso permanente del río Mayuco de orientación SO, por el que es posible alcanzar la cuenca del río de los Patos, ya en la región puneña (Lámina 23).

En estas vías, que toman los ríos Amaicha y Tacuil, la quebrada de Colomé, el río Blanco y el río Mayuco, se han detectado distintos tramos cortos de camino, por partes empedrados (Villegas 2006).

Más al sur sobre el río Calchaquí, en las cartas se observa que a la altura de la localidad de La Cabaña se abre al oeste la quebrada La Cabaña y el arroyo Las Rosas, de curso de agua intermitente, que permiten alcanzar la localidad de Hualfín y desde allí, por el curso del río Las Cuevas, o bien por el río Barrancas hacia Puesto Compuel, avanzar hacia el occidente entrado en la puna de Catamarca (Lámina 23). En el tramo que va desde las cabeceras del arroyo Las Rosas hacia Hualfín y de ahí a Puesto Compuel se ha detectado un trayecto de camino bastante continuo que podría ser parte del *inkañam*, el cual aún se encuentra en uso (Villega 2006).

Finalmente, a la altura de la localidad Angastaco sobre el río Calchaquí, en las cartas se reconoce otra vía, de rumbo SO, hacia la región puneña, a través del curso del río Angastaco y de los ríos Pucará y Compuel (Lámina 23). En este caso también se ha registrado un tramo de camino inkaico de casi 5 km entre las localidades de Angastaco y Pucará (Villegas 2006).

6.3 Comunicación con el valle de Lerma

Entre las rutas más destacadas desde el valle Calchaquí hacia el de Lerma se pueden indicar tres principales, reiteradamente mencionadas en la literatura regional, dos de las cuales son de frecuente uso actual, y otra serie de vías menos formales, en especial en el sector medio del valle.

En el extremo norte del valle Calchaquí, la posibilidad de acceso al valle de Lerma se da fundamentalmente a través de la Quebrada del Toro, a la cual se accede, como se desarrollo más

extensamente arriba, desde el sector norte del valle atravesando el Abra del Acay y el valle del río Los Patos, o bien recorriendo el valle del río Potrero y la quebrada de Capillas (Láminas 21 y 24).

En las cartas observamos que la primera de esas vías permite, una vez en la Quebrada del Toro, descender hacia el valle de Lerma pasando por Santa Rosa de Tastil e Incahuasi. En la segunda se posibilita alcanzar la Quebrada del Toro, a través de la Quebrada de Capillas de rumbo SE, muy cerca de su desembocadura en el valle de Lerma (Láminas 21 y 24). Ambas vías cuentan con cursos de agua permanentes y están recorridas por caminos y sendas actuales, y en ellas se han reconocido tramos del *inkañam* que, por ejemplo, bordea los sitos de Cortaderas, Potrero de Payogasta y Tastil (Cigliano 1973, Hyslop 1984, Raffino 1981, Vitry 2000, 2004).

A la altura del pueblo de Payogasta se abre una vía privilegiada hacia el oriente que ha sido señalada como antigua ruta indígena (Strube 1963) y por la que incluso habría circulado Diego de Almagro en 1536 en su derrotero hacia Chile (Vitry 2004). Desde nuestras observaciones de las cartas y fotografías satelitales, esta ruta partiría de Payogasta (hoy Ruta Provincial N° 33) y podría correr casi paralela al río Mollar, rodear el Cerro Tin Tin por el norte y entrar en Agua de los Loros, desde donde se conectaría con la recta de Tin Tin, que constituye parte del camino prehispánico (Láminas 23 y 25).

A partir de trabajos de relevamiento de fuentes documentales y de prospección realizados en la zona (Raffino 1981, Vitry 2004), se ha podido inferir que desde la recta de Tin Tin esta ruta desciende por la Serranía del Candado hasta la altura de El Maray, al pie de la Cuesta del Obispo, luego recorre algunos kilómetros por las terrazas aluviales de la margen derecha del río Escoipe hasta la unión de las quebradas La Yesera y Escoipe. De allí, en leve rumbo ascendente se alcanzan los pastizales de altura del puesto El Encañan y, cruzando la selva montana de las Serranías de Alto Viñaco, se arriba a la localidad de Los Los y, desde ella, a Chivilme en el valle de Lerma (Vitry 2004) (Lámina 25).

Hacia el sector medio del valle Calchaquí, al norte de Seclantás, a partir del estudio de la cartografía y fotografía regional, encontramos una vía alternativa al oriente que comparte gran parte del trayecto con la ruta anterior. Esta vía alternativa recorre el valle del río Tin Tin o bien la actual Ruta Provincial N° 42, levemente más la sur, rodeando el Cerro Tin Tin por el sur, y empalma con la Ruta Provincial N° 33 más allá de su travesía por la recta de Tin Tin (Láminas 23 y 25). A partir de

allí, sigue su recorrido por la cuesta del Obispo y la Quebrada de Escoipe hasta alcanzar el valle de Lerma. Esta ruta, particularmente el tramo que atraviesa por el valle del río Tin Tin y desemboca en el Calchaquí entre Escalchi y Rancagua, fue la utilizada por Ambrosetti (1907) en su expedición a la región a principios del siglo XX.

Levemente más al sur, entre Seclantás y el caserío de La Arcadia, en nuestras observaciones notamos que se abren hacia el este una serie de pequeños valles y quebradas (quebrada Los Arce, quebrada Monte Nieva, arroyo Totora[6], arroyo Grande, quebrada El Barreal) recorridos por cursos de agua intermitente que alcanzan la ladera occidental de la Sierra del Carmen y la Sierra de la Apacheta. Cruzando estas serranías y la Sierra del León Muerto por pasos elevados, como el Abra Blanca de 3410 m, o una serie de abras más orientales de alrededor de 2700 m de altura aproximadamente, se puede arribar a los valles de los ríos Ampascachi y La Viña, que desembocan en sus respectivas localidades homónimas en el corazón del valle de Lerma (Láminas 23 y 25).

De manera bastante similar al trayecto de las anteriores vías, a la altura del paraje San Martín, levemente al sur de La Arcadia, sale una senda actual que recorre la quebrada Caseros, en sentido NE y cruza la Sierra de la Apacheta por el Abra Blanca (Láminas 23 y 25). Desde allí continúa su rumbo, cruzando el Parque Nacional Los Cardones hasta alcanzar la Ruta Provincial N° 33 y su continuación hacia Lerma. Una opción alternativa a esta última parte del trayecto, sería girar al E inmediatamente antes de alcanzar la Ruta Provincial N° 33, cruzar por el Abra de Los Guanacos (3220 m) y luego, recorriendo un trecho la quebrada de Rumiarco hacia el S, alcanzar la serie de pasos ya mencionada, que permiten alcanzar los valles de los ríos Ampascachi y La Viña (Lámina 25).

Al sur de Angastaco, donde el río Calchaquí toma rumbo E por un pequeño tramo, se encuentra el curso del arroyo Tonco de rumbo NE, cuyo trayecto alcanza la quebrada de Ovejería (Láminas 23 y 25). El trazado de esta quebrada, de rumbo norte, está recorrido por una huella actual que al llegar a las nacientes del curso de agua que la recorre, se encuentra con la senda que cruza la Sierra de la Apacheta por el Abra Blanca, desde donde se pueden seguir cualquiera de las dos vías alternativas anteriores al valle de Lerma (Lámina 25).

[6] La viabilidad de esta ruta para alcanzar el valle de Lerma ha sido también manifestada en noviembre de 2006 por Rubén Gutiérrez, habitante actual del El Churcal.

Por último, en el sector sur del valle Calchaquí, distintos investigadores han señalado la existencia de otra de las principales rutas al oriente, que cuenta también con contrastación empírica en el terreno de su utilización en tiempos prehispánicos (Raffino 1981, Vitry 2004). En las cartas topográficas se observa que si se transita por los cursos de los ríos Chuscha y Lorohuasi, en las inmediaciones de Cafayate, se alcanza la Quebrada Las Conchas y su continuidad en el río Guachipas, ambos con agua permanente, hasta arribar al valle de Lerma (Lámina 25). Esta vía está recorrida en la actualidad por la Ruta Nacional N° 68.

6.4 Comunicación hacia el valle de Yocavil

Claramente la comunicación hacia el sur es muy directa, dado que la trayectoria del río Calchaquí se continúa en la del río Santa María, curso principal que fluye por el valle de Yocavil. Este trayecto está recorrido actualmente por la Ruta Nacional N° 40 (Lámina 25). De acuerdo a documentación histórica se registra que el camino principal que recorría el valle Calchaquí continua a lo largo del valle de Yocavil, uniendo Quilmes, Fuerte Quemado y Punta de Balasto, desde donde se abría un tramo al oriente hacia el Nevado de Aconquija y otro al occidente en dirección al valle de Hualfín[7], pasando por Ingenio del Arenal (Raffino 1981).

Pero en las cartas y fotografías observamos que, desde el valle Calchaquí, también es factible el acceso al de Yocavil utilizando algunas vías laterales occidentales al Calchaquí en su sector medio, que recorriendo parte de las cadenas de montañas que limitan a este último valle por el occidente permiten conectar con el río Grande o Guasamayo y desde él a otros pequeños valles y quebradas perpendiculares que alcanzan el valle de Yocavil a distintas alturas de su trayecto (Lámina 26).

Al valle del río Guasamayo, de rumbo S-SO, se puede acceder mediante la cuenca conformada por los ríos Molinos, Amaicha, Tacuil y Mayuco, que se abre del valle Calchaquí con rumbo SO a la altura de la localidad de Molinos (Lámina 23). En el tramo superior de esta cuenca, una serie de quebradas subsidiarias se abren en dirección sur, como la quebrada de Sajaguayco o la de Palan, y permiten alcanzar las nacientes de un conjunto de pequeños cursos de agua que

[7] El valle de Hualfín es también accesible a través de una vía que cruza la región puneña desde La Hoyada, pasando por Abra de las Minas y Antofagasta de la Sierra para dirigirse al valle de Hualfín por el Portezuelo de Pasto Ventura (Raffino 1981).

comunican directamente con el río Guasamayo y su continuidad en el río Cardones, de curso intermitente (Lámina 26).

De manera más directa, observamos que es posible también alcanzar el curso del río Guasamayo siguiendo otras quebradas laterales al Calchaquí a la altura de Angastaco aproximadamente, como la quebrada de Las Cabañas-arroyo Las Rosas o la del río Angastaco-río Pucará (Lámina 23). En estas vías se han registrado tramos de camino prehispánico que indican su utilización en el pasado (Villegas 2006).

Del río Cardones y del tramo superior del río Guasamayo salen, perpendicularmente, cursos de agua menores que conducen a una serie de pasos como el Portezuelo de los Cardones, Abra de Chucha, Portezuelo Pelada o el Abra de Crugnios que permiten cruzar la Sierra del Cajón y alcanzar, al otro lado, el curso del arroyo del Cajón y su continuidad en los ríos Toroyacu, Cerro Colorado y Saladillo que corren paralelos a la ladera oeste de la Sierra del Cajón y la rodean en su extremo sur donde se convierten en el río Santa María, aproximadamente a la altura de Punta de Balasto sobre el valle de Yocavil (Lámina 26). A lo largo del trayecto de esta encadenación de ríos, sobre la margen oriental, se abren una serie de ríos y quebradas que se van encadenando hasta alcanzar el valle de Yocavil. Entre ellos, el río Yocachuya que desemboca levemente al norte de Cafayate, el río de la Ovejería levemente al sur, la quebrada de los Chuscos a la altura de Tolombón, el río Anchillo a la altura de Colalao del Valle, el río Las Cañas, río Las Cuevas, quebrada de la Trampilla y quebrada de Quilmes a la altura de Quilmes o la quebrada del Abra Colorada y quebrada Agua del Sapo que desembocan en los alrededores de Santa María (Lámina 26).

Finalmente, es relevante destacar, que desde el sur de los valles del Cajón y de Yocavil, se puede acceder, siguiendo un rumbo sudoeste, al valle de Hualfín (Lámina 26).

6.5 Información desde fuentes documentales y datos actuales

Las fuentes documentales han aportado información adicional sobre la conexión entre el valle Calchaquí y otras regiones del ámbito centro y surandino en épocas históricas, dando una pauta de la escala de las redes de interacción comercial que involucraron al Noroeste argentino y permitiendo cotejar con aquellas vías de circulación detectadas desde el estudio de mapas, cartas e imágenes satelitales regionales.

Dentro del contexto económico colonial andino, el comercio mular se convirtió en la actividad más relevante de la región hacia fines del siglo XVIII, incorporando a las Provincias de Buenos Aires y Córdoba y el Litoral como zonas de cría, a los valles de Lerma y Calchaquí como áreas de invernada y a la ciudad de Salta y alrededores como escenario de las ferias comerciales (Mata 1991, 1998). A ellas concurrían comerciantes de distintas regiones del sur de Bolivia, Atacama, Cuyo y Santiago del Estero para obtener efectos de Castilla, y mineros y comerciantes de Lima, Cuzco, el Alto Perú y Norte de Chile para adquirir ganado mular (Mata 1998), que era destinado, desde el valle Calchaquí[8], en principio, a Potosí y Oruro y luego a la sierra peruana y Lima. Además, se enviaba ganado también a las regiones Chichas, a Tupiza, Tarija y a Charcas (Mata 1991). Es así que hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX sobresale la enorme arriería existente en los valles Calchaquíes (Madrazo 1995-96).

Existen datos documentales de la existencia de una importante ruta comercial con Chile, que vinculaba esta región con el Alto Perú a través de Salta. En este circuito comercial llegaban a Salta, cobre de Coquimbo, azúcar de Arequipa y mercaderías de ultramar compradas en Valparaíso (Mata 1991, Madrazo 1995-96). Particularmente, con la región de Atacama se dio un proceso de migración poblacional en el que grupos de atacameños se asentaron en Santa María hacia la segunda mitad del siglo XVIII (Mata 1990, 1991). Si bien existen datos indirectos y fragmentarios de la presencia de atacameños hacia 1761/67, la primera referencia explícita sobre esta situación se encuentra en la revisita de 1777 donde se registra en "Santa María de Tucumán" tributarios atacameños con sus familias. La reactivación económica del centro minero de Potosí y el auge del comercio de ganado mular hacia la mitad del siglo, le otorgan a la región Calchaquí un dinamismo económico que la convierte en zona sumamente deseable para el asentamiento. Sin embargo, no existen elementos suficientes para deslindar si estos movimientos poblacionales responden a la continuidad de prácticas prehispánicas de complementariedad ecológica y humana, o se relacionan con alteraciones introducidas por la sociedad hispana colonial (Rodríguez 2004).

Los vínculos entre Salta y Chile articulaban también a la región cuyana e incorporaron a los circuitos comerciales productos de esta última zona, como vino y aguardiente de La Rioja, San Juan y Catamarca. Finalmente, por el circuito mercantil Santiago de Chile-Mendoza-Salta-Alto Perú

[8] La importancia de los Valles Calchaquíes como corredor de tránsito para el ganado mular es realzada por la existencia de una Caja (sitio donde se cobraban impuestos sobre el ganado en tránsito y se llevaban registros contables) en Santa María (Mata 1991).

transitaban efectos de la tierra provenientes de Chile y aguardiente y pasas de uva de San Juan, junto con tejidos altoperuanos y efectos de castilla (Mata 1998).

Como señala el estudio de García *et al.* (2002), en tiempos históricos, e incluso en el presente aunque en mucha menor medida, los pobladores de la localidad de Antofagasta de la Sierra, en la puna catamarqueña, realizaban viajes comerciales con caravanas de mulas hacia los valles de Salta y Catamarca para aprovisionarse de recursos faltantes en la puna. Es de destacar que algunas de esas travesías se dirigían a las localidades de Amaicha y Molinos, en el VCC, donde se vendían o intercambiaban tejidos, lana y sogas, sal, charqui o hierbas por productos de los valles como harina de trigo, maíz, fruta o algarroba. Estos viajes comprendían entre 12 y 14 días y requerían de paradas en lugares con disponibilidad de agua, siendo las jornadas de viaje de una duración aproximada entre 7 y 12 hs. (García *et al.* 2002).

Estudios actuales también destacan algunos aspectos de la circulación interregional de bienes y productos que involucran al valle Calchaquí y distintas zonas surandinas. La utilización de especies vegetales con fines terapéuticos es una práctica de larga raigambre en el ámbito andino y que aún permanece vigente en muchas zonas. La dinámica de la circulación de estos recursos se evidencia en datos referidos al aprovisionamiento o compra en mercados y puestos de las ciudades de recursos terapéuticos "naturales", que provienen de distintas zonas de Argentina y de países limítrofes; proceso que se acompaña, en muchos casos, de la migración de pobladores de distintas regiones al NOA trayendo conocimientos y prácticas médicas andinos. Este contexto facilita la constante renovación de productos y tratamientos terapéuticos adecuados para distintos males que son aconsejados por estas personas itinerantes de origen boliviano, a la manera de los antiguos *Kallwayas* cuyos itinerarios hasta el siglo pasado alcanzaban el valle Calchaquí. Hoy en día, algunos pobladores del valle Calchaquí central obtienen por medio del intercambio y trueque ciertos recursos vegetales que crecen y se recolectan en los "cerros" o la puna (Martínez y Pochettino 2004).

Otro estudio actual sobre la base alimentaria de los campesinos de este mismo sector del valle Calchaquí, destaca la vigencia del intercambio por trueque como mecanismo de obtención de productos de diferentes pisos ecológicos, aunque se encuentra en proceso de franca desaparición. Recursos alimenticios como carne fresca y deshidratada de ovinos y caprinos, queso de cabra, papas y habas de los pisos ecológicos superiores son intercambiados por productos del valle como

maíz, trigo y harinas, aunque también suelen circular hierbas medicinales, lana y tejidos artesanales en lana de oveja o fibra de camélidos (Santoni y Torres 1995-96).

La información provista por fuentes históricas y por trabajos sobre prácticas actuales, si bien es limitada y difícilmente equiparable de una manera simple o directa con situaciones prehispánicas, plantea un panorama de cómo se ha insertado y se inserta el valle Calchaquí, al menos en términos económicos, en el marco del ámbito andino en general. En este sentido, se puede destacar la indiscutible posición privilegiada del valle para unir distintos espacios, cultural y ecológicamente diversos, conformándose en una vía fundamental de circulación. La escala espacial amplia de muchos de los vínculos interregionales referidos por dicha información da la pauta de los alcances de las redes de circulación comerciales y las posibilidades de movilización de recursos naturales y humanos en contextos aún fuertemente permeados por prácticas tradicionales andinas. Finalmente, los datos históricos y actuales han permitido detectar distintos procesos de integración interregional que involucran fundamentalmente la circulación de recursos y productos, pero también de personas y aún de conocimientos, muchos de ellos de raigambre ancestral.

En síntesis, el análisis de las posibilidades de circulación que plantea la geografía regional desde el estudio de cartas topográficas, fotografías satelitales y de la bibliografía, muestra que no habría mayores impedimentos físicos, aunque esto no descarta restricciones de orden social o simbólico, para la movilización de personas y animales entre el VC y los ámbitos circundantes, incluso con algunos más alejados como la Quebrada de Humahuaca y el Norte de Chile. Además, hay vestigios arqueológicos de la existencia de caminos prehispánicos que efectivamente comunicaron algunas de estas regiones con el VC, y datos históricos del desplazamiento de personas y bienes hacia y desde el valle por rutas antiguas y con medios que no habrían diferido mayormente de los tradicionales.

CAPÍTULO 7: LA MUESTRA DE MATERIALES Y MÉTODOS DE ESTUDIO.

7.1 Los sitios y las muestras en estudio.

Desde el punto de vista arqueológico, el estudio de los procesos de interacción se ve sumamente enriquecido desde un abordaje de escala regional, que integre evidencias de distintas localidades arqueológicas de la región en un único cuerpo de datos y bajo una misma perspectiva de investigación. De esta manera, esta investigación abordó el análisis de los modos de interacción de las poblaciones calchaquíes con las de otros espacios, incorporando toda la información bibliográfica disponible para el valle sobre esta problemática, así como los datos generados a través del análisis que realizamos de conjuntos particulares de materiales arqueológicos que se consideraron especialmente relevantes para la cuestión en estudio.

En este sentido, La Paya se presentó como un punto de partida significativo para las tareas que se emprendieron con esta investigación, ya que es un asentamiento representativo de la ocupación tardía del valle en términos de características arquitectónicas, de emplazamiento, modos de enterratorio, actividades económicas y artesanales, etc., desarrolladas por la población que lo habitó. Asimismo, existen claras evidencias de la persistencia de la ocupación del asentamiento durante la ocupación inka del VC, lo cual proporciona posibilidades de analizar los cambios históricos.

Pero por sobre todo, como se detallará más adelante, las compras de materiales y excavaciones realizadas por Ambrosetti (1902, 1907) y Boman (1908) en La Paya han permitido reunir un conjunto importante de materiales arqueológicos, que se manifiesta como una muestra particularmente interesante, altamente representativo y con riqueza potencial por varias razones. En primer lugar, es uno de los conjuntos de piezas arqueológicas más numeroso de la región, que presenta una amplia variedad de objetos en distintos tipos de materias primas y una notable conservación de materiales perecederos como la madera, situación sumamente inusual en el VC. Asimismo, la calidad y detalle de su registro (Ambrosetti 1902, 1907, Boman 1908) hacen de ella fuente de abundante información sobre particulares asociaciones de materiales entre sí y con otros rasgos (espaciales, arquitectónicos, etc.). A pesar de todo esto, este conjunto de materiales sólo fue estudiado con criterios arqueológicos modernos de manera parcial, por lo que permanece

inexplorado gran parte de su potencial. Asimismo, el almacenamiento de la mayor parte de ellos en los depósitos del Museo Etnográfico "J. B. Ambrosetti" de Buenos Aires otorgó un acceso sin mayores dificultades a su estudio.

Dadas estas circunstancias, esta investigación focalizó el análisis directo de materiales en ese conjunto de piezas de La Paya. Sin embargo, a dicha colección se sumaron otras fuentes de información a fin de ampliar lo más posible el tamaño y diversidad de la muestra de estudio.

En el Museo Arqueológico "P. P. Díaz" de Cachi (MAC), fueron analizados otros conjuntos de piezas completas o semi-completas de La Paya, recuperadas en intervenciones posteriores a la de Ambrosetti que realizaran P. P. Díaz en 1981 y otros investigadores, entre ellos L. Alfaro de Lanzone, L. Baldini y M. Calderari.

Asimismo, otra de las colecciones más relevantes del valle Calchaquí es la correspondiente al sitio de Tero, obtenida en sucesivas temporadas de trabajo de campo (Tarragó *et al.* 1979), y actualmente depositada en el MAC. Esta colección fue relevada en gran parte[1], actuando como fuente adicional de evidencias de interacción y como patrón de control de las tendencias detectadas en los materiales de La Paya.

De manera más parcial, fueron estudiados otros conjuntos de materiales calchaquíes, apuntando más precisamente a la detección de evidencias concretas de interacción, sin entrar en un análisis detallado de materiales considerados como locales. Esta decisión se debe fundamentalmente al gran consumo de tiempo que implica el análisis de colecciones completas y el hecho que objetos y materiales posiblemente foráneos suelen presentarse acotados en el registro arqueológico.

De esta manera, se encaró el estudio de materiales de la colección de El Churcal, obtenida en la década de 1970 a través de extensos trabajos de excavación de estructuras funerarias y habitaciones (Raffino 1984), al igual que de las colecciones del Museo de La Plata (MLP) y del MAC, que reúnen materiales de distintas localidades del valle Calchaquí.

[1] La imposibilidad de analizar la totalidad de la colección de Tero en el MAC se debió a cuestiones de disponibilidad de tiempo. Sin embargo, como se explicita más adelante, la cobertura que se hizo de la misma es considerada relevante en términos de la temática estudiada.

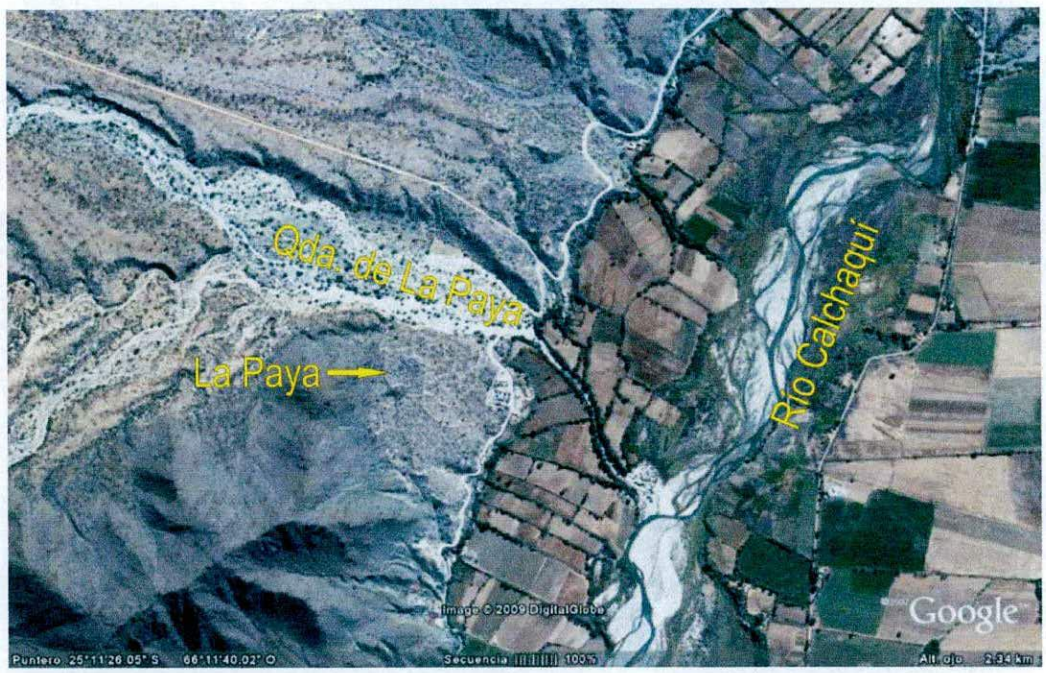
Si bien en cierta medida la muestra de estudio proviene mayormente de contextos funerarios, especialmente los materiales de La Paya excavados por Ambrosetti, la incorporación al análisis de otros conjuntos de materiales calchaquíes recuperados en circunstancias más diversas y de la información provista desde la literatura regional, equilibra, al menos en parte, la representación de distintos contextos de hallazgo de materiales.

A continuación se detallan las características de las colecciones de materiales analizadas y de los asentamientos de donde proceden.

7.1.1 La Paya (SSalCac 1)[2].

El asentamiento arqueológico de La Paya (LP), se ubica unos 10 km al sur de la localidad de Cachi, en una terraza en la boca de la quebrada de La Paya que desemboca en el río Calchaquí (Lámina 2 y Figura 18). Esta superficie se encuentra densamente ocupada por más de 550 recintos de paredes de piedra de forma subrectangular y más de 250 cistas subcirculares, y está recorrida por senderos de circulación interna, un sendero principal de sentido N-S y otros tres que corren de E a O y se articulan con el anterior (Alfaro de Lanzone 1985, Ambrosetti 1907) (Lámina 27).

Figura 18: Fotografía satelital con localización de La Paya.



[2] Código de identificación de sitios arqueológicos implementado en la región (Tarragó y Díaz 1972).

Las tumbas son pozos de forma circular de entre 1 y 2 m de diámetro y de profundidad variable, con paredes revestidas con piedras rodadas y cubiertos por lajas de piedras, formando una especie de bóveda. Algunas se hallaban en los ángulos de los recintos pero la mayoría se encuentran en el exterior de los mismos (Ambrosetti 1907).

Entre los recintos se destaca una estructura rectangular de 13 x 4 m aproximadamente, denominada Casa Morada (CM), de características arquitectónicas inkaicas y construida con bloques de arenisca roja, material no disponible en las cercanías del sitio (Lámina 28). Este edificio se emplaza en el interior de otra estructura de gran tamaño y de planta irregular, con su abertura de acceso hacia un espacio muy reducido, lo que da la pauta del aislamiento y privacidad buscado para el o los habitantes. Las paredes de la Casa Morada presentaban una altura de 3,40 m a principios del siglo XX y, sobre la pared norte, un vano de ingreso a la estructura de 1,20 m de ancho aproximadamente. En el entorno de Casa Morada se registraron cuatro *collcas* con escalones de piedras salientes sobre su pared interna, dos de ellas subcuadrangulares (de 2 x 2 m) y dos subcirculares (de 2,15/2,30 m de diámetro) (González y Díaz 1992).

El conjunto de estructuras que componen el sitio se encuentra rodeado de una muralla perimetral de alrededor de 1300 m de largo y un ancho promedio entre 1,20 y 1,70 m, mayormente construida en momentos inkaicos (Lámina 27). En algunos sectores de la muralla se detectaron restos de pircas adosadas a la misma, formando pequeños recintos semicirculares de 2 m de diámetro máximo y además, existe una entrada que lleva directamente a la Casa Morada por uno de los senderos (Ambrosetti 1907, Alfaro de Lanzone 1985). Este sector del asentamiento, al interior de la muralla, fue denominado "Ciudad" por Ambrosetti.

Por fuera de la muralla, hacia el oeste, se registra un sector de concentración de tumbas, llamado "Necrópolis" por Ambrosetti, y, del otro lado de la quebrada de La Paya, otro conjunto mucho menor de cistas (Alfaro de Lanzone 1985, Ambrosetti 1907, González y Díaz 1992) (Lámina 27). Este asentamiento cuenta con una ocupación humana tardía que corresponde a los Períodos de Desarrollos Regionales e Inka, según lo indican fechados realizados sobre carbón de excavaciones en basureros (Baldini 1980, 2008) (Tabla 1) y la presencia de materiales y arquitectura inkaica en el sitio.

La primera mención sobre la existencia de este asentamiento arqueológico se encuentra en el trabajo de Ten Kate (1893) sobre su recorrido por los Valles Calchaquíes. Este relato explica cómo la expedición por él dirigida destinó algunos días a recorrer La Paya y realizó una excavación en uno de los puntos más altos del poblado arqueológico, recuperando una gran urna con un esqueleto mal conservado en su interior junto a un yuro y dos pucos pintados. El reporte además destaca la abundancia de "pircas" y material alfarero y en piedra en la superficie del lugar.

Algunos años después, en 1902, recorriendo el valle Calchaquí Ambrosetti entra en contacto con dos pobladores locales, los Sres. Rafael Martínez y Andrés González, quienes le ofrecen un conjunto de materiales extraídos, según estos informantes, de una tumba localizada en La Paya. Estos materiales son comprados por el Museo Nacional y Ambrosetti pone en conocimiento estos hallazgos a través de una publicación (Ambrosetti 1902). En la colección se incluían objetos de oro, bronce, madera, puntas de proyectil de hueso y alfarería. Luego de un análisis detallado de las características de las piezas, el autor ensaya algunas interpretaciones referidas al simbolismo de los materiales calchaquíes, particularmente de la iconografía desplegada en la alfarería, y a la supuesta unidad de la civilización calchaquí desde Jujuy hasta San Juan.

Un aspecto significativo de este trabajo es la discusión de la cronología de la supuesta sepultura, destacándose la presencia de una muela de caballo actual entre los hallazgos. Esta situación le plantea a Ambrosetti la posibilidad que se trate de una tumba de la primera época de conquista[3], aunque finalmente se inclina hacia una fecha más temprana para el conjunto de los hallazgos.

Como parte de sus exploraciones por el área valliserrana del NOA, en 1906 Zavaleta publica un un listado de materiales obtenidos de diversas excavaciones, entre ellas algunas realizadas en La Paya, de las que se recuperaron una variedad de objetos y artefactos en madera y metal y algunas vasijas, aunque no hay mayores detalles en dicha publicación (Zavaleta 1906).

Paralelamente, Boman realiza un extenso recorrido por distintas zonas del Noroeste argentino y el desierto de Atacama, cuyos resultados publica en 1908. Durante estos itinerarios obtuvo mediante una compra a un poblador local, quién había continuado las excavaciones iniciadas

[3] Sin embargo Ambrosetti considera que el molar de caballo podría haberse incorporado de manera accidental al momento de la excavación.

por los informantes de Ambrosetti, un conjunto de piezas procedentes de la Casa Morada de La Paya. En 1904, Boman canjea una parte de estos hallazgos al Museo Nacional y el resto es enviado al Museo del Hombre de París, Francia (Boman 1908, Calderari 1991b). Este último conjunto es detallado en la obra de Boman de 1908, mientras que los objetos que permanecen en el país son estudiados por Ambrosetti y descriptos en su publicación de 1907.

La riqueza de estos hallazgos generó la inquietud por ahondar en el conocimiento de las sociedades calchaquíes y, en particular, del poblado de La Paya, por lo que la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires organiza dos campañas arqueológicas a la región que se desarrollan en los meses de Enero y Febrero de 1906 y 1907, dirigidas por J. B. Ambrosetti. Durante las mismas, se llevan a cabo múltiples excavaciones, tanto en la "Ciudad" y la "Necrópolis", como del otro lado de la quebrada de La Paya. De ellas resulta en la exhumación de numerosas estructuras funerarias y en la detección y excavación de otro tipo de contextos de hallazgo, principalmente ollas y urnas depositadas directamente en tierra, algunas de las cuales contenían inhumaciones de niños.

En 1907, Ambrosetti publica un informe detallado de los trabajos realizados, incluyendo la descripción de los contextos de hallazgos y de las piezas recuperadas, junto a un ensayo de clasificación de los materiales arqueológicos, de acuerdo a características morfológicas, iconográficas, etc. Entre los materiales cerámicos, que resultan los más numerosos, distingue a su vez entre aquellos típicos de las sociedades calchaquíes de aquellos que pertenecen al tipo cuzqueño, a los que considera llegados desde la costa chilena como objetos preciosos que quizás fueran artículos de comercio.

Un capítulo especial dentro de esta obra le merecen los hallazgos realizados en la Casa Morada, ya descriptos en su artículo de 1902, en los cuales nota un carácter ajeno al de la mayoría de los objetos recuperados en sus excavaciones en el resto del poblado.

En general, el análisis de todo el conjunto de materiales le permite al autor concluir que se encuentra ante el descubrimiento de una cultura típica local, con costumbres y ritos particulares, detectar una ruta desde el Pacífico a través de la puna de Atacama, por la que circulaban los objetos de tipo peruano que se hallan en la región calchaquí, lo que habla de una corriente comercial entre el Norte de Chile y los Valles Calchaquíes en una época no factible de precisar para el autor y,

finalmente, establecer un punto de referencia arqueológico bien determinado, rico en material, al cual podrán referirse otros yacimientos.

A fines de la década de 1940, Difrieri realiza una nueva intervención en el yacimiento de La Paya, desarrollando excavaciones estratigráficas que resultan en la identificación de una superposición de tres niveles con materiales arqueológicos diferenciados. En la capa inferior se recuperaron restos de alfarería de tipo Candelaria, en la intermedia cerámica santamariana y en la superior alfarería inkaica en combinación con restos santamarianos, aportando información sobre la cronología relativa del sitio (Difrieri 1978-79, Márquez Miranda 1967).

Luego de varias décadas sin nuevos trabajos arqueológicos en La Paya, los estudios se reanudan en 1981 con excavaciones realizadas en la Casa Morada por González y Díaz, cuyos resultados son publicados en 1992. Estos trabajos implicaron la limpieza de esta estructura, preservando todo material arqueológico, y el levantamiento de un plano expeditivo de la Casa Morada y sus estructuras aledañas, dando información respecto a las medidas de las paredes, características constructivas y forma de techado.

En este artículo también se enumeran los fragmentos de alfarería recuperados en las excavaciones y sus tipos decorativos, y se analizan los antecedentes de las investigaciones en el sitio, se realiza un inventario de los objetos comprados por Ambrosetti y Boman.

Con este análisis de la literatura referente a La Paya y la revisión de sus propios hallazgos, los autores analizan el uso del espacio, circulación y acceso a la Casa Morada e intentan discutir el uso y función de esa estructura, considerando el contexto cultural y funcional de los objetos allí recuperados y la comparación con otras estructuras de similares características de otros sitios, como Quilmes del valle de Yocavil. De esta manera, los autores sostienen la utilización de la Casa Morada como una unidad de vivienda donde se realizaron tareas domésticas, cuyos habitantes buscaron un cierto aislamiento entre este entorno y el resto de la población. Asimismo mencionan que todo indicaría que los objetos arqueológicos recuperados de la Casa Morada en diferentes ocasiones habrían sido enterrados a manera de escondite para ocultarlos. Dentro del conjunto de materiales llama la atención el hallazgo en estas excavaciones de otro molar de caballo, aparte del mencionado por Ambrosetti (1902), dentro de los escombros de la estructura. Según González y Díaz, estas dos serían las únicas evidencias de contacto hispano-indígena en la CM.

Posteriormente, se realizan nuevos estudios en La Paya que intentaban ampliar los conocimientos sobre la ocupación del sitio y sus habitantes, encarando en primer término el estudio de las características arquitectónicas del mismo. Más allá de la concreta necesidad de realizar un levantamiento topográfico detallado del sitio, los trabajos de campo realizados en 1983-84 apuntaron además al relevamiento de la muralla, de *collcas* y vías de circulación, a la excavación de unidades arquitectónicamente diferentes y la clasificación de piezas cerámicas. En base a las investigaciones realizadas se concluyó que en La Paya se manifestaron por lo menos dos momentos ocupacionales según a las características constructivas de las paredes de los recintos excavados, que en algunos casos presentaron rasgos asociados al estilo arquitectónico inkaico (Alfaro de Lanzone 1985).

7.1.1.1 La "Colección La Paya" en esta investigación.

Debido a las distintas instancias de investigación del asentamiento de La Paya, resulta necesario especificar lo que referimos como "Colección La Paya".

De acuerdo con nuestro análisis de las publicaciones sobre los materiales de La Paya, de la compra de materiales que realiza Ambrosetti se obtiene un total de 51 objetos (Ambrosetti 1902, 1907), de la compra de Boman 72 piezas, de las cuales la mayor parte (55) es enviada a Francia (Boman 1908, Calderari 1991b) y, producto de la exhumación de los 203 contextos, fundamentalmente funerarios, por parte de Ambrosetti, se suman más de 1500 piezas. Los materiales obtenidos en todas estas circunstancias conforman lo que aquí se considera como la **"Colección La Paya"**, compuesta, mayoritariamente, por piezas completas o reconstruidas de diversos tipos y materiales y caracterizada por una alta conservación de materiales perecederos, principalmente objetos en madera (Sprovieri 2010).

Parte de los materiales de la "Colección La Paya" y de la información publicada por Ambrosetti han sido objeto de tratamiento específico en las últimas décadas. Entre ellos se pueden mencionar estudios particulares sobre la alfarería como el de las urnas de tres cinturas (Baldini 1980), los vasos libatorios (Cremonte 1984), la cerámica inkaica (Calderari 1991b, Calderari y Williams 1991), los pucos decorados de tradición santamariana-calchaquí (Calderari 1991a) o la alfarería negra pulida (Baldini y Sprovieri 2009, Calderari 1991b). Asimismo se han analizado otros conjuntos de materiales, como los objetos en metal (A. R. González 1992, L. González 2003,

González y Peláez 1999, Baldini y Baffi 2006) o los artefactos vinculados al consumo de alucinógenos (Sprovieri 2009b, Tarragó *et al.* 1996, Torres 1986, 1998), y se ha avanzado en el análisis de comportamientos mortuorios (Baldini y Baffi 2003, 2007a y b) y de las características biológicas de la población (Cocilovo y Baffi 1985), entre otros estudios.

7.1.1.1.1 Estudio de materiales e información.

La "Colección La Paya" resulta un conjunto de evidencias relevantes para abordar variados estudios sobre las sociedades tardías del valle Calchaquí, en este caso los procesos de interacción interregional, dado su volumen, riqueza y el detallado registro de las condiciones de hallazgo de los materiales. En este sentido, se emprendió el análisis de la "Colección La Paya" desde distintos acercamientos.

En primer lugar, se consideró el conjunto de datos e información volcada en la publicación de Ambrosetti (1907), en la cual se enumeran y describen los materiales recuperados en cada uno de los contextos excavados. A partir de esto se confeccionó una base de datos que consigna todos los hallazgos y sus asociaciones.

Del trabajo emprendido desde la información publicada por Ambrosetti resulta relevante destacar su complejidad. Se trata de 203 contextos de hallazgos[4] entre los que se cuentan entierros simples y múltiples en cistas de paredes de piedra, inhumaciones de niños en urnas y ollas depositadas directamente en tierra y otros tipos de hallazgos, como tumbas previamente saqueadas, así como cistas y "urnas" que no contenían restos humanos en su interior. Como parte integrante de estos contextos se recuperó un gran número de objetos, que alcanzan las 1576[5] piezas manufacturadas en distintos tipos de materiales (Sprovieri 2010).

En segundo lugar, se llevó adelante un registro sistemático del catálogo del Museo Etnográfico "J. B. Ambrosetti" (ME), donde se consignan los ingresos y egresos de materiales al depósito de Arqueología y los datos de procedencia, características y ubicación correspondientes.

[4] Si bien en la publicación de Ambrosetti la numeración de los contextos excavados alcanza a 202, en la revisión se detecta la presencia de un contexto 88 y otro 88a.

[5] Se refiere a un número mínimo dado que en algunos casos sólo se menciona el hallazgo de restos de, por ejemplo, pucos, sin incluir mayores detalles para diferenciar distintas piezas. En estos casos consideramos un n° mínimo de 1.

Paralelamente, se realizó una revisión de documentación en el archivo del mismo museo, para completar y cotejar la información registrada en el catálogo.

Estos registros permitieron reconocer el ingreso de 1452 piezas de La Paya al acervo del ME. Entre ellas se encuentran 568 recuperadas durante la Segunda Expedición de la FFyL, 813 durante la Tercera Expedición, 47 de la compra de Ambrosetti y 14 de la compra de Boman. A estas se suman otras 10 piezas, obtenidas por otras vías, como donación, adquisición u otras expediciones de la FFyL, sin que se registren mayores datos al respecto.

De las 1452 piezas de La Paya, 1228 proceden de los 203 contextos excavados por Ambrosetti, 61 de la Casa Morada adquiridas en sendas compras de Ambrosetti y Boman, y otras 163 provienen de contextos de hallazgos desconocidos, que fueron obtenidas, en su gran mayoría, durante las dos expediciones de la FFyL (Tabla 2).

La diferencia entre la cifra de objetos procedentes de tumbas y hallazgos que ingresan al ME (1228) y aquella obtenida desde la publicación (1576), podría deberse a que, en muchos casos, la publicación menciona la existencia de objetos que, por problemas de conservación, no pudieron ser recuperados de la matriz en la que se encontraban depositados.

El registro del catálogo y archivos permitió también identificar que un porcentaje de piezas de la colección se encuentran depositadas en diferentes instituciones del país y del extranjero. En las primeras décadas del siglo XX el ME canjea alrededor de 277 piezas, mayoritariamente con Museos de Europa y los Estados Unidos, y en menor medida con otros de Argentina, América del Sur y Asia (Tabla 3). Posteriormente, se consigna además el envío al Museo "E. Casanova" de Tilcara (MEC) de 43 piezas (Tabla 3).

Para esta investigación fueron analizadas de modo directo parte de las piezas de La Paya que se encuentran fuera del ME. En especial, se estudiaron los materiales enviados a al MEC y a distintos museos de los Estados Unidos, el *American Museum of Natural History* (AMNH), el *Smithsonian National Museum of the American Indian* (NMAI) y el *Smithsonian National Museum of Natural History* (NMNH).

Estos análisis, y la información provista en consultas establecidas con distintas instituciones del extranjero, permitieron ajustar algunos datos consignados en el catálogo y los archivos del ME sobre la cantidad de piezas de La Paya canjeadas (Tabla 3). En el relevamiento realizado en Tilcara

se pudo detectar la presencia efectiva de 46 piezas de La Paya allí. De las 43[6] indicadas como enviadas en el catálogo del ME, no se localizaron las piezas N° ME 1092, 1625 y 1839. Pero se hallaron otras 6 piezas[7] que proceden de La Paya depositadas en el MEC (Sprovieri 2010).

Por su parte, en el *American Museum of Natural History* pudo detectarse la presencia de un total de 35 piezas de La Paya. Según el catálogo del ME, habían sido enviados al AMNH 31 objetos[8], de los cuales fueron efectivamente localizados la mayoría, a excepción de las piezas N° ME 1449 y 1552. Sin embargo, también fueron ubicadas las piezas N° ME 1005 y 1621, números que corresponden a la "Colección La Paya", y otras cuatro que no poseen N° del ME pero que en los archivos del AMNH se encuentran consignadas como procedentes de La Paya.

El registro de los materiales depositados en el *Smithsonian National Museum of the American Indian* confirmó la presencia de 13 piezas de La Paya, 12[9] de las cuales coincidían con lo indicado en el catálogo del ME, a las que se sumó la pieza N° ME 1322.

En el *Smithsonian National Museum of Natural History* se relevaron un total de 60 objetos de La Paya. De los 47[10] originalmente consignados en el catálogo del ME no pudieron hallarse las piezas N° ME 1808 y 6146. La diferencia en las cantidades de piezas enviadas indicadas en el catálogo del ME y las efectivamente relevadas en el NMNH se debe a que bajo el N° ME 6186 se incluyen 15 artefactos de obsidiana y bajo el N° ME 6917 dos artefactos de molienda. Además, en el NMNH se registraron dos piezas canjeadas con el ME que proceden de Cachi (N° ME 516 y 6137).

Por otro lado, consultas establecidas con otras instituciones extranjeras que albergan materiales de La Paya permitieron obtener algunos datos sobre ellos. En el caso del *Museo di Storia*

---

[6] Piezas N° ME 520, 521, 703, 877, 890, 930, 944, 947, 1015, 1092, 1106, 1107, 1110, 1275, 1279, 1282, 1286, 1309, 1553, 1579, 1585, 1625, 1715, 1735, 1745, 1774, 1828, 1830, 1839, 1849, 1901, 1923, 1950, 1966, 2011, 2105, 2115, 2130, 2134, 2137, 2022, 2048, 2079.

[7] Piezas N° ME 743, 1081, 1152, 1222, 3992 (que corresponde a la compra realizada por Ambrosetti en 1902) y una pieza sin numeración original del ME, pero asentada como procedente de La Paya en el catálogo del museo de Tilcara.

[8] Piezas N° ME 760, 830, 845, 852, 866, 945, 946, 990,1317, 1318, 1324, 1336,1447, 1449, 1475, 1552, 1574, 1626, 1681, 1683, 1684, 1697, 1744, 1759, 1913, 1941, 1949, 1967, 1974, 1975, 1978.

[9] Piezas N° 766, 833, 882, 899, 906, 938, 1556, 1628, 1653, 1658, 1902, 1933.

[10] Piezas N° ME 697, 699, 712, 779, 846, 856, 1026, 1032, 1082, 1334, 1343, 1382, 1550, 1567, 1724, 1790, 1808, 1888, 1889, 1948, 6138 a 6146, 6149 a 6156, 6180, 6182 a 6189, 6917. Cabe destacar que las piezas con número de identificación en el orden de los seis mil, si bien proceden de La Paya según el catálogo del ME, se desconoce su contexto de hallazgo.

Naturale di Firenze (MSNF), de las 26[11] piezas que el catálogo del ME indica como eviadas allí, únicamente no se reporta la presencia de la N° ME 988.

Pero además, el MSNF da cuenta de la existencia de otras 21 piezas que procederían de La Paya de acuerdo a sus datos. Sin embargo, de esas últimas piezas, puede señalarse que sólo 7[12] provendrían efectivamente de La Paya, ya que el número de pieza con que habrían arribado desde Buenos Aires corresponde a números de materiales de ese sitio en los catálogos del ME. Entre las demás, en 4[13] casos, sus números de pieza originales coinciden con piezas de Perú según el catálogo del ME, en un caso[14] con piezas de Cachi y en otro[15] con piezas de La Poma. Finalmente, el listado de materiales de La Paya del MSNF incluye 8 piezas sin N° original, que, debido a las probables confusiones indicadas, es imposible confirmar su procedencia real. Es decir, que con los datos disponibles, se puede plantear que en el MSNF habría, al menos, 32 piezas de La Paya y 2 de otras localidades del VC.

Con relación al canje con el *National Museum of Ethnology* (NME) de Leiden, el catálogo del ME señala el envío de 20[16] objetos de La Paya a esa institución. En este caso, la información provista por el NME es menos precisa, por lo que resulta muy dificultoso hacer una evaluación firme sobre la situación de las piezas de La Paya allí. Ese Museo, informa que según los datos de sus archivos, se encontrarían depositadas 14 piezas de La Paya. Entre ellas se encuentran las piezas N° ME 840, 910, 1099, 1105, 1719, 1916 y 1918, todas ellas originalmente consignadas como enviadas al NME en el catálogo del ME, y las N° ME 1482 y 1338, no registradas como enviadas al exterior. Pero además, el NME informa que las piezas a las que les corresponde el número 1734-4, 1734-75, 1734-76, 1734-81 y 1734-134, otorgado por el Museo de Leiden, también procederían de La Paya, aunque desconocemos sus correspondientes números del ME originales.

Finalmente, la última instancia de aproximación a esta colección fue el análisis directo de las piezas de La Paya depositadas en el ME, el MEC, el AMNH, el NMAI y el NMNH, relevando atributos

[11] Piezas N° ME 988, 1132, 1198, 1215, 1321, 1332. 1351, 1460, 1480, 1566, 1588, 1639, 1676, 1685, 1691, 1717, 1753, 1762, 1852, 1897, 1922, 2052, 2055, 2110, 2116, 2125.
[12] Piezas N° ME 767, 844, 1034, 1481, 1670, 1713, 1764.
[13] Piezas N° ME 2201, 2202, 2204, 2205.
[14] Pieza N° ME 547.
[15] Pieza N° ME 717.
[16] Piezas N° ME 786, 840, 858, 910, 943, 968, 1020, 1099, 1100, 1105, 1109, 1111, 1342, 1378, 1719, 1723, 1803, 1895, 1916, 1918.

morfológicos, estilísticos y tecnológicos sobre 691 artefactos de distintos tipos de materiales[17], que incluyen objetos de diferentes contextos de hallazgos (Tabla 4).

7.1.1.1.2 Las problemáticas detectadas

Una cuestión importante a tener en cuenta es que dentro de las instalaciones del ME, los materiales fueron objeto de diversos desplazamientos a lo largo de décadas. Este estudio reveló que hasta la fecha falta localizar un 39,5% (574/1452) de los materiales de La Paya ingresados oportunamente, la mayoría de los cuales (89%) corresponden a aquellos obtenidos en las compras y las excavaciones de tumbas y hallazgos, es decir lo que consideramos "Colección La Paya".

Por otro lado, al cotejar las distintas fuentes de información sobre la "Colección La Paya" (publicación, catálogo, archivos, análisis directo de piezas) se han detectado una serie de inconsistencias entre ellas, que complejizan el tratamiento y estudio de esta colección de materiales (Tabla 5) (Sprovieri 2010).

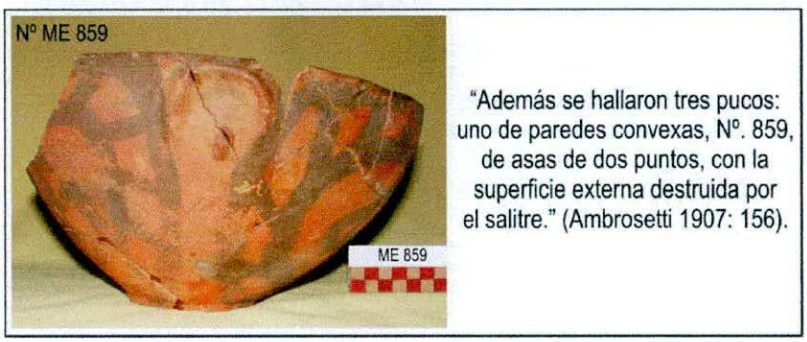
El análisis de la publicación permitió detectar algunas dificultades propias de la misma, principalmente errores de numeración o descripción de piezas. Existen casos en que un mismo número de identificación de una pieza se repite en distintos artefactos procedentes de una misma tumba o de tumbas diferentes. Por ejemplo, esto sucede con las vasijas N° ME 927 de las tumbas N° 9 y 12 o en la tumba N° 155 donde "De madera se recogieron: restos de dos vasos, números 1789...tres útiles de tejer, núms. 1789..." (Ambrosetti 1907: 237).

Una problemática relevante es la identificación de piezas tratadas en la publicación sobre La Paya, pero que al analizar los catálogos se detecta que no proceden de La Paya; situación que no es explicitada en la obra de Ambrosetti. Este es el caso, por ejemplo, de los trinchantes N° ME 550 y 551, provenientes de La Poma (Ambrosetti 1907: figura 256), de los torteros N° ME 504 y 510 de Cachi (Ambrosetti 1907: figuras 244 y 251) y de los torteros N° ME 495, 496 y 498 de Fuerte Alto (Ambrosetti 1907: figura 253).

[17] Se podrá notar que la cantidad de artefactos de La Paya analizados directamente, que se señalan en este párrafo y en la Tabla 4, no coincide totalmente con los indicados en la Tabla 9. Esto se debe a que en este párrafo y en la Tabla 4 se contabilizan como un lote los artefactos que cuentan con un mismo N° de identificación, para poder obtener una idea de más ajustada de la proporción de las piezas efectivamente localizadas con relación a las originalmente ingresadas al ME, mientras que en la Tabla 9 se consideran separadamente. Es de destacar que en gran medida esos lotes corresponden a conjuntos de artefactos líticos.

Asimismo, se han registrado algunas piezas en los catálogos que no son mencionadas en la publicación, como el caso del tortero N° ME 1397 que, de acuerdo con la información del catálogo, proviene de la tumba N° 88a. Existen también casos de falta de correspondencia en las características de ciertos objetos descriptos en la publicación y las de los efectivamente analizados, o de inconsistencias entre algunos datos manifestados en la publicación y los consignados en los catálogos del museo. Este es el caso del objeto N° ME 1124 consignado en la publicación como tortero de madera de la tumba N° 41, pero que en el MEC corresponde a una roca con tres pequeños orificios de mortero, o el caso de la vasija N° ME 859 de la tumba N° 79 (Figura 19).

Figura 19: Ejemplo de discrepancias entre las distintas fuentes de información.



Estas situaciones producen confusión debido a la dificultad de determinar qué piezas son efectivamente las correctas, e implican al investigador estudiar caso por caso y evaluar cómo considerar cada pieza conflictiva. Una situación de este tipo se presentó con la pieza N° ME 1081 de la tumba N° 23. El análisis directo de materiales reveló la existencia de dos torteros de piedra con ese mismo número (Figura 20), uno de ellos circular y otro en forma de cruz. En este caso, la descripción en la publicación permitió identificar la pieza correcta.

Figura 20: Ejemplo de toma de decisiones a partir del cruce de información entre las distintas fuentes.

Otras dificultades se relacionan con discrepancias entre la información registrada en el catálogo y en la publicación, como, por ejemplo, el caso de la placa N° ME 1204 que según la publicación pertenece a la tumba N° 76 pero en los catálogos se registra como procedente de la tumba N° 72, o el caso del objeto N° ME 1295 que se consigna como paleta de madera de la tumba N° 90 en la publicación y como tortero de la tumba N° 88a en los catálogos.

Por último, durante el análisis directo de los materiales se identificó la existencia de piezas con igual número de identificación, como dos tumis con el N° ME 1222, dos torteros con N° ME 1152 y dos con N° ME 1081 (en todos estos casos una de las piezas está depositada en el ME y otra en el MEC), o dos pucos N° ME 1322, uno negro pulido y otro decorado en negro sobre rojo, ambos con el mismo número.

Por otro lado, desde el estudio de las piezas se pudieron reasignar algunos artefactos a otra de las categorías morfológico-funcionales propuestas por Ambrosetti, afinando su caracterización y sus implicancias. Estos son los casos del *topu* de hueso N° ME 1580 de la tumba N° 116 o la palita de madera N° ME 1098 de la tumba N° 103, que posteriormente a su estudio pueden considerarse como una espátula y un *topu* respectivamente (Figura 21).

Figura 21: Ejemplo de reasignación de artefactos a una nueva categoría morfológico-funcional.

Todo este trabajo de recopilación de información de distintas fuentes y de contrastación de datos entre ellas ha permitido obtener un panorama más acabado del contenido y características actuales de la "Colección La Paya", y es a través del mismo que fue posible establecer, como ya se

indicó, que se habrían recuperado 1576 objetos de los 203 contextos excavados por Ambrosetti, que se distribuyen en distintas categorías de artefactos[18] (Tabla 6).

7.1.1.1.3 Consideraciones sobre el estado actual y la potencialidad de la colección.

Sin dudas, el estudio de colecciones antiguas obtenidas mediante métodos y criterios muy diferentes a los de la arqueología actual conlleva significativas dificultades y limitaciones. La "Colección La Paya" no es una excepción, siendo una de sus principales falencias la escasez de restos óseos humanos, que sólo fueron recogidos a modo de muestra de acuerdo a criterios de la época.

El relevamiento de la colección desde distintas fuentes y el posterior cruce y contrastación de información entre ellas permitió evaluar las condiciones actuales de este conjunto de materiales y obtener un panorama más ajustado de su estado y composición (Sprovieri 2010). La falta de parte de estos materiales, ya sea por canjes a otras instituciones o por dificultades en la localización de los mismos, reduce el universo de la muestra, disgrega la integridad de algunos contextos y por ende puede complicar el tratamiento de ciertas problemáticas arqueológicas. Además, la detección de una serie de inconsistencias, que aunque al momento sólo se registren en el 17% de los contextos excavados (35/203), sugiere tratar los datos de la publicación con máximo detenimiento (Tabla 5).

No obstante, parte de estos inconvenientes pudieron ser compensados gracias a la calidad del registro de las excavaciones y los materiales (Lámina 29), muchos de los cuales cuentan incluso con ilustraciones. Considerando las piezas efectivamente analizadas y aquellas factibles de caracterización a partir de las descripciones y/o ilustraciones de Ambrosetti, se pudo lograr la identificación de aproximadamente 336 de las 740 (45,4%) vasijas recuperadas de las 203 excavaciones en La Paya. Esto es 91 piezas más que las analizadas directamente.

Ese exhaustivo registro, sumado a los aportes desde las demás fuentes de información, también posibilitó tener mayores elementos para evaluar las inconsistencias detectadas, esclarecer algunos de los casos problemáticos y permitir, así, un tratamiento más profundo de esta colección.

[18] Se mantienen las categorías planteadas por Ambrosetti en tanto no se pueden clasificar parte de las piezas no vistas.

7.1.1.2 Otros materiales de La Paya estudiados.

Al relevamiento realizado de la "Colección La Paya" en el ME, el MEC, el AMNH, el NMAI y el NMNH, se sumo la búsqueda en el acervo del Museo Arqueológico "P. P. Díaz" de Cachi de otras piezas procedentes de La Paya. De acuerdo a los datos del inventario de ese museo, se registra el ingreso de 108 piezas completas o semi completas de La Paya que fueron obtenidas en diferentes circunstancias (Tabla 7).

También debe destacarse la existencia en la misma institución de gran cantidad de material cerámico fragmentario de diferentes excavaciones realizadas por P. P. Díaz en el sitio.

El relevamiento realizado de estos materiales se centró en el estudio de los materiales cerámicos, dado que constituye la clase de material con mayor potencial diagnóstico como evidencia de interacción. Se registraron detalladamente la totalidad de las piezas cerámicas completas o semi completas y se realizó una revisión de los conjuntos de fragmentos de alfarería, que permitió detectar algunos fragmentos que no se corresponden con la cerámica local. De este modo, se efectuó el análisis de 39 vasijas y tiestos de La Paya depositados en el MAC. La mayoría (24) se obtuvo mediante excavaciones realizadas por P. P. Díaz, L. Alfaro de Lanzone y M. Calderari, 12 proceden de exploraciones informales, rescates o donaciones y de 3 de ellas no se cuenta con datos.

7.1.2 Tero (SSalCac 14).

El sitio Tero se ubica en el extremo SO de la localidad de Cachi, en contigüidad al área urbana, situación que ha influido en el pobre estado de conservación general del asentamiento (Lámina 2). Es un conglomerado de recintos rectangulares de paredes piedra de diferentes dimensiones, que ocupa una superficie de aproximadamente 2,5 ha. (Lámina 30). Las estructuras mayores deben haber cumplido funciones de patio, mientras que las de menor tamaño deben haber sido viviendas, cercanas a las cuales se localizan las tumbas, al igual que en los límites del sitio. Asimismo, en la superficie del sitio se han detectado zonas monticulares que corresponden a basureros (Tarragó *et al.* 1979).

De este asentamiento proviene otra de las colecciones de materiales más importantes del valle Calchaquí, la cual fue recuperada fundamentalmente a través de intensos rescates realizados

por varios investigadores a fines de 1970 (Tarragó *et al.* 1979). Las excavaciones realizadas en cinco recintos permitieron identificar que se trata de estructuras semi subterráneas de planta rectangular, ángulos redondeados y muros conformados por hileras de piedra colocadas contra la masa de tierra sin utilización de mortero. Dos de ellos se encontraban comunicados entre sí por un pasillo curvo de 4 m de largo x 1 m de ancho, uno de los cuales contaba además con salida al exterior de ancho similar. Asimismo, en los recintos se reconoció la presencia de un piso de ocupación señalado, fundamentalmente, por la existencia de capa de cenizas y carbones, fogones y restos culturales (Tarragó *et al.* 1979).

Por otro lado, se excavaron 19 entierros individuales y múltiples que corresponden a tumbas circulares de piedra y techo en falsa bóveda en 12 casos y siete a párvulos inhumados en urnas, de las cuales tres de ellas se encontraban en el interior de uno de los recintos. El resto de los entierros se localiza en espacios sobreelevados, que constituyen vías de circulación o basurales, y dos en una posible área de cementerio fuera de los límites de asentamiento. Finalmente, se efectuaron siete sondeos estratigráficos en basureros (Tarragó *et al.* 1979).

A partir de estos trabajos de campo se obtuvo abundante material arqueológico fragmentario y piezas completas, donde la presencia de cerámica santamariana-calchaquí y alfarería de influencia inkaica sugieren una ocupación durante, al menos, los Desarrollos Regionales avanzados y la época inka (Tarragó *et al.* 1979).

El análisis de los materiales de Tero para esta investigación se abordó en una instancia posterior al de la colección principal de La Paya, con el objetivo de ampliar la muestra de estudio y de contar con otro conjunto relevante de materiales que pudiera funcionar como control de las tendencias que se observaron en la "Colección La Paya".

De acuerdo al inventario del MAC, en donde se consignan las piezas completas o semi completas, la colección de materiales de Tero está compuesta por 645 elementos de diferentes tipos (Tabla 8). Este conjunto no fue relevado en su totalidad[19], sino que se hizo hincapié en aquellos materiales con mayores posibilidades de proporcionar datos sobre circulación interregional de bienes, recursos e ideas, por lo que se focalizó en el estudio de piezas completas, vasijas, tabletas y tubos y torteros, fundamentalmente. El relevamiento involucró entonces el registro de 116 piezas

[19] El estudio parcial de los materiales de Tero se debió a déficit de tiempo.

cerámicas[20], 15 artefactos en madera, 1 en metal, 7 en piedra, 7 en hueso y 8 en otros materiales[21], registro que algunos pocos casos sólo pudo ser realizado a través de las fichas de inventario individual de piezas[22]. De las 490 piezas restantes que permanecieron sin registrar, el 75% corresponde a artefactos en piedra (mayormente instrumentos de molienda, alisadores, hachas y percutores) que suelen ser escasamente diagnósticos como indicadores de interacción, tanto en términos estilísticos como en materia prima. En este sentido, se considera que el relevamiento desarrollado sobre la colección de materiales de Tero es relevante y significativo en vinculación a la detección de evidencias de interacción interregional.

7.1.3 El Churcal (SSalMol 2).

A 8 km al norte del pueblo actual de Molinos se localiza el sitio El Churcal (ECH) sobre un pie de monte en la margen oeste del río Calchaquí (Lámina 2). Fue inicialmente investigado en la década de 1970, por medio de la realización de extensos trabajos de campo y un levantamiento del plano general (Raffino 1984, Raffino *et al.* 1976), y más recientemente se ha retomado su estudio (Baldini *et al.* 2007).

Este conglomerado abarca una superficie de aproximadamente 30 ha, en las que se emplazan más de 500 estructuras, y no presenta sistema defensivo artificial (Lámina 31). Se ha caracterizado como un asentamiento dividido en dos sectores, separados por un espacio de planta rectangular, despejado y parcialmente delimitado por paredes, identificado como "canchón". La mayor parte del trazado urbano del asentamiento está compuesto por unidades conformadas por dos o más recintos (Raffino 1984, Raffino *et al.* 1976). Investigaciones más recientes señalan que en el sector bajo, de acuerdo a un nuevo relevamiento parcial de su arquitectura y planimetría, predominan las unidades conformadas por un único recinto (63,3%), existen pocos casos de aquellas integradas por dos, y sólo dos ejemplos de unidades de varios recintos (Baldini et al. 2007).

---

[20] Se decidió estudiar la totalidad del conjunto de piezas cerámicas, sin embargo no todas ellas han podido ser localizadas en el depósito del MAC, por lo que la cantidad efectivamente registrada es menor.

[21] Con relación a todos los materiales no cerámicos, se seleccionaron sólo aquellos considerados potencialmente relevantes para este estudio, de ahí su representación tan desigual en la muestra.

[22] En el MAC, una parte importante de las piezas ingresadas en el Inventario cuentan además con fichas individuales, realizadas por investigadores, en las que constan una serie de datos que caracterizan a cada pieza en particular, permitiendo un acercamiento relativamente útil en caso de no poder localizar la pieza.

El asentamiento cuenta con vías de movilidad interna constituidas por senderos sobreelevados delimitados por paredes de piedra, espacios elevados entre las paredes de los recintos pero de menor altura que los anteriores o espacios libres extensos. Algunos de los espacios elevados entre los recintos se conformaron a partir de la acumulación de residuos arrojados desde las habitaciones constituyendo basurales (Raffino 1984, Raffino *et al.* 1976).

Los recintos son de planta subrectangular y subcuadrangular y de ángulos redondeados, aparentemente sin aberturas de comunicación al exterior aunque sí internas, a veces relacionadas a pasillos, conectando recintos. A partir de la excavación de 18 recintos durante la década de 1970 se propuso que los del sector más bajo corresponderían a casas pozo, cuya planta fue excavada y sus muros conformados por el adosamiento de piedras a las paredes del pozo sin utilización de mortero o revoque, mientras que en el sector alto fueron construidos sobre el nivel del suelo (Raffino 1984, Raffino *et al.* 1976).

El sitio incluye también tumbas para adultos, de tipo cista de planta circular con paredes de piedra sin mortero y techos en falsa bóveda que a veces pueden presentar tirantes de madera, en las que se inhumaron entre 1 y 11 individuos, de las cuales fueron excavadas 20. Las tumbas pueden estar localizadas dentro de las paredes internas de los recintos o dentro de las vías de circulación alrededor de las unidades, y se halló un caso al interior de un recinto debajo del piso. Asimismo, se excavaron 33 enterratorios de infantes en urnas u otro tipo de vasijas, que mayormente se ubican en las calles o vías de tránsito, pero también se los halló al interior de recintos o dentro de cistas, solos o con adultos (Raffino 1984, Raffino *et al.* 1976). Además, en algunos casos no se inhumaron en urnas de tipo santamarianos u ordinarias, sino en otros tipos de vasijas (Baldini y Baffi 2007a).

De las excavaciones de recintos, entierros, basurales, vías de circulación y del espacio central se recuperó un abundante material arqueológico cuyo estudio ha permitido conocer parte de las actividades domésticas y productivas llevadas a cabo en el poblado de El Churcal. Fundamentalmente, ha sido útil para aproximarse a la cronología de la ocupación del asentamiento, la cual fue propuesta entre 1100 y 1350 DC a partir de las características de su infraestructura, de la presencia de cerámica correspondientes a la tradiciones del PDR como la santamariana-calchaquí, y de vasijas semejantes a variedades de momentos iniciales del período (Loma Rica Bicolor) y de la ausencia de alfarería clásica de los Desarrollos Regionales avanzados (Famabalasto Negro

Grabado, Famabalasto N/R, Yocavil Polícromo) o de época inka (Raffino 1984). Un fechado radiocarbónico realizado sobre madera de una tumba confirma ese lapso en tanto arroja una fecha de 740±50 AP (Raffino 1984), que en una calibración reciente corresponde a 1261-1295 y 1221-1380 DC con una y dos desviaciones respectivamente (Baldini *et al.* 2007).

Parte de las piezas completas de El Churcal recuperadas en las excavaciones realizadas en la década de 1970 se encuentran exhibidas en una de las salas de la casona de la Hacienda de Molinos[23], antiguo edifico del siglo XVIII, que fuera residencia del último gobernador realista de Salta, Don Nicolás Severo de Isasmendi y Echalar. Se realizó una revisión expeditiva de los materiales que allí se encuentran, sin buscar desarrollar un registro individual de piezas o análisis específicos de materiales, sino apuntando a distinguir rápidamente objetos estilísticamente alóctonos. Así se detectó la presencia de una pieza cerámica particular (N° 28 de ECH), que no responde a los cánones estilísticos de la alfarería del VC, y por lo tanto fue incorporada a la muestra de estudio.

Por otro lado, a través de la revisión del inventario del MAC se detectaron otros materiales de ECH significativos para el análisis, en tanto posibles evidencias de interacción. Ellos son una tableta y un tubo de rapé y un cascabel recortado en fruto de nuez, obtenidos mediante exploraciones de P. P. Díaz en 1970, que provienen de un mismo contexto de hallazgo, posiblemente un enterratorio.

Finalmente, de ECH también proceden tres muestras de obsidiana seleccionadas para análisis específicos de procedencia de materia prima, que se desarrollan más adelante en este capítulo. Se trata de tres artefactos[24] (un desecho indiferenciado, una lasca y una punta de proyectil), dos de ellos recuperados en recolecciones superficiales y uno procedente de excavaciones estratigráficas en el Recinto 123x[25] que realizamos en el sitio, específicamente del nivel que correspondería a la base del relleno, inmediatamente superpuesto al comienzo del nivel de ocupación.

---

[23] Nos referiremos a esta ubicación como Sala de Molinos (SM).

[24] Estos tres artefactos no están contabilizados en la muestra estudiada en esta investigación, resumida en la Tabla 9, por ser una selección específica para la realización de análisis de procedencia de materias primas.

[25] En publicaciones previas sobre el sitio, este recinto es referido como 123b (Raffino *et al.* 1976: lám. IV), pero no coincide esa identificación con el hecho que el mismo no había sido excavado anteriormente.

7.1.4 Otros sitios y colecciones.

Con la intención de adicionar información sobre la presencia de piezas y materiales alóctonos en el valle Calchaquí, se examinaron las colecciones que conforman el acervo del Museo de La Plata (MLP). Para ello, primero se inició una revisión y registro de los materiales incluidos en tales colecciones a través de la revisión de los ficheros del museo, donde se consignan cada pieza ingresada y sus datos generales. Esta tarea no había sido abordada sistemáticamente con anterioridad, por lo que se desconocía con qué materiales efectivamente del valle Calchaquí contaban estas colecciones y la envergadura de los mismos. El rastreo de piezas de procedentes del valle Calchaquí se realizó entre 19.986 fichas de registro de piezas en cerámica, piedra, metal, hueso, madera y textiles pertenecientes a distintas colecciones.

De todo ese conjunto de piezas, en primera instancia, se registraron aquellas cuya procedencia fuera "Calchaquí"[26] (alrededor de 1000 piezas), que pertenecen a las colecciones Moreno N° 1 y N° 2 y Methffessel, de las cuales se seleccionaron aquellas que presentaran datos de procedencia más precisos.

Las piezas con procedencia del valle Calchaquí fueron 17, más precisamente de las localidades de Molinos (3), San Rafael (1), Cafayate (1), La Paya (3), La Poma (6), Amaicha (1), Seclantás (1) y Payogasta (1), todas pertenecientes a la colección Moreno N°1 y 2. El rastreo de estas piezas en los depósitos del Museo de La Plata permitió recuperar 6 de ellas (Molinos, La Paya, Seclantás, San Rafael, Poma, Amaicha[27]) (Lámina 2).

Por otro lado, como ya se mencionó, en el MAC se realizó el relevamiento del inventario en búsqueda de piezas que pudieran resultar relevantes como evidencias de interacción. De esta búsqueda, y a partir únicamente de la información de estos registros, se seleccionaron para análisis ocho piezas cerámicas, dado que sus características no se corresponden con las de la alfarería local. Las mismas proceden de la zona de La Poma, de Rancagua, de los sitios Guitián (SSalCac 2), Loma del Oratorio (SSalCac 8) y Choque (SSalCac 17), y de la margen izquierda del río Las Cuevas

[26] Estas colecciones tienen información limitada y muy general acerca de la procedencia de los materiales, por lo que en primera instancia se restringió el universo de búsqueda dentro de aquellas que consignaran su procedencia como "Calchaquí", término general que para los criterios de la época abarca una región mucho más extensa que la de interés en esta investigación.

[27] De esta localidad, situada sobre el río Amaicha al oeste de Molinos, procede una vasija similar al Yocavil Policromo, con procedencia "Amaicha, Salta". Esta notación y piezas de zonas cercanas en la misma colección (Molinos y Seclantás, etc.) aportan a sostener su procedencia de la localidad salteña y no de Amaicha de Tucumán.

(Lámina 2). Estas 8 vasijas fueron obtenidas mediante exploraciones de P. P. Díaz (5), y en tres casos por compras o donaciones.

Finalmente, en la búsqueda y relevamiento de los materiales de la "Colección La Paya" en distintos museos (ME, MEC y NMNH) se encontraron algunas piezas procedentes de otras localidades del VC que fueron registradas e incluidas en la muestra, fundamentalmente porque gran parte de ellas correspondían a materiales ilustrados y/o descriptos en la publicación de Ambrosetti (1907), pero de los cuales no se especificaba que provenian de otros sitios o zonas del valle. Se trata de 14 piezas de Cachi, cuatro de La Poma y cuatro de Fuerte Alto (Lámina 2).

En síntesis, para esta investigación se analizaron un total de 1027 piezas arqueológicas, procedentes de quince localidades dentro del valle Calchaquí, que se encuentran depositadas en ocho distintos museos del país y del extranjero (Tabla 9).

7.2 Métodos de análisis de materiales.

Desde el punto de vista metodológico, este trabajo combina diferentes acercamientos con la intención de obtener un conjunto de información representativa para la región y el lapso temporal considerado. Por un lado, la problemática es abordada desde una "perspectiva estilística", la cual supone la consideración de un conjunto de rasgos formales, decorativos y tecnológicos de los objetos, que por comparación pueden asimilarse a determinados estilos y separarse de otros descriptos para el NOA y los Andes Centro-sur. Por otro lado, se emplearon una serie de técnicas físico-químicas y de las ciencias naturales que permiten aproximarse a la fuente de origen de determinados materiales.

Cada uno de estos acercamientos posee sus limitaciones, pero su uso combinado permite superar algunas de ellas al actuar como líneas de evidencia independientes factibles de apoyarse o refutarse mutuamente (Odess 1998). Si bien los procedimientos analíticos disponibles para abordar la problemática de la interacción interregional en arqueología son muchos más de los utilizados en esta investigación, en este caso se emplearon aquellos factibles de aplicarse a piezas de museo, sobre las cuales la intervención debió ser mínima.

7.2.1 Acercamiento desde el estilo

El estilo se presenta como un concepto sumamente difícil de aprehender que penetra todo el entramado social y por lo tanto se manifiesta diverso y multivalente (Conkey y Hastorf 1990, Shanks y Tilley 1996 [1987]). A pesar de constituir un problema constantemente abordado desde los inicios de la disciplina arqueológica, no existe un cuerpo teórico o metodológico cohesionado y sólido para abordar el estudio del estilo en el pasado. Sin embargo, más allá de intentar definiciones precisas o proponer métodos estrictos de análisis estilístico, el uso del concepto de estilo en la investigación arqueológica debe ser continuamente problematizado y por ende permanecerá de carácter flexible (Conkey y Hastorf 1990).

Esta investigación se aparta de ciertas perspectivas de análisis del estilo desarrolladas dentro del campo de la arqueología, en las que en muchos casos se articula la interacción social como elemento en la argumentación. Estas perspectivas han sido revisadas y criticadas, básicamente con relación al rol que le otorgan a la cultura material y sus variaciones estilísticas en la vida social como reflejo pasivo de estrategias de adaptación, situaciones de contacto entre sociedades y/o marcadores de pertenencia étnica (Shanks y Tilley 1996 [1987]).

Entre ellas, la arqueología normativa ha utilizado al estilo como indicador temporal, a modo de fósiles guía para la datación de determinados contextos, a partir del cual se construyen tipologías con valor cronológico asimilables a grupos sociales o culturas (Krieger 1944). Posteriormente, a partir de asumir una dicotomía entre estilo y función, el primero de ellos es conceptualizado como periférico, carente de valor adaptativo, y como tal sujeto a una variación azarosa (*stylistic drift*) en el tiempo y el espacio (Binford 1963, Dunnell 1978).

Por su parte, la propuesta conocida como de "interacción social", considera a los atributos estilísticos como vinculados de manera directa con el grado de interacción entre unidades sociales y ha sido usada para inferir aspectos de la organización social prehistórica, siendo un mayor nivel de semejanza estilística intra o intersitios firme indicador de una mayor interacción entre los grupos involucrados (Plog 1976). En la teoría de intercambio de información expuesta por Wobst (1977), y aplicada en parte por ejemplo por Weissner (1983), el estilo adquiere importancia adaptativa como elemento que contribuye directamente a la supervivencia de individuos y grupos, en donde los mensajes estilísticos resumen una cierta cantidad de información sobre la situación económica y

social de un individuo, permitiendo que la interacción social sea más predecible, menos estresante y evaluada en relación a ventajas adaptativas.

Por último, entre los acercamientos principales al estilo, se puede destacar la propuesta de Sackett (1985), quien plantea que potencialmente existen infinitas maneras de producir un objeto (variación isocréstica), pero que las sociedades tienden a elegir una o unas pocas de esas posibilidades, siendo entonces el estilo una elección hecha sobre equivalentes funcionales (Hodder 1990). Pero además, dado que la producción de bienes en determinado estilo es consecuencia de conductas aprendidas, que se dan en el marco de la sociabilización dentro del grupo, es un reflejo de la identidad étnica (Shanks y Tilley 1996 [1987]).

Desde una perspectiva teórica radicalmente diferente, en concordancia con las ideas y conceptos desarrollados anteriormente[28] (ver Capítulo 3.1), surge la propuesta del estilo como una "manera de hacer", en la que se incluyen no sólo los modos de producir, consumir y descartar la cultura material, sino también las maneras de pensar, sentir y ser (Hodder 1990). Es entonces un fenómeno que involucra pautas de elección, pero que sin embargo no puede ser reducido a ellas ya que "...while style involves choice, choice has style." (Hodder 1990: 45).

Desde esta postura, a la cual se acerca esta investigación, el estilo, que bien puede estar en parte influenciado por la función, es una manera repetitiva de hacer en un contexto cultural e histórico, donde incluso los eventos individuales deben ser realizados de determinada manera, y al hacer esa elección, el actor continua un estilo particular (Hodder 1990).

El estilo se presenta entonces no como un acto de creación instantáneo, sino como una práctica cultural e históricamente situada, como un proceso que conlleva un juego constante entre semejanza y diferencia donde, particularmente con relación al mundo material, dos objetos son al mismo tiempo objetivamente similares y diferentes, de acuerdo a las escalas o "distancias focales" de acercamiento o evaluación de los mismos (Hodder 1990).

En los inicios de la arqueología del NOA, el concepto de estilo fue utilizado como indicador

[28] En particular con la idea de la producción de la cultura material en una serie reconocible de formas y estilos como una práctica social y significativa, situada dentro de estructuras sociales, políticas y económicas (Shanks y Tilley 1996). Los artefactos y las especificas maneras en que son producidos, usados y descartados responden a esquemas organizativos de la vida social (Hodder 1996, Shanks y Tilley 1987, Tilley 1984). Sin embargo, no es un mero reflejo de la sociedad sino que está activamente involucrada en el mundo social, desempeñando un rol importante en la producción y reproducción de las relaciones sociales, ya que es producto de ellas al mismo tiempo que las constituye (Hodder 1996, Miller 1985, Shanks y Tilley 1987, Tilley 1984).

cultural para definir etapas de desarrollo en distintas áreas y construir secuencias culturales regionales. A partir de la identificación de una serie de estilos, principalmente alfareros, con valor cronológico relativo y con determinada distribución espacial se avanzó en la caracterización de la historia de la ocupación del NOA y de los modos de vida de las sociedades aborígenes (Bennett *et al.* 1948, González 1955, Márquez Miranda y Cigliano 1957, Serrano 1958). Más allá de haber sido un referente espacio-temporal, muchas veces el estilo fue incluso considerado como posible vehículo de trasmisión de información sobre identidad étnica (Calderari 1991b, Cremonte 2006).

Partiendo de esas construcciones estilísticas desarrolladas para el NOA, esta investigación apunta a identificar estilos en la cultura material en tanto presentan determinadas distribuciones espaciales y frecuencias que permiten vincular ciertos estilos a regiones particulares. Sin embargo se libera de todo paralelismo directo y lineal entre estilo y grupo étnico. Únicamente en dos casos, los vinculados con el Imperio Inka y la sociedad colonial hispana, se remiten ciertos rasgos estilísticos a esas organizaciones sociopolíticas, ya que de ellas existe mayor evidencia de la asociación de estilos a entidades sociales particulares.

Para identificar la presencia de estilos específicos en la muestra en análisis se consideraron principalmente atributos de forma, decoración y algunos de producción[29] para cada grupo de artefactos, que permitieron caracterizar las piezas y establecer su vinculación a estilos regionales particulares. Esto permitió establecer el origen local o foráneo de las piezas analizadas, lo cual no implica necesariamente que las piezas hayan sido manufacturadas fuera del valle Calchaquí e ingresadas al mismo por distintos mecanismos, sino también puede incluir otras situaciones, como la fabricación dentro del valle, por manos calchaquíes o por grupos extranjeros, siguiendo patrones estilísticos foráneos.

La muestra de materiales analizados incluye una variedad de piezas manufacturadas en distintas materias primas. El conjunto cerámico se compone de piezas completas o semi completas y una minoría de tiestos, que fueron analizadas macroscópicamente considerando variables morfológicas, decorativas y tecnológicas para hacer una caracterización de las mismas y, a través

[29] Los atributos relacionados con la producción sólo pudieron ser registrados parcialmente, dado que al ser piezas de museo su análisis está supeditado a cuestiones de conservación y estado de las piezas que impiden, por ejemplo, la realización de cortes frescos para observación de pastas e inclusiones.

de su vinculación a estilos particulares, establecer el origen local o foráneo, ya sea de toda la pieza o de particulares atributos de la misma.

Para el relevamiento de estos materiales cerámicos se diseñó una planilla de registro de vasijas, según lineamientos propuestos por Sheppard (1954), por Balfet *et al.* (1983) y por la Primera Convención Nacional de Antropología (1966). Se seleccionaron las variables más relevantes y útiles a fin de lograr una caracterización y clasificación de las piezas cerámicas en términos que fueran significativos para la problemática y en función de los requerimientos particulares de los materiales (tiempo disponible, posibilidad de intervención, etc.) (Tabla 10).

Por su parte, las piezas en otros tipos de materiales que componen la muestra fueron relevadas de acuerdo a la selección de una serie de variables, que se consideraron indicativas de las características morfológicas y decorativas de los objetos e instrumentos, y en consecuencia, posibilitaran una evaluación del posible origen foráneo o local de los mismos (Tabla 11).

La asociación de cada pieza a estilos particulares se realizó, específicamente, a partir de las correspondencias detectadas entre ellas y las características definidas, en la bibliografía arqueológica, para los estilos regionales del valle Calchaquí y de otras regiones del NOA. En dicha bibliografía se desarrollan descripciones estilísticas, se realizan seriaciones dentro de un mismo estilo o seriaciones estilísticas regionales, y a ella se harán más adelante las referencias necesarias cuando cada caso de asociación de pieza/s a estilos particulares lo requiera.

7.2.2 Análisis de procedencia de materias primas.

Para determinados materiales arqueológicos, por sus propiedades particulares, resultan pertinentes análisis específicos desarrollados dentro del campo de las ciencias físico-químicas y naturales, que son aplicados muy exitosamente en arqueología. Esos análisis apuntan a lograr una caracterización de la estructura química o anatómica de algunos materiales y, por comparación con muestras de referencia, aproximar o precisar materiales componentes y sus zonas de origen.

Como se desarrolla a continuación, en esta investigación se contó con la posibilidad de realizar análisis particulares en los dos conjuntos de materiales no cerámicos más numerosos en la muestra analizada, los artefactos manufacturados en obsidiana y los confeccionados en madera. Los tipos de análisis realizados estuvieron condicionados, fundamentalmente, por las posibilidades de

intervención sobre las piezas, dado que al ser parte de colecciones museológicas los métodos posibles de aplicar debieron ser no invasivos.

7.2.2.1 Circulación de obsidiana desde la técnica de Fluorescencia de Rayos X.

En las últimas décadas ha cobrado gran auge el estudio de la interacción prehistórica por medio del análisis de las rutas de circulación de obsidiana (Burger *et al.* 2000, Gnecco *et al.* 1998, Yacobaccio *et al.* 2004, etc.). Este acercamiento implica la utilización de técnicas analíticas físico-químicas para determinar las fuentes de procedencia de las obsidianas en que se confeccionaron los artefactos hallados en sitios arqueológicos. Por medio de distintos procedimientos, Análisis por Activación Neutrónica (AAN) o de Fluorescencia de Rayos X (FRX), por ejemplo, se puede conocer la composición química de los artefactos arqueológicos y comparar tales resultados con la huella química conocida de las fuentes de aprovisionamiento. De esta manera se obtiene una determinación precisa de la procedencia de la materia prima en que fueron confeccionados los artefactos arqueológicos analizados.

Esta aproximación es posible dado que la obsidiana es un recurso natural restringido y de localización puntual en el terreno. En el Noroeste Argentino, hasta el momento, se conoce la localización y composición química de 10 fuentes de obsidiana, a la vez que hay evidencia de la existencia de otras fuentes cuyo emplazamiento aún permanece desconocido (Yacobaccio *et al.* 2002, 2004). A este conjunto de datos, se ha sumado, recientemente, la localización y caracterización química de la fuente Laguna Cavi[30] (Escola y Hocsman 2007, Escola *et al.* 2007) y Salar del Hombre Muerto[31] (Elías *et al.* 2007), ambas en la puna catamarqueña (Lámina 32).

El estudio de las vías de circulación de obsidiana en el Noroeste argentino por medio de la utilización de este tipo de técnicas analíticas, viene siendo desarrollado por diferentes investigadores con resultados muy importantes y prometedores (Escola 2004, Scattolin y Lazzari 1997, Yacobaccio *et al.* 2002, 2004). Particularmente para el valle Calchaquí, los aportes de distintas investigaciones han permitido la conformación de un corpus de información sobre la utilización de fuentes de

[30] Esta fuente corresponde a la denominada "Unknown B" en Yacobaccio *et al.* 2004 (Escola y Hocsman 2007).
[31] Esta fuente corresponde a la denominada "Unknown A" en Yacobaccio *et al.* 2004 (Elías *et al.* 2007).

obsidiana por las sociedades calchaquíes tardías (Chaparro 2007, Sprovieri 2005, Sprovieri y Glascock 2007, Sprovieri y Baldini 2007, Yacobaccio *et al.* 2004).

Entre las distintas técnicas de análisis elemental, la FRX ha sido ampliamente utilizada en una variedad de materiales arqueológicos (Pollard *et al.* 2007). Se ha notado un creciente interés en la utilización de esta técnica para indagar en la circulación e intercambio de obsidiana, técnica que está siendo utilizada en Argentina (Chaparro 2007, Giesso *et al.* 2007,). Es un método rápido, económico y versátil que se aplica a una gran variedad de muestras, desde líquidos a polvos. Sin embargo su mayor fortaleza, y razón fundamental por la cual fue seleccionada para esta investigación, es que se trata de una técnica no destructiva, que puede, por lo tanto, emplearse en objetos completos de colecciones museológicas.

Desde el punto de vista físico-químico, la técnica de FRX se basa en el principio que los átomos, al ser bombardeados por una fuente externa de energía (rayos X), emiten rayos X secundarios (fluorescentes), cuya intensidad y ángulo de refracción son característicos de los elementos químicos que componen la muestra. Esos rayos X secundarios son examinados por un espectrómetro a partir del cual tales energías son medidas. La comparación de esos valores con aquellos conocidos para cada elemento químico permite, que los presentes en la muestra sean identificados y cuantificados (Guthrie s/f, Herz y Garrison 1998, Pollard *et al.* 2007).

Los análisis por FRX fueron realizaron en los laboratorios de *University of Missouri Research Reactor* por el Dr. Michael D. Glascock, donde se dispone de la información comparativa sobre la composición química de las fuentes de obsidiana del Noroeste argentino.

7.2.2.2 Aproximación a la determinación de maderas y sus zonas de origen

En las últimas décadas se han producido resultados significativos en la utilización de conocimientos y métodos de las ciencias naturales en el tratamiento de problemáticas arqueológicas, como por ejemplo el estudio de materiales de origen biológico, sus propiedades y aplicaciones, hábitat, abundancia y distribución.

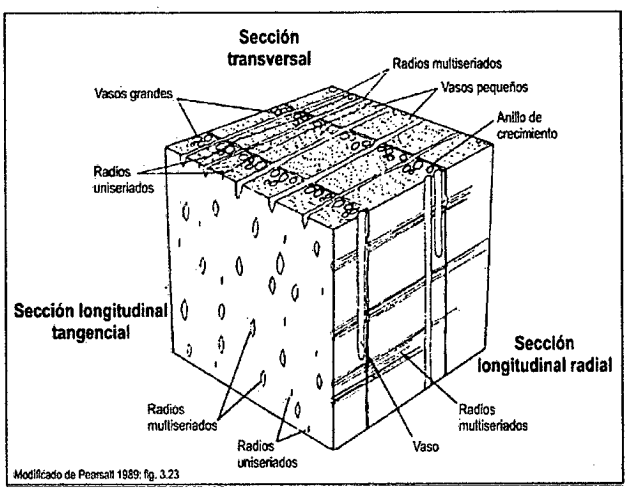
Dentro de este grupo materiales se encuentra la madera, un recurso natural ampliamente utilizado por las sociedades humanas prehistóricas, como lo señala su frecuente hallazgo, en general en forma carbonizada, en yacimientos arqueológicos. Esto es el producto de la actividad

humana y del consumo de este material de múltiples usos y aplicaciones en el pasado, fundamentalmente como combustible o materia prima en la fabricación de artefactos.

La aplicación de los aportes generados dentro de la xilología para el estudio de las maderas y carbones de contextos arqueológicos está siendo ampliamente empleado en Argentina y la región andina (Belmonte *et al.* 2001, Calo *et al.* 2007, Carreras Rivery y Escalera 1998, Marconetto 1999, Raviña *et al.* 2007, Rivera 1996, Rivera y Fernández 1997-98, Rodríguez 1997, entre muchos otros). Esta rama de la Biología estudia la estructura macro y microscópica de la madera, sus propiedades anatómicas, químicas, físicas y mecanicas (Tortorelli 2009). Entre muchas otras problemáticas (movilidad de grupos, medioambiente, pautas de consumo, etc.), estos conocimientos resultan relevantes para resolver cuestiones de interacción interregional en el pasado. La observación de las características anatómicas de muestras arqueológicas, permite identificar los géneros y/o especies de maderas, y por ende sus hábitats, y así determinar la procedencia de las maderas presentes en contextos arqueológicos fuera de sus zonas de desarrollo.

Estos estudios se realizaron con la colaboración de la Lic. Stella Maris Rivera, docente de la Cátedra de Dendrología de la Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales de la Universidad Nacional de La Plata (FCAyF, UNLP) y Directora del Laboratorio de Anatomía de Maderas (UNLP), quién posee amplia experiencia en la identificación de maderas, carbones y material leñoso arqueológico. La identificación xilológica se realiza a través de la observación de las tres secciones de estudio comunes en las maderas, transversal (CT), longitudinal tangencial (CLTg) y longitudinal radial (CLRd) (Figura 22).

Figura 22: Secciones de estudio en maderas duras.



Las secciones se pueden obtener mediante la toma de una muestra (cubo de 1 x 1 x 1 cm) de una pieza mayor, pero también a través de la realización de un pulido con bisturí en la superficie de los artefactos en distintos planos de la superficie de los artefcatos (Pearsall 1989, Rivera 1996, Rivera y Fernández 1997-98,). Esta última fue la alternativa

empleada, que implica una intervención mínima, dado que las piezas estudiadas constituyen artefactos completos o semi completos de colecciones museológicas.

No siempre todas las secciones podían ser obtenidas de cada muestra debido a la morfología de las piezas, el estado de conservación o las posibilidades de intervención en las mismas, por lo que generalmente se trabajó con la sección transversal y en algunos casos con la longitudinal tangencial. Estas fueron observadas macroscópicamente y con lupa binocular con aumentos entre 10 y 40x.

En cada caso se registró la mayor cantidad posible de caracteres anatómicos diagnósticos de la lista estándar para la identificación de maderas duras de la Asociación Internacional de Anatomistas de la Madera (IAWA Committe 1989) en cada pieza. Mayormente, los caracteres posibles de identificar fueron tipo y disposición de los vasos, porosidad, naturaleza y distribución de parénquima axial y espesor de los radios (Pearsall 1989) (Figura 22).

Asimismo, se realizaron macerados a partir de los restos de polvo y astillas muy pequeñas producidas por el pulido con bisturí de cada pieza. Estos fueron colocados en la mezcla de Franklin (partes iguales de ácido arético glacial y agua oxigenada de 100 vol.) en tubos de ensayo separadamente y calentados a "baño maría" usualmente por aproximadamente 3 horas, aunque en este caso sólo se aplicó entre 30 minutos a 1 hora, debido a la escasa cantidad de material disponible para macerar. Una vez que el material se encontraba disgregado, se eliminó el excedente y se lavó con agua. Posteriormente, se colocó el material disgregado en un portaobjetos y fue observado en un microscopio óptico a distintos aumentos (entre 100 y 400x). Dada la escasez de material disociado para cada pieza no se lograron observar rasgos anatómicos diagnósticos (vasos, fibras, células parenquimáticas, radios), por lo que no pudieron incorporarse caracteres microscópicos a las observaciones de la anatomía de las maderas en que se confeccionaron los objetos arqueológicos.

A continuación se procedió a la comparación de la anatomía reconocida en las muestras arqueológicas con material de referencia actual de la Xiloteca "Ing. Elvira Rodríguez" de la Cátedra de Dendrología (XCD). También se consultaron atlas de anatomía de maderas nativas de Argentina (Castro 1994, Cozzo 1948, 1951, Cristiani 1978, Roth y Giménez de Bolzón 1997, Tortorelli 2009).

Estos procedimientos permitieron un acercamiento preliminar a la identificación de los géneros y/o especies afines a los que pertenecen los artefactos arqueológicos analizados. Si bien en las limitadas posibilidades de análisis que se tuvieron no fue posible realizar una determinación precisa, se logró separar las muestras en grupos con características anatómicas similares y correlacionarlos con maderas nativas afines, con mayor o menor grado de confiabilidad según cada caso. Finalmente, la evaluación de las zonas de desarrollo de los posibles géneros/especies de maderas, y la consideración de las características fitogeográficas del valle Calchaquí, permitió aproximarse al origen local o alóctono de las muestras arqueológicas analizadas.

CAPÍTULO 8: MATERIALES LOCALES Y FORÁNEOS EN LA MUESTRA ANALIZADA.

A partir del análisis de materiales de las colecciones de los sitios La Paya y Tero, y de algunas otras piezas de diferentes localidades del valle (Tablas 12 a 21), se han caracterizado estos conjuntos de materiales en términos de sus rasgos morfológicos, tecnológicos y decorativos, caracterización que han permitido, de acuerdo al conocimiento actual de la materialidad de las sociedades tardías del valle calchaquí, identificar tales piezas como materiales locales o que presentan rasgos que pueden considerarse que son ajenos a la región.

En este último caso, la contrastación de sus características con materiales de otras regiones del NOA y de los Andes del Sur ha permitido vincular esos materiales de rasgos alóctonos del valle Calchaquí a sus posibles zonas de procedencia.

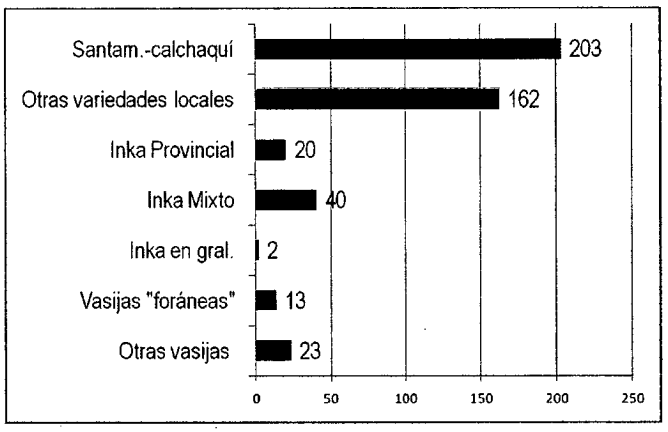
8.1 Cerámica

La muestra de cerámica analizada alcanza un total de 463 piezas. Está compuesta principalmente por vasijas enteras o parcialmente fragmentadas y algunos tiestos que proceden, mayoritariamente, de La Paya (N=338), de Tero (N=110) y en menor proporción de otras localidades del valle Calchaquí (N=15).

Esta investigación no pretendió realizar una nueva clasificación de la cerámica del valle Calchaquí sino aproximarse a las distintas variedades alfareras representadas en la muestra desde los conocimientos alcanzados hasta el momento en la arqueología regional (ver Capítulo 4.3.1 y 4.3.3).

De esa manera, se reconocieron en la muestra cerámica analizada un conjunto mayoritario de vasijas santamarianas-calchaquí y otros correspondientes a otras alfarerías tardías locales. Asimismo se identificaron distintos tipos de cerámicas inkaicas y de piezas que presentan rasgos propios de alfarerías de otras regiones del NOA y del Norte de Chile (Gráfico 1).

Grafico 1: Representación de distintos tipos de alfarerías en la muestra analizada.



8.1.1 Alfarería santamariana-calchaquí

En la muestra cerámica analizada, se ha detectado la presencia de un 43,84% (203/463) de piezas que corresponden a la variedad alfarera santamariana-calchaquí, representas en el conjunto de materiales de La Paya estudiados en un 45,85% (N=155/338) y en el de Tero en un 43,63% (N=48/110) [1] (Tabla 12).

Como fuera desarrollado anteriormente (ver Capítulo 4.3.1), distintas variedades alfareras han sido identificadas al interior de la tradición santamariana considerada en sentido amplio (Ambrosetti 1907, Bennett *et al.* 1948, Baldini 1980, 1981-82, 1992a y b, 1996-97, Calderari 1991b, Cremonte 1984, Tarragó 1974, 1980a, Tarragó y De Lorenzi 1976), algunas de las cuales se encuentran presentes en la muestra analizada.

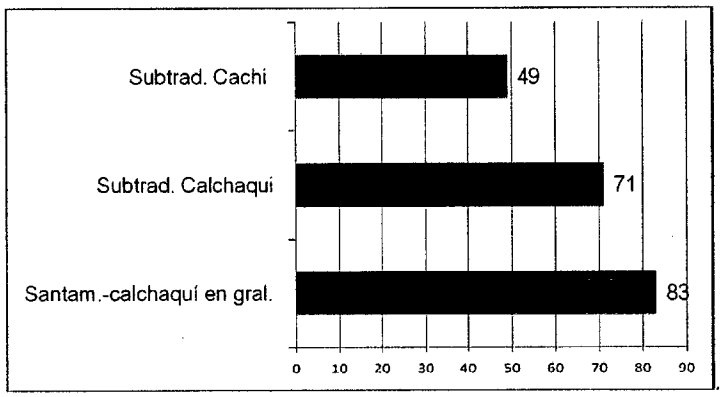
Una de esas variedades es la que Calderari (1991b) definió como **subtradición Cachi** al analizar una muestra de pucos de La Paya[2]. Este tipo de pucos están presentes fundamentalmente en los sectores medio y norte del valle Calchaquí, pero también se han registrado en la Quebrada del Toro, valle de Lerma y Pampa Grande (Calderari 1991b). En la muestra que estudiamos, esta variedad se encuentra representada, en sus distintas modalidades (Tabla 12) por 49 piezas

[1] Si consideramos además, como se desarrollará más delante, otras alfarerías locales, como la de superficies negras pulidas y la ordinaria, el porcentaje de cerámica local es de 76,33% (258/338) en la muestra de La Paya y de 94,54% (104/110) en la de Tero.

[2] La mayor parte de los pucos de La Paya utilizados por Calderari (1991b: 13) para definir esta subtradición (21/23) están incluidos en la muestra analizada (N° ME 829, 942, 1969, 770, 822, 911, 1033, 1038, 1945, 850, 960, 1619, 1633, 1634, 1765, 1908, 2079, 1968, 2080, 1834 y 2081).

(10,58%), que corresponden principalmente a cuencos (17), escudillas hondas (13), escudillas (8), platos hondos (2), a piezas englobadas como *pucos*[3] (5), y a los llamados *vasos libatorios* (2) y a una olla (*urna pequeña*)[4] (Lámina 33, Gráfico 2). En algunos casos, dado el estado de conservación de las piezas resulta dificultoso asignarlas a una de las modalidades de esta subtradición, pero sin duda pertenecen a ella. Por lo tanto se las denomina con el término "Cachi indeterminada" (Tabla 12).

Gráfico 2: Representación de las variedades de la alfarería santamariana-calchaquí en la muestra analizada.



Otro conjunto dentro de la tradición santamariana-calchaquí es el que Calderari (1991b.) identificó como **subtradición Calchaquí** entre los pucos de La Paya, sobre el que plantea que presenta grandes semejanzas con la tradición estilística del valle de Yocavil. En la muestra que estudiamos esta subtradición se reconoce, tanto en su variedad Bicolor como Tricolor, en 71 vasijas (15,33%) (Tabla 12, Gráfico 2). En este conjunto también predominan los cuencos (34), escudillas hondas (7), escudillas (12), platos hondos (2) y los *pucos* (11), acompañados por otras piezas como *vasos libatorios* (2) y ollas (3), dos de la cuales corresponden a *urnas pequeñas* (Lámina 34).

[3] Así se denomina a aquellas piezas que por estar incompletas, o por no haber sido posible obtener todas sus dimensiones, no pueden ser asignadas a las categorías de Balfet *et al.* (1983). Son incluidas bajo ese término para aproximar el tipo de recipiente de que se trata.

[4] En este capítulo, las designaciones de formas de vasijas que se encuentran remarcadas en cursiva son aquellas que no surgen de la nomenclatura de formas propuesta por Balfet *et al.* (1983), sino que son denominaciones más generales, utilizadas en la arqueología argentina. En esta investigación se recurre a ellas cuando queremos referirnos a formas de vasijas que no están contempladas en la nomenclatura de Balfet *et al.* (1983), o bien para dar una idea más ajustada de la morfología de la/s pieza/s, dado que el trabajo de Balfet *et al.* (1983) no proporciona suficientes opciones de clasificación dentro de los recipientes cerrados. Además, al estar fundamentalmente dirigida a organizar alfarería de Europa, en muchos casos queda fuera de consideración una proporción importante de la variación y particularidades de la cerámica del NOA.

Al igual que lo que sucede en la subtradición anterior, entre estas piezas hay algunas que resulta dificultoso asignar a una modalidad específica dentro de la Calchaquí, pero que sin duda pertenecen a ella, por lo que se las engloba como piezas "Calchaquí indeterminada" (Tabla 12).

Asimismo, entre los materiales cerámicos analizados se identificó un conjunto de 83 piezas y fragmentos (17,92%) que por morfología, manufactura y/o decoración pertenecen a la tradición **santamariana-calchaquí** en términos generales (Gráfico 2), aunque no corresponden estrictamente a las subtradiciones anteriores que fueron propuestas a partir de análisis de pucos. Por lo tanto, este conjunto está compuesto fundamentalmente por vasijas que morfológicamente corresponden a ollas (10), entre las que se encuentran algunas *urnas pequeñas*, a *urnas* (29), a *vasos libatorios* (14) y otras vasijas y fragmentos (14). También se incluyen cuencos (2), escudillas (3), escudillas pequeñas (1), escudillas hondas (2) y *pucos* (8), algunos de los cuales por encontrarse incompletos, o en mal estado de conservación, no pudieron ser asignados a las subtradiciones Cachi o Calchaquí (Lámina 35).

8.1.2 Otras variedades alfareras tardías

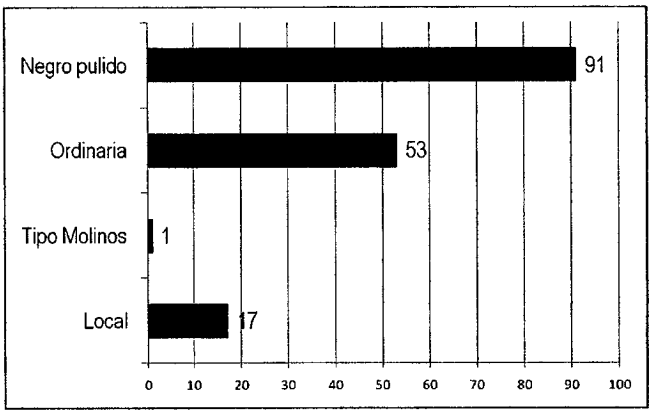
Paralelamente a la cerámica santamariana-calchaquí, en el VC se han desarrollado otras variedades alfareras tardías. Entre ellas se destaca una de superficies **negras pulidas** que, a diferencia de las piezas decoradas, ha sido objeto de descripciones más generales. Entre los trabajos que la mencionan, algunos se distinguen por la explicitación de las formas de las vasijas y por los comentarios referidos a su producción, que siempre destacan la diferencia de la pasta y el tratamiento superficial con los de las alfarerías de tradición santamaría-calchaquí (Ambrosetti 1907, Calderari 1991a, Raffino 1984, Tarragó y De Lorenzi 1976). En un trabajo más reciente, Baldini y Sprovieri (2009) analizan un conjunto de piezas negras pulidas de La Paya[5] y El Churcal, con el fin de identificar y sistematizar la variabilidad total de formas presentes y realizar una recopilación de la información referida a distintos aspectos, como manufactura, cronología, y distribución, de este tipo de alfarería.

En la presente muestra de cerámica estudiada esta variedad está representada en un 19,65% (91/463), correspondiendo a un 20,41% (69/338) en la muestra de La Paya y a un 17,27%

[5] Las piezas de La Paya analizadas por Baldini y Sprovieri (2009) son las mismas que las consideradas en esta Tesis.

(19/110) en la de Tero (Gráfico 3 y Tabla 13). Se presenta en las formas platos hondos (2), escudillas hondas (45), escudilla (15), *pucos* (20), ollas (4), y en otras formas de vasijas (*taza*, botella, etc.) (Láminas 9, 10 y 11).

Gráfico 3: Representación de otras variedades de alfarería tardía en la muestra analizada.



Esta alfarería negra pulida ha sido identificada como propia de los sectores norte y medio del VC, donde aparece con mayor abundancia (Baldini y Sprovieri 2009). Sin embargo, también se encuentra cerámica de superficies negras pulidas en sitios tardíos de la Quebrada del Toro, como Tastil, Morohuasi y Puerta de Tastil (Boman 1908, Cigliano 1973, Raffino 1972,). La comparación entre la alfarería negra pulida de Tastil, que es la que cuenta con mayor descripción en la bibliografía (Cigliano y Calandra 1973), con la del VC, llevaron a Baldini y Sprovieri (2009) a plantear una interesante similitud entre ambos conjuntos, con relación a sus características generales, como antiplástico fino, textura homogénea, fractura regular, bordes invertidos o evertidos, bases planas o convexas (Cigliano y Calandra 1973: 127-128 y fig. 38) y la forma de algunas de las piezas, que admiten su inclusión dentro de las que se definieron con el material de La Paya y El Churcal, aunque habría menor variedad de formas en el conjunto de Tastil.

Estas similitudes coinciden en señalar vínculos entre sociedades tardías valle Calchaquí y de la Quebrada del Toro ya destacados por varios autores para el sector norte del primero (Cigliano 1973, Cremonte y Solís 1998, DeMarrais 2001, Gifford 2003, Tarragó y De Lorenzi 1976). En otras direcciones, Boman (1908) menciona una cerámica negra pulida y engobada con plombagina del valle de Lerma (Salta) y, para la misma región, Mulvany *et al.* (2007) indican el hallazgo de fragmentos negros pulidos correspondientes a formas de escudillas. Estos datos, aunque actualmente muy escasos, también podrían señalar vínculos extrarregionales de las sociedades calchaquíes (Baldini y Sprovieri 2009).

Otra variante alfarera representada en la presente muestra es aquella correspondiente a la **cerámica ordinaria** (11,44% - 53/463) (Gráfico 3 y Tabla 13), que en La Paya suma un 7,39% (25/338) y en Tero en un 25,45% (28/110). Esta cerámica se presenta exclusivamente en forma de ollas, entre las que se destacan las denominadas *ollas piriformes* (41,50%, N=22), *ollitas asimétricas* (39,62%, N=21), *ollas globulares* (5,66%, N=3) y otras formas de ollas (13,20%, N=7) (Lámina 36). Este tipo de materiales es frecuente en distintos tipos de contextos (domésticos, funerarios, etc.) tardíos del VC (Ambrosetti 1907, Raffino 1984, Tarragó 1980, Tarragó y De Lorenzi 1976) y constituye parte de las tradiciones locales de manufactura cerámica.

En la muestra se ha sido reconocido la presencia de una vasija (Nº ME 2131) (Lámina 37, Gráfico 3 y Tabla 13) que se corresponde a los cánones estilísticos de la **variedad Molinos**, identificada fundamentalmente a partir de materiales del sitio Molinos I en el VCC (Baldini 1992a y b, 1996-97, Baldini y Balbarrey 2004). Esta pieza, que procede de La Paya pero se desconoce su contexto de hallazgo, coincide en forma con los cántaros (Baldini 1992a y b, 1996-97), aunque, en este caso, se trata de una pieza muy pequeña (que corresponde a una olla según los criterios de Balfet *et al.* (1983) utilizados en esta investigación). Presenta elementos decorativos pintados que se corresponden con los propios de la cerámica Molinos, aunque no exhibe la estructura de diseño por sectores morfológicos diferenciados que se da en los cántaros.

La variedad Molinos comparte aspectos tecnológicos y decorativos con las alfarerías Las Pailas del VC y Shiquimil Geométrico del valle de Yocavil. Asimismo, en cuanto morfología y decoración también presenta similitudes con la cerámica Hualfín N/R de los valles de Hualfín y Abaucán en la Provincia de Catamarca y Mishma N/Cr. desleído y Abaucán N/Cr. del valle homónimo (Baldini 1996/97). Estas situaciones de similitudes parecen plantear la existencia de un espacio por el que estarían circulando ideas, bienes y/o personas que abarca, al menos, los sectores central y sur del VC y los valles de Yocavil, Hualfín y Abaucán durante los momentos iniciales del PDR.

Finalmente, en la muestra cerámica se ha identificado un grupo de 17 piezas (3,67%) que por sus características tecnológicas y/o morfológicas corresponderían a materiales de tradición **local**, aunque no puedan incluirse claramente en ninguna de las variantes anteriores. Entre ellas se reconocen *vasijas zoomorfas* o *con apéndices zoomorfos*, distintos tipos de *ollas* y *pucos* (Lámina 38, Gráfico 3 y Tabla 13).

8.1.3 Cerámica Inka

Los conjuntos cerámicos tardíos del VC incluyen una serie de piezas con atributos morfológicos, decorativos y/o tecnológicos propios de la alfarería inka, por lo que su sola presencia remite a situaciones de circulación interregional de bienes, ideas y/o personas, producto del avance del Imperio Inkaico sobre el NOA. La presencia de tales atributos, desconocidos para las sociedades del VC hasta su incorporación dentro de la órbita imperial, probablemente responde a distintas circunstancias, entre las que se puede mencionar la circulación e incorporación de cánones de manufactura foráneos por parte de las sociedades calchaquíes, el ingreso de piezas producidas fuera del valle o bien la instalación de alfareros de otras regiones en el VC.

La cerámica producida en las provincias imperiales ha sido considerablemente estudiada (Bray 2004, D'Altroy *et al.* 1994, 1998, Pärssinen y Siiriäinen 1997, Raffino 1981, entre muchos otros). En particular para el NOA, estos estudios han organizado la variabilidad detectada en la alfarería de características inkaicas en tres grandes categorías, Inka Imperial, Inka Provincial e Inka Mixto (González 1980, Calderari y Williams 1991, Raffino 1981), cuyas características generales fueron descriptas anteriormente (Capítulo 4.3.3).

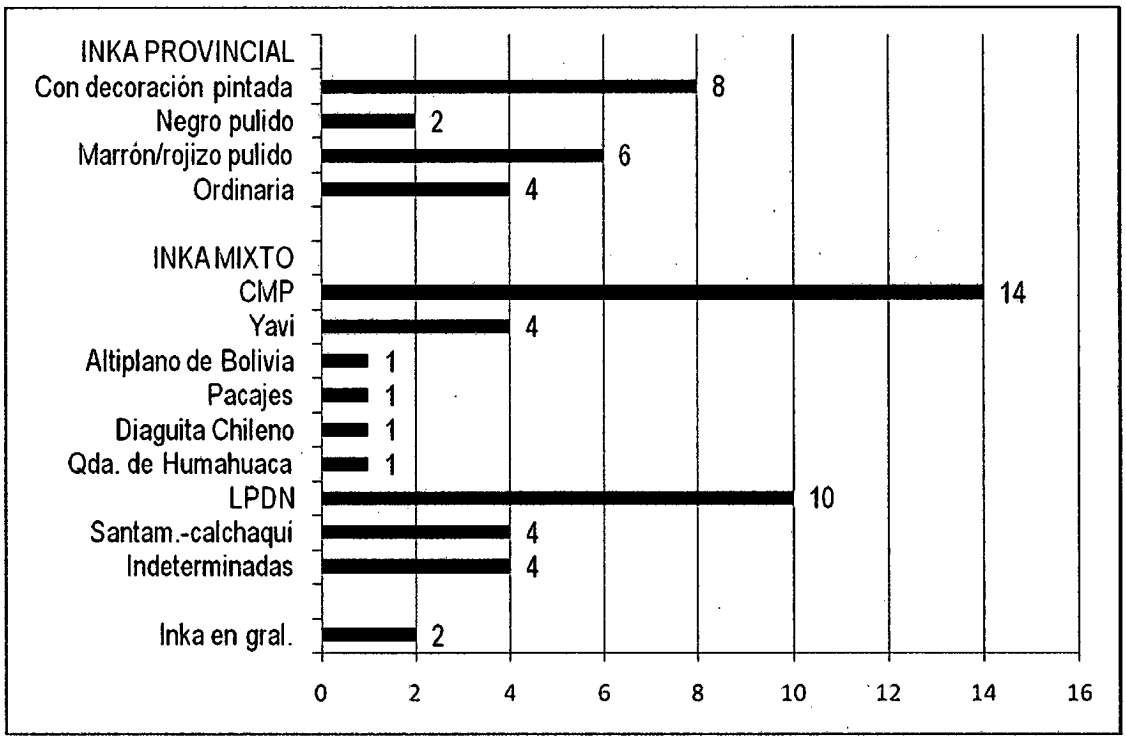
Específicamente en la muestra analizada se ha identificado un 13,39% (62/463) de piezas que presentan rasgos inkaicos, especialmente en la muestra de La Paya, donde su representación es del 15,68% (53/338). Dentro de este gran conjunto de materiales, que indudablemente corresponden a la época de ocupación inkaica del VC, se distinguen variedades particulares.

La alfarería ***Inka Imperial***, importada del área de Cuzco, está ausente en la muestra estudiada, situación esperable dada su extremadamente baja presencia en contextos arqueológicos del NOA en general (González 1980, Raffino 1981). En cambio, las cerámicas Inka Provincial y Mixta han sido ampliamente reconocidas en el registro del VC.

La cerámica ***Inka Provincial*** tiene una representación del 4,31% (20/463) en la muestra cerámica, y esta compuesta por una variedad de piezas de distinta morfología, acabados de superficie y decoración (Gráfico 4 y Tabla 14). Entre ellas se puede distinguir un conjunto de 8 vasijas con decoración pintada constituido por escudillas y platos (4), todos ellos correspondientes a los denominados *platos pato*, y *aríbalos* (4) (Tabla 14). Los *platos pato* presentan en general las

superficies interna y externa engobadas y pulidas y decoración pintada en negro en el interior del plato. Los *aríbalos* presentan la superficie externa engobada, pulida y decorada en negro, y en un caso en negro, marrón y rojo. La superficie interna suele encontrase también engobada y pulida únicamente en el área del borde y cuello de la pieza, y en algunos ejemplares también decorada en negro en el borde (Lámina 39).

Gráfico 4: Representación de variedades de la alfarería inkaica en la muestra analizada.



El conjunto de vasijas Inka Provincial se completa con piezas carentes de decoración pintada. Entre ellas se incluyen dos vasijas de superficies negras pulidas que fueron recuperadas de la Casa Morada de La Paya (Lámina 40). En el Norte de Chile se han registrado algunas piezas similares (Lámina 40), sin embargo, en el VC, la tradición alfarera local previa de producir vasijas de superficies negras pulidas podría sugerir que las piezas de la CM fuera producto de la aplicación de dicha tradición de manufactura a piezas morfológicamente inkaicas. No obstante, no poseemos mayores datos para aproximar el posible origen de este tipo de piezas en el VC.

Otro grupo, minoritario también, lo componen 6 piezas de formas que pueden vincularse al estilo inkaico (*platos pato*, *jarrita de asa lateral*, frasco, *ollita globular* y *ollita con pico*) y superficies

engobadas marrones o rojizas y pulidas (Lámina 41). Por último, entre la cerámica Inka Provincial se reconocen piezas de cerámica ordinaria (N=4), que morfológicamente corresponden a *ollitas de pie de compotera* (Lámina 42).

La alfarería ***Inka Mixta*** alcanza en la muestra analizada un 8,63% (40/463) y se reconocen a su interior diferentes combinaciones de elementos cuzqueños con otros elementos provenientes de diferentes tradiciones estilísticas (Gráfico 4 y Tabla 14).

Con mayor representación se encuentran las piezas **Casa Morada Polícromo** (N=14), provenientes fundamentalmente de La Paya, a los que se suman algunos ejemplares de Loma del Oratorio y del río Las Cuevas en Cachi Adentro. En la muestra analizada se presentan mayormente en morfologías inkaicas, como *platos pato* (3), *aribaloides* (3), *jarritas de asa lateral* (4), y en escudillas (Tabla 14, Lámina 43). Como fuera mencionado anteriormente (Capítulo 4.3.3), en estas alfarerías se incorporan elementos decorativos de tradiciones regionales, como del estilo Yavi, del sector NE de la puna jujeña y el sur de Bolivia, así como motivos decorativos de la tradición Santa María-Calchaquí (De Lorenzi y Díaz 1977, Tarragó 1974, 2000, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Sin dudas, la presencia de alfarería CMP en el VC supone aportes foráneos a la tradición alfarera local, aportes que pudieron concretarse a través de la llegada de personas de ciertas zonas del NE de Jujuy y del sur de Bolivia que produjeran localmente esa cerámica, a través de la circulación de cánones de producción foráneos que fueron aplicados por alfareros calchaquíes y/o a través del movimiento interregional de piezas CMP producidas extrarregionalmente. Cualquiera de estas posibilidades, la última corroborada por otras investigaciones (Williams 2004), plantea la existencia de algún tipo de vinculación entre el sector NE de la puna de Jujuy y el sur de Bolivia y el VC.

Existe además otro conjunto de piezas (N=4) (Tabla 14) que presentan ciertas características que corresponden a la tradición alfarera **Yavi** (Ávila 2005, 2006, 2008, Krapovickas 1965, 1973, 1975, Krapovickas y Aleksandrowicz 1986-87) y por lo tanto su presencia en el VC podría vincularse a los mismos procesos relacionados con la cerámica CMP. Entre estas piezas se incluyen dos vasijas, una de ellas es un *aribaloide* (N° ME 1737) con dos asas verticales asimétricas, es decir no colocadas diametralmente opuestas sobre un eje vertical que divide a la pieza en dos mitades (Lámina 44). Presenta una decoración muy desleída pintada en negro de línea muy fina, en

la que se puede observar la existencia, en el sector del cuerpo inmediatamente contiguo al inicio del cuello, de una franja con motivos de "triángulo con espiral complejos", de la descripción de Ávila (2006: 59). El resto de la decoración de esta pieza no es visible en la actualidad pero fue detallada por Ambrosetti (1907: 212). Además, se observa en las fracturas que presenta una pasta que contiene las pequeñas inclusiones blancas que son características de la alfarería Yavi (Cremonte *et al.* 2007, Krapovickas y Aleksandrowicz 1986-87). Las estrechas semejanzas de esta vasija con rasgos tecnológicos y decorativos de la cerámica Yavi sugieren que puede tratarse de una pieza importada en el VC.

La otra vasija es un *aribaloide* (N° ME 3992) que presenta decoración pintada en negro en el sector del cuerpo entre el inicio del cuello y la inserción de las asas. Se trata de tres bandas, una de ellas compuesta por sucesión de triángulos espiralados, otra reticulada y la última con un zig-zag de múltiples líneas (Lámina 44).

Las dos piezas restantes son, aparentemente, escudillas (Tabla 14), remontadas a partir de varios fragmentos, que combinan una estructura de diseño e iconografía inkaica con motivos decorativos (espirales) semejantes a los de la alfarería Yavi (Lámina 44).

Con la **región altiplánica de Bolivia** puede notarse algún tipo de relación en un ejemplar, hallado en la CM de LP (N° ME 4102-2). Se trata de un aribaloide que combina en su decoración el tipo de elementos calchaquíes presentes en el CMP con una representación particular de peces, figura totalmente ajena al VC e incluso al NOA (Lámina 45). Representaciones ictiomorfas similares se encontraron en alfarería de la zona de La Paz (Bolivia). Tales representaciones posiblemente correspondan a *suche* (Portugal 1957: 389), un pez (*Trichomycterus rivulatus*) que habita en lagos y ríos altiplánicos sobre los 4000 m de altura (Dyer 2000, Ferraris 2007, Ries *et al.* 2003). Sus características (posición, cantidad y tamaño de aletas, bigotes, cuerpo alargado) se corresponden fuertemente con las de las representaciones identificadas en la pieza de La Paya (Lámina 45).

La alfarería **Pacajes**, también del altiplano boliviano, se encuentra representada en la muestra por un único ejemplar. Se trata de un tiesto de la superficie de La Paya (Lámina 46), aparentemente perteneciente a una pieza abierta, con decoración en negro de las clásicas "llamitas" de este estilo. Si bien el fragmento no presenta rasgos inkaicos, hasta el momento este estilo se presenta en el NOA a partir del momento de la ocupación imperial de la región y generalmente en

morfologías inkaicas, es decir conformando un estilo Inka Mixto, razón por la cual el hallazgo de La Paya es considerado como parte de ese grupo de alfarerías.

En la cerámica Inka Mixta del VC se incluye un ejemplar (N° MAC 98) procedente de Cachi Adentro que corresponde a la alfarería **Diaguita Chilena,** propia de la III y IV Región de Chile (Ampuero 1989, Cornely 1947, Raffino 1981). Se trata de un aribaloide cuyo tratamiento de superficie, estructura de diseño e iconografía coincide estrechamente con los ejemplares de momento inka de dicha tradición alfarera (Lámina 47). Su presencia excepcional en el valle y su estrecha correspondencia a los patrones de producción y decoración de esa alfarería de aquella región de Chile, hacen sospechar que podría tratarse de una pieza importada.

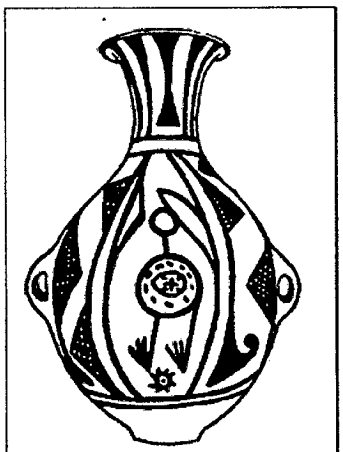
Asimismo, se ha identificado en la muestra una pieza (N° ME 1734) que combina una morfología típicamente inkaica (*plato de asa ojal*) con una decoración característica de la alfarería de la **Quebrada de Humahuaca**, como lo es el reticulado de trazo fino cerrado aplicado en negro sobre un engobe rojo oscuro (10R 3/6) (Munsell Soil Color Charts 1975), color totalmente excepcional entre las piezas relevadas del VC (Lámina 48). Dado el carácter único de esta pieza en el VC (tanto en la muestra que analizamos como en los registros previos) y sus rasgos (iconografía, modo de ejecución y color) que remiten tan estrechamente a los de estilos como el Tilcara Negro sobre Rojo de la Quebrada de Humahuaca (Lámina 48) puede sospecharse que se trata de una pieza de origen foráneo, es decir, no producida en el VC.

Como parte de la alfarería Inka Mixta se encuentran aquellas piezas que, con las aclaraciones hechas en el Capítulo 4.3.3, consideramos correspondientes al estilo **La Paya Dibujos Negros**, las que constituyen un total de 10 en la muestra cerámica analizada (Tabla 14). En este conjunto se encuentran tres *aribaloides* y dos escudillas, y se incluyeron además otras cinco vasijas pequeñas de cuerpo, en general globular con cuello y una o dos asas, o un pico en la parte inferior del cuerpo, que por algunas de sus características de iconografía, acabado de superficie, colores y trazo grueso pueden asemejarse a las piezas de este estilo (Lámina 49).

Como se mencionó, en estas piezas se pueden identificar posibles influencias quebradeñas en su decoración a partir, por ejemplo, de la profusión de diseños reticulados (Calderari 1991a), aunque también se registran otros elementos pertenecientes a la tradición santamariana-calchaquí

como grecas que salen de triángulos plenos o el diseño figurativo del aribaloide N° ME 1840, pieza que no pudo ser analizada directamente (Figura 23).

Figura 23: Pieza La Paya Dibujos Negros con iconografía santamariana.



Tomado de Ambrosetti 1907: fig. 130

Un pequeño conjunto de piezas Inka Mixto combinan una morfología inkaica con elementos decorativos de la tradición **santamariana-calchaquí** (N=4) (Tabla 14). Ellas incluyen un *plato pato* (N° ME 815) con iconografía de "manos", común en pucos que corresponderían a la subtradición *Calchaquí* (Ambrosetti 1907: fig. 167, 169, 170 y 180), y de lo que podría ser la representación del cuerpo de una serpiente, de acuerdo a su similitud con las figuras de ofidios de algunos pucos de La Paya correspondientes a la subtradición *Calchaquí* Tricolor (Ambrosetti 1907: fig. 155 a 158). En esta pieza, cuya decoración pintada sigue en gran medida la estructura de diseño inkaico usual en platos, existe una rotación de 45° en la orientación de la decoración, no respetando el eje que platean los apéndices de cabeza y cola de pato, sobre el que suele estructurarse la decoración de los platos inkaicos (Lámina 50).

Es de destacar que el motivo de "manos" también se encuentra en la alfarería Famabalasto Negro sobre Rojo del valle del Cajón (Catamarca), y su similar de la región chaco-santiagueña, estando, al menos la primera, vinculada a tiempos inkaicos (Cigliano 1956-57). También se la registra en la cerámica de N/R de la Quebrada de Humahuaca (Bennett *et al.* 1948, Bregante 1926) (Lámina 50).

Otra de las piezas es un aparente *aribaloide*[6] fragmentado (N° ME 904) con la representación de dos figuras humanas (Lámina 50), que originalmente eran cuatro según la descripción de Ambrosetti (1907: 184-185), semejantes a las comúnmente presentes en las urnas santamarianas de la fase IV del valle de Yocavil, correspondiente a momentos inkaicos (Podestá y Perrota 1973, Weber 1981).

También se incluye una escudilla (N° ME 1845), morfológicamente asignable a estilo inkaico, con engobe rojo y pulido, y decorada con una figura zoomorfa pintada en negro que remite a algunas registradas en la alfarería santamariana-calchaquí (sapos, serpientes) (Lámina 51). Más específicamente, se halló un motivo muy similar al de la pieza estudiada en una urna Santa María (Ambrosetti 1906a: 108-109 y fig. 116), y en menor medida en un puco (Ambrosetti 1906a: 118-119 y fig. 130), ambos procedentes de Pampa Grande.

Por último, en este conjunto se encuentra un *aribaloide* (N° ME 944) con engobe rojo y pulido y una serpiente bicéfala pintada en negro en el cuerpo (Lámina 51). Es destacable que la forma de representación de la serpiente no es común en la alfarería santamariana del VC, al igual que su disposición en el cuerpo de la vasija que resulta totalmente ajena a la cerámica del valle (Lámina 51).

Finalmente, la alfarería Inka Mixto de la muestra estudiada se completa con un conjunto de 4 vasijas cuya morfología corresponde a estilo inkaico, *platos pato* y *con asa ojal*, aunque no así su decoración, la cual no ha podido ser referida a una tradición alfarera específica con certeza, por lo que han permanecido como **indeterminadas** (Tabla 14 y Lámina 52).

Por último, dentro del conjunto de piezas **inkaicas en general** se encuentran dos fragmentos de alfarería muy pequeños, sin poder determinarse su correspondencia con las variantes Inka Provincial o Mixto (Tabla 14).

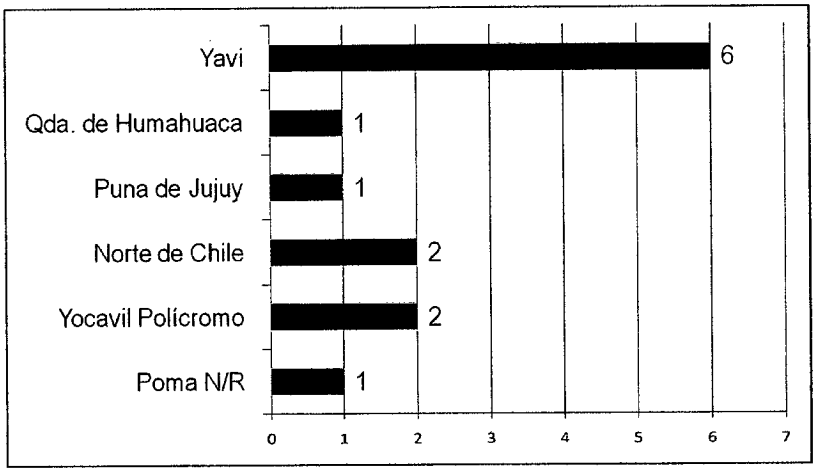
8.1.4 Otras vasijas "foráneas"

[6] Esta pieza está incompleta, faltando aproximadamente la mitad del cuerpo y toda su parte superior de la misma, por lo que la morfología planteada es aproximada. Sin embargo, Ambrosetti (1907: 184-185) indica que se trata de un yuro (denominación que Ambrosetti usa para vasos de boca angosta y cuello largo).

En este conjunto incluimos aquellas piezas que presentan rasgos identificados como alóctonos al VC, y que no presentan caracteres asignables a la tradición inkaica. En total constituyen un 2,80% (13/463), con muy pocos ejemplares para cada grupo identificado (Gráfico 5 y Tabla 15).

Uno de esos grupos lo constituyen algunas piezas (N=6), todas procedentes de La Paya, cuyas formas y decoración se asemejan fuertemente a las de la tradición alfarera **Yavi** (Ávila 2005, 2006, 2008, Krapovickas 1965, 1973, 1975, Krapovickas y Aleksandrowicz 1986-87).

Gráfico 5: Representación de variedades de vasijas "foráneas" en la muestra analizada.



Una de ellas es una escudilla honda (N° MLP 2232) (Lámina 53) que correspondería a las "escudillas hemisféricas simples" que define Ávila (2006: 40) para el estilo Yavi (Lámina 54). Presenta únicamente decoración pintada en negro en el borde exterior conformada por una banda con motivos de "triángulos con espiral" (Ávila 2006: 58-59). Otra es una escudilla (N° ME 1015) que tiene la particularidad de presentar una hendidura en el borde asemejándola a una media calabaza (Lámina 53). Esta forma es señalada como "escudillas asimétricas del tipo calabaza" para el estilo Yavi (Ávila 2006: 40-41) (Lámina 54). Su decoración es del mismo tipo que la indicada para la pieza anterior de La Paya.

Un tipo diferente de escudilla es la pieza N° ME 1736 (Lámina 53), la cual presenta un borde inflexionado, que se ha indicado como propio de las escudillas Yavi (Ávila 2006: 39-40) (Lámina 54), y una decoración, de líneas muy finas, constituida por una banda de triángulos con espiral en el borde exterior y en el labio, y conserva sectores reticulados en el borde interno[7].

Por último, encontramos una escudilla con borde también inflexionado y decoración en negro de líneas muy finas (N° ME 3995-2) (Lámina 55). La decoración de la superficie externa, y del borde

[7] La decoración de la superficie interna se encuentra sumamente desleída por lo cual sólo se observaron algunos sectores de la misma.

interno, repite la banda de triángulos con espiral de las piezas anteriores, mientras que el resto de la decoración interna se da en una "configuración radial" (Ávila 2006: 67) de "banda curva con reticulado fino cerrado"[8] (*op. cit.* 57), en los términos planteado por Ávila (2006) para el estilo Yavi, que abarca todo el cuerpo de la escudilla, mientras que la base presenta un zig-zag que delimita espacios triangulares con motivos de triángulos con espirales (Lámina 54).

Las estrechas semejanzas de, al menos, las tres últimas piezas de La Paya descriptas, con las características morfológicas y decorativas del estilo Yavi, sugieren la posibilidad que las escudillas fueran confeccionadas por alfareros "Yavi", y que su presencia en el VC obedeciera al traslado de personas o de bienes terminados desde el sector NE de la puna jujeña.

En este conjunto también se incluyeron dos grupos de tiestos que presentan motivos iconográficos (triángulo con espiral) propios del estilo Yavi, aunque las similitudes son mucho menores que en los casos anteriores.

También dentro del conjunto de vasijas con rasgos foráneos se encuentra una única escudilla honda de La Paya (N° ME 833), de contorno simple y base plana/indiferenciada. La superficie externa es de color marrón y se encuentra pulida, y la interna presenta un baño negro, que sobrepasa levemente hacia el borde externo, sobre el que se efectuó el pulido (Lámina 56). Estas características coinciden estrechamente con gran cantidad de escudillas de la **Quebrada de Humahuaca** (Lámina 56) (Cigliano 1967, Cremonte 1990-91, Cremonte y Solís 1998, Cremonte y Nieva 2003, Cremonte *et al.* 1997), por lo que podría tratarse una pieza foránea.

Otras dos piezas de interior negro pulido (N° MAC 499 y N° ME 23707) proceden de Loma del Oratorio y La Paya (Lámina 57). Se trata de escudillas de superficie interna engobada en negro y sumamente pulida, logrando un brillo espejado. La superficie externa también se encuentra pulida, aunque en considerable menor intensidad, aparentemente sobre el color natural de la pasta (marrón claro). Las consideramos separadamente de la anterior pieza dado que no nos resultaron totalmente semejantes, en parte porque en este caso se trata de piezas más bajas y más abiertas, y, especialmente, porque la superficie interna presenta un notable brillo espejado.

[8] Este tipo de diseño se correspondería con los "ameboidales" definidos por Krapovickas y Aleksandrowicz (1986-87: fig. 9).

Es decir, se trata de escudillas con interior negro bruñido, que pueden cruzarse con la tradición de manufactura de pucos de interior negro de la Quebrada de Humahuaca, aunque no es posible sugerir el origen de estas dos escudillas.

Por otro lado, se registró también dentro del conjunto de vasijas "foráneas", una pieza que posee rasgos que pueden corresponderse a la alfarería de la **región puneña de Jujuy**. Se trata de una botella procedente de El Churcal (N° 28), de cuerpo globular, cuello aparentemente hiperboloide y base plana. Presenta dos asas asimétricas ubicadas a la altura del diámetro máximo del cuerpo y su superficie externa es rojiza y parece haber estado pulida (Lámina 58). Esta vasija muestra estrechas semejanzas con piezas de la región puneña septentrional registradas, por ejemplo, en San Juan Mayo (Lehmann-Nitsche 1904, lám. V A 12), Rinconada (Ambrosetti 1901: fig. 41), Doncellas (Krapovickas 1958-59: 58) y Sansana (Boman 1908, fig. 191 I), y con una de las variantes morfológicas identificadas para la alfarería Yavi (Ávila 2006: 45-46, Albeck 2001: foto 3) (Lámina 58).

Se reconocieron también dos piezas que presentan similitudes con la alfarería **Yocavil Polícromo** (Bennett *et al.* 1948) y su similar de la región chaco-santiagueña. Una es un fragmento de una pieza aparentemente abierta (*puco*?) (N° MAC 1245) procedente de Guitián, que presenta decoración interior en rojo sobre blanco y exterior en negro sobre rojo, y posee una figura zoomorfa aplicada en el borde de la pieza (Lámina 59). La otra pieza (N° MLP 2806), procedente de Amaicha, es una vasija de cuerpo globular y cuello, y con dos pequeñas asas macizas. Presenta una decoración en negro y blanco sobre rojo con motivos reticulados (Lámina 59).

Por último, se identificó una escudilla (N° MLP 4154), proveniente de La Poma, que corresponde al estilo **Poma N/R**. Si bien este estilo se reconoció como propio de la Quebrada de Humahuaca (Dillenius 1909, Cigliano y Calandra 1973, Pérez Gollán 1973), esta pieza no puede considerarse importada en el VC, especialmente porque se ha señalado la existencia de una variante pomeña de manufactura local en el extremo norte del VC (Cremonte y Garay de Fumagalli 1997b). Sin embargo, es indicativa de la existencia de algún tipo de interacción entre poblaciones de un área que abarca el sur de la Quebrada de Humahuaca y del norte del VC (Lámina 60).

Aunque no forma parte de la muestra de alfarería estudiada, es importante destacar la presencia de un puco Poma N/R (N° 823) procedente de La Paya (Dillenius 1909: 137, fig. 20) (Lámina 60), específicamente de la tumba N° 5. Asimismo, Ambrosetti menciona que en la tumba N°

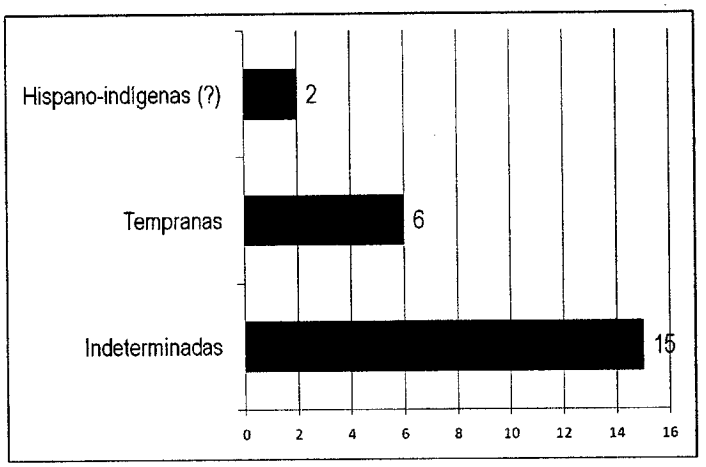
7 "...yacían dos pucos: uno negro (n° 882) y otro rojo (n° 881) de quince centímetros de diámetro, alfarería fina monocroma, de paredes convexas, y como tipo igual al puco n°. 823, hallado en el sepulcro n°. 5." (Ambrosetti 1907: 98-99). Esta información hace sospechar la posible presencia de otro puco Poma N/R entre los hallazgos de La Paya.

8.1.5 Otros tipos de vasijas.

Restan algunas piezas interesantes de destacar dentro de la muestra analizada, quizás ya no tanto para la problemática de la interacción pero sí para la cronología (Tabla 16).

En los análisis realizados se detectaron piezas en la muestra que por sus rasgos pueden asociarse más a alfarería de momentos **hispano-indígenas** (Gráfico 6).

Gráfico 6: Representación de otros tipos de vasijas en la muestra analizada.



Una es una vasija de La Paya (N° ME 930) del tipo *ollitas asimétricas* pero más alta y con demarcación de un leve pie (Lámina 61), y la otra es una pieza (N° MAC 4121), de la que no existe seguridad que proceda de Tero, de alfarería ordinaria de forma de jarra pequeña con borde vertedor (Lámina 61).

Por otro lado, hay un conjunto de piezas de La Paya que corresponderían a momentos anteriores a la conocida ocupación del sitio durante los Desarrollos Regionales y la época inka. Entre ellas encontramos 4 ejemplares que corresponden al tipo negro pulido **temprano** del VC, de acuerdo a las caracterizaciones existentes (Tarragó 1980a, 1996, Baldini 2007), tres de las cuales (MAC s/n° 1, 2 y 3) procederían de una tumba excavada dentro del perímetro pircado de la "Ciudad" durante un rescate arqueológico[9], y otra es una pieza descontextualizada (Lámina 62).

[9] La información sobre las circunstancias y contexto de hallazgo de esas piezas fue proporcionada por el director del MAC, A. Mercado, en 2006.

Otra de las piezas tempranas es una escudilla honda de superficies negras pulidas y decoración grabada en una banda de rectángulos en posición diagonal que contiene triángulos rellenos con líneas paralelas (N° ME 23709), pieza de contexto de hallazgo desconocido. La forma, tratamiento de superficie y decoración se corresponden con las descriptas para la cerámica **Candelaria Negro Grabado** (Heredia 1968: 322-323) (Lámina 62).

La presencia de materiales tempranos en La Paya ha llevado a plantear la posibilidad de una utilización recurrente de un mismo espacio para el asentamiento por parte de poblaciones calchaquíes en distintos momentos cronológicos (Tarragó y De Lorenzi 1976).

Otra pieza posiblemente temprana es la N° MLP 2832. Se trata de un botellón sin base muy definida que lo hace inestable, de cocción reductora y paredes grises pulidas exteriormente, procedente de Seclantás (Lámina 63).

Finalmente en la muestra de alfarerías analizada se encuentra un grupo de 15 vasijas cuyas características no resultaron suficientes para incluirlas en las categorías anteriores, por lo que permanecen, por el momento, como **indeterminadas** (Lámina 64 y Tabla 16). Parte de ellas se encuentran descontextualizadas (5)[10], algunas de las cuales fueron, además, obtenidas en circunstancias poco conocidas, lo que genera ciertas dudas sobre sus circunstancias de hallazgo y su cronología (N° MAC 178 o N° MLP 2919).

Por otro lado, muchas de ellas no presentan características que se alejen demasiado de las tradiciones locales. Por ejemplo, las piezas N° ME 747 y 1390, si bien presentan morfologías poco comunes, se han registrado formas similares dentro de la variedad alfarera de superficies negras pulidas (Forma C de la Lámina 9 y Forma K de la Lámina 11). En el caso de la vasija N° ME 758, a excepción de la iconografía y su disposición, sus rasgos no sería mayormente ajenos a la alfarería local, aunque su forma poco común tiene relación con los denominados "vasos de boca ancha" por Ambrosetti (1907: 381).

Por su parte, las escudillas N° ME 1947 y 1950, presentan rasgos afines (superficie interna negra con leve pulido, bases planas) a la N° ME 833 (Lámina 56), que se asemeja a algunos ejemplares de la Quebrada de Humahuaca. No obstante, la similitud no es tan estrecha como para considerarlas incluirlas con la anterior, por el momento.

[10] Piezas N° MAC 178, N° MLP 2919, N° ME 6143, 24360 y 24384.

8.2 Maderas

La muestra está compuesta por un conjunto importante de artefactos manufacturados en madera (Tabla 17). En total se registraron 233 piezas, mayormente provenientes de la "Colección La Paya" (85,8%, N=200). Como se mencionó (ver Capítulo 7.2), las mismas fueron analizadas desde un acercamiento estilístico y mediante estudios xilológicos para aproximarse a la determinación de las maderas utilizadas.

8.2.1 Tabletas y tubos para inhalación de alucinógenos.

Dentro del conjunto de materiales de madera analizados, se destacan una serie particular de artefactos empleados para inhalación de alucinógenos (tabletas y tubos de rapé). Ellos constituyen, en principio, evidencias indirectas del consumo de sustancias psicoactivas presentes en ciertas especies vegetales como el cebil (*Anadenanthera sp.*), el tabaco *(Nicotiana sp.)* y el coro *(Nicotiana sp.* o *Trichocline sp.)*, que se desarrollan en las vertientes orientales de los Andes (Pérez Gollán y Gordillo 1993). La presencia de tabletas y tubos de inhalación plantea, entonces, la necesidad de que las poblaciones tardías del valle Calchaquí se proveyeran, mediante algún mecanismo, de esas sustancias que no se encuentran disponibles en la región.

Pero además, las características morfológicas e iconográficas de los equipos inhalatorios también resultan útiles evidencias en los estudios de interacción entre distintas sociedades de los Andes Centro-sur (Berenguer 1986, 1987, Llagostera 2006, Torres 1987, 1998).

8.2.1.1 Las tabletas y tubos de La Paya y otros sitios del valle Calchaquí.

Los artefactos del complejo alucinógeno, mayormente recuperados en contextos funerarios, son un hallazgo esporádico en el Noroeste argentino. Una de las mayores colecciones de tabletas y tubos del NOA proviene de los 203 contextos excavados en La Paya (Ambrosetti 1907), de los que se recuperaron 18 tabletas y 18 tubos de inhalación (Sprovieri 2009b). Estos artefactos integraban el ajuar de 18 entierros individuales o múltiples, y se presentaron de a uno o dos ejemplares del mismo tipo de artefacto (sólo existe el caso de tres tubos en la tumba N° 189) o combinando tabletas y

tubos. Entre estos 18 entierros, que se localizan tanto dentro del espacio amurallado (5), en la "Necrópolis" (12) como en el lado opuesto de la quebrada de La Paya (1), únicamente uno incluye materiales de clara filiación inka (tumba N° 161).

Las tabletas y tubos fueron objeto de un tratamiento especial dentro de la publicación de Ambrosetti (1907), en la que se describe e ilustra una parte importante de los mismos.

El registro de los catálogos del ME y MEC posibilitó detectar que entre las tabletas ilustradas por Ambrosetti se incluyen cuatro ejemplares (*op. cit.*: fig. 263, 265, 267 y 270) que, si bien proceden del sitio, no fueron recuperadas de los 203 contextos excavados[11], y otras tres tabletas y un tubo (op. cit.: fig. 261, 262, 268 y 282) que no proceden de La Paya, sino de la zona de Cachi y del sitio Fuerte Alto de la misma localidad (Tabla 22); circunstancias no aclaradas en la publicación[12] (Sprovieri 2009b).

En segundo lugar, el estudio de la "Colección La Paya" permitió el análisis directo de 14 tabletas y seis tubos, entre los que se incluyen dos tabletas y un tubo que proceden de Cachi, pero además se cuenta con un acercamiento por medio de fotografías, dibujos y descripciones a otras 20 tabletas y tubos de La Paya y una tableta de Fuerte Alto (Ambrosetti 1907).

A esta muestra se suman tres tabletas y un tubo del sitio Tero, y una tableta y un tubo del sitio El Churcal, registradas de manera directa también en MAC (Tabla 22). Las piezas de Tero fueron recuperadas durante excavaciones sistemáticas realizadas durante la década del 70 y proceden en su totalidad de contextos funerarios, salvo una tableta, extraída recientemente, de la que se desconoce su contexto de hallazgo. Por su parte, las piezas de El Churcal fueron recuperadas por P. P. Díaz en 1970 e integraban parte de su colección privada, que fue donada para la creación del MAC. De acuerdo a los registros de esa institución, su asociación mutua y con otros materiales, sugieren que formaban parte de un contexto funerario.

El análisis de todo este material se orientó a la caracterización de los artefactos de acuerdo a atributos morfológicos, decorativos, dimensiones, materia prima y estado de conservación (Sprovieri 2009b).

---

[11] Los catálogos no dan mayores detalles de los contextos específicos de hallazgo de estas tabletas.

[12] Esta situación no es inusual dentro de la colección de La Paya, ya que se han detectado otros casos de artefactos publicados por Ambrosetti (1907), que de acuerdo a la información de los catálogos del ME, pertenecen a otras localidades del valle como Fuerte Alto, La Poma, etc.

Las tabletas consideradas son de madera, salvo dos casos de tabletas de piedra (Nº ME 1646 y MAC 4007), y están constituidas por una porción inferior de forma variable, que ocupa aproximadamente ¾ partes de la pieza y presenta una cavidad a modo de recipiente. En el cuarto restante presentan decoración de figuras antropomorfas y zoomorfas talladas en volumen. De estas generalidades se apartan algunos ejemplares, como una tableta de doble cavidad, dos cuya morfología completa se corresponde con un espécimen del género *Dasypus* (mulita o armadillo), dos con ornamentación grabada y otras que presentan en la porción superior, en lugar de figuras talladas, extensiones geométricas (Tabla 23).

De acuerdo a las piezas completas analizadas directamente, las dimensiones de las tabletas son variables. El largo total de la pieza varía entre 113 y 166 mm, mientras que el de la porción inferior se encuentra entre 73,5 y 122,5 mm. Por su parte, el ancho máximo se ubica entre 42 y 83,5 mm, el espesor máximo entre 7 y 20 mm, y la profundidad de la cavidad varía entre 4,5 y 15 mm.

En cuanto a la morfología, si bien existen piezas de porción inferior oval, e incluso dos zoomorfas (N° ME 1106 y MAC 706), predominan las de forma hiperbólica, seguidas por las rectangulares (41,3% y 24,1% respectivamente) (Lámina 65). La mayor parte de las tabletas analizadas presentan distintos grados de convexidad en el eje longitudinal.

Para la decoración de las tabletas se ha aplicado una serie de elementos iconográficos, que en gran parte corresponden a figuras antropomorfas con detalles anatómicos, y en algunos casos de peinados o tocados, más o menos definidos. Este es el caso de 11 tabletas, en las que las representaciones humanas aparecen de manera individual o en grupos de dos y tres, las cuales pueden estar trazadas solo por medio de la cabeza, por una imagen de medio cuerpo o por la figura humana completa, estas últimas siempre en cuclillas/sentados (Lámina 66).

Las representaciones zoomorfas continúan en abundancia, siendo seis los casos de tabletas que exhiben este tipo de imágenes (mulitas, felinos y un caso indeterminado), tanto de cuerpo entero o sólo representando la cabeza, y en combinaciones de una o dos figuras por tableta (Lámina 66). Además, existen otras tres tabletas con figuras que presentan cabezas con rasgos zoomorfos (generalmente de características felínicas), pero que por otros atributos de la figura hacen pensar que podría tratarse de antropomorfos con máscaras (Lámina 66), situación que ya ha sido señalada para tabletas de La Paya y otras de los Andes del Sur (Ambrosetti 1907, Núñez 1963, Torres 1987).

La combinación de figuras antropomorfas y zoomorfas (estas últimas parecen ser, también, máscaras con rasgos felínicos) está presente en dos tabletas, cada una de las cuales exhiben tres figuras a modo de decoración (Lámina 66). El resto de las tabletas (7) son ejemplares únicos, en su mayoría incompletos, que presentan, en dos casos decoración grabada (N° MAC 2435 y 4007), otras tienen extensiones geométricas y una de la cual Ambrosetti no aporta ningún dato sobre su decoración (Lámina 67).

Los tubos considerados son en su totalidad de madera, tallados en una sola pieza, y están constituidos por un tubo cilíndrico, que puede presentar motivos esculpidos en el sector central del tubo, y por una porción más voluminosa, comúnmente denominada "boquilla", de forma hiperbólica en el extremo proximal (Tabla 24).

La información sobre este tipo de artefactos es limitada, ya que no fueron ilustrados individualmente ni descriptos en tanto detalle como las tabletas por Ambrosetti (1907), y muchos de ellos fueron encontrados incompletos. Además, pudieron ser analizados directamente sólo ocho, de los cuales solamente dos (N° ME 1883 y 2003) se encuentran completos. En ellos, el largo total es dispar siendo de 154 y 216 mm, mientras que el diámetro en el extremo distal es de 7 y 9,5 mm, el largo de la "boquilla" de 53,5 y 57,5 mm y el diámetro de la misma 14,5 y 15 mm, respectivamente.

En la decoración de estos artefactos se emplearon elementos iconográficos muy similares a los de las tabletas (antropomorfos, zoomorfos y personajes con máscaras principalmente), aunque hay variaciones en la manera de representarlos (Tabla 24). La figura humana, nuevamente, es la más frecuente. Se encuentra representada en once tubos en distintas posiciones, aunque entre ellas se destacan las imágenes antropomorfas sentadas o en cuclillas (8) (Lámina 68). Por su parte, las figuras zoomorfas, presentes en cinco ejemplares, aluden a la imagen del felino, la cual es representada ya sea por el animal de cuerpo completo, por medio de figuras con máscaras con atributos felínicos (en un caso una de las figuras sostiene en una mano una cabeza trofeo y un hacha en la otra [Torres 1987:63], motivo conocido como del Sacrificador) (Lámina 68). Por último, en dos casos se reconoce la combinación de figuras antropomorfas y zoomorfas, compuesta por un felino rampante que "atraviesa" el tubo y posa sus patas delanteras sobre la cabeza de una figura humana (motivo denominado Alter-ego [Torres 1987]) (Lámina 68). No hay datos sobre las características de los restantes tres tubos.

Tanto en tabletas como en tubos, un recurso decorativo complementario, frecuentemente empleado, es la incrustación de cuentas o pequeñas piedras, generalmente de malaquita (Berenguer 1986, Llagostera *et al.* 1988, Torres 1987). Dentro del conjunto de artefactos de La Paya considerados, se pudo constatar la utilización de esta técnica por lo menos en el tubo N° ME 1107, que conservaba dos pequeñas cuentas circulares de color verde, a modo de ojos en la figura antropomorfa que exhibe (Lámina 68.A). Una de las tabletas analizadas en el Museo Etnográfico (N° ME 2135) presenta diez pequeñas cavidades de aproximadamente 12 x 3,5 mm en la porción inferior de la pieza, sobre el borde que delimita el recipiente. Ellas muy probablemente alojaban pequeñas piedras, al igual que las cavidades del tubo N° ME 501, presentes en la base de la "boquilla" y en los brazos de su figura tallada (Lámina 65.A y 68.C). Asimismo, de acuerdo a la descripción de Ambrosetti, esta última situación se registraba en la tableta N° ME 1223, mientras que la tableta N° ME 1373 y el tubo N° ME 1464 presentaban una cuenta circular de malaquita en uno de los ojos de sus respectivas figuras talladas.

8.2.1.2 Los artefactos para inhalación de alucinógenos en el contexto surandino.

Muchas otras tabletas y tubos han sido hallados en distintas regiones de los Andes, aunque mayoritariamente se concentran en el Noroeste argentino y, en el Norte de Chile, en la región del río Loa y sobre todo en San Pedro de Atacama, donde superan los 500 ejemplares (Ambrosetti 1901, 1906b, Aguiar 1904, Debenedetti 1930, Casanova 1942, Krapovickas 1958-59, Lafón 1954, Latcham 1928, 1938, Lehmann-Nitsche 1904, Looser 1906, Marengo 1954, Montell 1926, Mostny 1952, Oyarzún 1931, Salas 1945, Serrano 1941, Tarragó 1989, Torres 1987, Ulhe 1913, 1915, Vignati 1933, Von Rosen 1924, entre otros).

Más allá de su distribución geográfica, la cronología de estos particulares artefactos ha sido materia de consideración. En el caso del NOA, dada la ausencia de tabletas y tubos durante el Período Formativo y la mayor parte del lapso correspondiente al Período Medio, y de diseños Tiwanaku en los recuperados al momento[13], se considera que las prácticas de inhalación de

[13] Únicamente se ha registrado los casos de un ejemplar de la puna de Jujuy (Ambrosetti 1907: fig. 271) y otro de la Quebrada de Humahuaca (Torres 1987: fig. 149) que se muestran estrechamente coincidentes con una tableta de la región del río Loa que presenta dos personajes (Oyarzún 1930: fig. 8) que exhiben atributos tiwanakotas (op. cit.: 73, Torres 1987: 37).

alucinógenos con tubos y tabletas son un fenómeno característico del Período de Desarrollos Regionales, que se extiende durante ocupación inka, y que se registra incluso en momentos históricos (Peréz Gollán y Gordillo 1994, Torres 1998).

En el Norte de Chile, la inhalación de alucinógenos se manifiesta más tempranamente que en el NOA; sin embargo no se observa en toda aquella región una aparición uniforme de este fenómeno. En San Pedro de Atacama, existen registros de tabletas y tubos en contextos tempranos anteriores al 400 DC y continúan en franca vigencia durante la época de relaciones con la cultura Tiwanaku (Período Medio: 500-900 DC), para notarse su declinación hacia los momentos más tardíos de la ocupación de la región, siendo solo esporádicos los hallazgos en contextos inkaicos (Llagostera 2004, Núñez 1963, Torres 1998). En base a la secuencia cronológica planteada para la región, desarrollada a partir de la seriación del contenido artefactual de más de 1400 tumbas, se reconocieron ciertos tipos de tabletas y tubos de inhalación como correspondientes a épocas tardías (Tarragó 1989); coincidiendo con la cronología propuesta para los implementos de inhalación del NOA, y con la época de ocupación de La Paya.

Por su parte, en la región del río Loa, la trayectoria de desarrollo de la parafernalia inhalatoria reconoce paralelismos con la del NOA. Para las tabletas y tubos del Loa se propone una adopción tardía, contemporánea a su aparición en el NOA, cronología sugerida, en parte, por la ausencia de diseños Tiwanaku, iconografía muy frecuente en las tabletas de SPA (Torres 1998).

8.2.1.3 Comparación iconográfica y morfológica entre tabletas y tubos de distintas regiones del NOA y del Norte de Chile.

Distintas propuestas clasificatorias han sido planteadas en torno a las tabletas y tubos (Llagostera 2006, Llagostera *et al.* 1988, Núñez 1963, Tarragó 1989, Torres 1986, 1987), las cuales, junto a muchos otros trabajos específicos (Ambrosetti 1907, Krapovickas 1958-59, Montenegro y Ruíz 2007, Ulhe 1913, etc.), han revelado una serie de elementos compartidos entre ejemplares de distintas regiones surandinas. En particular, entre el Norte de Chile y el Noroeste de Argentina, las zonas con mayor frecuencia de hallazgos de este tipo, se observan numerosas semejanzas con relación a la morfología, la técnica decorativa y, especialmente ,a los motivos y temas (antropomorfos, zoomorfos, "Alter-ego", "Sacrificador", etc.) incorporados en la decoración de la

piezas (Krapovickas 1958-59, Montenegro 2002, Montenegro y Ruíz 2007, Nielsen 2001, Núñez 1963, Salas 1945, Tarragó 1989, Torres 1986, 1987, Ulhe 1913). Dentro de cada clase de motivo o tema existen particularidades en los modos de representación (posiciones, detalles anatómicos, accesorios, etc.) que le otorgan singularidad a los ejemplares y hacen de la coincidencia en estos caracteres particulares evidencia aún más sugestiva de procesos de interacción interregional.

Atendiendo a estas particularidades es que se efectuó un análisis comparativo entre el conjunto de tabletas y tubos del valle Calchaquí y aquellos de otras regiones (puna de Jujuy, Quebrada de Humahuaca, Calilegua, región del río Loa y SPA), todos estos últimos accesibles por medio de información bibliográfica, a fin de detectar similitudes y diferencias entre ellos y profundizar en posibles vinculaciones entre distintas áreas (Lámina 69) (Sprovieri 2009b).

Este análisis se centró en la correlación de formas e iconografía asociada a cada tipo de artefacto, lo que permitió detectar semejanzas tanto en la morfología de la porción inferior de la pieza, en el tipo de representación en volumen, como en la iconografía a la que se recurrió para la decoración entre artefactos de diferentes regiones del NOA y del Norte de Chile (Tabla 25).

Semejanzas en todos esos aspectos se pueden apreciar en una serie de tabletas de La Paya, de la región del río Loa, de la Quebrada de Humahuaca y de la puna jujeña, las cuales presentan forma hiperbólica y figuras antropomorfas de cuclillas talladas a modo de decoración en la parte superior de las piezas (Lámina 70.A). Otro conjunto de tabletas comparten, además de su morfología, la decoración, constituida por tres figuras, siendo la central antropomorfa colocada de frente y las laterales representaciones con máscaras zoomorfas de perfil (Lámina 70.B).

Un caso interesante es la estrecha semejanza entre las tabletas zoomorfas que representan un espécimen del género *Dasypus* provenientes de La Paya, El Churcal, la región del río Loa y la Quebrada de Humahuaca, semejanza que resulta ser particularmente llamativa dada la manera notoriamente similar en que se resolvió la representación dicho animal (Lámina 70.C).

En cuanto a los tubos de inhalación, fuertes similitudes pueden detectarse entre la figura antropomorfa sentada representada en múltiples piezas de La Paya y el valle Calchaquí con la de piezas de la puna jujeña, la Quebrada de Humahuaca y con una de la región del río Loa, aunque con esta última la semejanza no es tan estrecha ya que incluye además una figura de ave (Lámina 71.A). También se observan importantes semejanzas entre la imagen de un felino montado sobre el eje

longitudinal del tubo N° ME 1883 de La Paya y aquella de ejemplares de la región del río Loa y de la puna jujeña (Lámina 71.B).

La correspondencia entre tabletas y tubos del valle Calchaquí y de otras zonas del NOA y la región del río Loa se puede detectar en otros casos (Tabla 25), como se observa, por ejemplo, en las tabletas con iconografía de cabezas humanas esquemáticas (Figura 70.D), en las tabletas con una o dos cabezas de felino alargadas o en los tubos con la representación conocida como Alter-ego (Lámina 71.C).

Los ejemplos hasta aquí mencionados e ilustrados comprenden una gran parte (24/50) de las tabletas y tubos procedentes de La Paya y el valle Calchaquí. Entre los casos restantes se incluyen otras variantes iconográficas, representadas por escasas piezas, que no han podido ser correlacionadas con ningún otro ejemplar, o que muestran ciertas coincidencias con otras tabletas y tubos que pueden encontrarse en SPA. Por ejemplo, se reconoce una decoración similar consistente en una o dos cabezas de felinos alargadas tanto en la tableta N° ME 2134 de La Paya (Ambrosetti 1907: fig. 267) como en varias de SPA (Tarragó 1989: fig. 42.2 y 42.7), y el mismo tipo de extensión geométrica alargada en la tableta N° ME 1129 de La Paya (Ambrosetti 1907: fig. 88) y una de SPA (Tarragó 1989: fig. 46.9).

Asimismo, aunque con menor claridad, se puede distinguir una semejanza general entre la figura zoomorfa esquemática de la tableta N° ME 520 de La Paya (Ambrosetti 1907: fig. 263) y otra de SPA (Tarragó 1989: fig. 47.3), o la hendidura en el panel de la tableta N° ME 519 de Cachi y en un ejemplar de SPA (Tarragó 1989: fig. 46.17). Por último, con SPA existen similitudes en la figura antropomorfa en posición de cuclillas presente en varios tubos del valle Calchaquí (Lámina 71.A) y en una pieza de San Pedro, aunque con modificaciones (Torres 1987: fig. 110a), las mismas modificaciones que presenta el ejemplar del Loa de esta misma variante iconográfica (Lámina 71.A5).

Sin embargo, cabe destacar que en cuatro de los cinco casos enumerados las correspondencias no son exclusivamente con SPA, sino que ejemplares de esos tipos están además presentes en la región del río Loa, y también en dos casos de la puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca (Tabla 25).

En síntesis, este análisis comparativo muestra estrechas semejanzas iconográficas y morfológicas entre los artefactos de La Paya y de otros sitios del valle Calchaquí con ejemplares de la región del río Loa, de la puna jujeña y de la Quebrada de Humahuaca; tendencia ya mencionada, en parte, por otros autores (Núñez 1963, Torres 1998) (Tabla 25). Si bien existen también coincidencias entre algunas tabletas y tubos de La Paya y otras de San Pedro de Atacama, como fuera señalado por Tarragó (1989), estás se manifiestan más débiles, tanto en términos de frecuencia y grado de similitud (Tabla 25).

8.2.2 Otros artefactos de madera.

Muchos otros tipos de artefactos manufacturados en madera están presentes en la muestra, alcanzando un total de 208 piezas[14] (Tabla 17). Entre ellas se encuentran ejemplares de instrumentos que han sido caracterizados como bastones, cuchillones, cucharas, estuches, palas, tarabitas, *topus*, trinchantes y una posible campana (Lámina 72, Tabla 26). Estos tipos de artefactos tienen una amplia distribución en contextos tardíos de distintas regiones del NOA, habiendo poca variación formal entre objetos de distintas áreas (Ambrosetti 1901, 1906b, Boman 1908, Casanova 1938, 1942, Cigliano 1967, Krapovickas 1958-59, Von Rosen 1924, etc.). En el VC, estos instrumentos fueron registrados en diversos contextos y sitios arqueológicos (Debenedetti 1908, Raffino 1984, Tarragó *et al.* 1979, etc.), por lo que se considera que pertenecen a tradiciones locales de manufactura.

La muestra incluye, además, algunos artefactos poco comunes. Ellos corresponden a un fragmento de madera cercano a la corteza del árbol (Lámina 73), que Ambrosetti (1907: 144-145) identificó como un tambor o caja cilíndrica, una vara incompleta y fragmentada en dos partes (Lámina 73), que podría constituir el palillo para hacer sonar el tambor (Ambrosetti 1907: 146), y 4 ejemplares de "peines para cardar lana" según fueran denominados por Ambrosetti (1907: 485) (Lámina 73).

Finalmente, la muestra se completa con otros 38 objetos de madera que no pudieron ser asignados a una categoría específica con exactitud, fundamentalmente debido a que se encuentran

[14] Esta cantidad resulta de restarle al total de 232 piezas de madera de la muestra de estudio, las 24 tabletas y tubos de madera analizados directamente, que fueron tratadas por separado más arriba.

incompletos. Entre ellos se registran 21 artefactos, que corresponden a fragmentos de posibles torteros, cuchillones, palas, estuches y mangos de cincel (Ambrosetti 1907: 275), instrumentos de puntas aguzadas y/o romas, artefactos largos y planos que podrían corresponder a arcos, una tabla alargada con 6 orificios en un extremo, dos tubos con una serie de estrechamientos en su contorno y dos fragmentos de figuras talladas con rasgos zoomorfos (Tabla 26). Por último, se encuentra un conjunto de 17 piezas que corresponden a instrumentos que no pudieron ser determinados dado su estado fragmentario.

Ninguno de los objetos pocos comunes o no claramente identificables muestra rasgos estilísticos que sugieran algún tipo de similitud con materiales de otras regiones, por lo que son considerados dentro de los materiales de tradición local.

Un caso particular representan los **torteros** (N=122). En su gran mayoría se encuentran fabricados en madera (N=96), aunque también existen algunos ejemplares en piedra (N=17), hueso (N=5) y cerámica (N=4). Los torteros estudiados presentan una morfología variada y algunos de ellos decoración grabada, generalmente de motivos geométricos. En una aproximación general se pudieron reconocer 17 variantes (Lámina 74, Tabla 27), destacándose en número los torteros "estrellados" (N=40), que son de sección cónica, con grabados geométricos en su cara (la cual suele presentar cierta concavidad) y que fueron confeccionados únicamente en madera. Además, se identificaron otras morfologías, aunque representadas por un número mucho menor de ejemplares, entre las que se incluyen, por ejemplo, torteros en forma de "flor" de 4 u 8 pétalos circulares (N=12 y 5 respectivamente), en los cuales se presentan grabados de espirales o círculos concéntricos y fueron manufacturados casi exclusivamente en madera. También se reconocieron torteros en forma de "flor" con pétalos triangulares alargados, con pétalos subrectangulares separados entre sí (asemejando a una rueda de engranaje), que pueden presentar grabados en espiral y con pétalos circulares columnares. Otras formas corresponden a torteros circulares con escotaduras poco profundas en el contorno, cruciformes con motivos geométricos grabados y torteros circulares con grabados por sectores semicirculares en su cara.

También se registraron en la muestra torteros fabricados en astrágalos, de fauna según las apreciaciones de Ambrosetti (1907), torteros alargados rectangulares u ovales planos o circulares, todos sin decoración, en madera o piedra, o cónicos con incisiones en el cuerpo del cono, estos últimos únicamente fabricados en cerámica. Los torteros restantes corresponden a otras morfologías

representadas por uno o dos ejemplares, entre las que se incluyen las únicas piezas que presentan decoración figurativa de caracteres antropomorfos y zoomorfos (Lámina 74). Sólo en unos pocos ejemplares no fue posible identificar su forma, debido a su estado de conservación.

En términos de sus similitudes, morfológicas y decorativas, con torteros de otras zonas, se puede destacar que algunas de las variantes con decoración grabada geométrica identificadas en la muestra del VC (variantes 5, 8, 9), presentan semejanzas con piezas procedentes de Tastil y Morohuasi, en la Quebrada del Toro (Boman 1908, Cilgiano 1973), y en un caso con un tortero del valle de Lerma (Mulvany 1995) (Lámina 75, Tabla 28).

Asimismo, la variante 13, compuesta de torteros de cerámica, de superficie negra aparentemente pulida con incisiones geométricas rellenas de material blanco, únicamente registrada en Tero, muestra estrechas similitudes con piezas del asentamiento inkaico de Potrero Chaquiago en el bolsón de Andalgalá, Catamarca (Williams 1983) y un único caso de la puna, aunque fabricado en madera (Ambrosetti 1906b) (Lámina 75, Tabla 28).

Las variantes más simples, sin decoración, tienen semejanzas con ejemplares de distintas zonas como la puna y la Quebrada de Humahuaca principalmente (Ambrosetti 1901, 1906b, Boman 1908, Casanova 1938, Krapovickas 1958-59) (Tabla 28).

Consideramos que las semejanzas más fuertes se dan entre la variante 5 del VC y sus semejantes en la Quebrada del Toro, dado que están representados por varios ejemplares en ambas regiones, y la variante 13 con los ejemplares de Potrero Chaquiago, dada su estrecha correspondencia en forma, decoración y materia prima en ambas zonas. El resto de las semejanzas se muestran en ejemplares de formas simples, y de amplia distribución en el NOA, o en un único ejemplar, por lo que resulta insuficiente establecer vínculos con la información disponible.

Finalmente, la muestra de artefactos de madera analizada se completa con uno de los objetos inkaicos que se difundió en las provincias, como lo son los ***keros***. En la muestra hay dos ejemplares, uno de ellos conserva decoración polícroma de motivos geométricos inkaicos (Lámina 76), y su presencia es indicativa de la circulación de, al menos, patrones estilísticos imperiales en el VC.

8.2.3 Maderas utilizadas.

Se realizaron estudios xilológicos sobre un 38% (N=70/184) de los materiales de madera depositados en el ME que conforman parte de la muestra de estudio, lo que permitió aproximarnos a la determinación de las posibles maderas utilizadas y sus zonas de procedencia. Como se mencionó (ver Capítulo 7.2.2.2), este es un acercamiento preliminar en tanto la intervención sobre las piezas arqueológicas debió ser mínima.

En 25[15] de las piezas analizadas las características observadas no resultaron suficientes para poder vincularlas a tipos específicos de maderas, fundamentalmente por resultar imposible obtener las secciones diagnósticas para observación, o debido a que las maderas sufrieron modificaciones en su estructura anatómica producto de procesos de depositación y/o de métodos aplicados para su conservación[16] cuando fue recuperada la colección.

Entre el resto de las piezas estudiadas, de acuerdo a los resultados de los análisis macroscópicos, según sus características anatómicas se distinguieron 9 grupos generales de maderas (A-I), compuestos por un total de 45 piezas (Tabla 29). Como se desarrolló anteriormente (ver Capítulo 7.2.2.2), la comparación de esas características con material de referencia[17] y bibliografía de referencia, permitieron proponer maderas afines a las que componen cada uno de los grupos, y evaluar la disponibilidad local o no de las mismas en el valle Calchaquí.

Grupo A

Características observadas[18]: En CT: matriz[19] oscura, porosidad difusa, vasos grandes solitarios y vasos múltiples cortos, parénquima paratraqueal vasicéntrico con tendencia a aliforme y en bandas angostas. En CLTg: sin estructura estratificada (Lámina 77).

Maderas afines: *Prosopis sp.* (algarrobos).

---

[15] Las piezas que no pudieron ser diagnosticadas fueron: N° ME 468, 1234, 1267 y 1597 (palas), 519, 1393, 1600 y 2135 (tabletas), 1883 (tubo), 480, 485, 977, 973, 976 y 1406 (cuchillones), 1721 (figura antropomorfa), 1294 y 1751 (peine), 1193, 1236, 1258, 1295, 1296 y 1412 (torteros) y 1121 (artefacto indeterminado).

[16] En algunas piezas de madera, especialmente las tabletas, se observa la aplicación de una sustancia transparente y brillosa, probablemente para favorecer su conservación, que ha penetrado al interior del material alterando su estructura y/o impidiendo una observación adecuada de la misma.

[17] Distinguimos el material de referencia utilizado con las siglas correspondientes a la Xiloteca de la Cátedra de Dendrología y su número de identificación correspondiente (XCD N°).

[18] Al mencionar las características macroscópicas observadas en cada uno de los grupos, no significa, necesariamente, que todas ellas se hayan registrado conjuntamente en cada pieza que lo compone.

[19] Se emplea el término "matriz" para referirse al conjunto de fibras y otros elementos no visibles macroscópicamente.

Material de referencia: XCD 11-2.

Bibliografía de referencia: Castro 1994, Cristiani 1978, Tortorelli 2009.

Distribución geográfica: El género *Prosopis* es de muy amplia distribución, encontrándose presente en la región Salto-jujeña (Santos Biloni 1990, Cabrera 1971, Pol *et al.* 2006, Serrano 1963,), con relativa abundancia en el valle Calchaquí, incluso formando bosques en algunas zonas (Baldini y Villamayor 2007, Cabrera 1971, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Observaciones: Este es el grupo mayoritario en la muestra estudiada, representado por 16 ejemplares. También es el que reúne la mayor variedad de tipos de artefactos, incluyendo elementos de uso cotidiano como cucharas, torteros, tarabitas o palas y otros de uso ritual como tabletas y tubos para inhalación de alucinógenos (Tabla 29). La madera dura y pesada del algarrobo tiene en la actualidad muchas aplicaciones, entre ellas enseres de hogar y de trabajo (Santos Biloni 1990, Togo *et al.* 1990).

Grupo B

Características observadas: En CT: matriz oscura, textura[20] homogénea, porosidad difusa a circular, vasos muy pequeños y con contenidos oscuros, radios visibles (Lámina 78). Es relevante destacar que para este grupo no fue posible obtener corte longitudinal tangencial.

Maderas afines: *Bulnesia sp. / Larrea sp.* (retama, palo santo / jarillas).

Material de referencia: XCD II-G.

Bibliografía de referencia: Cozzo 1948.

Distribución geográfica: Zigofiláceas como *Bulnesia* y *Larrea* son especies arbustivas características de la Provincia del Monte, aunque su distribución no se registringe a esta región fitogeográfica sino que también están presentes en las Provincias Chaqueña y Pre-puneña (Cabrera 1971, Demaio *et al.* 2002). La retama (*Bulnesia retamo*) y la jarilla (*Larrea nitida*) forman parte de la flora del valle Calchaquí, especialmente al sur de la localidad de Payogasta (Cabrera 1971, Tarragó y De Lorenzi 1976).

[20] Con "textura" nos referimos al carácter anatómico macroscópico que alude a la uniformidad o desigualdad en el tamaño de los vasos, células parenquimáticas, etc. en CT.

Observaciones: En este grupo se incluyen maderas de artefactos relativamente pequeños como torteros, tarabitas y tubos (Tabla 29), lo cual es consistente con la propuesta de maderas afines que corresponden a especies arbustivas, cuyas ramas y troncos no alcanzan diámetros tan grandes como para permitir la confección de artefactos de mayores dimensiones. En estudios sobre la utilización actual de la flora nativa de Santiago del Estero se menciona que la madera de *Larrea divaricata* "...sirve para construir diversos objetos domésticos..." (Togo *et al.* 1990: 75).

Grupo C

Características observadas: En CT: textura fina homogénea, porosidad difusa, vasos pequeños, solitarios o unidos de a dos o tres, radios visibles, parénquima abundante, en algunos casos vasicéntrico. En CTLg: sin estructura estratificada (Lámina 79).

Maderas afines: *Acacia sp.* (churqui, arca, tusca).

Material de referencia: XCD 11-10.

Bibliografía de referencia: Cozzo 1951, Tortorelli 2009.

Distribución geográfica: El género *Acacia* se encuentra presente fundamentalmente en las Provincias de Monte y Chaqueña, pero también puede registrase en las yungas (Cabrera 1971, Pol *et al.* 2006, Serrano 1963). En el valle Calchaquí, el churqui (*Acacia caven*) constituye uno de los componentes del estrato de arboles bajos de su flora (Cabrera 1971, Pol *et al.* 2006).

Observaciones: Al igual que en el grupo anterior, en este se incluyen tanto objetos de uso cotidiano como rituales (Tabla 29).

Grupo D

Características observadas: En este caso el análisis se centró en los caracteres estéticos externos de la madera, ya que resultaron ser los más adecuados para el diagnóstico. Se trata de leños de extremada dureza (resultando casi imposible obtener las secciones de estudio) y con una estructura que asemeja un agrupamiento de cables torsionado (estructura tipo cable), lo que forma en la superficie surcos longitudinales cortos (Lámina 80).

Maderas afines: Lianas. Las lianas son plantas trepadoras leñosas que representan una forma de crecimiento particular, pero que se registra en muchas familias botánicas diferentes (Lorea *et al.* 2008).

Material de referencia: XCD 85-1 a 5.

Distribución geográfica: Las lianas se desarrollan en los pisos inferiores de las yungas (selva pedemontana y montana) (Brown *et al.* 1985, 2006, Cabrera 1971, Corcuera 1997).

Observaciones: En este grupo está representado un único tipo de artefacto, la mayor parte de los "bastones" estudiados. Las 4 piezas que lo componen corresponden a maderas largas de poco ancho y espesor, no talladas para su formatización, la mayoría están fragmentadas en sus extremos. Entre ellas se puede destacar que el extremo conservado de la pieza N° ME 1464 presenta un rebaje o escalón tallado y de superficies alisadas y, en la cara opuesta al mismo, otro rebaje más pequeño y corto. Ese extremo, visto de frente sugiere la forma de un hocico zoomorfo, aunque resulta extremadamente difícil asegurarlo. Sin embargo, también podría tratarse de un detalle de fines funcionales quizás para enmangue de algún artefacto al bastón, aunque, más allá de las superficies alisadas, no se detectó un desgaste fuerte o huellas que pudieran constituir posibles rastros de uso. Por su parte, en el extremo conservado del "bastón" N° ME 1686 se observan ciertos surcos poco profundos, de sentido diagonal, paralelos pero levemente separados entre sí, que parecerían deberse al desgaste producido por posibles ataduras. Finalmente, en el "bastón" N° ME 1594, de sección subcircular, el extremo conservado termina en una punta aguzada.

Grupo E

Características observadas: Entre sus caracteres externos se destaca que es una madera muy liviana, carácter especialmente notable en los keros (Tabla 29). En CT[21]: vasos grandes solitarios y agrupados, radios bien visibles y de coloración más clara, no se alcanza a ver parénquima (Lámina 81).

Maderas afines: *Erythrina falcata* (seibo jujeño) y *Erythrina crista-galli* (seibo).

[21] Es importante aclarar que para este grupo no se pudieron obtener cortes longitudinales tangenciales, y que además en el caso de los keros, sus características anatómicas se observaron en fracturas pre-existentes en las piezas, no habiéndose realizado cortes limpios con bisturí.

Material de referencia: XCD 11-12.

Bibliografía de referencia: Tortorelli 2009.

Distribución geográfica: En Argentina, el seibo jujeño (*E. falcata*) aparece en las selvas del Noreste del país y en las selvas del Noroeste, formando en estas últimas bosques en las faldas orientales de Jujuy, Salta y Tucumán (Santos Biloni 1990, Tortorelli 2009). Por su parte, la dispersión del seibo (*E. crista-galli)* es mayor, abarcando la parte oriental de Salta, Jujuy y Tucumán, pero también el norte de Santiago del Estero, Chaco, Formosa, Santa Fé, Misiones, Corrientes, Entre Ríos, y el NE de Buenos Aires (Demaio *et al.* 2002, Santos Biloni 1990, Tortorelli 2009).

Observaciones: En este grupo se incluyen dos conjuntos diferentes de artefactos (Tabla 29). Por un lado, dos *keros*, que presentan decoración polícroma en su superficie exterior (Lámina 81). Por otro, un fragmento de madera subrectangular casi plano correspondiente a la corteza y parte de xilema próximo a ella. Ambrosetti se refiere a esta última pieza como un tambor o caja cilíndrica ovoidal (Ambrosetti 1907: 144-145), que parece haber sido encontrado en estado más completo que en el que se encuentra actualmente.

La madera de *Erythrina sp.* es muy liviana, blanda y porosa (Tortorelli 2009), características que resultarían convenientes para la fabricación de los objetos que componen el grupo, en tanto la escasa dureza facilitaría el ahuecamiento (proceso que parece haber sido necesario para fabricar *keros* y tambores), y la porosidad favorecería la absorción y perduración de la pintura en la superficie de los *keros*. Además, un dato sumamente relevante es que, según usos actuales de maderas en Santiago del Estero, para la especie *Erythrina crista-galli* se indica que: "La madera y el tronco se utiliza para fabricar bombos, cajas y otros instrumentos de percusión." (Togo *et al.* 1990: 53), lo que resulta sumamente coherente con el aparente uso de la pieza N° ME 1355 de La Paya.

Grupo F

Características observadas: En CT: matriz rosada, porosidad difusa, vasos muy pequeños, numerosos y solitarios, radios no visibles (Lámina 82).

Maderas afines: *Anadenanthera colubrina* (cebil).

Material de referencia: XCD 11-20.

Bibliografía de referencia: Cozzo 1951, Tortorelli 2009.

Distribución geográfica: En Argentina el cebil se desarrolla en los pisos inferiores de las yungas del Noroeste, hasta los 1000 msnm aproximadamente, y en los boques del NE en las Provincias de Misiones, Corriente y E de Chaco y Formosa (Brown *et al.* 1985, Cabrera 1971, Demaio *et al.* 2002, Santos Biloni 1990).

Observaciones: En este grupo se incluyen dos tabletas para inhalación de alucinógenos, lo cual resulta coherente con otros hallazgos en el NOA de tabletas y tubos de rapé confeccionados en con madera de cebil (Nielsen 2006b).

Grupo G

Características observadas: En cuanto a sus caracteres estéticos externos, es una madera de color amarillo, muy liviana y blanda. En CT: vasos pequeños, porosidad difusa, se observa la médula, por lo que se trata de una rama entera y joven. En CLTg: se observan canales cortos longitudinales (laticíferos) cercanos a la corteza, probablemente del exudado de látex (Lámina 83).

Maderas afines: *Sapium haematospermum* (curupí o lecherón).

Material de referencia: XCD 15-2.

Bibliografía de referencia: Roth y Giménez de Bolzón 1997, Tortorelli 2009.

Distribución geográfica: El curupí es un árbol de zonas subtropicales, muy abundante en el litoral argentino, pero también común en las yungas del NOA y el Chaco semiárido y subhúmedo (Demaio *et al.* 2002, Morales *et al.* 1995, Santos Biloni 1990).

Observaciones: La pieza que conforma este grupo correspondería al conjunto de "bastones" definido por Ambrosetti (1907), aunque su peso sumamente liviano sugiere que no se usaría de la misma manera que los demás bastones, confeccionados aparentemente en maderas duras y pesadas de lianas o de *Prosopis sp.* En uno de sus extremos, esta pieza presenta un aguzamiento sumamente abrupto conformando una punta roma, pero muy toscamente formatizada. En la actualidad, con la madera de *Sapium haematospermum* "...blanda y liviana se fabrican bombos, trompos, útiles varios, etc." (Togo *et al.* 1990: 93), y sus secreciones lechosas tienen uso medicinal y como pegamento (Santos Biloni 1990, Togo *et al.* 1990).

Grupo H

Características observadas: En sus caracteres físicos es una madera semi-pesada. En CT[22]: porosidad semicircular, anillos de crecimiento bien marcados, radios visibles[23], en algunas zonas se observa parénquima apotraqueal en finas bandas perpendiculares a los radios (Lámina 84).

Maderas afines: *Juglans australis* (nogal criollo).

Material de referencia: XCD 2-1.

Bibliografía de referencia: Tortorelli 2009.

Distribución geográfica: El nogal criollo se desarrolla en las selvas de montaña o yungas, especialmente en los pisos superiores correspondientes a la selva montana y bosque montano (Brown *et al.* 1985, Cabrera 1971, Corcuera 1997, Morales *et al.* 1995).

Observaciones: La pieza que conforma este grupo es una pala larga de mango relativamente corto, que a diferencia de otras palas largas y cortas analizadas, posiblemente confeccionadas en madera de *Prosopis sp.* y *Acacia sp.*, fue aparentemente manufacturada en una madera diferente. Ambrosetti (1907: 456) sugiere un empleo diferencial entre las palas, en parte según su tamaño, en tareas de cavado o tejeduría.

Grupo I

Características observadas: En su caracterización externa se observa que es una madera blanda y liviana. En CT: matriz oscura, porosidad difusa que tiene a la ulmoide, vasos pequeños, radios muy anchos (Lámina 85).

Maderas afines: *Cordia trichotoma* (peteribí).

Material de referencia: XCD 30-2.

---

[22] En este caso la observación de la sección transversal se realizó sobre una fractura existente en la pieza que expone la estructura interna de la madera, sin producir un corte limpio con bisturí.

[23] Se observa que los radios se encuentran sobredimensionados y presentan un ancho irregular en su trayecto, comportamiento que no es normal en este rasgo anatómico. Dado que los caracteres anatómicos fueron observados sobre una fractura pre-existente, las mencionadas características pueden estar relacionadas con alteraciones sufridas por la exposición prolongada de la superficie de observación.

Bibliografía de referencia: Tortorelli 2009.

Distribución geográfica: El peteribí crece en las laderas orientales de la selva tucumano-boliviana (Morales *et al.* 1995, Tortorelli 2009).

Observaciones: Se trata de dos fragmentos alargados de sección subcilíndrica (uno perteneciente al cuerpo y otro a un extremo) correspondientes a la misma pieza. El fragmento de cuerpo se encuentra parcialmente hueco y presenta surcos transversales, probablemente a modo de decoración, mientras que en el extremo se halla un tallado bitroncocónico. En la bibliografía se menciona que el peteribí posee una madera fácil de trabajar, semi-dura y semi-pesada (Tortorelli 2009).

En síntesis, entre las artefactos en los que pudieron ser observados y reconocidos parte de sus rasgos anatómicos, un 73,33% (33/45) de ellos se incluyen en los grupos (A-C) que presentan características semejantes a maderas presentes en el valle Calchaquí (*Prosopis sp.*, *Bulnesia sp.*, *Larrea sp.* y *Acacia sp.*). Una amplia variedad de artefactos de la muestra estudiada fueron manufacturados exclusivamente en maderas de estos grupos, como los torteros, tarabitas, cucharas, trinchantes, *topus*, estuches y tubos, que además son los objetos de menor tamaño. También se encuentran palas, y algunas tabletas y "bastones" (Tabla 29).

El 26,66% restante se reparte en 6 grupos (D-I), representados por entre 4 y 1 piezas cada uno, Las características de estos grupos no se corresponderían con géneros de la flora del VC, sino que presentan rasgos anatómicos similares a maderas que se desarrollan en las yungas (lianas, cebil, seibo, curupí, nogal criollo y peteribí).

El conjunto de objetos incluidos en estos grupos se muestra bastante disímil con respecto a los grupos anteriormente mencionados, no sólo en cuanto a cantidad, sino también con relación al tipo de artefactos representados en ellos (Tabla 29). La variedad de artefactos en los grupos D a I es mucho menor, registrándose además un número significativo de objetos (6/12) que se utilizarían en circunstancias sociales bastante específicas, mayormente rituales, como tabletas, tambor y palillo y *keros*. Los restantes artefactos corresponden en un caso a una pala, categoría más ampliamente representada en los grupos anteriores, y a 5 "bastones", que se muestran más fuertemente asociados a los grupos cuyas maderas afines provienen de las yungas.

8.3 Piedra

La muestra estudiada incluye un conjunto de 197 artefactos de piedra, compuesto por distintos tipos de objetos, instrumentos, desechos de producción lítica y rodados naturales (Lámina 86, Tablas 18 y 30). Desde el punto de vista estilístico, ninguno de estos artefactos (salvo las tabletas y torteros analizados junto a los artefactos de madera) presentan rasgos que pudieran suponerse alóctonos al valle, sino que más bien constituyen objetos que parecen ser producto de tradiciones locales de manufactura.

En cambio, la materia prima con que están manufacturados constituye un indicador relevante de posibles vínculos extrarregionales. En este sentido, se realizó un acercamiento inicial[24] a la determinación de materias primas y sus fuentes de procedencia, focalizándose en aquellas rocas de mayor potencial como evidencias de movimientos de recursos entre regiones.

Un 36,5% de la muestra está constituida por artefactos fabricados en rocas diversas que no pudieron ser analizadas para su identificación. Entre ellos se incluyen 3 collares (Lámina 87) compuestos por múltiples cuentas verdes en diversas tonalidades que, de acuerdo a la información provista por Ambrosetti (1907: 154 y 260), y por los catálogos del ME, serían de malaquita, material de cierta disponibilidad regional (Angelelli *et al.* 1970, Hongn s/f). Por otro lado, se puede suponer que al menos gran parte de los instrumentos como morteros, molinos, manos, pulidores o percutores y los guijarros y rodados hayan sido manufacturados utilizando rocas presentes localmente, en los cursos de los ríos o en los cerros. Este es el caso de una parte importante de los artefactos de conjuntos líticos de otros sitios del valle correspondientes a la misma época de ocupación que La Paya (Molinos I, Cortaderas Derecha y Cortaderas Bajo), en los cuales núcleos, desechos e instrumentos fueron fabricados en materias primas líticas presentes en región (Sprovieri 2009a, Sprovieri y Baldini 2007).

Sin embargo, la presencia de **obsidiana** en la muestra es significativa en términos de circulación interregional de materias primas, dado que es un recurso natural restringido y de localización puntual en el terreno. En el Noroeste Argentino, hasta el momento, se conoce la

[24] La determinación de las rocas presentes en la muestra sólo pudo realizarse en parte ya que, al ser parte de colecciones de museos, el tiempo de acceso a los materiales no fue suficiente para completar el estudio y las posibilidades de traslados de numerosas piezas son limitadas.

localización y composición química de más de 10 fuentes de obsidiana que se encuentran en la región puneña (Yacobaccio *et al.* 2004).

El estudio de las rutas de circulación de obsidiana es una de las vías de análisis de la interacción interregional que ha cobrado gran auge en las últimas décadas (Escola 2004, Scattolin y Lazzari 1997, Yacobaccio *et al.* 2002). Este acercamiento ha sido aplicado con anterioridad en el VC (Chaparro 2007, Sprovieri 2005, Sprovieri y Baldini 2007, Sprovieri y Glascock 2007, Yacobaccio *et al.* 2004), mostrando que las sociedades tardías de la región han hecho uso de distintas fuentes de obsidiana, tanto del sector norte como del meridional de la puna argentina.

En esta oportunidad, se buscó determinar las fuentes de procedencia de parte de las obsidianas presentes en la "Colección La Paya", materia prima de mayor frecuencia en la muestra (63,5%)[25], e incorporar algunas muestras de obsidiana del sitio El Churcal, para obtener una mayor representación de las fuentes utilizadas en distintos sitios del valle.

La selección de las muestras implicó, en primer lugar, la segregación en grupos, de acuerdo a características macroscópicas, de los conjuntos de artefactos en obsidiana de ambos asentamientos. En El Churcal, a partir de un conjunto de artefactos de obsidiana recuperados en excavaciones y recolecciones superficiales realizadas recientemente, se distinguieron 3 grupos, de los cuales se tomo un representante de cada uno, mientras que en la muestra analizada de La Paya, se identificaron 7 grupos, de los cuales se seleccionaron 10 muestras que representaran esa variabilidad macroscópica priorizando, además, que fueran piezas que contaran con su correspondiente N° de Catálogo[26], y en lo posible tomando piezas de tumbas y/o hallazgos con y sin materiales inkaicos (Lámina 88).

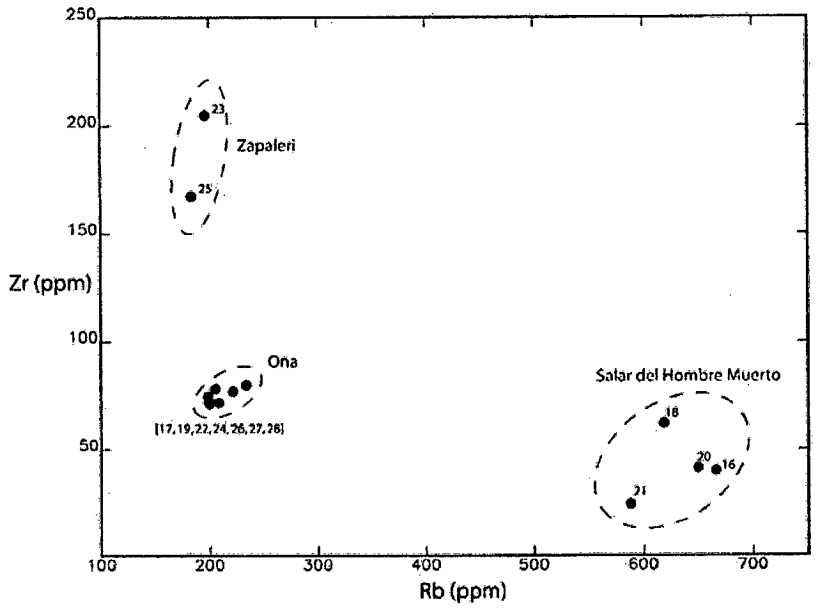
De acuerdo a resultados del análisis por FRX (ver Capítulo 7.2.2.1), las 13 muestras analizadas provienen de tres fuentes de obsidiana (Tablas 31 y 32, Gráfico 7).

---

[25] Esta alta representación de la obsidiana en la muestra lítica es contraria a lo que usualmente sucede en los conjuntos líticos recuperados de excavaciones en sitios del VC. Dado que la muestra lítica analizada proviene fundamentalmente de contextos mortuorios, lo anterior puede deberse a que exista alguna tendencia por parte de la población de La Paya a incorporar, entre los materiales líticos, casi exclusivamente obsidiana en los ajuares funerarios. Sin embargo, consideramos que una fuerte posibilidad también es que en las excavaciones de las tumbas/hallazgos de La Paya de principios del siglo pasado, se hayan rescatado únicamente artefactos líticos destacados, como los confeccionados en obsidiana, pasando por alto otras materias primas menos llamativas, o artefactos no reconocidos como tales por parte de quienes realizaron las excavaciones en aquel momento.

[26] Si bien la cantidad de artefactos en obsidiana en la muestra es grande, los que cuentan con N° de identificación precisa son mucho menores, habiendo sido necesario hacer la selección de las 10 muestras de un total de 25 piezas.

Gráfico 7: Plot bivariado de los elementos químicos Rubidio (Rb) versus Circonio (Zr) mostrando las grupos de fuentes para las 13 muestras analizadas. Las elipses de las fuentes están establecidas en un nivel de confianza del 90% aproximadamente.



En el Churcal, se evidencia la utilización de obsidiana de las fuentes Ona y Salar del Hombre Muerto (Tabla 31, Lámina 32), localizadas en distintos sectores de la puna catamarqueña. A esas zonas se tiene un acceso más o menos directo por la cuenca del río Molinos, cuya desembocadura se emplaza a unos 8 km al sur de El Churcal (Baldini 2003, Baldini *et al.* 2004, Baldini y Villamayor 2007).

Por su parte, según los análisis efectuados, la población de La Paya utilizó también las fuentes Ona y Salar del Hombre Muerto, a las que se suma la fuente Zapaleri de la puna norte, en la zona donde limitan Argentina, Bolivia y Chile (Tabla 31, Lámina 32). El acceso desde la zona del VC donde se emplaza La Paya a la región puneña meridional, donde se encuentran las dos primeras fuentes, está posibilitado por una serie de quebradas laterales al valle troncal (ver Capítulo 6.2). Con la puna de Jujuy, donde se encuentra Zapaleri, la comunicación es posible a través, fundamentalmente, de la Quebrada del Toro (ver Capítulo 6.2 y 6.3), aunque las distancias son mayores en relación con las otras fuentes.

Estos nuevos datos de procedencias de obsidianas señalan el empleo de una fuente, Salar del Hombre Muerto, que hasta el momento no había sido identificada en las muestras del VC

analizadas previamente por distintos investigadores (Tabla 33). Hasta ahora, esta fuente se encuentra representada únicamente en sitios del VCC.

Asimismo, los nuevos datos refuerzan una tendencia en la cual las fuentes Zapaleri y Quirón se estarían utilizando en sitios del sector norte del valle, mientras que la obsidiana de Ona se hace presente en sitios a lo largo de todo el valle.

8.4 Metal

Fueron analizados un total de 49 artefactos en metal, que incluyen diversos tipos de instrumentos (Lámina 89, Tablas 19 y 34).

En el caso del tensor de arco (N° ME 3985), este ejemplar corresponde al tipo B2, del que existen otros cuatro, procedentes de la Provincia de Catamarca, de un área que coincide con la distribución de la cultura Belén (González y Núñez Regueiro 1969: 273). Sin embargo, los autores no descartan la posibilidad que la cultura Santamariana los haya tenido también.

El resto de los instrumentos y objetos, por sus características formales, y en algunos casos iconográficas, corresponderían a tradiciones de manufactura local. La única excepción son los ***tumis***, piezas estilísticamente inkaicas y que se incorporan al repertorio artefactual del valle a partir de la ocupación inkaica del mismo,

Con relación a su materia prima, mayormente se encontrarían fabricados en bronce, aleación de cobre y **estaño**, según fuera indicado por análisis realizados sobre algunas piezas de La Paya (Ambrosetti 1907: 412-413), en las cuales la concentración de estaño que en general supera ampliamente el rango de 0,5 a 2% (llegando en algunos casos a alcanzar el 55%), supone un agregado intencional de dicho mineral en el proceso de producción (A. R. González 1959, L. González 2004: 140-141).

El cobre tiene cierta disponibilidad regional, encontrándose presente en vetas al pie de la cuesta del Macizo del Acay, en el extremo norte del VC, en el Cerro Malcante (Pozo Bravo), sobre las sierras que conforman el límite oriental del valle, y en la zona de San Antonio de Los Cobres, ya en la puna salteña (Angelelli *et al.* 1970, Ruiz Huidobro 1960, Secretaría de Minería y Recursos Energéticos 2007, Subsecretaría de Minería de la Nación 1999). Sin embargo, el estaño, no tendría

disponibilidad en el valle, encontrándose presente en distintas zonas de la puna norte de Jujuy (como en las minas de Yungara, Cerro Pululus, quebrada Cerro Negro, Orosmayo y Pirquitas) y también existen algunas posibles fuentes en el Departamento de Belén, en Catamarca (Angelelli *et al.* 1970).

En el caso del oro, en que fueron confeccionadas las 10 láminas de adorno de la muestra, en el VC existen menciones en documentos etnohistóricos de minas de oro entre las localidades de San Isidro y Molinos y en las cercanías de la localidad de Santuario (Fortuny 1972), en una zona cercana a donde se ha registrado la existencia de una área que posee capacidad para concentrar metales en la faja de deformación de Brealito (Hongn s/f). También, debe considerarse la posibilidad de disponibilidad de oro aluvial (González 2003).

Fuera del valle, los registros señalan la presencia de yacimientos de oro en la puna norte de Salta, en otras áreas puneñas y en el Departamento de Belén, como algunos de los más cercanos (Angelelli *et al.* 1970, Secretaría de Minería y Recursos Energéticos 2007, Subsecretaría de Minería de la Nación 1999).

8.5 Hueso

Los artefactos fabricados en hueso alcanzan en la muestra un total de 29. Este conjunto incluye distintos tipos de instrumentos, entre ellos 6 espátulas de La Paya (Tablas 20 y 35), tipo de artefacto que es frecuentemente relacionado con el consumo de alucinógenos (Llagostera *et al.* 1988, Tarragó 1989, Torres 1987), aunque en el caso de las analizadas, únicamente la N° ME 1127 de la tumba N° 41 está acompañada por otros artefactos del complejo de rapé (Ambrosetti 1907: 127-129). También se han registrado algunos artefactos de forma tubular, que podrían constituir parte de las denominadas "cornetas", que suelen estar compuestas por una boquilla y/o tubo largo de hueso adherido a una calabaza (Ambrosetti 1907: 438), varios torteros fabricados en astrágalos, analizados en más detalle antes entre los torteros de madera, e instrumentos de forma alargada, cuyo posible uso es difícil de establecer. Se incluye además un ejemplar de calota craneana en óseo animal, procedente de Tero, aparentemente formatizada por recorte y desgaste de sus bordes y superficie interna. Finalmente, la muestra se completa con un astrágalo con indicios del comienzo de la realización del orificio central, un *topu*, dos fragmentos que podrían corresponder a espátulas y

otros instrumentos, que por su estado fragmentario no se pueden determinar sus posibles usos (Lámina 90, Tabla 35).

De acuerdo a su morfología y la decoración presente en algunas de las piezas (compuesta de círculos con punto central de gran difusión en el área surandina), los materiales en hueso no muestran rasgos que pudieran considerarse alóctonos. Si bien esta investigación no pudo realizar un acercamiento a la determinación de a qué especies animales correspondían los materiales óseos utilizados, Ambrosetti menciona que para algunos instrumentos alargados y de punta roma se emplearon huesos de llama, y huesos largos de ñandú (*Rhea Americana*) para los tubos de cornetas (Ambrosetti 1907: 437-438), ambas especies componen parte de la fauna regional.

8.6 Otros materiales

La muestra además incluye otras 57 piezas fabricadas en diversos tipos de materiales (Tablas 21 y 36). Su análisis, con distintos niveles de profundidad según las posibilidades de esta investigación, ha permitido plantear, en algunos casos específicos, la procedencia alóctona de las materias primas con que están confeccionados.

La elaboración de recipientes a partir de **calabazas** se encuentra ampliamente registrada en distintas contextos tardíos del NOA (Alfaro y Gentile 1978, Ambrosetti 1901, 1906b, Boman 1908, Casanova 1938, 1942, 1963, Hernández Llosas 1983-85, Krapovickas 1958-59, etc.). En la muestra estudiada se encontró únicamente un ejemplar de calabaza pirograbada casi completo, procedente de La Poma, y algunos pocos fragmentos de La Paya y Tero (Tabla 36). Sin embargo, las frecuentes menciones de la presencia de una o dos calabazas, que pueden presentar decoración pirograbada, en tumbas[27] de La Paya (Ambrosetti 1907) dan cuenta del empleo de este material por parte de las poblaciones de la zona.

Estos objetos están confeccionados a partir del fruto del género *Lagenaria*, que suele ser empleado para la fabricación de contenedores, y cuya superficie resulta adecuada para ser pirograbada; pero no debe descartarse la posibilidad que se hayan utilizado también ejemplares del género *Cucúrbita,* aunque suele tener un uso principalmente alimenticio (Cutler y Whitaker 1961, Whitaker 1948). Desde el punto de vista de las áreas en que se desarrollan, ambos géneros tiene

[27] Tumbas N° 15, 33, 66, 81, 101, 103, 116, 131, 133, 164, 173 y 193.

una amplia distribución en el NOA, a excepción de puna y pre-puna (Lema 2009, Whitaker 1983, Piperno y Pearsall 1998), por lo que bien podrían haberse encontrado disponibles en el VC.

Desde el punto de vista iconográfico, la decoración grabada en las calabazas puede ser un indicador de vínculos interregionales. Si bien en la muestra existe un único ejemplar con diseños grabados, en la bibliografía existen algunas otras referencias de calabazas decoradas del VC. La pieza incluida en la muestra (N° ME 618), procedente de La Poma, se encuentra completa y constituye una mitad de calabaza cortada longitudinalmente (Lámina 91). Presenta pirograbadas dos serpientes bicéfalas, imagen que constituye un elemento iconográfico santamariano.

Fuera de la región calchaquí, se han hallado calabazas decoradas con motivos serpentiformes, iconografía que remite al ámbito santamariano, en contextos tardíos de la región del río Loa, Atacama y la puna de Jujuy (Ambrosetti 1901, Durán 1976, Hernández Llosas 1983-85, Oyarzún 1929, Rydén 1944). Entre esos ejemplares, una calabaza procedente de Chiu Chiu (Lámina 91.A) presenta fuerte similitud con la de La Poma, mientras que motivos de un ejemplar de Atacama (Lámina 91.B) y otro de la puna de Jujuy (Lámina 91.C) lo hacen con las serpientes de la cerámica santamariana del valle de Yocavil o la cerámica Belén (Lámina 91). Las demás serpientes bicéfalas representadas en las calabazas del Norte de Chile, por ejemplo una de Calama (Lámina 91.D), y otra de la puna argentina (Lámina 91.E) son diferentes entre sí, lo cual no permite plantear mayores relaciones, únicamente son evidencia de la presencia de iconografía del área santamariana en esas regiones.

En la bibliografía, existe el registro de dos calabazas encontradas en el VC, procedentes de Pucarilla al SO de Angastaco, con motivos de escutiformes (Ambrosetti 1901), característicos de la iconografía santamariana (Lámina 92.A). En calabazas de la región del Loa aparecen motivos iconográficos de escutiformes muy similares a esos (Berenguer 2004, Rydén 1944) (Lámina 92.B, C y D). A estos hallazgos puede sumarse otro más reciente, de un fragmento de calabaza con un motivo de escutiforme muy similar a los anteriores en el sitio Los Viscos, valle del Bolsón (Departamento de Belén, Catamarca) (Ávila y Puente 2008) (Lámina 92.E).

Además, este tipo de motivos de escutiformes santamarianos se encuentran presentes, también en otros soportes, en ciertas regiones del NOA y N de Chile. Por ejemplo, se encuentran en la fase Santa Bárbara II del arte rupestre de la región del río Loa (Lámina 92.F), en el arte rupestre

de Inca Cueva-1, Departamento de Humahuaca, Jujuy, (Aschero 1999: 131, Berenguer 2004), de Antofagasta de la Sierra (Aschero 1999: 125) (Lámina 92.G), de Laguna Blanca (puna catamarqueña) y de la puna salteña (quebrada de Matancillas), siendo en estos dos últimos casos motivos grabados muy esquemáticos (Tarragó *et al.* 1997) (Lámina 92.H e I).

Asimismo, escutiformes, y otros motivos santamarianos, se han registrado en placas metálicas del Norte de Chile como en el sitio inkaico de Catarpe (Lámina 92.J y K) y en Taltal (Lámina 92.L).

Otro de los motivos que pueden resultar relevantes como indicios de interacción[28] son los *suris*, comunes en la iconografía santamariana. En colecciones arqueológicas de la región del Loa, Atacama y puna de Jujuy, que en términos amplios corresponden a momentos tardíos, se hallaron calabazas donde aparece recurrentemente un motivo iconográfico de *suris* muy estilizados (Durán 1976, Hernández Llosas 1983-85, Llagostera 2004, Oyarzún 1929, Rydén 1944). Ese tipo de representación puede observarse en la decoración de la cerámica CMP, en la que se reconoce que "A characteristically stylized "ostrich" is also common." (Bennett *et al.* 1948: 62), y en alfarería de sitios inkaicos al sur del Lago Titicaca (Rydén 1947) (Lámina 93).

En síntesis, con relación a la iconografía en calabazas estrictamente, en los ejemplares del VC no se evidencian motivos foráneos, aunque pueden señalarse semejanzas entre las escasas calabazas pirograbadas conocidas del valle y los ejemplares de la región del río Loa que exhiben iconografía santamariana. Asimismo, diseños santamarianos se presentan en calabazas y otros soportes de la puna argentina y el Norte de Chile, indicando procesos de circulación de, al menos, iconografía del ámbito santamariano en sentido amplio hacia otras regiones de los Andes del Sur durante la época tardía y/o inka.

Por su parte, las **nueces**, frutos del nogal silvestre o criollo (*Juglans australis*), han sido registradas en distintos contextos tardíos del NOA, casi exclusivamente formatizadas para funcionar como cascabeles (Casanova 1938, Cigliano 1973, Krapovickas 1958-59, Nielsen 2007, Palma 1997-98, Von Rosen 1924, etc.). En particular en el VC, se encuentran presentes en La Paya, en las tumbas N° 72 y 185 con varios ejemplares cada una (Ambrosetti 1907), y en El Churcal, como lo

[28] Claramente, existen muchos otros motivos representados en calabazas de la región surandina pero son mayormente no figurativos y suelen presentar una amplia dispersión geográfica por lo que no permite establecer algún tipo de relación entre áreas específicas.

indica el registro en la muestra de un ejemplar procedente del rescate de una aparente tumba por P. P. Díaz en 1970 (Lámina 94, Tabla 36) y la mención bibliográfica de su presencia en la tumba C14 de ese sitio (Raffino 1984: 249).

El nogal silvestre o criollo, árbol que puede alcanzar, en ambientes propicios, hasta 30 m de altura, es característico de las yungas que se extienden por Jujuy, Salta y el NE de Catamarca, entre los 500 y 1500 msnm (Corcuera 1997, Santos Biloni 1990, Serrano 1963). En este sentido, los cascabeles fabricados en frutos de nogal del VC pueden considerarse un material foráneo[29], llegado, ya sea como recursos y/o de objetos terminados, desde las selvas occidentales. Alcanzar esta zona desde el VC no implica necesariamente grandes distancias ya que, por ejemplo, por una de las vías de comunicación principales hacia el oriente, que atraviesa por la Cuesta del Obispo y la Quebrada de Escoipe, se alcanza un ambiente propicio para el crecimiento del nogal silvestre. Este mismo trayecto, aunque en sentido inverso, desde la localidad de El Carril hacia Cachi, fue realizado por Ambrosetti a principios del siglo XX, el cual fue cubierto en dos jornadas a caballo (Ambrosetti 1907: 17-29).

Por otro lado, en la muestra se han registrado algunos ejemplares **malacológicos**, procedentes de los sitios La Paya, Tero y de la zona de Cachi (Lámina 95, Tabla 36). La pieza de La Paya (N° ME 1308), perteneciente a la tumba N° 11, esta constituida por tres fragmentos de la misma valva, que de acuerdo a la información publicada por Ambrosetti (1907: 102) corresponde al género *Pecten*, determinación actualmente reconfirmada por especialistas (Diego Zelaya com. pers. 2010). Este es un espécimen marino de disponibilidad en la costa del Océano Pacífico, y por lo tanto material foráneo en el VC. Este no es el único caso en La Paya, sino que ha sido reconocida por Ambrosetti en otras cinco tumbas (N° 27, 63, 116, 121 y 161) y por Boman en la Casa Morada (Boman 1908: 246, fig. 20).

Por su parte, de Cachi procede otra valva (N° ME 516), también perteneciente al género *Pecten* (Diego Zelaya com. pers. 2010).

Entre las piezas de Tero se incluye un fragmento de valva marina (según la información de las fichas de inventario del MAC) recuperada en la excavación del Recinto 5 de Tero, pero no hay mayores datos para ajustar su determinación de género y/o especie, aunque se observa que no

[29] Además, pobladores actuales del valle Calchaquí manifiestan que este árbol no crece naturalmente en la región, aunque si existen plantaciones del otro tipo de nogal en la actualidad.

presenta las mismas características que las valvas de La Paya y Cachi anteriormente mencionadas. Asimismo se ha registrado un aparente colgante fabricado en una concha cónica trunca (N° MAC 4012), que corresponde al género *Scurria* propio del Océano Pacífico que puede encontrarse en las costas del centro y norte de Chile (Diego Zelaya com. pers. 2010). Por último también se incluyen una cuenta rectangular con dos perforaciones, posiblemente para ser adosada sobre un tejido u otra superficie, y un instrumento circular pequeño, piezas que por su alto grado de modificación (recorte y pulido) no fue posible determinar o aproximar el género o especie empleada para su fabricación.

Es importante destacar, aunque no forme parte de la muestra analizada, la mención de la presencia de otros géneros de moluscos en La Paya (Ambrosetti 1907: 518). Por un lado, se señala el hallazgo de un caracol perteneciente al género *Bulimus* en el hallazgo N° 55, espécimen terrestre de amplia dispersión en el NOA y todo el centro y norte de Argentina (Doering 1875, Fernández 1973), y de "...un fragmento de concha marina, al parecer del género *Cardium*." (Ambrosetti 1907: 224) en la tumba N° 135. Este último género está representado, en América del Sur, por el género *Trachycardium*, presente en aguas cálidas del Océano Atlántico, o por los géneros *Nemocardium* y *Microcardium* (Diego Zelaya com. pers. 2010), en el Océano Pacífico que pueden alcanzar el norte y centro de Chile, aunque son de presencia inusual (Clench y Smith 1944). Lamentablemente el espécimen no parece haber ingresado al depósito del ME, dada su ausencia en los registros del Catálogo de ese museo y la falta de un número de identificación en la publicación de Ambrosetti (1907), por lo que no se encuentra disponible para efectuar su determinación.

Es difícil evaluar la confiabilidad de las determinaciones realizadas en el trabajo de Ambrosetti (1907) del material malacológico recuperado de La Paya. El autor menciona que "...la determinación específica no ha sido posible efectuarla, por falta material de tiempo, por parte de especialistas." (Ambrosetti 1907: 518), y al mismo tiempo en ningún punto de la obra refiere que la determinación genérica fuera llevada a cabo por algún experto en especial.

Por otro lado, de acuerdo a las fotografías disponibles, los ejemplares recuperados en las excavaciones muestran un importante grado de desgaste (Diego Zelaya com. pers. 2010).

Todas estas circunstancias hacen sumamente difícil considerar como efectiva la presencia de una valva del género *Cardium* en La Paya, sumado a que en algunos aspectos ellas son similares

las valvas de *Pecten* (género al que corresponderían todas las demás valvas marinas recuperadas de La Paya).

Otro material mencionado en varias oportunidades en la publicación de La Paya es una sustancia resinosa, que fue identificada como la **resina de yareta** (*Azorella madrepórica*) mediante análisis específicos (Ambrosetti 1907: 125). Esta sustancia se presenta en general en forma de una masa cilíndrica con un orificio de suspensión en uno de sus extremos o como una masa subesférica con un orificio que la atraviesa por el centro. La misma ha sido registrada con la denominación "resina de yareta" en las tumbas N° 39, 40 y 88a, o como "fruto seco", como fuera aclarado por Ambrosetti (1907: 520), en las tumbas N° 56, 102, 126, 131 y 165 de acuerdo a nuestra revisión y análisis del contenido de las tumbas/hallazgos de La Paya.

Este material está representado en la muestra analizada por dos pieza (Nº ME 1218 y 6187), que corresponden a una masa alargada, de color marrón oscuro, que aunque no se encuentran completas no parecería haber mucho material faltante, y con un orificio de suspensión en un extremo (Lámina 96). Otras dos piezas de este tipo de material (N° ME 1199 y 1226), corresponden a una masa subcilíndrica, corta, que presenta un orificio que atraviesa el interior de la pieza en sentido longitudinal (Lámina 96).

La yareta es una planta del ámbito altoandino que crece en los cerros entre los 3200 y 4500 m, de altura en clima frío y casi sin necesidad de la existencia de tierra (Villagrán y Castro 2003). Si bien es parte de la flora característica de la región puneña (Cabrera 1971, Reboratti 2006), en las laderas orientales de las cadenas montañosas que separan el VC de la puna, por sobre los 3000 msnm, se encuentra en relativa abundancia (observación personal), pudiendo ser considerada un recurso de disponibilidad regional.

En cuanto a la **cestería**, sólo se han registrado y estudiado dos fragmentos de cestas de no más de 170 x 110 mm, procedentes de la misma tumba (Nº 163). Las técnicas de manufactura de ambos son diferentes, siendo la pieza Nº ME 1650 un fragmento de borde de cestería espiralada y la Nº ME 1649 corresponde a la técnica acordelado envuelto (Cecilia Pérez de Micou com. pers. 2008). La primera de las técnicas cesteras es de amplia distribución tanto espacial como temporal en el NOA (Pérez de Micou y Ancibor 1994, Calo 2008), mientras que la segunda, si bien es más inusual, ha sido registrada en contextos tardíos en el valle de Yocavil (Tarragó y Renard 1999) (Lámina 97).

Con relación a la materia prima, no se realizaron análisis específicos, pero, al menos para la técnica de acordelado, suele emplearse *Cortadeira sp.* (Cecilia Pérez de Micou com. pers. 2008), una planta que crece en abundancia a la vera de los cursos de agua en el VC (Cabrera 1958, 1971).

Asimismo, la muestra incluye restos de **pigmentos** rojo y blanco (Lámina 98, Tabla 36), todos ellos recuperados de La Paya (tumbas Nº 67, 80, 87, 102, 119 y 135 y uno de contexto de hallazgo desconocido). Se presentan en forma de panes discoidales o cilíndricos, o en trozos pequeños. De acuerdo a la publicación, este tipo de hallazgo se registra en un total de 25 tumbas de La Paya, siempre en esos mismos colores, y en algunos casos presentaba improntas de la bolsita tejida o del canasto que lo contenía (Ambrosetti 1907: 141 y 260). Con respecto al tipo de sustancia mineral de que se trata, no hay mayores datos al respecto en la publicación, ni pudieron realizarse análisis específicos.

Pequeños fragmentos de varios otros **minerales** (Tabla 36) forman parte de la muestra. Siete de ellos provienen de La Paya y han sido reconocidos como turmalina (Ambrosetti 1907: 221), azufre (*op. cit.*: 117), yeso (*op. cit.*: 141 y 208), pirita y mineral de cobre (Catálogo del ME). Los dos minerales restantes de la muestra fueron recuperados en Tero y señalados como correspondientes a baritina (Inventario del MAC). La presencia de algunos de estos minerales es mencionada en estudios de la geología regional (Hongn s/f).

En la muestra se incluye un tipo de objeto particular que fuera denominado en un primer momento "clavos" por Ambrosetti (1907: 117), presente en dos tumbas de La Paya (Nº 31 y 152) (Lámina 99). Ese autor los describe como "...unos objetos en forma de clavos de color verde y superficie estriada de una substancia terrosa..." (Ambrosetti 1907: 117) y fueron objeto de análisis específicos (*op cit.*: 118-119).

Los cuatro ejemplares de la muestra estudiada (Tabla 36) se encuentran fragmentados, son de forma largada casi cilíndrica, presentan estrías en sentido longitudinal en todo su contorno, y tres de ellos constituyen uno de los extremos de la pieza en donde el diámetro aumenta dándole una forma levemente cónica. Por sus características parecerían ser parte de la base de **astas** de cérvido, situación mencionada por Ambrosetti: "...parecen ser pequeños y juveniles cuernos de ciervo." (Ambrosetti 1907: 527). Los cérvidos, taruca o huemul, constituyen parte de la fauna regional

(Santos Gollán 1958, Tarragó y De Lorenzi 1976), por lo que pueden considerar un recurso disponible localmente.

Una particularidad de estas piezas es que todas ellas presentan un color verdoso en su superficie externa, que Ambrosetti atribuye a una sustancia colorante "verde de cobre" con la que eran pintados (Ambrosetti 1907: 527), situación también señalada por el análisis de la composición química de esos "clavos" que ha mostrado incluir un cierto porcentaje de cobre (Ambrosetti 1907: 119). Se ha señalado la utilización de astas o cornamentas de ciervo como herramientas mineras en el área andina, y también en Europa, entre ellas se mencionan las de La Paya, con manchas de cobre (González 2004: 64-66).

Otros hallazgos relacionados con la actividad metalúrgica en la muestra son los **refractarios** y restos de **escorias** metálicas (Lámina 100, Tabla 36), procedentes de La Paya y Tero. Del hallazgo N° 59 de La Paya fueron recuperados un crisol completo y restos de un molde, aparentemente de placa rectangular (Ambrosetti 1907: 135), y de la tumba N° 27 un fragmento de otro posible molde (Ambrosetti 1907: 115), mientras que de Tero se recuperaron dos fragmentos correspondientes a otro refractario, aunque sin contexto de hallazgo especifico. Por su parte, las escorias metálicas, halladas en las tumbas N° 23 y 128 de La Paya, y otra sin contextos de hallazgo del mismo sitio, constituyen concreciones de forma irregular muy pesadas con restos de cobre adherido. El análisis de una de ellas (N° ME 1398) mostró proporciones dispares de metal en una misma pieza (98,55% y 27,40%, en esta último porción acompañada de importante cantidad de ganga silícea) (Ambrosetti 1907: 414).

Los materiales restantes incluyen fragmentos muy pequeños y deteriorados de un **textil** y restos de una concreción de **maíz** carbonizado, ambos de La Paya aunque sin contexto de hallazgo. Asimismo, se registraron dos **dientes caninos** que proceden de la tumba N° 73 de La Paya, correspondientes a "...un carnicero mediano, seguramente zorro..." (Ambrosetti 1907: 151), especie de la fauna local (Santos Gollán 1958, Tarragó y De Lorenzi 1976), y un **petroglifo** realizado en la cara interna de una placa de esquisto que se encuentra partida en un plano longitudinal, de la tumba N° 176 de La Paya. Una de las mitades presenta una perforación central de forma irregular y dos figuradas talladas en su superficie interna (rectángulo y camélido).

Por último, se encuentran varios **torteros** de cerámica, analizados previamente, una **figurina** antropomorfa de cerámica de Tero y un **artefacto indeterminado**, de forma cónica, manufacturado en una sustancia blanda de color marrón claro, recuperado de La Paya.

8.7 Otros materiales referidos en la bibliografía.

En la revisión bibliográfica se han detectado una serie de materiales cuya consideración como evidencias de interacción resulta relevante, aunque algunos de ellos no habían sido explícitamente estimados como tales.

Entre ellos se incluye el hallazgo de **sustancias tintóreas**, indicadas como grana de tunilla o cochinilla indígena, uvilla y socondo, en la tumba N° 161 de La Paya (Ambrosetti 1907: 242). La ausencia de estos materiales para análisis directo impide confirmar dicha determinación, sin embargo se pueden hacer algunas consideraciones al respecto.

La cochinilla indígena (género *Dactylpius*) es un insecto parásito de diferentes especies de cactáceas del género *Opuntia*, que debido al contenido de ácido carmínico en su cuerpo es utilizada como colorante natural (Diodato *et al.* 2004). Cinco de sus nueve especies (*D. ceylonicus, D. austrinus, D. confertus, D. salmianus* y *D. zimmermanni*) se distribuyen en las zonas andinas del NOA, Bolivia y Paraguay (Rodríguez y Niemeyer 2000). Por su parte, el género *Opuntia*, con especies como *O. soehrensii* y *O. sulphurea* presentes en la Provincia de Salta a altitudes entre los 2000 y 3500/4000 msnm (Zuloaga y Morrone 1999), es muy abundante en la provincia fitogeográfica Pre-puneña (Cabrera 1971), que en el VC se extiende aproximadamente desde la localidad de Payogasta hacia el norte (Tarragó y De Lorenzi 1976). De acuerdo entonces a la información sobre la distribución conocida tanto de la cochinilla como de su huésped, se puede considerar que se trata de un recurso de disponibilidad regional.

De acuerdo al catálogo de nombre vulgares de plantas de Argentina, con el nombre uvilla se conoce a las especies *Berberis ruscifolia* Lam., a *Physalis viscosa* L. y a *Salpichroa origanifolia* (De la Peña y Penseiro 2004: 188). La primera de ellas es un arbusto del litoral argentino, las dos restantes son hierbas que, entre otras zonas, se dan en el NOA entre los 0 y 2000 msnm la primera y hasta los 2500 la segunda (Zuloaga y Morrone 1999).

Socondo se denomina a las especies *Galium corymbosum* y *Galium richardianum* (De la Peña y Penseiro 2004: 172). La primera es una hierba que crece protegida entre las grietas de las rocas en las Provincias de Jujuy, Salta y Tucumán entre los 1500 y 5000 msnm, mientras que la segunda se registra en Salta, y muchas otras provincias, entre los 0 y 1500 msnm (Zuloaga y Morrone 1999).

Tanto para el caso de uvilla como de socondo, si bien algunas de las especies denominadas con esos nombres crecen en áreas alejadas del valle Calchaquí, otras especies se dan en Salta en rangos altitudinales que coinciden con los del valle, por lo que por el momento no hay mayores elementos para considerarlas como recursos de origen alóctono en el VC. Además, un estudio realizado a fines del siglo XIX destaca que los campesinos de Tucumán hacían uso frecuente de una amplia variedad de recursos naturales, animales o vegetales, como tinturas, entre los que se menciona la cochinilla y el socondo, ambos señalados como muy abundantes en las serranías, e incluso en toda la provincia el primero (Liberani 1882).

En el sitio El Churcal se menciona el hallazgo de algunos macro restos vegetales (Raffino 1984), entre los que se incluyen frutos de nogal (*Juglans australis*) y calabazas y zapallos (*Cucurbita pepo* y *Cucurbita maxima*), cuyas zonas de distribución fueron tratadas más arriba. Además se registraron vainas de algarrobo (*Prosopis alba*), árbol de abundante presencia en el VC (Cabrera 1971), restos de maní (*Arachis hypogaea*), de poroto (*Phaseolus sp.*) y de maíz (*Zea mays*), correspondientes a las razas Pisingallo, Chulpi, Capia y Morocho (Raffino 1984).

El **maní** cultivado (*Arachis hypogaea)* se habría originado en una zona que abarca desde el SE de Bolivia hasta el NOA, área de vegetación chaqueña entre los 250 y 1250 m de altura aproximadamente, donde crece espontáneamente *Arachis monticola*, especie silvestre que constituye su pariente más próximo, y donde se encuentran especies que aportaron genéticamente a *A. hypogaea* como *A. duranensis* y *A. ipaensis* (Parodi 1966, Krapovickas 1968, 2004, Giayetto 2006, Piperno y Pearsall 1998). Si bien las especies silvestres se desarrollan en tierras bajas de la vertiente oriental andina, el maní domesticado (*A. hypogaea*) se cultiva en otras zonas ambientales y a mayores alturas, como podría ser el caso del valle Calchaquí (Krapovickas 1968, 2004, Krapovickas y Gregory 1994).

En cuanto al **poroto**, esta legumbre de origen americano ha sido cultivada por las poblaciones prehispánicas del NOA, en zonas como la Quebrada de Humahuaca y los valles Calchaquíes (Dawson 1960, Parodi 1966, Menéndez Sevillano y Ferreira 2008). La variedad *Phaseolus vulgaris* var. *aborigineus* que crece en valles húmedos de la Cordillera Oriental de los Andes entre los 700 y 2600 msnm abarcando las provincias fitogeográficas de Yungas, Monte y Pre-puna, y la variedad *Phaseolus lunatus* L var *sylvester* Baudet, en altitudes bajas a medias en ambientes estacionales secos de sabanas y montes de las Provincias de Chaco, Jujuy y Salta (Lema 2009, Menéndez Sevillano *et al.* 1998, 2003, Zuloaga y Morrone 1999), constituyen los antecesores silvestres de *Phaseolus vulgaris* L var *vulgaris* (poroto común) y *Phaseolus lunatus* L (poroto pallar) respectivamente, especies domésticas registradas arqueológicamente en el NOA. Por ejemplo, la variedad *vulgaris* fue identificada en las cuevas de Huachichocana III, en la pre-puna de Jujuy, y en el sitio SSalLap 20, en las cabeceras del VC, en sitios formativos de la Falda del Aconquija y del área de Andalgalá en Catamarca, en el sitio Punta de la Peña 4 en la zona de Antofagasta de la Sierra y en el sitio El Shincal en el valle Hualfín, de época inka-hispano/indígena (Lema 2009, Tarragó 1980b). Por su parte, la variedad *lunatus* fue hallada en este último sitio y en Pampa Grande, en el oriente salteño (Lema 2009). También fueron recuperadas semillas de poroto en uno de los silos del sitio Los Graneros, en el sector norte del VC, instalación estrechamente asociada al camino inkaico (Tarragó y González 2003). Actualmente, es el cultivo que mejor se da en Cachi Adentro, por lo que posiblemente haya constituido un producto cultivado en tiempos prehispánicos en la zona de Las Pailas (Tarragó 1980a).

En la actualidad, más allá de ser Salta la provincia que presenta el mayor porcentaje de área de cultivo comercial de poroto de Argentina (Menéndez Sevillano *et al.* 2003), aún se siembra poroto pallar en el sector norte de los valles calchaquíes como parte de la base alimentaria de los campesinos actuales (Santoni y Torres 1995-96).

En este sentido, la distribución geográfica de las variedades silvestres y cultivadas y las evidencias de porotos en distintos contextos arqueológicos de los valles del Salta y Catamarca, desde al menos tiempos formativos, señalan que posiblemente se trataría de un recurso que se encontraba presente en el VC.

Por último, el **maíz** es un vegetal fácil de cultivar en una vasta área geográfica, y presenta una gran variedad de tipos de distintas características y usos (Dawson 1960, Parodi 1966). Ha

constituido un recurso fundamental de la subsistencia de las poblaciones tardías del NOA, entre ellas las del valle Calchaquí, quienes lo han cultivado en sus distintas variedades según lo atestiguan múltiples hallazgos arqueológicos (González 1979, Parodi 1966, Raffino *et al.* 1977, Tarragó 1980b, Tarragó y González 2003).

De manera muy sintética, a partir de la muestra analizada y algunos otros datos considerados se registraron en el VC un conjunto de bienes, recursos e información que permiten plantear algunos vínculos interregionales.

Por un lado existe un conjunto de evidencias que si bien sugieren conexiones con otras regiones no pueden considerarse como materiales foráneos en sí, en tanto constituyen parte del entorno material de las sociedades calchaquíes. Entre ellos se pueden incluir las piezas correspondientes a la subtradición Calchaquí (dada su mayor semejanza a la alfarería del valle de Yocavil), la cerámica negra pulida, que es propia de los sectores norte y central del VC pero que presenta similitudes con piezas de la Quebrada del Toro, las variantes 5 y 13 de torteros que se asemejan a ejemplares de la Quebrada del Toro y de Potrero Chaquiago en el Bolsón de Andalgalá respectivamente, y la iconografía santamariana en calabazas, metales y arte rupestre que ha alcanzado a la región de la puna y el Norte de Chile.

Por otro lado, existe otro conjunto de evidencias constituido por materiales que presentan algunas características que pueden considerarse foráneas en el VC. Aquí se incluyen todos los bienes inkaicos, como las alfarerías Inka Provincial e Inka Mixto (Tabla 14), los *keros* y los *tumis*, en tanto exhiben rasgos estilísticos que no constituyen parte del acervo de las poblaciones locales, previamente a la ocupación inka del VC. Asimismo, este conjunto lo componen las vasijas con rasgos alóctonos (Tabla 15), la obsidiana, el estaño, ciertas maderas, las nueces y las valvas marinas, y también aquí podría incluirse la iconografía en tabletas y tubos que mostró fuertes semejanzas con materiales de la región del río Loa, la puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca.

CAPÍTULO 9: CONTEXTOS Y CRONOLOGÍA DE LAS EVIDENCIAS DE INTERACCIÓN INTERREGIONAL EN LA MUESTRA.

A partir del análisis de la muestra se ha detectado la presencia de una serie de bienes, recursos y estilos foráneos en el registro arqueológico del valle Calchaquí. La asociación de esos materiales a contextos de hallazgo específicos permitió discriminarlos, hasta donde resultó posible, cronológicamente y con relación a las esferas de la práctica social en las que operaron, información esencial a fin de reconocer sus posibles modificaciones en la manera en que se presentan en el tiempo.

Como fue mencionado en el Capítulo 4.2, con relación a la historia de ocupación tardía del valle Calchaquí se reconoce un momento inicial y otro avanzado dentro del PDR, este último netamente vinculado a la ocupación santamariana, y posteriormente la época de ocupación inkaica.

La segregación temporal de las evidencias de interacción interregional de la muestra se basó en la realización de algunos fechados sobre materiales específicos, pero fundamentalmente en la existencia o no de asociación a materiales inkaicos en tanto una asociación positiva permite asignarlos a un lapso comprendido aproximadamente entre mediados del siglo XV y mediados del XVI. Sin embargo, la agrupación de un conjunto de materiales con objetos inka no implica necesariamente que todos ellos correspondan a época inkaica, como en el caso de tumbas donde se encuentran depositados más de un esqueleto. En este sentido, hay que considerar cada contexto con materiales inkaicos en particular. Asimismo, se ha tenido en cuenta que la ausencia de asociación con materiales inkaicos no implica necesariamente que no correspondan a ese lapso, pero no hay mayores elementos para distinguirlos.

De acuerdo al relevamiento realizado sobre la "Colección La Paya", desde el análisis directo de materiales, los catálogos del ME y la publicación de Ambrosetti, en este momento se puede sostener que existirían, al menos, 28 tumbas y/o hallazgos con materiales inkaicos en La Paya (tumbas N° 3, 6, 7, 11, 28, 61, 63, 71, 72, 73, 97, 100, 103, 110, 116, 128, 133, 153, 155, 161, 165, 169, 173, 175, 185, 193, y 199 y hallazgo N° 74). Ocho de esas tumbas (N° 6, 63, 72, 97, 133, 165, 173 y 193) corresponden netamente a época inkaica, dado que en ellas fue enterrado únicamente un cuerpo, al igual que probablemente el hallazgo N°74, que se trata de un pozo pircado "...que no

contenía esqueleto ni hueso alguno." (Ambrosetti 1907: 151) en el que se encontraban depositados mayormente materiales inkaicos, especialmente vasijas.

En el caso de Tero, de acuerdo a la información del inventario de piezas completas del MAC, se han recuperado materiales de 38 entierros y 17 recintos[1], de varios sondeos y trincheras y en recolecciones superficiales. El relevamiento de parte de esos materiales y los datos del inventario permiten señalar la presencia de escasas piezas inkaicas (7 vasijas y 1 *tumi*), que proceden de los recintos 2 y 14, de los entierros 4, 12 y 45[2] y de contextos de hallazgo sin especificar. A estas se pueden sumar 12 puntas de hueso que posiblemente correspondan a época inka, las cuales se encuentran ingresadas en el inventario sin datos de su contexto de hallazgo.

Como se planteó en el capítulo anterior, en el análisis de la muestra se detectaron una serie de bienes, recursos e información que permitió plantear algunos vínculos entre sociedades del VC y las de otros ámbitos, distinguiéndose un grupo de evidencias de rasgos considerados propios del VC y otro grupo de evidencias constituido por materiales de características efectivamente foráneas en el VC. La cronología y los contextos de hallazgo de estos dos conjuntos serán considerados separadamente.

Con relación al primer conjunto de evidencias, en la muestra se presentan 71 piezas correspondientes a la subtradición *Calchaquí*. Estas proceden del sitio La Paya, de tumbas y hallazgos, de excavaciones en recintos y de otros contextos desconocidos, y del sitio Tero, de recintos y entierros (Tabla 12). De los materiales contextualizables de este conjunto se puede indicar la asociación efectiva de 5 piezas de la subtradición *Calchaquí* provenientes de La Paya (N° ME 945, 946, 1037, 1740 y 1943) a contextos con materiales inkaicos. Esto sugeriría que esta tradición de manufactura de las sociedades tardías aparentemente podría haber continuado en momentos inkaicos.

En cuanto a la alfarería negra pulida, la misma se registra en sitios y contextos que abarcan todo el Período de Desarrollos Regionales y la época Inka (Baldini y Sprovieri 2009). En la muestra en particular las piezas proceden de La Paya, Tero y otras localidades del VC (Tabla 13),

[1] Entierros N° 2 a 8, 10 a 19, 22, 24, 26 a 29, 32, 34, 35, 37 a 41, 44 a 46, 48, 50, 55 y 59, Recintos N° 1, 2, 3, 5 a 9, 11 a 14, 16 a 18, 21, 22 y 56.

[2] Los entierros 4 y 12 son múltiples presentando 11 y 13 individuos respectivamente. En cuanto al entierro 45 no se encontraron datos en los registros del MAC sobre la cantidad de individuos inhumados.

encontrándose asociadas a tumbas y/o hallazgos con materiales inkaicos en La Paya en siete casos [3] y en nueve contextos con material inkaico de Tero[4].

En el caso de los torteros analizados que muestran similitudes con materiales de otras regiones, observamos que los ejemplares correspondientes a la variante 5 son nueve, siete proceden de La Paya y dos de Tero. En un caso en La Paya y uno en Tero se encuentran asociados a contextos con materiales inkaicos. Por otro lado, los tres ejemplares de torteros registrados en la variante 13 provienen de Tero, de contextos sin asociación a materiales inkaicos, sin embrago, dado que las similitudes se dan con ejemplares del centro administrativo inkaico de Potrero Chaquiago, se podría sospechar que estuvieran mayormente relacionados a momentos inkaicos.

Finalmente, con relación a la iconografía santamariana fuera de los Valles Calchaquíes, como ya indicamos, la iconografía de escutiformes y serpientes bicéfalas se encuentran en soportes como calabazas, metales y arte rupestre en la puna argentina y N de Chile, pero se trata de contextos sin fechados precisos, sino correspondientes a época tardía en términos generales[5] (Berenguer 2004, Durán 1976, Hernández Llosas 1983-85, Tarragó *et al.* 1997). Sólo el caso de las placas metálicas con escutiformes el sitio inkaico de Catarpe, en el N de Chile, pueden asociarse más precisamente a momentos inkaicos (Berenguer 2004, Tarragó *et al.* 1997).

Por otra parte, la iconografía de *suris* en calabazas de la puna y del norte chileno, al asimilarse al tipo de representación de dicho animal propia en la alfarería CMP y en cerámicas de sitios inka del altiplano de Bolivia, pueden vincularse a fenómenos de momento inkaico.

Con relación al conjunto de evidencias que presentan características efectivamente foráneas en el VC (evidencias "foráneas"[6]), una parte importante de esos materiales en la muestra, y otros consignados en la bibliografía regional, corresponden en sí mismos a objetos inkaicos (aríbalos y aribaloides, platos pato, ollitas pie de compotera, *tumis*, *keros*, etc.) por lo que no existen dudas de su efectiva pertenencia a momentos de la ocupación inkaica del VC.

---

[3] Las vasijas negras pulidas de La Paya en contextos con materiales inkaicos son: N° ME 882 (tumba N° 7), 906 (tumba N° 100), 1744 (tumba N° 128), 1941, 1948 y 1949 (tumba N° 173) y 1966 (tumba N° 185).

[4] Las vasijas negras pulidas de Tero en contextos con materiales inkaicos son: N° MAC 2403 a 2408 y 2448 (entierro 4) y 2427 y 2429 (entierro 12).

[5] Además, las calabazas de La Poma y Pucarilla consideradas anteriormente son de contextos de hallazgo desconocidos, por lo que no hay mayores elementos para establecer asociaciones cronológicas.

[6] Para facilitar la lectura mencionaremos a este conjunto de materiales con el término "foráneo/a", haciendo referencia a la existencia en ellos de características (de materia prima, rasgos decorativos, morfológicos o tecnológicos) que no son propias de materiales del VC, lo cual no significa necesariamente que ellos sean materiales importados.

Sin embargo, analizando los distintos tipos de materiales de caracteres foráneos en la muestra observamos comportamientos diferenciales con relación a su asociación cronológica. Las vasijas y/o estilos foráneos de la muestra manifiestan una fuerte y consistente asociación a la época inka. De las 75 vasijas "foráneas" en la muestra (Tabla 14 y 15), el 90,66% (N= 68) poseen rasgos inkaicos y/o se encuentran asociadas a contextos con materiales inkaicos. Este es el caso de todas las piezas Inka (Tabla 14), de tres piezas con similitudes a alfarería Yavi (N° ME 1015, 1736, 3995-2), de una pieza con semejanzas a alfarería de Quebrada de Humahuaca (N° ME 833), de una escudilla de interior negro bruñido (N° MAC 499) y del tiesto Yocavil Polícromo, estilo estrechamente asociado a la sitios inkaicos del área valliserrana central (D'Altroy *et al.* 1994), que procede del sitio Guitián (VCC), con fuerte componente inka (Tabla 15).

El único caso en que no existe una directa vinculación con contextos inkaicos es el de la vasija N° 28 que proviene la Cista 1 de ECH, donde fueron inhumados dos individuos (Raffino 1984: 258). Una datación radiocarbónica realizada por AMS sobre un premolar humano de este entierro arrojó un fechado de 1397-1488 AD (L. Baldini com. pers. 2009) (Tabla 37), lapso que se aproxima levemente a los primeros momentos de ocupación inka del VC. Sin embrago, la ocupación de ECH ha sido planteada mediante fechados e información cerámica para momentos avanzados de los Desarrollo Regionales, sin registro en las excavaciones de materiales inkaicos (Raffino 1984). En este sentido, al momento, no hay mayores razones para considerar que el contexto de la Cista 1 corresponda a la época inka.

En la bibliografía se menciona la presencia de un puco Poma N/R en la tumba N° 5 de La Paya (Ambrosetti 1907: 98-99, Dillenius 1909: fig. 20), la cual no contiene materiales inkaicos. Sin embargo, investigaciones recientes en el VC sostienen que este tipo de alfarería se suele presentar asociada a cerámicas de momento inkaico (DeMarrais 1997).

El resto de las vasijas y fragmentos cerámicos "foráneos" en la muestra (N= 6) (Tabla 15), que corresponden a dos fragmentos y una escudilla de tipo Yavi y una de interior negro bruñido, una tinaja símil Yocavil Polícromo de Amaicha y una escudilla Poma N/R de La Poma, proceden de contextos de hallazgos desconocidos, por lo que no hay elementos para hacer mayores aproximaciones a su cronología. No obstante, es importante mencionar que, como se señaló más arriba, el estilo Yocavil Polícromo se encuentra fuertemente vinculado a contextos inkaicos (D'Altroy *et al.* 1994), al igual que los pucos de interior negro bruñido y exterior ante.

Por su parte, las tabletas y tubos estudiados, que incluyen no solo aquellos analizados directamente sino también los referidos en la publicación de La Paya, tienen una fuerte asociación a contextos sin asociación a materiales inkaicos. De la totalidad de los artefactos estudiados que pudieron vincularse a su contexto de hallazgo específico (39/50) (Tabla 17), el 87,2% (34/39) no se encuentra asociado a materiales inkaicos y sólo el 12,8% (5/39)[7] sí lo hace. También resulta significativo que de las 18 tumbas de La Paya donde se han hallado tabletas y/o tubos para inhalación de alucinógenos, únicamente una de ellas (N° 161) contiene materiales de filiación inkaica.

Si bien la falta de asociación a materiales inkaicos no implica necesariamente que esas piezas correspondan al PDR, los resultados de dos fechados[8] que realizamos sobre la madera de estos artefactos los ubican cronológicamente dentro de los Desarrollos Regionales (Tabla 37).

Entre los objetos de madera estudiados, 12 mostraron estar confeccionados en maderas que presentan características similares a géneros y especies de la zona de yungas (Tabla 29). Esos 12 objetos se distribuyen entre 6 tumbas[9] y la Casa Morada de La Paya, mientras que un caso corresponde a una pieza de la zona de Cachi sin datos de su contexto de hallazgo.

Cinco de estos objetos presentan una clara asociación a contextos de época inka. Uno es el caso del *kero* (N° ME 4102-8) procedente de la CM. Los demás objetos constituyen parte del ajuar del entierro de un único individuo (tumba N° 72) y corresponden a un tambor (N° ME 1355) y su palillo de percusión (N° ME 1356), un "bastón"[10] (N° ME 1358) y un *kero* (N° ME 1357), que es el elemento que le asigna temporalidad inkaica al contexto.

---

[7] Estas cinco piezas asociadas a contextos inkaicos corresponden a los tubos N° ME 1869 y 1870 de la tumba N° 161 de La Paya, las tabletas N° MAC 2409 y 2435 del Entierro 4 de Tero y el tubo N° MAC 2431 del Entierro 12 del mismo sitio.

[8] Entre las tabletas y tubos depositados en el ME se seleccionaron dos artefactos de los cuales extraer muestras para fechar. Dicha selección estuvo condicionada por distintos factores. Por un lado, al ser artefactos de colecciones museológicas, no resultaba posible tomar muestras de piezas completas, por otro debían descartarse aquellas piezas que presentaban sustancias desconocidas adheridas a su superficie, probablemente producto de métodos de conservación aplicados al momento de ingreso de las piezas al ME a principios del siglo XX, para evitar contaminaciones de la muestra. Puede resultar relevante para considerar las fechas obtenidas destacar que los artefactos fechados constituyen piezas de tamaño relativamente pequeño, por lo que no implicarían necesariamente la utilización de troncos o trozos de madera de gran diámetro para su manufactura, evitándose tal vez los resguardos a las edades obtenidas necesarios al fechar madera de gran tamaño que puede quedar en circulación y reuso por bastante tiempo luego de ser cortada.

[9] Tumbas N° 48, 72, 106, 130, 131 y 132.

[10] Definitivamente este objeto, incluido entre los bastones por Ambrosetti, no pudo haber funcionado de igual manera que los demás bastones dado que la madera en que está fabricado es extremadamente blanda y liviana, a diferencia del resto fabricados en maderas duras y pesadas.

Las demás piezas cuyas maderas se asemejan a especies de las yungas proceden de tumbas de La Paya que no contienen materiales de filiación inka (en 6 casos) y de la zona de Cachi sin datos contextuales (en un caso).

En cuanto a las valvas marinas, los cuatro ejemplares incluidos en la muestra están asociados uno (*Pecten sp.*) a materiales inkaicos en La Paya (N° ME 1308 de la tumba N° 11), otro a un contexto sin material inka en Tero (N° MAC 2454 del recinto 5) y los otros dos a contextos de hallazgo desconocidos de Tero (*Scurria sp.*) y Cachi (*Pecten sp.*). Si se consideran también los otros hallazgos de valvas marinas en La Paya observamos que de 6 tumbas de La Paya, en 3 se asocian estas valvas a materiales inkaicos[11] y en las otras 3 no se incluyen ese tipo de objetos[12], mientras que existe registro también de una valva de *Pecten purpuratus* que procede del contexto inkaico de la Casa Morada (Boman 1908: 246, fig. 20). Por otro lado, los datos preexistentes de este tipo de hallazgos en otros sitios de la región los vinculan a contextos inkaicos (De Lorenzi y Díaz 1977).

En otras zonas del NOA, se ha mencionado la presencia de valvas marinas, incluso de ejemplares del género *Pecten*, en contextos correspondientes a los Desarrollos Regionales (Nielsen 2006b, 2007, Palma 1997, Tarragó 2000).

Toda esta información plantea la posibilidad que no necesariamente todas las valvas marinas del VC correspondan a la época inka, en especial porque en la tumba N° 121 de La Paya se encuentran asociados, en el ajuar del único individuo enterrado, una valva de *Pecten* y un tubo de inhalación, que fue fechado en 1291-1394 DC (Tabla 37).

Otros materiales alóctonos, como la obsidiana, muestran una asociación relativamente más equilibrada entre contextos con y sin materiales inkaicos. Entre la obsidiana de la muestra factible de vincularse a un contexto de hallazgo específico (25/125)[13], el 64% se vincula a contextos sin materiales inkaicos. Asimismo, si consideramos cómo se distribuye en la totalidad de tumbas/hallazgos de La Paya, observamos que entre las 38 tumbas que incluyen obsidiana, 27 (71%) no presentan materiales inkaicos. Por otro lado, en estudios realizados sobre conjuntos líticos de sitios tardíos del VC se destaca la presencia de artefactos confeccionados en obsidiana tanto en

[11] Pieza N° ME 1091 (tumba N° 63), piezas N° ME 1581, 1582 y 1583 (tumba N° 116) y pieza N° ME 1856 (tumba N° 161), todas señaladas como pertenecientes al género *Pecten* por Ambrosetti (1907).
[12] Pieza N° ME 1175 (tumba N° 27), pieza N° ME 1378 (tumba N° 121), ambas señaladas como ejemplares del género *Pecten* (Ambrosetti 1907), y pieza sin número (tumba N° 135) especificada como aparentemente del género *Cardium* (Ambrosetti 1907), pero como ya señalamos anteriormente habría que tomar muchos recaudos con esta determinación.
[13] La totalidad de los artefactos de obsidiana que componen la muestra proceden de La Paya

contextos correspondientes al PDR, inicial y avanzado, como en contextos inkaicos (Sprovieri 2005, 2009a, Sprovieri y Baldini 2007, Chaparro 2002, 2007), e incluso se resalta una utilización continua de las mismas fuentes en el tiempo (Chaparro 2007, Sprovieri 2005, Sprovieri y Glascock 2007).

Una situación similar se observa entre los objetos metálicos, que de acuerdo a los análisis existentes para la metalurgia santamariana de los Valles Calchaquíes (Ambrosetti 1904, 1907, Boman 1908, Gluzman 2008, González 1994, 2002, 2004, Jacob 2000, Lechtman y González 1991), muy probablemente correspondan a bronces. En la muestra se incluyen 39 objetos de "bronce" [14], 38 de los cuales, todos provenientes de La Paya, pueden ser vinculados a contextos de hallazgo específico. Entre ellos, el 55,3% (21/38) no se encuentra asociado a materiales inkaicos. A la vez, si consideramos la totalidad de los objetos de "bronce" hallados en tumbas y hallazgos de La Paya, el 77,5% (55/71) se encuentran en contextos sin materiales inkaicos.

Los frutos de nogal silvestre, aunque son un hallazgo esporádico en el valle, están representados en la muestra por un único ejemplar. Este, proveniente de El Churcal, se habría hallado, de acuerdo a los registros del MAC, en un contexto, que podría corresponder a una tumba, que no incluye materiales inkaicos y. Por otra parte, en las tumbas N° 72 y 185 de La Paya, ambas con materiales inka, se registraron cascabeles fabricados en esos frutos. Asimismo, existe otro registro de este tipo de hallazgo también procedente de El Churcal, en forma de cascabeles parte del ajuar de la cista 14, sitio en el que no se han registrado materiales inkaicos y cuyos fechados lo ubican dentro de los Desarrollos Regionales avanzados (Raffino 1984).

En síntesis, todo lo anterior señala un comportamiento diferencial en el tiempo de los materiales "foráneos" de acuerdo a su tipo, donde se destaca claramente la fuerte asociación de vasijas y/o estilos foráneos a contextos inkaicos. Asimismo, se observa una estrecha relación entre el complejo de rapé y contextos sin materiales inkaicos, aunque en este caso eso no necesariamente implica que ninguno de esos contextos no correspondan a época inka. El resto de los materiales foráneos se asocian tanto a contextos con y sin materiales inkaicos, sin una tan clara tendencia hacia uno u otro tipo de asociación cronológica.

Con relación a las esferas de la práctica social en que han operado los materiales "foráneos" en el valle Calchaquí, si bien la información en la bibliografía regional y la disponible sobre las

[14] De aquí en adelante se mantiene el término bronce/s entre comillas ya que no hay análisis conclusivos de todas las piezas para determinar su composición, pero dados los conocimientos actuales sobre la metalurgia prehispánica del NOA, y la santamariana en particular, es muy probable que correspondan a ese tipo de aleación.

colecciones puede ser en algunos casos limitada, se pueden hacer algunas consideraciones al respecto. Dado que la muestra procede fundamentalmente de contextos funerarios se da una sobrerrepresentación de materiales foráneos en estas instancias sociales, sin embargo existen algunos otros datos que refieren a otros contextos de uso.

Durante el PDR, la producción de artefactos con materias primas foráneas, como la obsidiana o el estaño, se encuentra representada en contextos domésticos, cotidianos y de descarte en distintos sitios del VC, al igual que los artefactos de uso diario fabricados con ellas (Chaparro 2007, Sprovieri 2005, 2009a, Sprovieri y Baldini 2007, Jacob 2000, Baldini 1996, D'Altroy *et al.* 2000). Al mismo tiempo, parte de esos objetos de uso cotidiano fueron además incorporados a contextos funerarios (Ambrosetti 1907, Debenedetti 1908, Raffino 1984). Sin embargo, las sociedades calchaquíes han fabricado en bronce también otros artefactos como discos y hachas o *tokis* y objetos aparentemente de adorno personal, como placas pectorales o "insignias", que podrían tener usos más restringidos a ciertas esferas de la práctica social (Ambrosetti 1904, 1907, A. R. González 1992, L. González 2004).

Por su parte, las tabletas y tubos, los cascabeles de nuez[15] y las posibles valvas marinas son objetos más estrechamente vinculados a contextos mortuorios, conformando parte de los ajuares. Estos deben haber participado más exclusivamente en prácticas acotadas, con anterioridad y al momento de su depositación definitiva, los dos primeros vinculados al consumo de alucinógenos en circunstancias sociales específicas, y los cascabeles posiblemente con la producción de sonidos durante ciertas situaciones y actividades particulares.

En cuanto a las maderas posiblemente alóctonas, los análisis fueron efectuados sobre materiales de contextos mortuorios. Sin embargo, el tipo de artefactos puede darnos algunas pautas sobre sus contextos de uso, más allá de su depositación final en los sepulcros. Los objetos que provienen de contextos sin materiales inka corresponden a artefactos vinculables a esferas rituales (una tableta), instrumentos aparentemente de trabajo (una pala larga) o a los objetos denominados

[15] Aunque la ausencia de frutos de nuez en otros contextos del VC puede obedecer al énfasis en la excavación de estructuras mortuorias en los comienzos de la arqueología regional o en las condiciones favorables que plantean contextos cerrados como los funerarios para la preservación de materiales perecederos, no debemos dejar de resaltar que en otras regiones del NOA con mejores condiciones para la preservación, como la Qda. de Humahuaca y la puna jujeña, los frutos de nuez son hallados casi exclusivamente como parte de ajuares funerarios (Albeck y Ruiz 1997, Casanova 1938, 1942, Krapovickas 1958-59, Nielsen 2001, Von Rosen 1924).

"bastones" (4), que han sido vinculados al trabajo de la tierra (Ambrosetti 1907: 455), pero sobre los cuales su conocimiento es muy escaso.

Finalmente, vasijas y/o estilos alfareros "foráneos" son extremadamente escasos en este período, estando el único ejemplar registrado vinculado a un contexto funerario. Para momentos iniciales de los Desarrollos Regionales, en el caso de similitudes estilísticas de la cerámica Molinos y Las Pailas con tradiciones estilísticas de los valles de Yocavil y Hualfín, ese tipo de materiales se encuentran en contextos funerarios y también domésticos en sitios del VC.

Esto nos muestra que especialmente durante el PDR avanzado, los materiales "foráneos" son limitados y parecieran estar más vinculados a ciertas esferas de la práctica, fundamentalmente rituales, como las nueces, tabletas y tubos, algunas de las maderas en que podrían estar confeccionadas y posiblemente las valvas marinas. Aunque no haya evidencias directas, a estos materiales podemos agregar, potencialmente, el consumo de sustancias alucinógenas, sugerido por la presencia de tabletas y tubos, y de la coca, cuya utilización estaba extendida a gran parte de las comunidades andinas prehispánicas e incluso se extiende a la actualidad (D'Altroy y Earle 1985, Cortella *et al.* 2001, Ledergerber Crespo 1992, Murra 1978, Tarragó 1994).

Materiales como la obsidiana y el estaño se relacionan tanto a contextos rituales (funerarios) como a domésticos. Asimismo, a estos se puede agregar potencialmente otro recurso consumible como la sal, de la que no hay datos concretos, pero se sabe que fue un recurso clave para las poblaciones prehispánicas (Albeck 1992, 2001, García *et al.* 2002, Izko 1986, Murra 2002, Palma 1973).

Lo más notorio es la casi total ausencia de vasijas y/o estilos que sugieran vínculos extrarregionales durante del PDR avanzado. Sólo durante la época inicial de los Desarrollos Regionales, se registran evidencias cerámicas que sugieren relaciones con otras zonas fuera del ámbito del VC y que estarían participando en distintas esferas de la práctica social (doméstica, funeraria).

Esta situación le da a los bienes "foráneos", o que permiten plantear vínculos interregionales durante el PDR avanzado, una escasa presencia en la vida diaria de la mayor parte de la población calchaquí.

Durante el Período Inka esta situación se ve modificada. El comportamiento -en relación a los contextos y prácticas en que participan- de una parte de las evidencias de relaciones

interregionales se mantiene en gran medida similar (obsidiana, estaño, nueces, tabletas y tubos, valvas marinas). No obstante, se puede señalar que todos los objetos elaborados en maderas posiblemente foráneas de época inka, presentan una relación casi exclusiva a esferas rituales (*keros*, instrumentos musicales) y, además, una fuerte asociación entre sí en la tumba N° 72.

Es con relación a las evidencias cerámicas donde se producen importantes alteraciones con respecto al período anterior. La presencia de vasijas y/o estilos alóctonos[16] aumenta visiblemente, y no sólo se restringe a esferas funerarias sino que también son registrados en contextos domésticos y productivos y en estructuras de descarte en sitios del VC, según lo muestran las investigaciones realizadas en el valle hasta el momento (Acuto *et al.* 2004a y b, Alfaro de Lanzone 1985, D'Altroy *et al.* 2000, DeMarrais 2001, González y Díaz 1992). De la misma manera, es en esta época donde ingresan al valle una gran cantidad de cánones estilísticos imperiales que alcanzan a ser plasmados en diversos soportes materiales, reproducidos en muchos casos por los mismos pobladores originarios del valle, que se hicieron visibles en múltiples esferas de la vida de las poblaciones que habitaron el VC (Acuto 1999b, D'Altroy *et al.* 2000, Earle 1994, González 1980, Hyslop 1984, Lorandi 1980, 1983, 1988, Lorandi y Cremonte 1991, Raffino 1981, 1988, 1993, Williams y D'Altroy 1998, 1990, entre muchos otros).

En síntesis, se destaca una situación diferencial en cuanto a la presencia de bienes "foráneos" en distintos momentos de la historia de la ocupación tardía del valle. Durante los Desarrollos Regionales avanzados si bien hay llegada de recursos, bienes y/o ideas de otras regiones, la presencia de los mismos es bastante acotada en la vida diaria, destacándose particularmente la casi total ausencia de vasijas y/o estilos cerámicos "foráneos", evidencia que dada su abundancia y fuerte potencial diagnóstico ha sido la más utilizada para evaluar fenómenos de interacción interregional en arqueología. Durante la época inka la situación se altera notoriamente con la introducción de bienes, información, prácticas y/o personas en múltiples esferas de la vida de las sociedades calchaquíes.

Finalmente, desde otra perspectiva, resulta relevante destacar la identificación de dos contextos particulares entre las 203 tumbas y hallazgos de La Paya, con relación a la presencia de materiales "foráneos". Uno de ellos corresponde a la tumba N° 72, en la cual fue inhumado un individuo, que se encuentra acompañado por, al menos, 19 objetos, en una amplia mayoría de

[16] Estos incluyen piezas netamente inkaicas, piezas que combinan atributos inkaicos y otros pertenecientes a tradiciones locales foráneas y piezas de rasgos foráneas sin elementos inkaicos.

madera (12) (Ambrosetti 1907: 144-149). Este contexto se destaca por el tipo de algunos de los artefactos que lo componen, como un tambor o caja, su palillo, 6 frutos de nogal conformando cascabeles y una figura antropomorfa tallada de más de 23 cm de largo (Ambrosetti 1907: 149). La particularidad de los materiales encontrados en esta tumba llevó a Ambrosetti a plantear que se trataría de una sepultura de un "personaje dedicado al culto" (Ambrosetti 1907: 144). Pero además, según análisis desarrollados en esta investigación, se destaca porque los cuatro objetos que fueron objeto de estudios xilológicos, mostraron estar posiblemente confeccionados en maderas alóctonas. Este es el caso del tambor, de su palillo, de un "bastón" y de un *kero* (Tabla 29), objeto que vincula el contexto a la época inka. A ellos se debe sumar la presencia de frutos de nogal, material también alóctono.

Otro caso lo constituye la tumba N° 128, que contenía varios esqueletos (aparentemente más de cinco), y, al menos, 28 objetos manufacturados en diversas materias primas, algunos de morfología inka (Ambrosetti 1907: 211-214). Lo que resulta particular de este contexto es que en él se reúnen tres vasijas que, de acuerdo a los análisis realizados (ver Capítulo 8.1.3 y 8.1.4), se sugirieron como de origen foráneo[17]. Se trata de un aribaloide con asas asimétricas (N° ME 1737), estrechamente semejante a la alfarería Yavi (Lámina 44), al igual que una escudilla (N° ME 1736) (Lámina 53). La pieza restante corresponde a un plato de asa ojal (N° ME 1734) similar a la cerámica de la Qda. de Humahuaca (Lámina 48).

En definitiva, lo que resulta en especial interesante es la asociación entre sí de materiales alóctonos particulares, observada en estos contextos, y su vinculación a momentos inkaicos, lo que insinúa comportamientos diferenciales con relación a los restantes contextos de La Paya en, al menos, la depositación de materiales "foráneos" en esa época.

[17] Se ha propuesto que, entre las vasijas analizadas en la muestra, siete podrían corresponder a ejemplares importados. Una es un aribaloide del sitio Choque, y las otras seis de La Paya, tres de la tumba 128, una de la tumba 63, una del hallazgo 74 y una de la Casa Morada.

CAPÍTULO 10: LA INSERCIÓN DE LAS SOCIEDADES CALCHAQUÍES EN CIRCUITOS DE INTERACCIÓN INTERREGIONAL.

Es difícil imaginar que las sociedades andinas prehispánicas se hayan desarrollado en aislamiento. Debido a una multiplicidad de factores culturales, variables geográficas, requerimientos de subsistencia, límites territoriales y/o simbólicos etc., mayores o menores grados de articulación y contacto interregional entre poblaciones se han registrado a lo largo de su devenir histórico, aunque con características y efectos particulares en cada caso.

En el valle Calchaquí, de acuerdo a los conocimientos actuales, el desarrollo de las primeras sociedades aldeanas se habría dado dentro de un marco de dinámica social relativamente alta en términos de interacción interregional, según indican las vinculaciones registradas entre las poblaciones tempranas del VC con otras del área valliserrana, del piedemonte oriental y de regiones puneñas y pre-puneñas, incluso alcanzando el Norte de Chile (Baldini 2007, Raffino 1977, Serrano 1963, Tarragó 1970, 1980a, 1996, 1989, Tarragó y De Lorenzi 1976).

Desde estos antecedentes nos aproximamos a la interacción interregional en momentos posteriores del desarrollo histórico de las sociedades calchaquíes, en una mirada del problema a largo plazo.

Es ampliamente reconocida la complejidad y diversidad de los mecanismos de intercambio e interacción social (acceso directo, reciprocidad, redistribución desde un lugar central, intercambio en cadena, enclave colonial, puerto de comercio, etc.), mediante los cuales las sociedades del pasado han establecido relaciones e intercambios mutuos de todo tipo (Barceló 1995, Renfrew y Bahn 1993, Salomon 1985, Schortman y Urban 1987, entre muchos otros). Esta situación, hace sumamente dificultoso diferenciar arqueológicamente cuál o cuáles de ellos se encuentran detrás de las evidencias arqueológicas que se manejan en casos de estudio particulares.

Dadas estas complejidades, con respecto a esta investigación, resulta importante señalar que en ningún momento se asume que la presencia de materiales "foráneos" en el VC implique necesariamente una relación directa con sociedades de sus áreas de origen, sino que se la entiende como testimonio de la participación de las sociedades del VC en redes por las que se han movilizado bienes, materias primas, conocimientos, personas, etc. entre distintas

regiones. Otro factor fundamental a considerar es que la ausencia de evidencias materiales de la existencia de contactos entre poblaciones de distintas áreas no supone directamente la ausencia de la interacción (Hodder 1982b, Scattolin y Lazzari 1997), sino que, por ejemplo, podrían existir situaciones de interacción que no poseen correlato material o bien podrían estar actuando otros fenómenos mediante los cuales la circulación de elementos materiales se vieran total o parcialmente restringidos, como en parte sugiere esta investigación.

En esta instancia, entonces, se condensan las distintas evidencias, generadas por esta investigación y recopiladas de la bibliografía regional, de circulación de una variedad de bienes, productos e información entre el VC y otras regiones de los Andes Centro-sur. Esto posibilitó plantear, en mayor o menor grado en cada caso, circuitos en los que se habrían insertado las poblaciones calchaquíes, por medio de los cuales se habrían movilizado bienes materiales y simbólicos hacia y desde el VC, y reconocer variaciones en los mismos a través del tiempo.

10.1 Circulación de bienes, recursos e ideas en el Período de Desarrollos Regionales

Como se mencionó anteriormente, de acuerdo a los conocimientos actuales, se reconoce en el VC un **momento inicial dentro del PDR** (entre los siglos IX a XI aproximadamente) vinculado a poblaciones que producían alfarerías diferentes a la santamariana. En esta época, en la que comienzan a manifestarse los procesos socioeconómicos y de concentración poblacional propios del Período, que alcanzarán pleno desarrollo en momentos posteriores, se han detectado similitudes estilísticas entre alfarería del VC y la del valle de Yocavil (Baldini 1992a y b, 1996-97). Se observan semejanzas entre las variantes alfareras Las Pailas y Molinos del VC y los estilos San José y Shiquimil Geométrico del **valle de Yocavil** y, más al sur, con el estilo **Hualfín** del valle homónimo (Baldini 1996-97, González 1960, Perrota y Podestá 1973, Raffino 1984, Tarragó y De Lorenzi 1976) (Lámina 101, Tabla 38).

Ese tipo de evidencias no fueron registradas en la muestra, pero las recién señaladas marcarían la relevancia de los contactos y la articulación entre el VC y el valle de Yocavil desde los comienzos de los Desarrollos Regionales, que se profundizarían en momentos posteriores del PDR. Únicamente se ha registrado en el ME una pieza que de acuerdo a su número de identificación (N° ME 859) procedería de la tumba N° 79 de La Paya y que corresponde a un puco Loma Rica Bicolor, estilo identificado en el sector sur del valle de Yocavil (Perrota y Podestá 1975). Sin embargo, dicha pieza, descripta por Ambrosetti como "...de paredes

convexas, N° 859, de asas de dos puntos, con la superficie externa destruida por el salitre." (Ambrosetti 1907: 156), no concuerda con la analizada en el ME (Figura 19), por lo que existen fuertes reservas para considerarla como efectivamente procedente de La Paya. No obstante, si así se hiciere, constituiría al menos una nueva evidencia que fortalece los vínculos tempranos establecidos entre sociedades de ambos valles, en tanto el estilo Loma Rica Bicolor ha sido ubicado cronológicamente en el PDR inicial (Podestá y Perrota 1973).

Según indican las investigaciones realizadas en el sitio Molinos I, durante estos momentos iniciales de los Desarrollos Regionales se registra la presencia de materias primas de origen alóctono, como la obsidiana y probablemente el basalto, procedentes de la **puna meridional**, en la Provincia de Catamarca (Baldini 2003, Baldini *et al.* 2004, Sprovieri y Baldini 2007). Asimismo, el análisis composicional de un adorno de metal procedente de excavaciones de ese mismo sitio señaló que se trata de una aleación de cobre y estaño (Baldini 1996), mineral metalífero ese último que no se encontraría disponible en el valle. Numerosos yacimientos de estaño han sido registrados en distintas zonas de la **puna norte de Jujuy**, y también en el Departamento de Belén, en Catamarca, por ejemplo (Angelelli *et al.* 1970) (Lámina 101, Tabla 38).

Posteriormente, durante los **Desarrollos Regionales avanzados**, las sociedades calchaquíes se muestran fuertemente articuladas y vinculadas con aquellas del **valle de Yocavil** (Lámina 101, Tabla 39), ámbitos que constituyen el espacio de desarrollo de la entidad sociocultural Santamariana, compartiendo especialmente ciertos aspectos de la tradición de manufactura alfarera (Tarragó 1970, 1974, 1980a, Tarragó y De Lorenzi 1976). Desde el punto de vista geográfico, la articulación entre los valles Calchaquí y de Yocavil está planteada a partir de la continuidad del primero en el segundo, y a partir de la existencia de quebradas laterales al occidente del valle troncal, que posibilitan un tránsito entre ambos ámbitos.

Sin embargo, hay que destacar que, paralelamente a la existencia de un innegable sustrato común, se dieron también algunos procesos de diferenciación a nivel de cada valle que se evidencian, por ejemplo, en la existencia de variedades alfareras regionales dentro del amplio universo de la alfarería santamariana. Este sería el caso de un conjunto de alfarerías del valle Calchaquí (aunque también registrada en el valle de Lerma y la Quebrada del Toro), denominado agrupación estilística *Cachi* (Calderari 1991b), cuyos patrones estilísticos no responden a los del clásico estilo santamariano del valle de Yocavil. Asimismo, en el VC se ha reconocido una variedad negra pulida, cuya distribución alcanza, hasta el momento, los sectores norte y medio

del valle (Baldini y Sprovieri 2009), que se diferencia de otra cerámica negra pulida tardía, la Famabalasto Negro Grabado, del valle de Yocavil, la cual posee decoración geométrica incisa en sus bordes y formas diferentes (Cigliano 1958, Palamarczuk y Manasiewicz 2001).

Dentro de la muestra estudiada la fuerte relación con sociedades del valle de Yocavil se manifiesta en la existencia de un total de 203 piezas (43,84% [203/463]) que responden al estilo de las alfarerías englobadas en sentido amplio como santamarianas y que pueden considerarse producto de tradiciones locales y propias de estas sociedades. Particularmente un 34,97% (71/203) de esas piezas cerámicas han podido vincularse más específicamente con la tradición alfarera santamariana del valle de Yocavil, en tanto la agrupación estilística *Calchaquí* presenta rasgos estilísticos de ella (Calderari 1991b).

La existencia de algún tipo de contacto entre las sociedades del VC y las del área valliserrana de más al sur tiene antecedentes en el Período Formativo. Indicios de la circulación de bienes, ideas y/o personas entre estas zonas son la presencia de fragmentos Ciénaga, e incluso Aguada del Período Medio, en los valles de Luracatao, Colomé y Tacuil-Amaicha (Baldini 1996-97, 2003, Baldini *et al.* 2004, Raffino *et al.* 1979-82), de alfarería de estilo Vaquerías y Condorhuasi en sitios del sector norte del VC (Tarragó 1996) y la semejanza de un tipo de alfarería gris con pulido en estrías, que también se registra en Alamito y en los valles de Abaucán y de Hualfín (Sempé 1977, Tarragó 1970, 1980a, Tarragó y De Lorenzi 1976).

En los períodos siguientes a los Desarrollos Regionales, esos vínculos persisten, al menos con el valle de Yocavil, sugeridos a partir de una serie de evidencias correspondientes a la época inkaica, que se desarrollarán más adelante.

Para el Período Hispano-Indígena estas relaciones se manifiestan principalmente en las similitudes registradas entre los cementerios de Cachi Adentro en el VC (Tarragó 1984b) y de Caspinchango y otros cementerios del valle de Yocavil (Debenedetti 1921, Baldini y Albeck 1984, Johanson 1996, Matera 2008). Particularmente, existen semejanzas en el tipo de objetos de origen europeo que se incorporan al ajuar (objetos de hierro, collares de vidrio, cuernos vacunos y cascabeles de cobre) y en otros elementos como las ollitas de pie hiperboloide y las puntas de proyectil de hueso (Núñez Regueiro y Tarragó 1972, Tarragó 1970, 1974, 1984b). Asimismo, en el mismo sentido parecen apuntar, por un lado, las semejanzas que presenta la decoración de una pequeña vasija del cementerio de Cachi Adentro con la decoración propia de los estilos Sunchituyoc N/R, de Santiago del Estero, y Famabalasto N/R y Yocavil R/B, del valle de Yocavil y del Cajón (Tarragó 1984b). Por otro lado, también se han registrado semejanzas en la

decoración de una pieza del cementerio de Lorohuasi (valle de Yocavil) de momento de contacto hispano-indígena con la alfarería CMP (Baldini y Albeck 1984).

En síntesis, se puede plantear entonces que indudablemente existieron entre las sociedades tardías del valle Calchaquí y las de Yocavil fuertes lazos a lo largo de todo su desarrollo histórico desde el siglo IX aproximadamente hasta su desarticulación final a raíz de la conquista española. Sin embargo, existen paralelamente indicios de procesos de diferenciación a nivel regional, especialmente plasmados en el surgimiento de variantes alfareras regionales y en su aparente distribución diferencial en el espacio (Baldini 1980, 1981-82, Baldini y Sprovieri 2009, Cremonte 1984, Calderari 1991b, Marchegiani *et al.* 2009, Palamarczuk y Manasiewicz 2001).

Probablemente en vinculación con el proceso de desarrollo y dispersión de la entidad sociocultural santamariana puedan incluirse los materiales santamarianos registrados en los valles orientales de las Provincias de Salta y Tucumán (Alfaro y Navamuel 1979, Mulvany *et al.* 2007, Tarragó 1974, 1980a, Tartusi y Núñez Regueiro 2003). Se ha planteado que esta presencia en los **valles de Lerma** y Tafí implicaría una colonización de estos espacios, indicando una orientalización de las sociedades santamarianas durante el PDR (Tarragó 1974) (Lámina 101, Tabla 39). Sin embargo, otras propuestas sugieren que esas ocupaciones del piedemonte oriental podrían ser en realidad los antecedentes y origen de las sociedades santamarianas de los Valles Calchaquíes, desde donde se extendieron hacia el occidente (Núñez Regueiro y Tartusi 1999, Tartusi y Núñez Regueiro 2003).

Más allá de esta problemática particular, la presencia de alfarería santamariana en los valles orientales de las Provincias de Salta y Tucumán sugiere la articulación de ese ámbito y los Valles Calchaquíes en algún momento de la historia de la ocupación tardía de esos espacios, dando lugar también a procesos locales de diferenciación reconocibles, por ejemplo, en las variedades regionales de la alfarería de raíz santamariana como la del valle de Lerma o la de Pampa Grande (Alfaro y Navamuel 1979, Ambrosetti 1906a, Baldini 1980, 1981-82, Calderari 1991b).

Geográficamente, la comunicación entre ambas vertientes de la Cordillera Oriental de Salta está posibilitada a través de una serie de rutas de envergadura (Quebrada del Toro, Quebrada de Escoipe y Quebrada de Las Conchas-río Guachipas), de las cuales existe registro de su intensa utilización en tiempos prehispánicos, históricos y actuales (Ambrosetti 1907, Strube 1963, Raffino 1981, Hyslop 1984, Vitry 2004).

Desde el punto de vista arqueológico, las relaciones entre sociedades de estos espacios se remontarían a momentos agroalfareros tempranos, sugeridas, en el VC, a partir de la existencia en Potrero Ralo, en el tramo norte del valle, de fragmentos de alfarería (cuencos y pipas) de estilo Negro Grabado San Francisco, de los valles orientales jujeños, considerados como elementos de origen alóctono (Tarragó 1996), en Las Pailas de cerámica de las fases III (400-700 DC) y IV (700-1000 DC) de Candelaria, del piedemonte oriental de Salta y Tucumán (Tarragó 1980a, Tarragó y De Lorenzi 1976), y en la Colección Bravo de Cafayate de alfarería gris grabada y modelada vinculada a las fases tempranas de Candelaria (Tarragó 1989).

Para momentos posteriores, aunque no claramente acotado al PDR, Gifford (2003) ha mencionado la existencia de un sitio en Tin Tin (denominado SC 066 por el autor), ubicado sobre una de las rutas principales a Lerma, cuyo plan es extremadamente similar al del sitio Saladillo ubicado en la subregión de Guachipas del valle de Lerma, que se encuentra vinculado a la ocupación inkaica de esa región (Mulvany 1999).

Paralelamente, existe otro conjunto de evidencias que plantea la circulación de bienes y recursos entre el VC y la región de las **yungas** durante el PDR avanzado (Lámina 101, Tabla 39). El acercamiento realizado a la determinación de parte de las maderas utilizadas para la confección de artefactos en la muestra, indica la posible presencia de maderas no disponibles en el VC, como madera de lianas, cebil y nogal criollo, que se desarrollan en distintas regiones de las yungas, en contextos sin asociación a materiales inkaicos de La Paya. Además, otra evidencia son los frutos del nogal silvestre, utilizados para la confección de cascabeles, que podrían haber circulado ya sea como materia prima y/o como artefactos terminados, y las sustancias psicoactivas, cuyo consumo está sugerido indirectamente por la presencia de implementos del complejo alucinógeno (tabletas y tubos).

Finalmente, aunque no existan evidencias efectivas, no se puede dejar de considerar la posibilidad de la utilización por parte de las poblaciones calchaquíes de la coca, especie que crece en zonas húmedas y cálidas como las yungas, y cuyo consumo estaba extendido a gran parte de las comunidades andinas prehispánicas e incluso actuales (D'Altroy y Earle 1985, Cortella *et al.* 2001, Ledergerber Crespo 1992, Murra 1978, Tarragó 1994).

Este panorama parecería indicar que, más allá de una posible raíz cultural común, las sociedades del VC, las de Lerma y las de las yungas se habrían visto de algún modo integradas, lo que le permitía al menos a las poblaciones calchaquíes proveerse de ciertos bienes y recursos de la vertiente oriental.

En otra dirección, se manifiestan vínculos significativos entre sociedades del VC, especialmente su sector norte, de la **Quebrada del Toro** y de, al menos, el sur de la **Quebrada de Humahuaca** (Láminas 101 y 102, Tabla 39); vinculación señalada previamente por otros investigadores (Cigliano 1973, Cremonte y Solís 1998, DeMarrais 2001, Gifford 2003, Tarragó y De Lorenzi 1976, entre otros). Espacialmente, el área en que se articulan estos ámbitos resulta de relevancia para la circulación interregional, tanto en sentido norte-sur como este-oeste, donde la Quebrada del Toro podría estar actuando como eje fundamental de enlace y tránsito.

Esto último queda manifiesto en la diversidad de bienes, recursos y estilos alóctonos que convergen, por ejemplo, en el sitio tardío de Tastil, emplazado en dicha quebrada. En él se ha registrado la presencia de cerámica de la Quebrada de Humahuaca (Poma N/R, Tilcara N/R, Angosto Chico Inciso), del valle Calchaquí (Santa María rojo pulido interno) y de la puna (Cigliano y Calandra, 1973, Tarragó 2000), como así también recursos líticos de la región puneña (lapislázuli y obsidiana), y, de la zona oriental, maderas y frutos de *Juglans australis*, plumas de color rojo de guacamayo, y posiblemente también semillas de achira (*Canna sp.*) (Cigliano 1973).

El registro arqueológico del VC reúne un conjunto importante de materiales que han permitido sugerir relaciones entre las poblaciones del VC y las de las Quebradas del Toro y Humahuaca (Láminas 101 y 102). Casi exclusivamente restringida al extremo norte del valle se encuentra la alfarería que corresponde al estilo Poma N/R, estilo que es propio de Humahuaca (Dillenius 1909: 142, Cigliano y Calandra 1973, Pérez Gollán 1973), aunque se ha mencionado la existencia de una variante pomeña de manufactura local (Cremonte y Garay de Fumagalli 1997b). La mayor parte de los materiales Poma N/R en el VC no cuentan con un ajuste cronológico preciso[1], sin embargo, existe el caso de un ejemplar contextualizado que corresponde a un puco de la tumba N° 5 de La Paya (N° 823), sin asociación a materiales inkaicos (Ambrosetti 1907: 97-98, Dillenius 1909: fig. 20). No obstante, investigaciones más recientes, destacan que piezas o fragmentos de este estilo se hallan asociados a cerámica de influencia inka y concentrados en sitios en el extremo norte de los valles de los ríos Calchaquí y Potrero (DeMarrais 1997).

Para la misma área de La Poma, se tiene registro de un puco y varios tiestos de una alfarería similar a la Tilcara N/R que provienen de un entierro en un sitio de la zona de El Trigal

[1] Como ya se mencionó anteriormente, los hallazgos más abundantes de alfarería Poma N/R provienen de excavaciones informales de las que se desconocen datos de sus contextos de origen, hallazgos que fueron analizados en la obra de Dillenius (1909).

datado en 1153 DC (Gifford 2003), de un conjunto de piezas decoradas que presentan conexiones con la Quebrada del Toro y la de Humahuaca en el sitio denominado RC78-83 (Gifford 2003) y de cerámica semejante a la humahuaqueña y a la de zonas vecinas hacia el norte (DeMarrais 2001).

Además, aunque sin mayores datos al respecto, Pollard (1983) menciona la existencia, principalmente en sitios del extremo norte del valle, de fragmentos cerámicos de similitud con la Borravino/Naranja de Tastil (Cigliano y Calandra 1973).

Como otra manifestación de este mismo fenómeno de interacción, en particular con la Quebrada del Toro, puede incluirse la similitud detectada entre una alfarería negra pulida propia de sitios de los sectores medio y norte del VC, que abarcan todo el PDR y la época Inka, y piezas de la Quebrada del Toro, en especial de Tastil (Baldini y Sprovieri 2009). En igual sentido apuntan las semejanzas en la forma y decoración de los torteros de la variante 5 registrados en La Paya y Tero, mayoritariamente en contextos sin asociación a materiales inkaicos, con los de Tastil, y la presencia de un molde de disco estilísticamente correspondiente al Santamariano en este último sitio (Cigliano 1973).

Un dato adicional, aunque sin posibilidades de asignación concluyente al PDR o al PI, lo constituyen los estudios sobre distancias biológicas, que han aproximado una muestra de Fuerte Alto-Cachi a otra de Santa Rosa de Tastil, sugiriendo la existencia de un posible origen común o de interacción social en momentos tardíos (Cocilovo y Baffi 1985, Baffi y Cocilovo 1989-1990).

Por último, las evidencias de alfarerías quebradeñas en Tastil mencionadas anteriormente, junto a la presencia en Volcán (sector meridional de la Quebrada de Humahuaca) de pucos Poma pomeños, que por análisis composicionales de pastas no son de manufactura local ni se corresponden con los mismos tipos de Tastil, y, por lo tanto, probablemente procedan del alto valle Calchaquí[2] (Cremonte y Solís 1998), completarían el panorama de ideas, estilos y posiblemente bienes que circularon al interior de estos espacios durante la época tardía.

La dimensión y características del conjunto de evidencias de interacción registradas podrían estar en relación con la intensidad y/o duración de los vínculos establecidos entre las sociedades del VC y las de las Quebradas del Toro y de Humahuaca, en tanto dicho conjunto se muestra más abundante y diverso en comparación con las demás esferas y ejes de interacción

[2] No obstante, se debe considerar la falta de ajuste cronológico suficiente para estos datos, que bien podría ser un fenómeno vinculado a momentos inkaicos

que se proponen para el PDR avanzado, excluyendo obviamente las vinculaciones con el valle de Yocavil.

Pero, además, las evidencias parecen indicar que fueron los grupos asentados en el extremo norte del VC quienes se insertaron plenamente en esta red de relaciones, ya que casi la totalidad de las evidencias se restringen a ese sector del valle, y de manera concreta sólo existe un caso por fuera de ese sector (puco Poma N/R de La Paya).

Desde el punto de vista geográfico, las posibilidades de tránsito desde el norte del VC son claras, por ejemplo a través del Abra del Acay o de la Quebrada de Capillas que permiten el paso a la Quebrada del Toro, rutas que además cuentan con tramos de camino prehispánico (Cigliano 1973, Hyslop 1984, Raffino 1981, Vitry 2004). Sin embargo, es llamativa la restricción de la presencia de materiales vinculados a esta esfera de circulación al extremo septentrional del VC, en tanto las posibilidades de circulación hacia el interior del mismo están planteadas en la continuidad del curso del río Calchaquí hacia el sur y en la existencia de distintos tramos de caminos internos que lo recorren (De Lorenzi y Díaz 1977, Hyslop 1984, Raffino 1981).

En este sentido, puede pensarse que las vinculaciones con la Quebrada del Toro y el sur de la Quebrada de Humahuaca se restringieron fundamentalmente a un área acotada del VC, su extremo norte, estrechamente relacionada a vías de comunicación interregional relevantes, y que además, los materiales que circularon al interior de esos circuitos no ingresaron mayormente al resto del VC.

Por otro lado, desde una perspectiva diacrónica, esta esfera de circulación mostraría una continuidad temporal que, al menos, podría retrotraerse a la época agroalfarera temprana, dadas las similitudes entre las características del emplazamiento de los sitios, los rasgos arquitectónicos y la alfarería de asentamientos tempranos del VC, como Campo Colorado (en el sector norte del VC) y Cancha de Paleta (en los alrededores de la localidad de Cachi), y el sitio Las Cuevas en la Quebrada del Toro (Baldini 2007, Raffino 1977, Tarragó 1980a, 1996). La presencia de una serie de materiales humahuaqueños en el valle en momentos inkaicos, marcaría la persistencia de estas relaciones y probable intensificación en vinculación a la intervención imperial, situación que se desarrollará más adelante.

Desde la región puneña, ha ingresado al VC una serie de bienes y recursos. La circulación entre estos ámbitos se encuentra posibilitada por numerosas vías perpendiculares al valle Calchaquí (quebradas y abras), que a lo largo de todo su recorrido permiten el cruce de las cadenas de sierras que lo separan por el oeste de la puna.

Existen evidencias de la utilización de obsidianas de la fuente Quirón, localizada en la **puna norte de Salta**, en sitios del sector norte del VC, como Cortaderas Alto y Valdez (Sprovieri y Glascock 2007, Yacobaccio *et al.* 2004), que presentan ocupaciones durante los Desarrollos Regionales que pueden extenderse a la época inka (Lámina 101, Tabla 39).

En particular desde el **sector meridional de la puna argentina,** Provincia de Catamarca, ha ingresado al VC obsidiana de las fuentes Ona y Laguna Cavi, que se presentan en múltiples sitios del sector norte y medio de VC (Chaparro 2007, Sprovieri y Baldini 2007, Sprovieri y Glascock 2007, Yacobaccio *et al.* 2004). Los resultados de los nuevos análisis de procedencia de obsidianas de El Churcal y de contextos sin asociación a materiales inkas de La Paya, continúan indicando la utilización de fuentes de esa zona puneña, aunque también señalan el empleo de obsidiana de la fuente Salar del Hombre Muerto, que hasta el momento no había sido registrada en el VC. La circulación de obsidianas de esta región de la puna se observa también durante la época de ocupación inkaica del VC (Lámina 101, Tabla 39).

Por otro lado, no se debe descartar la posibilidad que las poblaciones calchaquíes del PDR se estuvieran aprovisionando de sal desde la región puneña en términos generales. Este recurso, si bien no se encuentra registrado efectivamente en el VC, fue fundamental para las sociedades prehispánicas andinas, e incluso de tiempos más recientes (Albeck 1992, 2001, García *et al.* 2002, Izko 1986, Murra 2002, Palma 1973), como lo evidencia el hallazgo arqueológico de un importante volumen de sal en un basurero del Pukará de Tilcara, en la Quebrada de Humahuaca (Casanova *et al.* 1976).

En dirección inversa, el registro de iconografía santamariana en el arte rupestre de la puna catamarqueña (Antofagasta de la Sierra), plantea la circulación de ciertos motivos estilísticos desde el ámbito santamariano en sentido amplio, hacia ese sector de la puna. No obstante, cronológicamente, estos hallazgos son únicamente asignables, a grandes rasgos, a momentos tardíos (Aschero 1999, Tarragó *et al.* 1997).

Con relación a otra zona de la región puneña, se ha registrado el ingreso al VC de obsidiana de fuentes del **sector central de la puna de Jujuy**, la cual se presenta en sitios del sector norte del VC (Sprovieri y Glascock 2007), y del sector central, según lo señalan los análisis de procedencia de obsidianas de contextos sin materiales inkaicos de La Paya que, en dos casos, corresponden a la fuente Zapaleri (Lámina 101, Tabla 39).

Vinculaciones en igual sentido señala la presencia en la muestra analizada de una vasija de asas asimétricas, procedente de El Churcal, estrechamente semejante a piezas que son

recurrentes en el sector central y norte de la puna jujeña. Esta pieza fue recuperada de la Cista 1, inhumación que fue fechada entre 1397-1488 DC (Tabla 37).

A estas evidencias se suma la posibilidad que las poblaciones calchaquíes hayan utilizado en la producción de objetos de bronce (Ambrosetti 1904, 1907) estaño de yacimientos del área, aunque este metal también está disponible en otras zonas del NOA (ver Capítulo 8.4).

A mayor distancia, algunas evidencias sugieren la participación de las sociedades calchaquíes en circuitos de interacción que alcanzan el **Norte de Chile** en época tardía (Lámina 101, Tabla 39). La comunicación entre esta última región y el VC está dada desde las posibilidades que plantea la geografía, por intermedio de la puna norte salteña y la puna de Jujuy, existiendo vestigios de tramos de caminos prehispánicos inkaicos que cruzan los Andes hacia o desde Chile.

La integración del valle Calchaquí, la región puneña y particularmente SPA en redes de circulación de bienes y/o ideas tiene fuertes antecedentes en el Período Formativo, como sugiere un conjunto de materiales, que distintos investigadores han señalado como evidencias de vínculos entre estas regiones. En distintos sitios formativos del VC se han registrado jarros cilíndricos con un asa vertical de tipo Tebenquiche (Tarragó 1976, 1989, 1996), sitio que se ubica en la zona de Antofagasta de la Sierra, al igual que cuencos asimilables a formas de Laguna Blanca (en la misma zona que Tebenquiche) y a formas definidas para la cerámica de SPA en Campo Colorado y Cancha de Paleta (Baldini 2007, Tarragó 1976, 1989). Particularmente con SPA, la aldea de Campo Colorado también comparte una clase de pipas de cerámica gris acodadas, que a su vez se asocian a las de tipo Tebenquiche, pero que en SPA, en base a su morfología, manufactura y características de pasta, serían foráneas, aparentemente procedentes del área de La Poma (Tarragó 1970, 1989, Tarragó y De Lorenzi 1976).

En sentido inverso, se ha registrado en la quebrada de La Paya de La Poma un conjunto de alfarerías foráneas correspondientes al tipo San Pedro Negro Pulido, integradas por dos botellas, un cuenco de forma X y tres cubiletes con mamelones de forma XIII (Serrano 1963, Tarragó 1976, 1996), situación que se ha sugerido podría vincularse a una posible existencia de enclaves atacameños en los bordes de la puna salteña (Tarragó 1996).

Asimismo, aunque la información para el Período Medio es sumamente escasa, la presencia de pucos y tiestos rojos grabados en la quebrada de La Paya de Cachi, Tolombón y Pampa Grande, que se corresponden con similares de SPA dentro de los tipos Coyo Inciso y San Pedro Rojo Grabado (Tarragó 1970, 1976, 1989, 1996, Tarragó y De Lorenzi 1976),

sugeriría la continuidad en el tiempo, al menos por un lapso más prolongado, de los vínculos establecidos entre las sociedades calchaquíes y atacameñas más tempranas.

Durante los Desarrollos Regionales avanzados, por un espacio que abarca el VC, la puna norte argentina, la Quebrada de Humahuaca y el Norte de Chile habría circulado iconografía y/o artefactos relativos al complejo alucinógeno (Lámina 101, Tabla 39). El análisis comparativo que se realizó de 50 tabletas y tubos de La Paya y de otros sitios del VC, muestran estrechas semejanzas iconográficas y morfológicas con ejemplares de la región del río Loa, de la puna jujeña y de la Quebrada de Humahuaca; tendencia ya sugerida, en parte, por otros autores (Núñez 1963, Torres 1998). Si bien también existen coincidencias entre algunas tabletas y tubos de La Paya y otras de San Pedro de Atacama, como fuera señalado por Tarragó (1989), nuestro análisis evidenció que estás se manifiestan notoriamente más débiles en términos de frecuencia y grado de semejanza, situación contraria a lo que puede observarse entre SPA y la puna jujeña, e incluso la zona de Calilegua, ya que entre las tabletas y tubos de estas zonas existen fuertes coincidencias iconográficas.

Las semejanzas/diferencias entre tabletas y tubos de estas regiones parecen sugerir la existencia de una esfera de circulación de ideas y/o bienes que involucra el valle Calchaquí, el Loa y otras regiones del NOA (puna de Jujuy y Quebrada de Humahuaca) en épocas tardías; esfera que no integraría, al menos de la misma manera o con la misma intensidad, a los oasis de San Pedro de Atacama.

Este planteo, por un lado, estaría en concordancia con las propuestas sobre la pérdida de dinamismo en los ejes de interacción entre los oasis atacameños y valles del NOA durante el Período de Desarrollos Regionales (Pérez Gollán y Gordillo 1994, Tarragó 1984a, 1994, 2000, Torres 1998), acompañado por un viraje en las relaciones entre el área valliserrana del NOA y las del Norte de Chile, que se desplazarían de SPA hacia la región del río Loa alrededor del 900/1000 DC (Schiappacasse *et al.* 1989, Torres 1998).

En este sentido es importante destacar que si bien tradicionalmente la región atacameña había sido considerada como una unidad cultural, investigaciones posteriores han detectado particularidades locales que, por ejemplo, indican desarrollos históricos desiguales entre la región del Loa y San Pedro de Atacama (Uribe *et al.* 2004). Esto se advierte, entre otros elementos, en la falta de elementos Tiwanaku en la primera región comparado con su relativa frecuencia en SPA, lo cual ha sugerido un bajo nivel de interacción ideológica entre ambas áreas entre el 400-900 DC, o se advierte también en diferencias identificadas en la ocupación en

ambas zonas durante épocas tardías, percibiéndose en SPA un hiato entre el 1220 y el 1665 DC, mientras que en la región del río Loa existe continuidad a lo largo de todo el período (Torres 1998, Uribe *et al.* 2004).

De acuerdo a los aportes de esta investigación, en el valle Calchaquí, al momento, no se han detectado otras evidencias de interacción entre este valle y la región del río Loa durante el Período de Desarrollos Regionales, salvo las ya señaladas por otros autores sobre la presencia de iconografía santamariana en el arte rupestre de la fase Santa Bárbara II[3] (Berenguer 2004, Tarragó *et al.* 1997) y en calabazas pirograbadas (Durán 1976) de sitios de la región del Loa[4], las que plantearían vínculos entre esta última zona y el ámbito santamariano en sentido amplio. Sin embargo, como ya fue señalado, en el caso de las calabazas pirograbadas[5] se observaron semejanzas notables, particularmente entre un motivo de serpiente en una calabaza de La Poma y otra de Chiu Chiu, en el N de Chile. Asimismo, una muy significativa similitud se observa entre la iconografía (escutiformes) y disposición de los motivos de dos calabazas de Pucarilla, en el sector medio del VC, con las de dos calabazas de la región del río Loa.

Con el área de San Pedro, la única vinculación detectada en calabazas pirograbadas es la presencia de una representación santamariana de serpientes en un ejemplar atacameño, y otro de la puna de Jujuy. No obstante, ese motivo se asemeja, no tanto a los representados en la alfarería del VC, sino más fuertemente a los presentes en la cerámica santamariana del valle de Yocavil y en la alfarería Belén del valle de Hualfín.

Por otro lado, las coincidencias en un grupo de tabletas y tubos de la puna de Jujuy (y también de Calilegua en las yungas del SE de Jujuy) con algunas de San Pedro de Atacama (Montenegro y Ruiz 2007, Torres 1987), tienen coherencia con el planteo sobre la persistencia en momentos tardíos de los vínculos establecidos previamente entre el "...río Salado, los oasis de Atacama, la puna jujeña, el altiplano, las cabeceras de la Quebrada de Humahuaca y las serranías y bosques de Iruya y Santa Victoria..." (Tarragó 1984a: 119).

Entonces, por un lado, la existencia de significativas correspondencias entre gran parte de las tabletas y tubos del valle Calchaquí y de otras áreas del NOA, entre sí y con las de la

---

[3] Dicha fase corresponde a momentos tardíos, pero no es suficientemente claro si es anterior o contemporáneo con la irrupción inkaica en el área (Berenguer 2004: 445).

[4] Dadas las particularidades de estas evidencias no debe descartarse que su presencia pueda estar vinculada a procesos de interacción desarrollados durante la época de ocupación inka.

[5] Con relación a este tipo de artefactos hay que considerar que son muy escasos los ejemplares de calabazas pirograbadas registradas para el valle Calchaquí, y las pocas conocidas se encuentran descontextualizadas por lo que no hay mayores datos para precisar su cronología.

región del río Loa, podrían ser el resultado de una esfera de circulación de bienes y/o ideas entre las sociedades de estas regiones durante los Desarrollos Regionales avanzados; circulación que podría estar involucrando vías diferenciales de articulación, alternativas, paralelas o complementarias.

Por otro lado, la ausencia de fuertes y frecuentes coincidencias iconográficas entre artefactos del VC y de SPA, pero no así entre la puna jujeña y aquella última región, plantea la posibilidad de la existencia de circuitos diferenciales de interacción entre sociedades de distintas regiones del NOA y las del Salar de Atacama en épocas tardías.

Como se desarrollará más adelante, en momentos posteriores (PI) las vinculaciones entre el VC y la región del río Loa persistirían, y se retomarían contactos con el área de San Pedro, que incluso podrían perdurar durante el Período Hispano-Indígena, al menos desde lo que sugieren algunos hallazgos en los cementerios de Cachi Adentro y Piul (en las cercanías de la localidad de Payogasta), donde se han registrado escudillas semejantes a otras de Catarpe correspondientes al mismo lapso cronológico (Tarragó 1984b).

Por último, debe mencionarse la posibilidad de la llegada al VC de valvas del género *Pecten* del **Océano Pacífico** durante los DR avanzados, dada su presencia en tres contextos sin asociación a material inka de La Paya y uno de Tero.

10.2 Circulación de bienes, recursos e ideas en el Período Inka

Durante el Período Inka, la situación se muestra notoriamente diferente con respecto al PDR avanzado (Láminas 103 y 104, Tabla 40). Por un lado se produce un claro aumento en la magnitud y diversidad en las evidencias de interacción. Por otro, se detecta que las interacciones pasan a ser de mayor alcance espacial, conectando nuevos territorios y más lejanos, especialmente hacia el norte.

En primer lugar, destacándose por magnitud y trascendencia, se reconoce que la ocupación inkaica del NOA, y por lo tanto del VC, involucró la incorporación de las sociedades locales en circuitos de relaciones que las vinculaban al **Imperio** y su centro (Lámina 103, Tabla 40). Este proceso de conquista e incorporación implicó la difusión de una amplísima gama de estándares imperiales, que fueron aplicados a distintos aspectos del modo de vida de las sociedades conquistadas (producción, construcción, uso del espacio, prácticas rituales, etc.), provocando profundas modificaciones en muchas prácticas autóctonas (D'Altroy y Earle 1985,

D'Altroy *et al.* 2000, Earle 1994, Earle y D'Altroy 1982, González 1980, 1990, Hyslop 1984, 1990, Lorandi 1980, 1983, 1988, Lorandi y Cremonte 1991, Lorandi *et al.* 1993-98, Raffino 1981, 1988, 1993, Rowe 1982, Williams y D'Altroy 1998, entre muchos otros).

En el VC, como en muchas otras regiones del NOA, esto generó una variedad de nuevos materiales y prácticas que remiten a vínculos más o menos directos establecidos con la sociedad inkaica. Entre ellos se incluyen la presencia de instalaciones imperiales de características arquitectónicas y diseño espacial inkaico (Acuto 1999a y b, D'Altroy et al. 2000, Gifford y Acuto 2002, González y Díaz 1992, Hyslop 1990, Raffino 1981, Williams y D'Altroy 1998), construcción de tramos de *capacñam* (Hyslop 1984, Hyslop y Díaz 1983, Raffino 1981), nuevas prácticas rituales evidenciadas en la construcción de santuarios y otros asentamientos de altura (D'Altroy *et al.* 2000, Jacob y Leibowicz 2007, Vitry 2008), desarrollo de actividades artesanales, productivas y de almacenaje vinculadas a requerimientos imperiales (Acuto 1994, Acuto *et al.* 2004 a y b, Calderari 1991b, Calderari y Williams 1991, D'Altroy *et al.* 2000, DeMarrais 2001, Earle 1994, Raffino 1981, Rodríguez Orrego 1975, Tarragó y De Lorenzi 1976, Tarragó y González 2003, Williams 2004, Williams *et al.* 2005) y el traslado de *mitmaqkunas* al valle (Lorandi y Cremonte 1991, Lorandi *et al.* 1993-98, Williams 2004).

En la muestra total analizada se registró un 6,61% (68/1028) de materiales que responden a cánones imperiales, porcentaje que se duplica si sólo se considerar la muestra cerámica (13,39%, 62/463). Pero además, debemos destacar, aunque escasa, la presencia en el valle de objetos de **origen cuzqueño**, entre ellos dos ollitas de dos asas procedentes de la CM de La Paya (Ambrosetti 1907, Boman 1980, Tarragó y De Lorenzi 1976). Asimismo, un bien estrechamente asociado a la presencia imperial en la región, son las valvas de moluscos del **Océano Pacífico**, generalmente del género *Pecten,* que en el VC se han registrado en el asentamiento inkaico de Potrero de Payogasta y en contextos inkaicos de La Paya (Ambrosetti 1907, De Lorenzi y Díaz 1977) (Lámina 103, Tabla 40).

Por otro lado, innegablemente, las relaciones entre el VC y el de **Yocavil** se continuarían durante este Período. Se suman como evidencia de ellas la presencia, en sitios y contextos inkaicos del VC, de nuevos estilos alfareros correspondientes al valle de Yocavil, el Famabalasto Negro Grabado, el Famabalasto N/R y el Yocavil Polícromo (Lámina 103, Tabla 40). Aunque se trata de una pieza descontextualizada, entre estas evidencias se puede incluir una vasija de Amaicha, Salta (N° MLP 2806), de alta correspondencia con el Yocavil Polícromo, en tanto ese estilo sólo se registra en sitios inkaicos del área valliserrana central (D'Altroy *et al.* 1994).

Asimismo, la presencia de alfarería CMP en distintos sitios del valle de Yocavil, e incluso en valles de más al sur de la Provincia de Catamarca, constituirían otros indicios de las redes de circulación de bienes, información y/o personas que estarían vinculando el VC y el valle de Yocavil en época inka. Sin embargo, es importante tener en consideración que estudios recientes indican que la alfarería CMP fue manufacturada tanto en Salta como en Catamarca o Jujuy (Williams 2008), por lo que no se puede asumir directamente que toda ella provenga del VC.

Hacia el oriente, las vinculaciones con el **valle de Lerma y las yungas** aparentemente se mantienen, manifestándose en el registro aproximadamente con las mismas características en relación a contenido y frecuencia que en momentos previos, en tanto continúan ingresando al valle frutos de nogal, maderas posiblemente de seibo, curupí y peteribí, y tal vez sustancias psicoactivas, recursos que se desarrollan en las selvas (Lámina 103, Tabla 40). Esta persistencia, y aparente regularidad, podría estar sugiriendo que los circuitos que conectaron poblaciones calchaquíes y del área oriental continuaron desarrollándose sin intervención imperial, al menos de carácter significativo.

Sin embargo, las vinculaciones en que se inserta el VC hacia el norte toman nuevas dimensiones (Lámina 103, Tabla 40). En el registro del VC, la relación con la **Quebrada de Humahuaca** ya no se ve restringida al extremo norte del valle, sino que comienza a manifestarse en su sector medio, particularmente en La Paya. Allí hemos registrado al menos dos piezas de claras características estilísticas quebradeñas, que podrían ser importadas (N° ME 833 y 1734), a lo que se puede sumar la mención de un puco que, mediante el cruce de referencias entre distintas obras (Ambrosetti 1907: 98-99, Dillenius 1909: 137, fig. 20) [6], correspondería al tipo Poma N/R en la tumba N° 7, asociada a material inka. Con relación al motivo de la presencia de este estilo en sitios del VC, algunos autores la han vinculado al movimiento de poblaciones entre el valle Calchaquí y la Quebrada de Humahuaca (De Lorenzi y Díaz 1977).

Asimismo, algunas vasijas morfológicamente inkaicas de La Paya (mayormente *aribaloides* y *platos pato*) correspondientes al estilo denominado "La Paya Dibujos Negros", presentan ciertas características, como la decoración en N/R e iconografía de triángulos reticulados, que tienen reminiscencias de tipos de la Quebrada de Humahuaca; semejanza que ya había sido notada por Calderari (1991a). Sin embargo, resulta importante destacar que la

[6] Dicha pieza no fue localizada por lo que su caracterización proviene de las referencias en las publicaciones mencionadas.

existencia de este tipo alfarería no es un fenómeno exclusivo del VC, sino que también se han registrado en colecciones del valle de Yocavil (Bruch 1911: fig. 85, Lafone Quevedo 1908: fig. 68 y 69, Márquez Miranda 1946: fig. 86).

Aún más al norte, nuevas y significativas vinculaciones con la zona de la **puna NE de Jujuy y el sur de Bolivia** pueden proponerse particularmente desde una serie de evidencias, fundamentalmente cerámicas (Lámina 103, Tabla 40). Estas se relacionan con el estilo Yavi (Ávila 2005, 2006, 2008, Krapovickas 1965, 1973, 1975, Krapovickas y Aleksandrowicz 1990), que se manifiesta en el registro arqueológico del VC de distintas maneras. Por un lado, se reconoce su fuerte influencia en la conformación del estilo CMP (Tarragó 1984a), representado en numerosas vasijas de La Paya, ha conducido a algunos autores a postular la presencia de *mitmaqkunas* del área Yavi en el VC (De Lorenzi y Díaz 1977, Lorandi y Cremonte 1991) e incluso de una elite gobernante en relación al contexto de la Casa Morada de La Paya (Calderari 1991a).

Por otro lado, la circulación de bienes terminados fue señalada a través de análisis composicionales que determinaron la presencia de cerámica Yavi y CMP alóctona en el VC, en especial en los sitios inkaicos de Cortaderas y Potrero de Payogasta (Williams 2004). En este sentido también apuntaría el análisis estilístico de 4 piezas[7] de La Paya, parte de la muestra cerámica analizada. Aunque no fue posible efectuar análisis de procedencia específicos, su estrecha correspondencia con las características del Yavi, permitirían sugerir la posibilidad que se tratara de piezas foráneas.

En la Quebrada de Humahuaca se ha registrado la presencia de vasijas que responden al estilo Yavi, incluso desde épocas anteriores (Nielsen 1997), y de piezas CMP, como una jarrita de asa lateral (N° ME 3756), parte de la colección del Pukará de Tilcara depositada en el MEC, un aríbalo de Ciénaga Grande (Sala 1945: fig. 55 y 56) y vasijas del Pukará de Volcán (Cremonte y Garay de Fumagalli 1997a). Asimismo, se indicó la presencia de cerámica CMP en Culpina y Tolomosa, en el sur de Bolivia (Raffino 1981, Sala 1945, Von Rosen 1924). Estas evidencias, aportarían más elementos para sugerir que, posiblemente en estrecha vinculación con la dinámica propia de las estrategias imperiales implementadas en los territorios conquistados (reasentamiento poblacional, instalación de enclaves estatales con fines administrativos, productivos, ceremoniales y militares, etc.), el VC, la Quebrada de Humahuaca y

[7] Piezas N° ME 1015, 1736, 1737, 3995-2.

el área Yavi se estarían integrando en redes de relaciones a través de las cuales circularían bienes, ideas y probablemente personas.

El impacto de tales movimientos de poblaciones podría percibirse también en otros fenómenos posteriores, como las semejanzas entre alfarerías del cementerio hispano-indígena de Cachi Adentro con los tipos Chilpe-Hedionda del sur de Bolivia, que fueron asociados a traslados de grupos (Tarragó 1984b, 1989).

Con el resto de la región puneña de Argentina, las poblaciones del VC habrían establecido vínculos que les permitieron acceder a ciertos recursos, especialmente líticos (Lámina 103, Tabla 40). Desde el **sector central de la puna de Jujuy** proviene una variedad de obsidiana, de la fuente Zapaleri/Caldera de Vilama 1, registrada fundamentalmente en sitios del sector norte del VC (Sprovieri y Glascock 2007). De la misma región existe la posibilidad que procediera el estaño utilizado en la confección de la gran variedad de piezas de bronce del VC, producción que continuó vigente durante momentos inkaicos, dentro de la cual incluso se manufacturaron objetos de morfología inka como *tumis* (Ambrosetti 1904, González y Tarragó 2004b). En esa dirección apuntan los hallazgos de gran cantidad de piezas de bronce (N=36) en 16 tumbas con materiales inkaicos de La Paya.

Aunque en sentido inverso, la presencia de un aribaloide CMP procedente de Antigal de Moretá, al sur de la Laguna de Pozuelos, registrado en las colecciones del MLP (N° MLP 8200) (Lámina 105), y de otras piezas pertenecientes a ese estilo en Cochinoca y Doncellas (Sala 1945), localidades de la puna central de Jujuy, son otras evidencias que constatarían las redes de circulación de materiales en que se integraron el VC y la puna central jujeña.

Asimismo, las poblaciones calchaquíes utilizaron obsidianas de otras fuentes localizadas en el **área meridional de la puna de Argentina** (Lámina 103, Tabla 40). La presencia de materia prima de las fuente Ona fue constatada en sitios del tramo central y norte del VC (Chaparro 2007, Sprovieri 2005, Sprovieri y Glascock 2007, Yacobaccio *et al.* 2004) y, según los nuevos estudios de procedencia realizados, se confirma el hallazgo de obsidiana de Ona y de la fuente Salar del Hombre Muerto en tumbas con materiales inka de La Paya. Además, en sitios de inkaicos del sector norte del VC se ha registrado la utilización de obsidiana de la fuente Quirón, localizada en la **puna norte de Salta** (Sprovieri y Glascock 2007, Yacobaccio et al. 2004) (Lámina 103, Tabla 40). Finalmente, y como ya había sido planteado para el PDR, no debe descartarse el posible aprovisionamiento de sal desde la región puneña en general.

De acuerdo con los conocimientos actuales, las relaciones establecidas en momentos

inkaicos con estos sectores de la puna no muestran importantes diferencias en términos de tipo de materiales en circulación y la manera en que se manifiestan en el registro calchaquí en comparación a lo que sucedía previamente a la conquista inka del VC. Especialmente en vinculación con el aprovisionamiento y manufactura lítica de las sociedades del VC, investigaciones previas han propuesto que el Imperio Inka no habrían alterado de manera significativa las prácticas de manufactura y uso de materiales líticos, ni habría intervenido en las vías locales de circulación de obsidiana, continuando las poblaciones calchaquíes con sus circuitos previamente establecidos (Chaparro 2007, Sprovieri 2005, 2009a, Sprovieri y Glascock 2007).

Estas observaciones y propuestas avalarían sugerir que posiblemente los circuitos por los que se vincularon el VC y la región puneña permanecieron mayormente inalterados durante el PI.

A pesar de ser una región sumamente distante, las evidencias de la existencia de circuitos que conectaron el VC con el **Altiplano de Bolivia**, en particular el área sur del lago Titicaca, son significativas (Lámina 103, Tabla 40). Alfarería Inka-Pacajes, propia de grupos de esa zona de Bolivia durante la época inka, ha sido registrada en distintos sitios y localidades del VC, hecho que se ha sugerido como relacionado al traslado de poblaciones altiplánicas al valle (Lorandi y Cremonte 1991), posibilidad que estaría sustentada por evidencias esqueletales de posibles colonos (Williams 2004).

Específicamente con relación a la alfarería, tiestos Pacajes se hallaron en Animaná (Baldini 1994), en el sector sur del valle, en La Puerta (VCC), caso que según inclusiones de pasta fue propuesto como de origen foráneo (Pollard 1983), y en Cortaderas (VCN), donde análisis químicos han confirmado la presencia de tiestos Pacajes alóctonos (Williams 2004).

En la muestra estudiada se registró un fragmento de alfarería procedente de La Paya con iconografía y estructura de diseño característica del estilo Pacajes. Además, como fue detallado anteriormente, las representaciones de peces de un aribaloide de la Casa Morada de La Paya (ME N°4102-2) tienen semejanza con imágenes ictiomorfas, posiblemente de suche, presentes en alfarería de la zona de La Paz, Bolivia (Portugal 1957: 389).

En sentido contrario, en el área de Cochabamba se ha señalado la presencia de vasijas CMP y de estilo santamariano del VC que, por estar manufacturadas con arcillas locales, se han relacionado con la presencia de *mitmakqunas* del valle en el altiplano boliviano (Lorandi y

Cremonte 1991, Raffino 1981). Estas evidencias reforzarían la relevancia de las relaciones vigentes entre el VC y el Altiplano de Bolivia, que incluso involucraron traslados poblacionales.

Las relaciones con este sector surgirían a partir de la interconexión territorial fomentada desde el Imperio y la aplicación de sus políticas específicas, ya que no tienen manifestación cronológicamente previa en el registro arqueológico del VC. Sin embargo, existe al menos un dato de su posible continuidad durante el Período Hispano-Indígena, a través de las semejanzas entre motivos decorativos de vasijas del cementerio de Cachi Adentro con el estilo Collao N/R, de la cuenca del lago Titicaca (Tarragó 1984b).

Por último, durante la época inka existen significativas evidencias de conexiones entre el VC y el **Norte de Chile** en ambas vertientes (Lámina 103, Tabla 40). En el VC, esta situación fue señalada a partir de la presencia de una cerámica color borravino en la Casa Morada similar a un tipo del norte chileno (González y Díaz 1992). Pero más aún, si bien es la única evidencia en este sentido, la identificación en la muestra analizada de un aribaloide Diaguita Chileno, posiblemente importado, en Cachi Adentro, estilo que se da en la III y IV región de Chile (Norte Chico), propone no sólo nuevas evidencias de circuitos de movilización de materiales entre el VC y el norte chileno, sino también plantea que una mayor dimensión de los mismos, abarcando zonas de Chile para las que no hay evidencias de conexión en épocas previas.

Asimismo, con relación a las ya mencionadas relaciones sugeridas a través de las semejanzas iconográficas entre tabletas y tubos del VC y las de la región del río Loa (y otros sectores del NOA), estos bienes y/o ideas podrían aún encontrarse en circulación durante momentos inkaicos, aunque tal vez más escasamente, dado que únicamente un ejemplar de esos artefactos de La Paya se encuentra en asociación directa a numerosos materiales inkas en la tumba N° 161.

Además, en el Norte de Chile y en el VC, puntualmente en La Paya, se han hallado algunas vasijas de morfología inka y superficies negras pulidas similares entre sí (Ambrosetti 1902, 1907, Llagostera 2004). Esto podría ser otro elemento a favor de la existencia de significativos vínculos entre sociedades de estas regiones en la época inkaica.

Del otro lado de los Andes, se registraron hallazgos de piezas de estilo CMP en los oasis de Atacama (Tarragó 1970, Tarragó y De Lorenzi 1976, Uribe 2002), y en Freirina, Paipote y Vallenar, en el Norte Chico (Ambrosetti 1907, Sala 1945, Tarragó *et al.* 1997), al mismo tiempo que se ha reconocido la influencia de aquel estilo en la cerámica Diaguita Inka de los valles de Elqui y de Limarí en el Norte Chico chileno (Niemeyer 1994). Además, el relevamiento realizado

sobre la iconografía representada en calabazas, muestra la presencia de motivos de *suris* en ejemplares de la región del río Loa, Atacama y puna de Jujuy, asimilables a las representaciones que han sido definidas para estilo CMP.

Otro conjunto de evidencias del Norte de Chile se vinculan con el ámbito santamariano en sentido amplio, como el hallazgo de iconografía santamariana en placas metálicas del tambo inkaico de Catarpe y en Taltal (Tarragó *et al.* 1997), en el arte rupestre de sitios del río Loa (Berenguer 2004) y en calabazas pirograbadas de la región atacameña (Durán 1976, Rydén 1944), aunque debe considerarse que no necesariamente todos ellos corresponden exclusivamente a la época inkaica.

De acuerdo al panorama que permiten delinear las evidencias en ambas vertientes de los Andes, los circuitos que vincularon el VC y el Norte de Chile durante el Período Inka se muestran más intensos con relación a lo que ocurría durante el PDR. Esto permite sugerir que, luego de la aparente interrupción o debilitación sufrida durante los Desarrollos Regionales, los vínculos entre las sociedades de ambas regiones fueron retomados durante la época inka, pero ya probablemente en conexión a procesos de interacción estimulados desde el Imperio.

10.3 Cambio y continuidad en los circuitos de interacción interregional.

Habiendo sintetizado e integrado todas las evidencias generadas y disponibles sobre la circulación interregional de bienes, recursos e ideas en el VC, en este punto se evalúan y comparan cualitativamente las características y el alcance de los distintos circuitos de interacción interregional en que se integraron las sociedades del VC, y su variación o persistencia en el tiempo (Lámina 106, Tablas 38 a 40).

En los momentos iniciales de los Desarrollos Regionales, si bien la investigación sobre este lapso no es de tanta envergadura como en épocas posteriores, se observa que las sociedades calchaquíes, al menos del sector central según los conocimientos actuales, habrían alcanzado algún nivel de vinculación con sociedades de los valles de Yocavil y más al sur con el de Hualfín, manifestada en similitudes estilísticas en alfarería. Paralelamente, las sociedades del VC habrían recurrido a la región puneña por materias primas líticas y posiblemente estaño.

Durante el PDR avanzado, se distinguen, desde el VC hacia el norte y hacia el sur, dos circuitos de interacción que muestran, en términos generales, ciertas características comunes.

Las conexiones con el valle de Yocavil al sur, y con la Quebrada del Toro y sur de la

Quebrada de Humahuaca hacia el norte, se distinguen claramente en el registro arqueológico del valle, a partir de una cantidad relativamente alta (en relación a lo que sucede con los demás circuitos) de ideas y/o bienes en circulación, la mayor parte de los cuales corresponden a evidencias cerámicas[8]. Esas ideas y/o bienes se encontrarían circulando, aparentemente, tanto hacia adentro como hacia fuera del valle, lo que resulta más evidente en la esfera del norte.

Los circuitos que han vinculado el VC con esos otros dos ámbitos muestran una aparente alta duración y estabilidad temporal, en tanto tienen antecedentes en el Período Formativo y continuidades en la época inka e incluso en el Período Hispano-Indígena, al menos para el caso de Yocavil. Por otro lado, desde el punto de vista físico, comprenden una extensión espacial media[9] que, para el caso del circuito del norte, podría ser menor, dada la restricción de su alcance al extremo norte del VC.

Por otro lado, las sociedades calchaquíes habrían establecido una serie de contactos hacia el oriente que permitieron el ingreso al VC, fundamentalmente, de una relativa variedad de recursos y materias primas (nueces, sustancias psicoactivas, probablemente maderas, quizás coca). Estos circuitos integraron un territorio de extensión media, que primordialmente implica el movimiento de materiales de este a oeste, de acuerdo a lo registrado hasta el momento[10]. Sin embargo, no debe dejar de considerarse que estas regiones comparten ciertos cánones estilísticos relativos a la alfarería, no sólo la santamariana sino también la negra pulida (Baldini y Sprovieri 2009). Desde el punto de vista temporal, estos circuitos parecen presentar cierta continuidad, registrados al menos desde el Formativo y de los que hay evidencias de su persistencia durante la época de ocupación inkaica.

Finalmente, durante los Desarrollos Regionales avanzados se reconoce el establecimiento de circuitos que vincularon, hacia el occidente y nor-occidente, el VC con la región puneña de Argentina, y más allá hacia el Norte de Chile. Estos circuitos abarcan distancias medias con relación a la puna norte de Salta y la puna catamarqueña, hacia altas con la puna central de Jujuy. La circulación se restringió, fundamentalmente, al movimiento de

[8] Desde el punto de vista ambiental, el valle de Yocavil, la Quebrada del Toro y el sur de la Quebrada de Humahuaca no presentan una oferta de recursos muy diferente a la del valle Calchaquí, por lo que la falta de circulación de materias primas entre estos espacios resulta coherente.

[9] A fines comparativos únicamente, sin buscar trasladar directamente criterios espaciales al pasado, en este capítulo se consideran las distancias espaciales que separan los regiones vinculadas en una escala relativa de extensión baja, media y alta, donde la primera responde a conexiones a nivel regional, la segunda al vínculo entre ámbitos inmediatamente aledaños al VC y la última a espacios más allá de los directamente lindantes.

[10] Sin embargo, la escasez de investigación arqueológica en los valles orientales y las yungas de Salta, posiblemente sea una de la causas por las que hasta ahora sólo tengamos evidencias del movimiento de bienes en ese sentido.

recursos y materias primas (líticos y posiblemente estaño y sal)[11] desde esas zonas hacia el valle calchaquí.

A pesar que las evidencias señalan que el sentido de los movimientos de materiales se dio, principalmente, desde la puna al valle, datos históricos y actuales (ver Capítulo 6.5) muestran una fuerte necesidad de las poblaciones puneñas de aprovisionarse de recursos del valle, fundamentalmente alimenticios (tal vez de ahí su baja visibilidad arqueológica), por lo que puede sospecharse que habría existido un cierto equilibrio en la direccionalidad de la circulación entre estos ambientes.

Con relación a los vínculos con el Norte de Chile, aunque estos no sean necesariamente directos, se pueden presumir de extensión espacial alta, restringidos a la circulación de bienes y/o ideas relativas al complejo alucinógeno, en un área que abarca la región del río Loa, la puna jujeña, la Quebrada de Humahuaca y el VC. Sin embargo, al momento no se puede establecer con precisión la dirección en que estos elementos han circulado.

Si bien existen también algunas evidencias de la circulación de iconografía del ámbito santamariano en sentido amplio, plasmada en calabazas y arte rupestre, por el norte chileno, la falta de precisión cronológica de esos hallazgos hace muy difícil considerarlas efectivamente correspondientes a circuitos de interacción desarrollados durante el PDR.

En general, las relaciones con la puna y el Norte de Chile manifiestan antecedentes en la época agroalfarera temprana, aunque los vínculos se estarían dando de una manera diferente, involucrando otros tipos de bienes e ideas, y de forma tal vez más equilibrada en cuanto a la direccionalidad de los movimientos. No obstante, durante el PDR se percibe que habría disminuido la intensidad de la circulación de bienes y/o ideas, en particular y más notoriamente con SPA, para retomar fuerza durante el PI, y tal vez continuar durante momentos hispano-indígenas.

De manera similar a lo que sucede con los vínculos con el Norte chileno, el posible ingreso de valvas del Pacífico al VC durante el PDR, implicaría la inserción de las sociedades calchaquíes en circuitos por los que circularon este tipo de bienes, aunque esto no implique de hecho vinculaciones directas con la costa.

[11] Para este Período, sólo hay un único registro claro de otro tipo de evidencia, el cual corresponde la botella de ECH similar a las de la región puneña de Jujuy.

La distinción en el VC de posibles circuitos de interacción interregional diferenciales durante los Desarrollos Regionales, estaría indicando la existencia de distintas maneras en que se articulan las sociedades calchaquíes con las de otras regiones del NOA y de los Andes Meridionales. Más aún, estas diferencias podrían atribuirse a la implementación por parte de las poblaciones del VC de distintos mecanismos que permitieran la obtención y circulación de bienes y recursos (acceso directo, trueque, reciprocidad, intercambio en cadena, etc.). Esta posibilidad permanece como un interrogante dado que la información obtenida mediante esta investigación, no proporciona evidencias suficientes para avanzar en esta dirección.

El panorama planteado sobre los circuitos de interacción interregional para el PDR avanzado se modifica parcialmente durante la ocupación inka del VC. Por un lado, de acuerdo al registro arqueológico del valle de momentos inkaicos, las vinculaciones, en primer lugar, con el valle de Yocavil, en segundo, con la vertiente oriental y, en tercer lugar, con la región puneña de Salta y Catamarca, son las que presentan menores o casi nulas diferencias con respecto a su situación durante el PDR. Aparentemente, las relaciones en el eje este-oeste se mantendrían mayormente inalteradas en términos de tipo de materiales en circulación (recursos y materias primas), frecuencia relativa de los mismos en el registro del valle y sentido en que circulan (principalmente hacia el VC).

Con respecto al valle de Yocavil, únicamente se advierte la incorporación de nuevos tipos de materiales en circulación a partir de la presencia de tiestos Yocavil Polícromo, Famabalasto N/R y FNG en contextos inkaicos del VC central y norte. Esto resulta significativo en tanto al menos este último estilo (FNG) se había visto restringido al valle de Yocavil durante el período anterior; por lo que su presencia en el VC debe estar asociado a procesos de circulación vinculados al Imperio.

Por otro lado, los circuitos que conectan con la puna jujeña parecerían mantenerse estables al menos en cuanto permitieron a las poblaciones calchaquíes continuar aprovisionándose de obsidianas y tal vez estaño de esa zona. Sin embargo, en sentido inverso, sí es de notar una mayor presencia de evidencias que remiten al VC en sitios y colecciones de la puna de Jujuy. Entre ellos se incluye la presencia de cerámica Inka Mixta del estilo CMP y de motivos propios de ese estilo en calabazas pirograbadas de la colección Doncellas de la puna de Jujuy. Este posible incremento en la frecuencia y diversidad de bienes y/o ideas en circulación podría encontrarse relacionado con modificaciones sustanciales acontecidas en las redes que vinculan el VC con el Norte de Chile a partir de la presencia inka en el valle, en tanto que los

circuitos con los sectores central y sur de la puna de Jujuy podrían estar integrados en las redes más amplias de vínculos con el área atacameña, que se desarrollan a continuación.

Como fue detallado anteriormente, durante la época inka la circulación bienes y/o ideas entre el VC y el norte chileno, especialmente con SPA, parece recobrar fuerza, hecho sugerido desde una amplia presencia de materiales en ambas vertientes.

Los vínculos entre sociedades del VC y del Norte de Chile durante el PDR avanzado están sugeridos por las características compartidas en tabletas y tubos, fundamentalmente. En la época inka, a la circulación puntual de estos materiales, que podría mantenerse durante el PI, se suman evidencias de la circulación de otros materiales y/o ideas. Entre ellas se incluye la presencia de tipos alfareros del Norte de Chile en la Casa Morada de La Paya, y de, más específicamente, el Norte Chico chileno, en la zona de Cachi Adentro, y de cerámica CMP en distintas localidades del Norte chileno.

Otras evidencias son la presencia de iconografía de *suris* estilizados posiblemente relacionada al estilo CMP presente en calabazas de SPA y de la región del río Loa, y, de manera más general, iconografía santamariana (escutiformes) en placas metálicas de Catarpe y posiblemente[12] en el arte rupestre y las calabazas del la región del río Loa.

Definitivamente, el aumento en la escala (magnitud y diversidad del contenido) de la circulación entre el VC y el Norte chileno estuvo en estrecha relación con la dinámica de movilidad de personas, bienes, recursos e información impulsada por los Inkas, entre los distintos espacios conquistados entre sí, y con la zona central[13], tanto para sostener económicamente sus operaciones e instituciones, como para integrar social e ideológicamente al Imperio.

Por su parte, las relaciones con la Quebrada de Humahuaca, que durante el PDR avanzado se habrían dado, al menos, con el sector sur de la misma, parecen intensificarse en la época inka, dado el incremento en frecuencia y diversidad de materiales quebradeños en el VC. A la vez, se habría ampliado su escala espacial (alta), ya que en esta época involucra nuevos sectores, tanto del valle como de la Quebrada de Humahuaca. Estas relaciones se manifiestan

[12] Se plantea como posibilidad dado que, como ya se mencionó, la cronología para estos hallazgos no es precisa, por lo que sólo pueden ser englobados como pertenecientes a una época tardía.

[13] Así lo señala la presencia, aunque escasa, de bienes cuzqueños importados en el VC. En dirección contraria, podría considerarse la presencia de una placa semejante a las santamarianas en Sacsayhuamán (González 1992: lám. 42), aunque esto remite al ámbito santamariano en sentido amplio.

en la circulación de bienes terminados e ideas relativas a la alfarería, y posiblemente de poblaciones, según han propuesto algunos investigadores (De Lorenzi y Díaz 1977).

En vinculación con esta esfera de interacción, es importante destacar la ausencia de evidencias específicas que vinculen al VC y la Quebrada del Toro durante el PI. Sin embargo, tal situación puede deberse a una falta de información suficiente sobre el registro arqueológico de esa quebrada durante la ocupación inka.

Finalmente, el surgimiento en el PI de circuitos que conectarían el VC con el área Yavi por un lado, y con el Altiplano boliviano por otro, estaría exclusivamente asociado a procesos de interacción interregional generados desde la implementación de políticas estatales en los Andes Centro-sur. Por esos circuitos, ambos de extensión espacial alta, se movilizaron bienes e información relativa a alfarerías, y posiblemente poblaciones de esas zonas al VC; circulación que, aparentemente, también se dio en sentido contrario. Asimismo, en esta época, circuitos de escala espacial amplia permitieron la llegada de valvas marinas del Pacífico (*Pecten*) al VC.

En síntesis, con el arribo de Imperio Inka al valle Calchaquí se produjeron significativas modificaciones en las redes de circulación de bienes, ideas, recursos y personas en las que se insertaron las poblaciones calchaquíes. Las alteraciones se vincularían, en especial, con la participación en nuevos circuitos de interacción, y de mayor alcance espacial (con el área Yavi, el sur del Lago Titicaca y el Norte Chico chileno), que se manifiestan como de relativa envergadura en el caso de las dos primeras zonas. Al mismo tiempo, otras modificaciones se relacionarían con el restablecimiento y/o intensificación de otros circuitos previamente establecidos (con la Quebrada de Humahuaca, SPA, la región del río Loa, el sector central de la puna de Jujuy y quizás el valle de Yocavil).

Por su parte, los circuitos de interacción entre el VC y los valles húmedos y selvas del oriente, y el primero y la puna norte de Salta y la puna catamarqueña, podrían haber permanecido mayormente inalterados desde los Desarrollos Regionales avanzados, posiblemente recurriendo las poblaciones del valle a los mismos circuitos y canales de vinculación utilizados anteriormente.

Si se considera que las conexiones en sentido este-oeste, o viceversa, habrían resultado fundamentales para las poblaciones calchaquíes en tanto posibilitarían la obtención de bienes y recursos de otras regiones ambientales, podría sugerirse que el Imperio no intervino en las redes de circulación locales de ciertos bienes materiales que aseguraran la subsistencia y reproducción social de las comunidades locales.

Más aún, podría proponerse como posibilidad que los procesos de interacción que involucraron al VC estimulados desde el Imperio, se vincularon principalmente con la circulación de estilos de fuerte regionalización y probablemente simbolismo (estilos cuzqueños, Yavi, Pacajes, Diaguita Chileno, Tilcara N/R, Yocavil Polícromo), plasmados fundamentalmente en materiales alfareros, y con la propagación desde el VC, o desde los Valles Calchaquíes en sentido amplio, de los estilos CMP y Santamariano de cierto prestigio regional (González y Tarragó 2004b), representados en cerámica y otros soportes (calabazas, arte rupestre, metales), situaciones que en algunos casos podrían estar asociadas al movimiento de poblaciones.

Todas esas particularidades podrían estar señalando la existencia de una reconfiguración de las redes de circulación interregional en que se insertó el VC generadas a partir de la nueva situación social y política en la que se encuentran las sociedades del NOA a partir de la conquista inkaica de estos territorios, al menos con relación a los circuitos por los que se movilizaron nuevos bienes e ideas de fuerte carga simbólica potencial.

A manera de síntesis, y con relación a las hipótesis de trabajo plateadas, a partir de los resultados de esta investigación se observa que durante el PDR avanzado las sociedades que habitaron el valle Calchaquí participaron, de alguna manera, en distintos circuitos de interacción interregional con sociedades de ámbitos ecológica y culturalmente diversos, participación que ocasionó el ingreso y egreso de bienes, materias primas e información al y desde el valle. Los materiales que circularon fueron diversos abarcando recursos y materias primas que podrían relacionarse más estrechamente a requerimientos tecnológicos y de subsistencia (obsidiana, estaño, sal, posiblemente algunas maderas), como también múltiples bienes o información que pueden considerarse más vinculados a ciertas prácticas de reproducción social de los grupos, aún más por la notoria asociación a contextos altamente ritualizados de muchos de ellos (cascabeles de nuez, iconografía en tabletas y tubos de rapé, posiblemente madera de cebil, sustancias psicoactivas y quizás coca).

A partir de la llegada del Imperio Inka al VC, estos circuitos muestran cambios y continuidades, aunque aparentemente no hay rupturas, sino más bien una yuxtaposición de nuevos ejes de interacción, y una intensificación y ampliación de los previamente establecidos. Muchos de esos ejes exhiben una mayor amplitud espacial y magnitud en la movilización de recursos materiales y simbólicos, de aparentemente gran significación en esferas rituales de reproducción de las relaciones sociales, políticas e ideológicas entre el Imperio y las elites y

poblaciones nativas, como alfarerías e iconografía de prestigio regional (Alconini 2008, Bray *et al.* 2005, D'Altroy *et al.* 1994, Raffino 1981, Williams 2004, Williams *et al.* 2005, entre muchos otros).

10.4 La experiencia de lo lejano: bienes foráneos y paisajes sociales en el valle Calchaquí.

Con una mirada desde cierta distancia, la imagen que surge de lo anterior es la de un entramado de ejes de interacción interregional que relacionó a las sociedades calchaquíes con las de otras regiones del NOA y los Andes Centro-sur entre los siglos IX y XVI. Desde esa distancia, esta imagen permanece un tanto alejada del plano de la vida, de las experiencias y miradas de las poblaciones y sujetos que habitaron el valle Calchaquí con relación a su participación en redes de relaciones de amplio alcance, que superan la interacción cotidiana, vinculando espacios y personas distantes.

Se plantea entonces como significativo, particularmente desde el marco teórico adoptado, emprender una aproximación a lo que pudieron ser las experiencias relativas de las sociedades calchaquíes de vivir en un contexto social y material impregnado por la huella de aquellas interacciones interregionales. Percibir algunas de esas experiencias, o al menos intentar acercarse, requiere fundamentalmente contextualizar con el mayor grado y precisión posible la presencia concreta de bienes, recursos e ideas "foráneas" en las prácticas cotidianas de las poblaciones del VC.

Como se expuso, la manera en que se manifiestan las evidencias de interacción entre sociedades del VC y las de áreas aledañas, en distintos momentos de su historia, ha mostrado ciertas particularidades.

Durante el PDR avanzado, se ha podido observar que la magnitud de dichas evidencias ha resultado ser especialmente limitada para lo que podría esperarse en sociedades que lograron considerables niveles de organización socioeconómica y desarrollo tecnológico, así como para la cantidad de trabajo de investigación realizado en la región, la posición estratégica del valle que posibilita la conexión con distintas regiones, y la información histórica y actual sobre las vinculaciones entre sociedades calchaquíes y grupos de otras regiones.

No obstante, esta situación no avalaría argumentar la existencia de ciertos niveles de aislamiento de las sociedades calchaquíes o un bajo desarrollo de rutas de tráfico[14], ya que la efectiva presencia de diversas, aunque limitadas, evidencias "foráneas" plantean la participación de esas sociedades en variadas redes de circulación interregional de bienes, recursos e información durante los Desarrollos Regionales, desde momentos iniciales del Período.

Un análisis detallado de las evidencias "foráneas" efectivamente registradas para el PDR avanzado permite destacar, por un lado, el ingreso al ámbito del VC de una serie de materias primas y recursos alóctonos, aparentemente no disponibles en el valle, como obsidiana, estaño, nueces, sustancias psicoactivas, posibles maderas de cebil, nogal criollo y lianas, probablemente sal y, tal vez, coca, procedentes de la puna y las selvas occidentales, y, por otro, la circulación de ideas y/o bienes relativos al complejo alucinógeno, en circuitos que integran el VC con la región del río Loa, la puna jujeña y la Quebrada de Humahuaca.

Por otra parte, el ingreso de vasijas y/o estilos alfareros "foráneos" al VC en momentos avanzados de los Desarrollos Regionales, resultó notablemente restringido[15], excluyendo las evidencias de relaciones con el valle de Yocavil que remiten, de hecho, a la existencia entre las sociedades de ambos valles de un sustrato cultural común.

De acuerdo a la información bibliográfica, únicamente existen registros de alfarería alóctona, relacionada con la Quebrada del Toro y de Humahuaca, en contextos restringidos fuertemente al extremo norte del VC, espacio estrechamente vinculado a un corredor de tránsito interregional de relevancia, por lo que en esa zona se podrían estar dando procesos de interacción diferenciales a los ocurridos más al sur.

La escasez de evidencias de vasijas y/o estilos alfareros foráneos en el VC, más allá de su extremo norte, se manifiesta claramente en los estudios realizados para esta investigación. Según el análisis de la muestra cerámica, sólo una pieza (0,21% [1/463]) claramente vinculada a contextos el PDR avanzado[16] señala algún tipo de conexión extrarregional. A estas sólo puede agregarse el registro de una escudilla Poma N/R, en una tumba sin asociación a materiales inkaicos de La Paya, según se indica en la bibliografía (Dillenius 1909).

---

[14] Además, recordemos que ya se ha resaltado en arqueología, que la falta de efectivas evidencias de interacción entre regiones no necesariamente indica la ausencia de la misma (Hodder 1982b, Scattolin y Lazzari 1997).

[15] Sin embargo, en momentos iniciales del Desarrollos Regionales sí se han planteado vínculos con ámbitos por fuera del VC a través de similitudes en estilos alfareros.

[16] De todas maneras, aún si consideráramos las demás vasijas "foráneas" descontextualizadas de la muestra (Tabla 15) igualmente el porcentaje permanecería extremadamente bajo (1,9% [9/463]).

Intentar explicar esta limitadísima presencia de alfarerías y estilos cerámicos "foráneos" en el interior del VC por una subrrepresentación de los mismos en la muestra resulta, a nuestro criterio, insuficiente, dados los elevados niveles de perdurabilidad de este tipo de vestigios, su amplia presencia y alta visibilidad en el registro arqueológico y su alto potencial diagnóstico para proponer vínculos interregionales. Asimismo, el estudio de la totalidad de los materiales de dos de las colecciones arqueológicas de mayor envergadura del valle (La Paya y Tero), que incluyen una importante cantidad de piezas cerámicas, plantea una adecuada representatividad de los materiales cerámicos tardíos de la región. Además, consideramos que factores relacionados con una posible baja calidad del registro del VC para el PDR avanzado (limitado, diseminado, etc.) tampoco permitirían entender completamente la casi total ausencia de evidencias cerámicas "foráneas", dada la manera en que se presentan los indicios de interacción interregional en otros momentos del desarrollo histórico de las sociedades del VC.

Durante el Período Formativo la presencia en el VC de una serie de vasijas y estilos cerámicos foráneos procedentes de o relacionados con SPA, la zona de Tebenquiche-Laguna Blanca, el área valliserrana central (Tafí, Alamito, Condorhuasi, Ciénaga) y el sector de piedemonte oriental (Candelaria, Vaquerías y San Francisco)[17] resulta indicativa de la inserción de las sociedades aldeanas tempranas del VC en redes de interacción con las de otras regiones por las que circulaban bienes y estilos alfareros.

Más evidente aún es la relevancia de las evidencias cerámicas como indicios de vínculos interregionales para el VC en el Período Inka. Múltiples bienes y estilos alfareros "foráneos" (Pacajes, Yavi, Tilcara N/R, Diaguita Chileno, Yocavil Polícromo, FNG, etc.), junto a otros materiales, fueron documentados en contextos inkaicos del interior del VC, como así también la amplia dispersión fuera del ámbito de los Valles Calchaquíes de bienes y/o iconografía santamariana en distintos soportes. Por último, los hallazgos en el cementerio hispano-indígena de Cachi Adentro, fundamentalmente de materiales cerámicos, permitieron sugerir distintas situaciones de interacción con sociedades de otras regiones y ámbitos de los Andes Meridionales (SPA y Altiplano boliviano, por ejemplo).

La revisión en perspectiva diacrónica de las evidencias de relaciones interregionales para el VC, permite destacar la significativa contribución de los vestigios cerámicos al cuerpo de datos que han posibilitado, a distintos investigadores y a esta investigación, sugerir diferentes circuitos de interacción en distintos períodos, salvo para el PDR avanzado en especial.

[17] En sentido contrario también, en algunas de estas regiones se registran materiales del VC (ver Capítulo 5.2).

Esta particular escasez de alfarerías y estilos cerámicos "foráneos" en el VC durante los Desarrollos Regionales avanzados se hace más notoria si, además, se la compara con las situaciones ocurridas en otras zonas de la región surandina durante similar lapso temporal, y con relación a sociedades con niveles semejantes de desarrollo socioeconómico. Por ejemplo, en los oasis de San Pedro de Atacama la presencia de vasijas de características y estilos foráneos hacia comienzos de la fase Yaye (900-1200 DC) y durante la fase Solor (1200-1470 DC) ha permitido plantear la participación de las poblaciones atacameñas en distintas situaciones de interacción, fundamentalmente con el área de la puna oriental y Quebrada de Humahuaca, con los valles interandinos de Bolivia y con el Altiplano (Tarragó 1977, 1989).

Asimismo, al interior del NOA, las investigaciones desarrolladas en el asentamiento tardío de Tastil registraron la existencia de un conjunto de objetos cerámicos estilísticamente asimilables a tipos foráneos que, junto a otros materiales, sugerirían contactos con grupos de la puna, Quebrada de Humahuaca, norte del VC y valle de Lerma (Cigliano 1973). En la Quebrada de Humahuaca, por su parte, la alfarería alóctona está consistentemente representada durante los Desarrollos Regionales, a partir de piezas de los grupos Yavi y Yura, de la puna NE de Jujuy y sur de Bolivia respectivamente (Albeck 1992, Nielsen 1997, 2000), con una presencia que alcanza para el tipo alfarero Yavi un 7% y 3% en los sitios de La Isla de Tilcara y Alto de La Isla respectivamente, ambos ubicados en el sector medio de la quebrada muy próximos entre sí (Rivolta 2005).

De lo anterior se desprende la insuficiencia de los factores vinculados a la calidad del registro, como explicación para la escasez de alfarerías alóctonas, a la vez que surge como desacertado asumir que dicha escasez es una situación habitual y esperable en el registro arqueológico de cualquier área.

En este contexto, podemos intentar entender la casi total ausencia de vasijas y estilos cerámicos "foráneos" en el VC durante los momentos avanzados de los Desarrollos Regionales como parte de prácticas y patrones de circulación de materiales, información y personas propios de las sociedades calchaquíes, en donde los estilos y materiales cerámicos habrían adquirido un carácter diferente de aquel que comprende a materiales de otra naturaleza. Es más, se podría sugerir una aparente no incorporación de vasijas y estilos alfareros "foráneos" a los circuitos por los que efectivamente han circulado otros tipos de materiales hacia el VC.

La alfarería, en toda su diversidad de estilos y variantes regionales, habría constituido para las poblaciones prehispánicas del NOA un medio de corporización de contenidos simbólicos

y de anclaje de significados sociales (Cremonte 2006, Nastri 1999, Tarragó 2000, Tarragó *et al.* 1997), aunque, desde la perspectiva teórica de esta investigación, no expresando únicamente la naturaleza y forma del mundo social, sino también reproduciéndolo. Las sociedades de los Valles Calchaquíes han desarrollado un estilo regional, el Santamariano, fundamentalmente plasmado en cerámica, de carácter propio, con fuerte grado de estandarización de diseño, forma, iconografía e incluso ciertos atributos de la pasta (Baldini y Balbarrey 2004, Pollard 1983, Tarragó 1970, Tarragó *et al.* 1997). Estudios específicos de la cerámica santamariana han mostrado la existencia también de variabilidad regional, sin embargo la utilización de un vocabulario iconográfico, una estructura de diseño y un patrón formal en gran parte común, le otorga una fuerte unidad estilística diferenciándola de otras alfarerías (Tarragó 1970). Por otra parte, su carga simbólica factible de ser evocada en distintas prácticas sociales (rituales, domésticas, públicas, etc.), la habrían convertido en un elemento activo en la producción y reproducción de relaciones sociales (Tarragó 2000).

Es esta significación y valoración que habría adquirido la alfarería santamariana, lo que permite sugerir que las sociedades calchaquíes habrían evitado la introducción vasijas y estilos cerámicos "foráneos" a su vida cotidiana, así como en sus prácticas domésticas y rituales. Esto podría entenderse dado el valor referencial de los bienes foráneos en general, y en este caso de la cerámica en particular, con su capacidad de remitir a relaciones, sujetos, lugares, etc. distantes en el tiempo y el espacio, y de proporcionar vastas imágenes espaciales que contribuyen a la estructuración de paisajes sociales y subjetividades (Ingold 1993, Edmonds 1993, 1995, Lazzari 1999a y b, 2005, Phillips 2002, Sommer 2001, Weiner 1994).

Sin embargo, aparte de la alfarería, existe otra variedad de bienes y recursos foráneos en el VC durante el PDR avanzado, lo que estaría indicando la existencia de ciertos espacios por los que materiales y/o estilos "foráneos" se introducirían en el VC. No obstante, en una mirada más detallada podríamos notar que las evidencias "foráneas" efectivas serían bienes, recursos y estilos consumibles en situaciones y prácticas rituales muy puntuales (tabletas y tubos, posible madera de cebil para fabricar tabletas, cascabeles de nuez, sustancias psicoactivas, tal vez coca)[18] o con insumos para la producción de bienes calchaquíes como estaño, obsidiana, algunas posibles maderas de lianas y nogal criollo, para instrumentos aparentemente de trabajo, y, quizás, la sal.

[18] En adelante se denomina a este tipo de materiales como "especiales", dada su aparente asociación a prácticas rituales específicas

Entre los insumos, resulta relevante destacar algunos aspectos. El estaño era procesado y aleado con cobre para la producción de instrumentos de uso doméstico, pero gran parte del bronce era destinado a manufacturar objetos como discos, hachas, placas pectorales, campanas, etc. (González y Peláez 1999), que parecen haber operado mayormente en ciertas esferas sociales, especialmente ceremoniales, y que además son, entre los objetos de metal, los que pueden ser soporte de iconografía santamariana.

Por su parte la obsidiana, que, de acuerdo a análisis tecno-morfológicos específicos, estaría ingresando como materia prima para la manufactura de ciertos tipos de instrumentos (fundamentalmente puntas de proyectil) en el interior del valle (Sprovieri 2005), se encuentra representada entre un 6,5 y 15% dentro del conjunto lítico total en sitios tardíos del valle (Sprovieri 2005, Chaparro 2007). Esta representación se muestra notablemente escasa si la comparamos, por ejemplo con la presencia de obsidiana en contextos tardíos de la Quebrada de Humahuaca, donde alcanza entre un 75% y 91% (Ávalos 2003, Chaparro 2007, Sprovieri 2003).

En el caso de las maderas, en la muestra analizada (45 piezas) se reconoce que el porcentaje de artefactos que podrían estar manufacturados en maderas alóctonas es significativamente menor que el de los aparentemente confeccionados en maderas locales (26,66% vs. 73,33%)[19]. Considerando especialmente los artefactos de posibles maderas alóctonas que no presentan asociación a materiales inkaicos (N=6), se observa que corresponden a una tableta, a una pala larga y mayormente "bastones". Estos últimos han sido vinculados a tareas de cavado, pero cabe destacar que no existe mayor conocimiento sobre este tipo de artefactos. En la Quebrada de Humahuaca, probablemente por su menor disponibilidad de maderas, las poblaciones prehispánicas tardías debieron requerir más recurrentemente de maderas de los valles orientales (Albeck 1992, 1994), aunque algunas determinaciones de maderas de objetos de contextos mortuorios de Los Amarillos indican que las correspondientes a especies alóctonas fueron empleadas para manufacturar artefactos vinculados al complejo alucinógeno (tabletas, tubos, estuches y quizás cucharas) (Nielsen 2006b, 2007).

De todo lo anterior se desprende que la presencia de materiales "foráneos" durante el PDR avanzado resultaría ser relativamente escasa en la vida cotidiana (fundamentalmente a

[19] Sin embargo, es importante tener en consideración que la amplísima mayoría de artefactos de madera del ME que quedaron sin estudiar, corresponden a torteros y tarabitas, que en la muestra analizada han sido exclusivamente fabricados en posibles maderas locales, lo que plantea que los porcentajes de posibles maderas alóctonas podría ser menor aún. Es más, la determinación botánica realizada sobre 33 tarabitas de la puna, la Quebrada de Humahuaca, del valle de Cajón y de Hualfín, señala que han sido mayormente realizadas en maderas de disponibilidad local, salvo en algunos casos de tarabitas de la puna (Raviña *et al.* 2007).

nivel de las prácticas domésticas más o menos diarias[20]) de las sociedades del VC, dada la casi total ausencia de vasijas y/o estilos cerámicos "foráneos", y la aparente restricción de uso y depositación de muchos de los otros materiales "foráneos" en contextos sociales específicos.

Esa relativa escasez surge también de la comparación con algunas situaciones que han sido registradas para otras zonas del NOA y los Andes del Sur en la misma época.

En este sentido, podría proponerse como posibilidad que la predisposición a no introducir vasijas y estilos alfareros "foráneos" al VC, y la baja representación de los demás bienes y recursos "foráneos" en las prácticas cotidianas de las sociedades del valle podría estar en función de la realización de un mundo calchaquí (modo de hacer, vivir y ser calchaquí), donde no existieran referencias fuertes y visibles a otros mundos, externos y diferentes, como parte de una manera de vivir y de relacionarse con otros, y entre sí, de las poblaciones del VC. Es decir, que los habitantes del VC se encontrarían viviendo mayormente en un mundo (material y posiblemente simbólico) que en la práctica continuamente remite a sí mismo, con poco espacio para la citación de objetos, lugares y relaciones foráneas.

Esta conformación de un mundo fundamentalmente calchaquí, en el que se desarrollaría la vida de los habitantes del valle, podría encontrar cierto sustento en otros fenómenos identificados para el VC durante el PDR avanzado.

Un aporte relevante son los resultados de investigaciones sobre distancias biológicas que indagan sobre a unidad/diversidad de diferentes grupos de la región valliserrana (Baffi y Cocilovo 1989-1990, Cocilovo y Baffi 1985). Analizando siete muestras biológicas de La Poma, Payogasta, Fuerte Alto, Cachi, La Paya y Luracatao-Tacuil, todas ellas analizadas directamente, y de poblaciones de Belén y Santa Rosa de Tastil estudiadas por medio de datos bibliográficos, esas investigaciones pudieron identificar la existencia de tres conjuntos en base a análisis de conglomerados: un conjunto correspondiente al valle Calchaquí, uno a Belén y otro a Santa Rosa de Tastil. La agrupación de las muestras del VC entre sí, y su separación de aquellas de los otros dos conjuntos, salvo la muestra de Fuerte Alto-Cachi que presenta relación con la de Tastil, llevó a los autores a proponer la existencia de una unidad biológica humana en el VC durante el PDR, producto de un activo intercambio genético entre las poblaciones del valle (Cocilovo y Baffi 1985, Baffi y Cocilovo 1989-1990). De acuerdo a la apreciación de los autores, esto estaría en

[20] Con esto nos referimos a actividades de consumo y producción de alimentos, de alfarerías, de instrumental lítico, textiles, metales, etc.

concordancia con los datos que aporta la arqueología sobre la unidad cultural calchaquí durante el PDR.

Estudios posteriores profundizan sobre esta línea de investigación y confirman la separación de la muestra del valle Calchaquí de otras de la Quebrada de Humahuaca, la puna jujeña y el Norte de Chile, siendo el conjunto que más se distingue y aisla de los demás (Cocilovo *et al.* 2001).

Esta homogeneidad biológica se hace más significativa al observar la estructura de la población prehispánica de la Quebrada de Humahuaca[21], en la que se ha registrado una mayor variación morfológica, que es atribuida a un proceso en el cual se constituyó una población local con el aporte de migraciones de otros grupos humanos, provenientes tanto de áreas vecinas como de regiones más lejanas, que posiblemente se asentaron en la quebrada (Cocilovo *et al.* 2001).

En síntesis, dado el tipo de bienes, recursos e ideas "foráneos" que ingresaron al valle, y lo limitado de ellos en las prácticas cotidianas, especialmente de las vasijas y estilos alfareros de fuerte carga referencial potencial, en su mayoría no estarían aportando referencias de espacios geográficos y sociales externos al valle, contribuyendo así a la conformación de un paisaje social de dimensiones esencialmente locales y regionales para la mayor parte de la población del valle.

Esta experiencia más "local/regional" del paisaje se ve fuertemente alterada a partir de la llegada del Imperio Inka al VC y la consecuente implementación de una serie de políticas y mecanismos de integración de esta región, y muchas otras, al *Tawantinsuyu*.

De acuerdo a las investigaciones realizadas hasta el momento en el VC, la ocupación inkaica de la región trajo aparejada una serie de importantes modificaciones en distintos aspectos del modo de vida de las comunidades locales, que han sido desarrolladas anteriormente (Capítulo 4.2 y 4.3). Sintéticamente, se ha señalado la construcción durante la época inkaica de una amplia variedad de instalaciones estatales que reproducen técnicas arquitectónicas inkaicas, lo que implicó notables modificaciones en los modos de uso del espacio y el paisaje (Acuto 1999a y b, D'Altroy et al. 2000, Gifford y Acuto 2002, González y Díaz 1992, Hyslop 1990, Raffino 1981, Williams y D'Altroy 1998,).

[21] Este estudio se realizó con muestras biológicas de distintas localidades de la Quebrada de Humahuaca que abarcan un lapso de 1000 años, entre el Período Temprano y el Hispano-Indígena, pero con fuerte aporte a la muestra de materiales de asentamientos correspondientes a la ocupación tardía e inkaica de la región como Los Amarillos, Pucará de Tilcara, Campo Morado, La Huerta, Juella, Volcán y Ciénaga Grande (Cocilovo *et al.* 2001).

Por ejemplo, se ha destacado la implementación de dos estrategias diferentes en la ocupación del espacio y la distribución de los asentamientos, dado que en el sector norte del VC las instalaciones imperiales se dan en espacios donde ocupación local previa era casi inexistente, mientras que en el tramo medio ocurren dentro de los poblados locales de mayor importancia (Acuto 1999a, DeMarrais 2001, Gifford 2003, Williams y D'Altroy 1998). Esto fue, además, acompañado por la formalización y ampliación del sistema vial (Hyslop 1984, Hyslop y Díaz 1983, Raffino 1981), la construcción de altares y sectores ceremoniales en las instalaciones provinciales (plazas, plataformas, kallankas) y de sitios ceremoniales de altura (D'Altroy *et al.* 2000, Jacob y Leibowicz 2007, Vitry 2008).

Se produjo también una intensificación de las actividades productivas agrícolas, artesanales -metalurgia del cobre y oro, objetos y adornos de mica, y valva- (Acuto *et al.* 2004a y b, D'Altroy et al 2000, Earle 1994, Rodríguez Orrego 1975) y de almacenaje (Acuto 1994, Tarragó y González 2003).

En cuanto a la alfarería, se reconoció una intensa producción cerámica que se volcó a los estilos Inka Provincial, Inka Mixto, que respetan formas y diseños inkaicos (Calderari 1991, Calderari y Williams 1991,D'Altroy *et al.* 2000, Raffino 1981, Tarragó y De Lorenzi 1976, Williams 2004, Williams *et al.* 2005). Si bien se sostiene que la cerámica inka se utilizó principalmente en actividades políticas, su producción quedó en mano de ceramistas locales (DeMarrais 2001, Williams 2004).

Finalmente, una importante alteración del paisaje étnico se habría producido a partir de la probable presencia en el VC de *mitmaqkunas* originarios del altiplano (Lorandi y Cremonte 1991, Williams 2004) y tal vez de la Quebrada de Humahuaca (De Lorenzi y Díaz 1977).

Desde el punto de vista de la interacción interregional esta investigación ha señalado que durante el momento de ocupación inka, la magnitud y diversidad de los bienes, recursos e información que ingresan al VC se incrementan significativamente, particularmente incorporándose ahora vasijas y estilos cerámicos de fuerte regionalización, y probablemente simbolismo, y de alta capacidad para remitir a esferas sociales diferentes y espacios geográficos muy distantes.

En este sentido, a partir de la ocupación inka de la región las poblaciones calchaquíes se vieron involucradas en circuitos de interacción interregional nuevos, más amplios y de mayor envergadura, en nuevas maneras de producir, de construir, de moverse en el espacio y en prácticas rituales y políticas novedosas. Estas situaciones debieron haber operado cambios

significativos en el paisaje social y material calchaquí, conformando un nuevo paisaje más dinámico, plural y espacialmente más amplio, creado a partir de la experiencia cotidiana de vivir en un mundo que, por lo menos para una parte importante de la población, estaría con mayor frecuencia remitiendo a nuevos espacios y relaciones sociales.

No obstante, esto no implica necesariamente que este nuevo paisaje social hubiera reemplazado totalmente al anterior, sino que pudo haber existido superpuesto y entramado con él, en especial para ciertos grupos al interior de las sociedades calchaquíes, y reproducido en determinadas esferas sociales posiblemente altamente ritualizadas de hospitalidad ceremonial, fundamentales en la creación de alianzas y relaciones de reciprocidad entre los grupos locales y el Imperio.

La posibilidad que algunos de los circuitos de interacción interregional en que se insertaron las sociedades calchaquíes hubieran permanecido mayormente inalterados durante la época inka, podría estar sugiriendo la existencia de paisajes sociales alternativos y paralelos para las poblaciones del VC durante esa época. Esta situación señalaría la existencia de espacios de persistencia de prácticas y relaciones previas, persistencias que se han vislumbrado en otras prácticas locales tradicionales, como el aprovisionamiento y la producción lítica en sociedades del VC (Sprovieri 2005), o en ciertos procesos de manufactura, como los relacionados con los metales santamarianos (González y Tarragó 2004b).

10.5 Algunas reflexiones finales y perspectivas.

A pesar que las evidencias de vinculaciones entre poblaciones del VC y de otras regiones durante los Desarrollos Regionales sean, en cierto sentido, reducidas o limitadas, señalan la existencia definitiva de cierta dinámica de las sociedades calchaquíes, en cuanto a su integración en circuitos de interacción interregional con otros ámbitos ecológicos y culturales.

Las posibilidades efectivas de tránsito entre el VC y otras áreas del NOA y de la región surandina están ampliamente planteadas por las características geográficas de ese ámbito. No obstante, la detección de la existencia de una circulación diferencial de materiales y/o información, o de ciertas restricciones en la circulación de los mismos durante el PDR avanzado, sugiere la presencia de barreras no físicas, sino probablemente sociales o simbólicas, a la movilización de ciertos bienes e ideas entre algunos espacios. Esto fue evidenciado por la casi total ausencia de vasijas y/o estilos foráneos en el VC, a pesar de la existencia de circuitos por

los que efectivamente circularon otros tipos de materiales entre regiones. A su vez, la existencia de vestigios de la movilización de alfarería y/o iconografía santamariana fuera de su ámbito, que incluyen casos específicos planteados como correspondientes a materiales del VC, demuestra la viabilidad de la circulación de este tipo de materiales en sentido contrario.

Asimismo, la ausencia de indicios de vinculaciones durante el PDR con ciertas regiones, con las que había evidencias de interacción en épocas previas, como sucede con SPA, aunque al mismo tiempo existen con otra región cercana del Norte de Chile (la región del río Loa), señala la actuación de complejos procesos sociales detrás de estas fluctuaciones en la manifestación de evidencias.

Como sugieren los resultados de esta investigación, la alfarería y estilos cerámicos se plantean para las sociedades calchaquíes del momento de Desarrollos Regionales como elementos de carácter diferente a otros, en tanto manifiestan ciertas restricciones en su circulación hacia el VC. Esto constituye un elemento más a favor de la ya señalada relevancia de la cerámica santamariana en tanto medio de comunicación y corporización de mensajes sociales e ideológicos. Los estilos constituyen modos particulares de producir, pero también de pensar, sentir y ser, que juegan un rol significativo en la producción y reproducción de las relaciones sociales y de sujetos (Hodder 1990, Ingold 1993).

Esta valoración del estilo santamariano, especialmente de su iconografía, puede tener relación con un fenómeno registrado en esta investigación. En el análisis realizado de la colección de materiales de La Paya, y de la publicación de Ambrosetti (1907), se ha detectado la presencia de piezas de morfología inkaica que incorporan iconografía santamariana[22] pero no de casos a la inversa. Esto sugeriría la existencia de limitaciones a la incorporación de símbolos externos a la alfarería local y, quizás, de intentos de apropiación de materiales externos por medio de la utilización de símbolos propios. Estas situaciones podrían estar denotando la existencia de fenómenos de preservación de prácticas y significados y de mecanismos de resistencia, como ha sido señalado para algunos bienes santamarianos (González y Tarragó 2004b), ante las alteraciones y/o imposiciones surgidas, en la vida de las poblaciones calchaquíes, a partir de la conquista inkaica del VC.

En términos generales, en distintos momentos de la trayectoria de las sociedades tardías del VC se ha observado, a través de la consideración de distintas prácticas (por ejemplo de

[22] Las piezas registradas son las N° ME 815, 904, 944 y 1845, incluidas en la muestra analizada y tratadas en el Capítulo 8.1.3, y las N° 1840 (Figura 23) y N° 2123 (Ambrosetti 1907: fig. 135), registradas en la publicación.

circulación interregional y de producción alfarera), un carácter distintivo del estilo santamariano y de la cerámica propia de las poblaciones calchaquíes tardías, con relación a otros materiales. Se podría sugerir, a modo hipotético, que esta continuidad en la consideración diferencial de la alfarería y el estilo santamariano forma parte de una memoria social de valoración de ciertos bienes y símbolos calchaquíes.

De los resultados de esta investigación y de los planteos desarrollados surgen múltiples interrogantes.

Durante el PDR avanzado, la visibilidad de materiales foráneos en las prácticas diarias de las sociedades del VC es baja y habría una fuerte tendencia a no introducir vasijas y estilos alfareros foráneos. Se sugirió que esto podría estar en función de la conformación de un mundo material, y probablemente simbólico, calchaquí para la mayor parte de la población del valle, quizás como parte de maneras de actuar, de percibir y de relacionarse con otros, y entre sí (*habitus*). Entonces, ¿tiene esta situación relación con procesos de construcción y reproducción de identidades sociales, donde la cerámica se manifiesta como un testimonio de la praxis identitaria?

No obstante, en una situación en parte diferente a la mencionada arriba, se planteó la existencia de una esfera amplia de circulación de iconografía en tubos y tabletas de rapé, bienes que participan en esferas altamente ritualizadas de la práctica. Esa esfera abarcaría el VC, la región del río Loa, la puna de Jujuy y la Quebrada de Humahuaca. En este caso, dada la naturaleza continua, multidimensional y relacional del juego identitario donde pueden asumirse múltiples identidades, simultáneas o alternativas (Arfuch 2005, Barth 1976, Devalle 2002, Jones 1997), ¿tiene esa situación particular vinculación con la realización y trasformación de identidades, quizás para ciertos grupos al interior de las sociedades calchaquíes, en otros contextos sociales diferentes? ¿Cuáles son los procesos detrás de esta esfera que integraría distintas sociedades del NOA y los Andes del Sur, a diferencia de la distinción que se advierte a otros niveles, como en los estilos alfareros regionales?

A partir de la ocupación inka del VC, se propone que se habrían operado cambios significativos en el paisaje social y material calchaquí, ahora notoriamente más abierto hacia el exterior, particularmente por el ingreso de vasijas y estilos cerámicos de fuerte regionalización y simbolismo. ¿Estuvieron esos cambios relacionados con estrategias de incorporación de nuevos territorios y poblaciones a una entidad social y política mayor, tal vez provocando una

reestructuración de percepciones locales de lo propio y lo ajeno, lo local y lo lejano, y tal vez de identidades sociales previas, para, al menos, ciertos sectores al interior de la sociedad calchaquí?

Durante esta época, en vinculación a la aparente reticencia a incorporar simbología inka a la alfarería santamariana, ¿podrían las prácticas y concepciones previas con relación a la alfarería y el estilo santamariano (valoración, no introducción de vasijas/estilos foráneos) haberse abierto a planos de reflexión conscientes, en caso que ya no lo estuvieran, dada la presencia de una amplia variedad de nuevos estilos cerámicos, y haberse convertido en un campo de discusión explícito?

Estos, y muchos otros, interrogantes se abren a partir de los resultados y los fenómenos que ha explorado esta investigación. Abordar la problemática de la interacción interregional no es sencillo, sin embargo, un acercamiento desde distintas vías de análisis y líneas de evidencias, en conjunto con un acercamiento contextual, hasta donde fue posible, permitieron sujetar ciertas hebras de la compleja trama de los procesos por los cuales bienes, recursos e ideas han circulado, o no, hacia y desde el valle Calchaquí.

Asimismo, resultó especialmente significativa la consideración de la trayectoria temporal de los patrones observados, con particular relevancia de la posibilidad de evaluarlos en una situación de contacto cultural específica (ocupación inka), y en los contextos sociales de cambio que ella plantea.

En definitiva, si bien la participación en circuitos de interacción interregional es esperable en distintas sociedades tardías del NOA, el análisis de casos específicos, como el aquí desarrollado, plantean la existencia de particularidades regionales en los materiales en circulación, en los modos y mecanismos utilizados, y, posiblemente, en las experiencias de las sociedades y sujetos.

BIBLIOGRAFÍA

Acuto, F.
1994. *La organización del almacenaje estatal: La ocupación Inka en el sector norte del valle Calchaquí y sus alrededores.* Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas, orientación Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Inédita.

1999a. Paisajes cambiantes: La dominación Inka en el valle Calchaquí Norte (Argentina). En: *Teoría arqueologica na América do Sul*, editado por P.P. Funari, E.G. Neves e I. Podgorny, pp. 143-157. Museu de Arqueología e Etnología da Universidade de São Paulo, São Paulo.

1999b. Paisaje y dominación: La constitución del espacio social en el Imperio Inka, En: *Sed non Satiata. Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea,* editado por A. Zarankin y F. A. Acuto, pp. 33-75. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.

2007. Fragmentación versus integración comunal: Repensando el Período Tardío del Noroeste Argentino. *Estudios Atacameños* 34:71-95. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

2008. Experiencing Inca Domination in Northwestern Argentina and the Southern Andes. En: *The Handbook of South American Archaeology*, editado por H. Silverman y W. H. Isbell, pp. 845-861. Springer, New York.

Acuto, F. A. y C. Gifford.
2007. Lugar, arquitectura y narrativas de poder: Experiencia y percepción en los centros Inkas de los Andes del Sur. *Arqueología Suramericana* 3(2):135-161. Popayán/Catamarca.

Acuto, F., Jacob, C., Giglioti, V., Podestá, M. y M. Sprovieri.
2004a. Bajo el pulgar imperial: primeros estudios en el sitio Inka de Cortaderas (Valle Calchaquí, Salta). En: *Mosaico. Trabajos de Antropología Social y Arqueología*, editado por M. Carballido Calatayud, pp. 1-24. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano y Fundación de Historia Natural "Félix de Azara".Buenos Aires.

Acuto, F., Aranda, C., Jacob, C., Luna, L. y M. Sprovieri.
2004b. El impacto de la colonización inka en la vida social de las comunidades del valle Calchaquí norte. *Revista Andina* 39: 179-202. Cuzco.

Aguiar, D.
1904. *Huarpes.* Segunda parte. Imprenta de Juan A. Alsina, Buenos Aires.

Albeck, M. E.

1992. El ambiente como generador de hipótesis sobre dinámica sociocultural prehispánica en la Quebrada de Humahuaca. *Cuadernos FHyCS -UNJu* 3: 95- 106. San Salvador de Jujuy.

1994. La Quebrada de Humahuaca en el intercambio prehispánico. En: *Taller De Costa a Selva: Producción e Intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes centro-sur*, pp. 117-127. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Tilcara.

2001. La puna argentina en los períodos medio y tardío En: *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberian y A. Nielsen, Tomo I: 347-388. Editorial Brujas, Córdoba.

2007. El Intermedio Tardío: interacciones económicas y políticas en la Puna de Jujuy. En: *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. I. Williams, B. N. Ventura, A. B. M. Callegari y H. D. Yacobaccio, pp. 125-145. Edición de los autores, Buenos Aires.

Albeck, M. E, Alfaro, E. L., Dipierri, J. E. y J. O. Morales.
2004. Casabindo: cuatro siglos de onomástica. En: *Libro de Resúmenes del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 111. Río Cuarto, Córdoba.

Alconini, S.
2008. Dis-embedded centers and architecture of power in the fringes of the Inka Empire: New perspectives on territorial and hegemonic strategies of domination. *Journal of Anthropological Archaeology* 27: 63–81.

Alfaro de Lanzone, L.
1985. Investigación arqueológica de la "Ciudad" Prehistórica de La Paya, Dpto. de Cachi, Provincia de Salta, R. Argentina. *Beitrage Zur Allgemeinen Und Vergleichenden Archaologie*, Band 7:563-595. Sonderdruck.

Alfaro, L. y M. Gentile.
1978. Los mates pirograbados de la Cuenca del río Doncellas. *Antiquitas* N°26-27: 1-11. Buenos Aires.

Alfaro L. y E. Navamuel
1979. Investigación arqueológica en Tinti (Salta). *Relaciones de la Sociedad Española de Antropología*, Vol. XIII: 61-83.

Álvarez, M.
2004. Producción lítica en el Pukará de Tilcara. En: *Mosaicos. Trabajos en Antropología Social y Arqueología*, editado por M. Carballido Calatayud, pp. 25-33. Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano y Fundación de Historia Natural "Félix de Azara". Buenos Aires.

Ambrosetti, J.
1901. Antigüedades Calchaquíes. Datos arqueológicos sobre la Provincia de Jujuy (República Argentina). *Anales de la Sociedad Científica Argentina* LIII-LIV: 3-97. Buenos Aires.

1902. El sepulcro de La Paya recientemente descubierto en los Valles Calchaquíes (Provincia de Salta). *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, Tomo VIII (Ser. 3ª, t/ 1): 119-148. Buenos Aires.

1904. El bronce en la región calchaquí. *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires* 11: 163-312. Buenos Aires.

1906a. Exploraciones Arqueológicas en la Pampa Grande (Provincia de Salta). *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Tomo V: 5-197. Buenos Aires.

1906b. Apuntes sobre la arqueología de la Puna de Atacama. *Revista del Museo de La Plata*, Tomo 12: 3-37. La Plata.

1907. Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya (Valle Calchaquí, Pcia. de Salta). *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* Tomo VIII: 5-534. Buenos Aires.

Ampuero, G.
1989. La cultura Diaguita Chilena. En: *Prehistoria: desde sus Orígenes hasta los Albores de la Conquista*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate e I. Solimano, pp. 277-287. Editorial Andrés Bello, Santiago.

Angelelli, V; Fernandez Lima, J.; Herrera, A. y L. Aristarain.
1970. *Descripción del Mapa Metalogenético de la República Argentina. Minerales Metalíferos*. Dirección Nacional de Geología y Minería, Buenos Aires.

Angelo Zelada, D.
2006. Líneas de tiempo y círculos de consumo: acerca de las relaciones de interacción en el altiplano sur andino. En: *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales,* editado por H. Lechtman, pp.127-158. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Angiorama, C. I.
2006. ¿Mineros quebradeños o altiplánicos? La circulación de metales y minerales en el extremo noroccidental de Argentina (1280-1535 AD). *Intersecciones en Antropología* 7: 147-161. Olavarría.

Appadurai, A.
1991. Introducción: las mercancías y las políticas de valor. En: *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, editado por A. Appadurai, pp. 17-88. Grijalbo, México.

Arena, M. D.
1975. Arqueología de Campo del Fraile y aledaños. En: *Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 43-96. Buenos Aires.

Ardissone, R.
1940. La instalación indígena en el valle Calchaquí, a propósito del Pucará de Palermo. *Anales del Instituto de Etnografía Americana 1*: 169-89. Buenos Aires.

Arfuch, L.
2005. Problemáticas de la identidad. En: *Identidades, sujetos y subjetividades,* compilado por L. Arfuch, pp. 21-43. Prometeo, Buenos Aires.

Aschero, C. A.
1999. El arte rupestre del desierto puneño y el noroeste argentino. En: *Arte Rupestre en los Andes de Capricornio*, editado por J. Berenguer R. y F. Gallardo I., pp. 97-135, Museo Chileno de Arte Precolombino y Banco de Santiago, Santiago de Chile.

2000. Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En: *Arte en las rocas. Arte rupestre, menhires y piedras de colores en Argentina*, editado por M. Podesta y M. de Hoyos, pp. 15-44. Sociedad Argentina de Antropología. Buenos Aires.

2007. Mesa 1: Interacciones surandinas. Aspectos económicos, políticos e ideológicos. En: *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. I. Williams, B. N. Ventura, A. B. Callegari y H. D. Yacobaccio, pp. 99-108. Edición de los autores, Buenos Aires.

Ávalos, J.
2002 *Sistema de Producción Lítica de una Comunidad Tardía de la Quebrada de Humahuaca*. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy, Jujuy.

2003 Sistemas de producción lítica de las sociedades tardías de la Quebrada de Humahuaca. *Cuadernos FHyCS-UNJu* 20: 271-290. San Salvador de Jujuy.

Ávalos, J. y M. G. Chaparro
2004 La producción y circulación de artefactos líticos durante la ocupación Inka en la Quebrada de Humahuaca. En: *Libro de Resúmenes del XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 169. Río Cuarto, Córdoba.

Ávila, M. F
2005. El estilo alfarero yavi y su relación con la construcción de identidades culturales. *Theoría* 14 (1): 85-101.

2006. *Un mundo morado sobre ante. Estudio sobre el estilo cerámico Yavi de la puna oriental de Jujuy.* Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas con Orientación Arqueológica. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Inédita

2008. Un universo de formas, colores y pinturas: Caracterización del estilo alfarero yavi de la puna nororiental de Jujuy. *Intersecciones en Antropología* 9: 197-212. Olavarría.

Ávila, F. y V. Puente.
2008. ¿Circulación de símbolos? Calabazas pirograbadas en el Tardío. *La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología* 4: 109-118. Buenos Aires.

Babot, M. P.
2004 *Tecnología y Utilización de Artefactos de Molienda en el Noroeste Prehispánico.* Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, Tucumán. Inédita.

Baffi, E. I. y J. A. Cocilovo
1989-1990. La población prehispánica tardía del sector septentrional del valle Calchaquí. *Runa* XIX: 11-26. Buenos Aires.

Baffi, E. I., L. Baldini y R. Pappalardo
2001. Entierro de un párvulo en urna. Ruiz de Los Llanos (Valle Calchaquí, Salta, Argentina). *Boletín del Museo de Arqueología y Antropología* 4(3): 69-75. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Baldini, L.
1980. Dispersión y cronología de las urnas tres cinturas en el Noroeste argentino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, Nueva Serie, Tomo XIV, Nº1: 49-61. Buenos Aires.

1981-82. Observaciones sobre el trabajo de Gordon C. Pollard titulado "Nuevos aportes a la prehistoria del valle Calchaquí, Noroeste Argentino". *Anales de Arqueología y Etnología* 36/37:161-176. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letra, Mendoza.

1992a. El sitio Molinos I dentro de los esquemas de desarrollo cultural del Noroeste Argentino. *Arqueología, Revista de la Sección de Arqueología 2:* 53-68. Instituto de Cs. Antropológicas, FFyL, UBA. Buenos Aires.

1992b. La transición entre el Formativo Medio y los Desarrollos Regionales en el área valliserrana del NOA. *Boletín del Museo Regional de Atacama 4*: 26-35

1994. Animaná. Tambo Inca en el valle Calchaquí. En: *XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* XIII (1/4), I: 188. San Rafael, Mendoza.

1996-97. Reflexiones sobre los procesos históricos del NOA – Ruptura/Continuidad después de Aguada. *Shincal. Revista de la Escuela de Arqueología* N° 6: 249-256.

2002. Prospecciones en el Valle Calchaquí Central, Salta. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina* Tomo II:467-482

2003. Proyecto Arqueología del valle Calchaquí central, (Salta, Argentina). Síntesis y perspectivas. *Anales Nueva Epoca "Local, Regional, Global: prehistoria, protohistoria e historia en los Valles Calchaquíes"* 6: 219-239 .University of Göteborg, Sweden.

2007. Cancha de Paleta, un cementerio del Periodo Formativo en Cachi (Valle Calchaquí, Salta). *Cuadernos FHyCS-UNJu* 32: 13-33. San Salvador de Jujuy.

M.S. Metalurgia en Molinos I, valle Calchaquí. Aproximación al proceso de producción. *ANDES* (CEPIHA). Núm. Especial, Homenaje P.P. Díaz.

(2008). El espacio cotidiano. Las casas prehispánicas tardías en el valle Calchaquí, Salta. En: *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado,* editado por M. E. Albeck, M. A. Korstanje y M. C. Scattolin. En prensa.

Baldini, L. y M. E. Albeck
1984. La presencia hispánica en algunos cementerios del valle de Santa María, Catamarca. En: *Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina*, dirigido por E. Morresi y R. Gutierrez, Vol. 2, pp. 549-566. Museo Nacional de Antropología Juan A. Martinet, Instituto de Historia – Facultad de Humanidades – UNNE.

Baldini, L. y E. I. Baffi
2003. Niños en vasijas. Entierros tardíos del valle Calchaquí (Salta). *Runa* XXIV: 43-62.

(2006). Análisis del continente y del contenido. Un examen de las tumbas de La Paya (valle Calchaquí, Pcia. de Salta). *XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina (2004).* Río Cuarto. En prensa.

2007a. Aportación al estudio de prácticas mortuorias durante el Período de Desarrollos Regionales. Entierros en vasijas utilitarias del sector central del valle Calchaquí (Salta, Argentina). *Revista Española de Antropología Americana* 37 (1): 7-26.

2007b. Muertos y vivos. Comportamiento mortuorio de sociedades del valle Calchaquí (provincia de Salta, Argentina) durante el Período de Desarrollos Regionales. *Anthropos 2007. I Congreso Iberoamericano de Antropología. Memorias*: 3260-3270 (formato CD. ISBN 959-282-043-0). La Habana, Cuba.

Baldini, L. y E. I. Baffi, L. Quiroga, V. Villamayor
2004. Los Desarrollos Regionales en el valle Calchaquí, Salta. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXIX: 59-80. Buenos Aires.

Baldini, L y Balbarrey, G.
2004. Análisis de pastas cerámicas tardías del valle Calchaquí central (Salta, Argentina). *Chungará,* Vol. Especial. Tomo II: 1069-1080. Universidad de Tarapacá, Arica.

Baldini, L. y C. De Feo
2000. Hacia un modelo de ocupación del valle Calchaquí Central (Salta) durante los Desarrollos Regionales. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXV: 74-98. Buenos Aires.

Baldini, L.; Dulout, L. Ferreira, M. E.; Sprovieri, M. Villamayor, V. y L. Zilio
2007. Avances en la investigación de El Churcal, valle Calchaquí, Salta. En: *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Número Especial de Revista Pacarina*, Tomo III, pp. 71-76. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

Baldini, L. y M. Golfieri
2008. Espacios construidos. Las casas en sitios tardíos del valle Calchaquí, Salta. En: *Problemáticas de la Arqueología Contemporánea* II, XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina ,compilado por A. Austral y M. Tamagnini, pp. 735-744. Universidad Nacional de Río Cuarto. Río Cuarto.

Baldini, L. y M. Sprovieri
2008a. Alfarería negra pulida tardía del valle Calchaquí, Salta. En: *Cuadernos 34, Suplemento IX Jornadas Regionales de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales* pp. 38. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, UNJu, San Salvador de Jujuy.

2008b. *Profundizando en la diversidad. Una variante alfarera de las sociedades tardías del valle Calchaquí, Salta*. Poster presentado en las VII Jornadas Expo Universidad Comunidad, UNLP.

2009. Vasijas negras pulidas. Una variedad de la cerámica tardía del valle Calchaquí. *Estudios Atacameños* 38: 21-38. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

Baldini, L. y M. G. Raviña
1999. De Números y procesos...Además de cuántos, cuánto más? En: *Actas Congreso Nacional de Arqueología Argentina* II: 65-74C. UNLP-REUN, La Plata.

Baldini, L. y V. Villamayor
2007. Espacios productivos en la cuenca del río Molinos (valle Calchaquí, Salta). *Cuadernos FHyCS-UNJu* 32: 35-51. San Salvador de Jujuy.

Baldini, M. y C. Sempé
2005. El estilo Aguada: su iconografía y la imagen del sacrificador. En *Azampay. Presente y Pasado de un Pueblito Catamarqueño*, editado por C. Sempé, S. Salceda y M. Maffia, pp. 333-346. Ediciones Al Margen, La Plata.

2007. Inhumación de forasteros en el valle de Hualfín. *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Número Especial de Revista Pacarina*, Tomo II, pp. 35-41. FHyCS, UNJu, San Salvador de Jujuy.

Balfet, H., M.F Fauvet-Berthelot y S. Monzon.
1983. *Pour la normalization de la descriptio des poteries*. Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, Paris.

Barceló, J. A.
1995. *¿Podemos descubrir arqueológicamente las formas de interacción social? Conflictos entre Método y Técnica.* Trabajo presentado en las II Jornadas de Arqueología a la carta. Propuestas Teóricas para la Prehistoria Reciente en Andalucía, Andalucía, España.

Barth, F.
1976. Los grupos étnicos y sus fronteras. Introducción. En: *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*, compilado por F. Barth, pp. 9-49. Fondo de cultura económica, México.

Belmonte, E., Bastías E., Gómez, M., Mujica, A. M. y G.Montenegro
2001. Determinación taxonómica de fragmentos de madera de contexto funerario de la cultura Chinchorro. *Chungará* 33, N°1: 145-154. Universidad de Tarapacá, Arica.

Bennett, W. C.
1963. The Atacameño. En: *Handbook of South American Indians*, editado por J. H. Steward, pp. 599-618. Cooper Square Publishers Inc., New York.

Bennett, W., Bleiler, E. y F. Sommer.
1948. Northwest Argentine Archaeology. *Yale University Publications in Anthrpology*, N° 38, New Haven.

Berenguer, J.
1986. Relaciones iconográficas de larga distancia en los Andes: nuevos ejemplos para un viejo problema. *Boletín del Museo de Arte Precolombino* 1: 55-78.

1987. Consumo nasal de alucinógenos en Tiwanaku: una aproximación iconográfica. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 2: 33-53.

2004. *Caravanas, Interacción y Cambio en el Desierto de Atacama*. Sirawi Ediciones, Santiago.

Binford, L.
1963. "Red ochre" caches from the Michigan area: a possible case of cultural drift. *Southwestern Journal of Anthropology* 19: 89-108.

Bingham. H.
1930. *Machu Picchu, a citadel of the Incas*. Hacker Art Books, New York.

Boman, E.
1908. *Antiquités de la Región Andine de la République Argentine et du Désert D'atacama*. 2 Vol. París.

Bordach, M.; Mendonca, O.; Ruiz, M. y M. E. Albeck
1998. El Señor de La Falda: Indicadores de una Persona Social en el Tilcara Hispanoindígena. En: *Los Desarrollos Locales y sus Territorios, compilado por M. B.* Cremonte, pp. 199-208. Universidad Nacional de Jujuy.

Bourdieu, P.
1977. *Outline of a theory of practice*. Cambridge University Press, Cambridge.

Bray, T. L.
2004. La alfarería imperial inka: una comparación entre la cerámica estatal del área de Cuzco y la cerámica de las provincias. *Chungará* 36 (2): 365-374. Universidad de Tarapacá, Arica.

Bray, T. L., Minc, L. D., Ceruti, M. C, Chávez, J. A., Perea, R. y J. Reinhard
2005. A compositional analysis of pottery vessels associated with the Inca ritual of capacocha. *Journal of Anthropological Archaeology* 24: 82–100.

Bregante, O.
1926. *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino.* Editorial Ángel Estrada y Cía., Buenos Aires.

Browman, D.
1978a, Expansión Tiwanaku y patrones económicos del Altiplano. *Estudios Atacameños* 6: 113-115. Universidad del Norte, San Pedro de Atacama.

1978b. Precollumbian llama caravan trade networks. *Estudios Atacameños* 6: 115-116. Universidad del Norte, San Pedro de Atacama.

1980. Tiwanaku expansión and altiplano economic patterns. *Estudios Arqueológicos* 5: 107-120. Universidad de Chile, Antofagasta.

Brown, A., Chalukian, S. C. y Malmierca, L. M.
1985. Estudio florístico-estructural de un sector de la selva semidecidua del Noroeste argentino. Composición florística, densidad y diversidad. *Darwiniana* 26 (1-4): 27-41.

Brown, A.; S. Pacheco; T. Lomáscolo y L. Malizia
2006. Ecorregión Yungas. En: *La situación ambiental argentina 2005,* editado por A. Brown, U. Martínez Ortiz, M. Acerbi y J. Corcuera, pp. 53-61. Fundación Vida Silvestre, Buenos Aires.

Bruch, C.
1911. Arqueología de las provincias de Tucumán y Catamarca. *Revista del Museo de La Plata* 19: 1-209. Universidad Nacional de La Plata, *Biblioteca Centenaria, Buenos* Aires.

Bruck, J.
2004. Material metaphors. *Journal of Social Archaeology* 4 (3): 307-326.

Burger, R.
2006. Interacción interregional entre los Andes Centrales y los Andes Centro-Sur: El caso de la circulación de obsidiana. En: *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas. Los Andes Sur Centrales,* editado por H. Lechtman, pp. 423-442. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Burger, R. L., Mohr Chávez, K. L. y S. J. Chávez.
2000. Through the glass darkly: prehispanic obsidian procurement and Exchange in southern Peru and northern Bolivia. *Journal of World Prehistory* 4 (3): 267-362.

Cabrera, A.
1958. Fitogeografía. En: *La Argentina. Suma de geografía*, dirigida por F. de Aparicio y H. A. Difrieri, Tomo III, pp. 101-207. Ediciones Peuser, Buenos Aires.

1971. Fitogeografía de la República Argentina. *Boletín de la Sociedad Argentina de Botánica* 14 (1-2): 1-43. Buenos Aires.

Calderari, M.
1991a. Estilos cerámicos incaicos de La Paya. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II: 151-164. Museo Nacional de Historia Natural, Sociedad Chilena de Arqueología, Santiago de Chile.

1991b. El concepto de estilo en Ceramología: la Tradición Estilística Santamariana en los pucos de La Paya. En: *El Arte rupestre en la Arqueología Contemporánea*, editado por M. Podestá, M. I. Hernández Llosas y S. Renard de Coquet, pp. 1-13. Buenos Aires.

Calderari M. y V. Williams
1991. Re-evaluación de los estilos cerámicos incaicos en el Noroeste Argentino. *Comechingonia* 9 (N° especial 2): 75-96.

Calo, M.
2008. Improntas del pasado: las canastas de Cardonal. *Revista Española de Antropología Americana* Vol. 38, N° 2: 39-55.

Calo, C. M., Rivera, S. M. y M. C. Scattolin
2001. Los recursos combustibles arqueológicos en Loma Alta (Catamarca). *Anales de Arqueología y Etnología* 61-62: 165-175. FFyL, UNC, Mendoza.

Carbajal, R.
1939. Una excursión arqueológica a la primera reducción jesuítica del valle Calchaquí. *Revista Geográfica Americana*, Año VI, 11 (69): 431-436.

Carreras Rivery, R. y A. Escalera.
1998. Identificación de la madera de las vasijas de libación inca (keros) pertenecientes a la colección del Museo de América. *Anales* 6: 217-222. Museo de América, Madrid.

Casanova, E.
1938. Investigaciones arqueológicas en Sorcuyo, Puna de Jujuy. *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales*, Tomo XXXIX: 423-456. Buenos Aires.

1942. El yacimiento arqueológico de Angosto Chico. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* III: 73-87.

1963. The Cultures of the Puna and the Quebrada of Humahuaca. En Steward, J. H. (Ed.) *Handbook of South American Indians*. Cooper Square Publishers Inc., New York.

Casanova, E., H. Difrieri, N. Pelissero y J. Balbuena
1976. Un corte estratigráfico en el Pucará de Tilcara. *Actas y Memorias del IV Congreso Nacional de Arqueología. Revista del Museo de Historia Natural* TIII (1/4): 21-30. San Rafael, Mendoza.

Castro, A. M.
1994. *Maderas argentinas de Prosopis. Atlas Anatómico*. Presidencia de la Nación, Secretaría General.

Chaparro, M. G.
2001. La organización de la tecnología lítica en sociedades pastoriles prehistóricas (desde *ca.* 2000 AP) en la Quebrada de Inca Cueva: el caso Inca Cueva 5 (Jujuy, Argentina). *Arqueología* 11: 9-47.

2002. Informe de análisis lítico del sitio Tolombón, Provincia de Salta. Trabajo de campo año 2001. *Intersecciones en Antropología* 3: 119-123.

(2007). Preferencias en el manejo cotidiano de rocas. Los artefactos líticos de los asentamientos estatales del sur de la Quebrada de Humahuaca y el valle Calchaquí medio (Argentina). En: *Al Borde del Imperio. Paisajes sociales en áreas periféricas del Qollasuyu*, editado por V. Williams y B. Cremonte. En prensa.

Cigliano, E. M.
1956-57. Investigaciones arqueológicas en la zona de Famabalasto (Provincia de Catamarca). *Runa* 3 (2): 241-269.

1958. Arqueología de la zona de Famabalasto. *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie) Sección Antropología, Tomo V: 29-122. La Plata.

1967. Investigaciones antropológicas en el yacimiento de Juella (Dep. de Tilcara, Provincia de Jujuy). *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie), Sección Antropología, Tomo VI: 123-249. La Plata.

1973. *Tastil. Una ciudad preincaica argentina*, dirigida por E. M. Cigliano. Ediciones Cabargon, Buenos Aires.

Cigliano, E. M. y H. Calandra
1973. Cerámica. En: *Tastil. Una ciudad preincaica argentina* dirigida por E. M. Cigliano, Capítulo IV. Ediciones Cabargon, Buenos Aires.

Clarkson, P. y L. Briones
2001. Geoglifos, senderos y etnoarqueología de caravanas en el desierto chileno. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 8:35-45.

Clench, W. y L. Smith
1944. The family Cardidae in the western Atlantic. *Johnsonia* vol. 1, N° 13: 1-32.

Cocilovo, J. A. y E. I. Baffi
1985. Contribución al conocimiento de las características biológicas de la población prehistórica de Puerta de La Paya (Salta). *Runa* XV: 153-178.

Cocilovo, J. A., H. H. Varela y S. G. Valdano
2001. Estructura de la Población Antigua de la Quebrada de Humahuaca. En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberián y A. Nielsen, Tomo I, pp. 265-287. Editorial Brujas, Córdoba.

Conkey, M. W. y C. A. Hastorf
1990. Introduction. En: *The uses of style in archaeology*, editado por M. W. Conkey y C. A. Hastorf, pp. 1-4. Cambridge University Press, Cambridge.

Corcuera, J.
1997. La Selva Misteriosa. Fundación Vida Silvestre, Buenos Aires.

Cornely, F. L.
1947. Influencia inkaica en la cerámica diaguita chilena. *Publicaciones de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, Boletín N°3: 10-19.

Cortella, A. R., Pochettino, M. L., Manzo, A. y G. Raviña.
2001. Erythroxylum coca: Microscopical Identification in Powdered and Carbonized Archaeological Material. *Journal of Archaeological Science* 28: 787–794.

Cozzo, D.
1948. Anatomía del leño secundario de las especies argentinas de la tribu "Zygophilleae" (zigofilaceas). *Revista del Instituto Nacional de Investigación de las Ciencias Naturales*, Ciencias Botánicas, Tomo I, N° 3: 55-85. Buenos Aires.

1951. Anatomía del leño secundario de las Leguminosas, Mimosoideas y Cesalpinioideas argentinas silvestres y cultivadas. *Revista del Instituto Nacional de Investigación de las Ciencias Naturales*, Ciencias Botánicas, Tomo II, N° 2: 63-146. Buenos Aires.

Cremonte, M. B.
1984. Un estudio sistemático de los denominados vasos libatorios. *Cuadernos LARDA* 5 (18): 1-54.

1990-91. Análisis de muestras cerámicas de la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* 1: 7-42. Instituto Interdisciplinario de Tilcara, FFyL, UBA.

2006. El estudio de la cerámica en la reconstrucción de las historias locales. El sur de la Quebrada de Humahuaca (Jujuy, Argentina) durante los Desarrollos Regionales e Incaico. *Chungará* 38 (2): 239-247. Universidad de Tarapacá, Arica.

Cremonte, M. B. y I. L. Botto
2009. Unas vasijas especiales de contextos tardíos del Noroeste Argentino. Manufactura de los "Pucos Bruñidos". *Estudios Atacameños* N°37: 63-67. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

Cremonte, B. y M. Garay de Fumagalli
1997a. El Pukará de Volcán en el sur de la Quebrada de Humahuaca ¿un eje articulador de las relaciones entre las Yungas y las tierras altas? (Provincia de Jujuy, Argentina). *Estudios Atacameños* N° 14: 159-174. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

1997b. El enclave de Volcán en las vinculaciones transversales de la región meridional del Valle de Humahuaca (Noroeste de Argentina). 49 Congreso Internacional del Americanistas (ICA), Quito, Ecuador. http://www.naya.org.ar/congresos/contenido/49CAI/Cremonte.htm.

Cremonte, M. B. y G. C. Nieva

2003. Registro y clasificación cerámica del basurero TUM1B3 del Pukara de Volcán (Dto. Tumbaya, Quebrada de Humahuaca). *Cuadernos FHyCS-UNJu* 20: 273-391. San Salvador de Jujuy.

Cremonte, M. B. y N. Solís.
1998. La cerámica del Pucará de Volcán: variaciones locales y evidencias de interacción. En: *Los desarrollos locales y sus territorios. Arqueología del NOA y sur de Bolivia,* compilado por M. B. Cremonte, pp. 155-196. EdiUNJu. Jujuy.

Cremonte, M. B, Botto, I. L., Díaz, A. M., Viña, R. y M. E. Canafoglia
2007. Vasijas Yavi-Chicha: distribución y variabilidad a través del estudio de pastas. En: *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II: 189-200. Universidad Nacional de Jujuy, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, San Salvador de Jujuy.

Cremonte, M. B., Ortiz, M. G. y A. Delgado
1997. Las vasijas en los estantes: clasificación de una colección cerámica descontextualizada. *Cuadernos FHyCS-UNJu* 9: 9-29. San Salvador de Jujuy.

Criado Boado, F.
1993. Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.

Cristiani, L.Q.
1978. Identificación de maderas comerciales argentinas. *Revista del Instituto Municipal de Botánica* 4: 5-75. Buenos Aires.

Csordas, T. J.
1999. The Body's Career in Anthropology. En: *Anthropological Theory Today*, editado por H. Moore, pp. 172-205. Polity Press, Cambridge.

Cutler, H. C. y T. W. Whitaker
1961. History and Distribution of the Cultivated Cucurbits in the Americas. *American Antiquity*, Vol. 26, N° 4: 469-485.

D'Altroy, T.
1992. The Study of Early Empires. En: *Provincial Power in the Inka Empire*. Smithsonian Institution Press, USA.

1994. Public and Private Economy in the Inka Empire. En: *The Economic Anthropology of the State, Monographs in Economic Anthropology* 11, editado por E. Brumfield, pp. 169-221. University Press in America.

D'Altroy, T. y T. Earle
1985. Staple Finance, Wealth Finance, and Storage in the Inka Political Economy. *Current Anthropology* vol. 26 N° 2:187-204.

1992. Staple finance, wealth finance, and storage in the Inka political economy. En: *Inka Storage System*, editado por T. Levine, pp. 31-6. University of Oklahoma Press.

D'Altroy, T.; Lorandi A. M. y V. Williams
1994. Producción y uso de cerámica en la economía política inka. *Arqueología* 4:73-126.

1998. Ceramic production and use in the Inka political economy. *MASCA Research Papers in Science and Archaeology*, Supplement to Vol. 15: 283-312.

D'Altroy, T.; Lorandi, A.; Williams, V.; Calderari, M; Hastorf, C.; DeMarris, E.; Hagstrum, M.
2000. Inka Rule in the Northern Calchaquí Valley, Argentina, *Journal of Field Archaeology* Vol. 27:1-26.

Dant, T.
1999. Introduction: the cairn and the mini-strip. En: *Material Culture in the Social World: Values, Activities and Lifestyles*, pp. 1-16. Open University Press, Philadelphia.

Dawson, G.
1960. Los Alimentos Vegetales que América dio al Mundo. Serie técnica y didáctica N° 8- FCNyM, Universidad Nacional de La Plata .

Debenedetti, S.

1908. Excursión arqueológica a las ruinas de Kipón. *Publicaciones de la Sección Antropologica* N° 4. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

1921. La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango. *Publicaciones de la Sección Antropológica* N° 20. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

1930. Las ruinas del Pucará. Tilcara, Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy). *Archivos del Museo Etnográfico* II, Primera Parte. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

De la Peña, M. R. y J. Pensiero
2004. *Plantas argentinas. Catálogo de nombres comunes.* L.O.L.A., Buenos Aires.

De Lorenzi, M. y P. Díaz.
1977. La ocupación incaica en el sector septentrional del valle Calchaquí. Actas y Memorias IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina (primera parte). *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza)* II (1/4):75-88. Mendoza.

Demaio, P., Ola Karlin, U. y M. Medina
2002. *Árboles nativos del Centro de Argentina.* L.O.L.A., Buenos Aires.

DeMarrais, E.
1997. *Materialization, Ideology and Power: The Development of Centralized Authority among pre-Hispanic Polities of the Valley Calchaquí, Argentina.* Ph. D. Dissertation, University of California, Los Angeles.

2001. La Arqueología del norte del valle Calchaquí. En: *Historia Argentina Prehispánica, editores E.* Berberian y A. Nielsen, Tomo I, pp. 289-346. Editorial Brujas, Córdoba.

Devalle, S. B. C.
2002. Etnicidad e identidad: usos, deformaciones y realidades. En: *Identidad y etnicidad: continuidad y cambio,* compilado por S. B. C. Devalle, pp. 11-29. Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, México.

Difrieri, H.
1948. Las ruinas de Potrero de Payogasta (provincia de Salta) Argentina. *Actes du XVIII Congrés Internacional de Americanistes,* pp. 599-604. Paris.

1978-9. Un edificio pre-incaico en Salta. La Casa Morada en Puerta de La Paya. *Revista del Museo Arqueológico de Salta Juan Martín Leguizamón,* N° 2. Salta.

Dietler, M. y I. Herbich
1998. Habitus, Techniques, Style: An Integrated Approach to the Social Understanding of Material Culture and Boundaries. En: *The Archaeoloy of Social Boundaries,* editado por M. Stark, pp. 232-263. Smithsonian Institution Press, Washington DC.

Dillenuis, J.
1909. Observaciones arqueológicas sobre alfarería funeraria de la "Poma" (Valle Calchaquí – Provincia de Salta). *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* Año VI, Tomo XI: 67-86 y 133-152. Buenos Aires.

Diodato, L., Iturre, M. y M. E. Paz.
2004. Especies de Dactylopius en Argentina y factores que inciden en su producción. *Quebracho. Revista de Ciencias Forestales,* N° 11: 67-72. Universidad Nacional de Santiago del Estero, Santiago del Estero.

Doering, A.
1874. Apuntes sobre la fauna de moluscos de la República Argentina (segunda parte). *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias* N° 1: 424-460. Córdoba.

Dunnell, R.
1978. Style and function: a fundamental dichotomy. *American Antiquity* 2 (43): 192-202.

Durán, E.
1976. Calabazas pirograbadas del Departamento del Río Loa y sus correlaciones con áreas vecinas. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* III (1/4): 119-126.

Dyer, B.

2000. Systematic review and biogeography of the freshwater fishes of Chile. *Estudios Oceanológicos* 19: 77-98. Universidad de Antofagasta, Chile.

Earle, T.
1994. Wealth finance in the Inka Empire: Evidence from the Calchaquí valley, Argentina. *American Antiquity* 59 (3):443-460.

Earle, T. y T. D'Altroy
1982. Storage facilities and State finance in the upper Mantaro Valley, Peru. En *Contexts for prehistoric exchange*, editado por J. Ericson y T. Earle, pp.265-290. New York Academic Press, New York.

1989. The political economy of the Inka empire: the archaeology of power and finance. En: *Arcaheological Thought in America*, editado por C. Lamberg-Karlovsky, pp. 183-204, Cambridge University Press, Cambridge.

Edmonds, M.
1993. Interpreting causewayed enclosures in the past and the present. En: *Interpretative Archaeology*, editado por C. Tilley, pp. 99–142. Blackwell, Oxford.
1995. *Stone Tools and Society.* Bastford Ltd., London.

Elías, A.
2005. Informalidad: un acercamiento inicial a la tecnología lítica de momentos tardíos a partir de las características de diseño de los instrumentos relevados en dos sitios de Antofagasta de la Sierra (Prov. de Catamarca, Argentina): La Alumbrera y Campo Cortaderas. *Revista Hombre y Desierto 12: 47-71.*

2006. *El estudio de la organización de la tecnología lítica en momentos tardíos (ca. 1000-450 AP) en Antofagasta de la Sierra (provincia de Catamarca).* Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas, orientación Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Inédita.

200.7 Tecnología lítica en las sociedades tardías de Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). *Estudios Atacameños* 33: 59-85. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

Elías, A. M., Olivera, D. E., Tchilinguirian, P. y P. Escola
2007. Procedencia de obsidianas de sitios arqueológicos tardíos y tardíos-inkas de Antofagasta de la Sierra (Prov. de Catamarca, puna meridional de Argentina) a través de NAA. *Ponencia presentada en 2do. Congreso Argentino y 1ro. Latinoamericano de Arqueometría*, Comisión Nacional de Energía Atómica, Centro Atómico Constituyentes, Buenos Aires.

Elías, A. M., Paulides, L. y S. Vigliani.
2001. Dos astillas del mismo palo: observaciones tecnológicas preliminares sobre dos sitios de Antofagasta de la Sierra, provincia de Catamarca. *Libro de Resúmenes del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 433. Rosario, Santa Fe.

Escola, P.
2004. Variabilidad en la explotación y distribución de obsidianas en la Puna Meridional argentina. *Estudios Atacameños* 28: 9-24. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

2007. Obsidianas en contexto: tráfico de bienes, lazos sociales y algo más. En: *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. I. Williams, B. N. Ventura, A. B. M. Callegari y H. D. Yacobaccio, pp. 73-87. Edición de los autores, Buenos Aires.

Escola, P., A. Elías y L. Paulides
1999. Artefactos líticos en Bajo del Coypar II: observaciones tecnológicas preliminares". En: *Libro de Resúmenes XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, pp.* 260. Córdoba.

2006. Bajo del Coypar II: tendencias tecnológicas para el Tardío de Antofagasta de la Sierra (Catamarca). *Werken* 8:5-23.

Escola, P., Glascock, M. D., M. A. Korstanje y N. Sentinelli
2007. Laguna Cavi y El Médano: obsidianas en circulación. En: *Libro de Resúmenes del 2do. Congreso Argentino y 1ro. Latinoamericano de Arqueometría*, pp. 44-45. Comisión Nacional de Energía Atómica, Centro Atómico Constituyentes, Buenos Aires.

Escola, P. y S. Hocsman

2007. Procedencia de artefactos de obsidiana de contextos arqueológicos en Antofagasta de la Sierra (*ca.* 4500/3500 AP). *Comechingonia* 10: 49-62.

Fernández, D.
1973. *Catálogo de la malacofauna terrestre argentina*. Monografías 4, Comisión de Investigaciones Científicas, Provincia de Buenos Aires

Fernández Varela, V, M. Peña y M. de Aguirre
2002. Zooarqueología de sitios agropastoriles del NOA entre ca. 1500 a 800 AP. En: *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 533-540. Córdoba.

Ferraris, C. J.
2007. *Checklist of catfishes, recent and fossil (Osteichthyes: Siluriformes), and catalogue of siluriform primary types*. Magnolia Press, Auckland, New Zealand.

Ferreira, M. E.
(2009). Estudio preliminar de los remanentes arquitectónicos del sitio El Churcal, valle Calchaquí, Salta. *VIII Jornadas de Investigadores en Ciencias Antropológicas*, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. En prensa.

Fortuny, P.
1972. Nuevos descubrimientos en el Norte argentino. (Históricos: Salta, Chicoana, etc.). Editorial Paulinas, Buenos Aires.

Frankenstein, S. y M. Rowlands
1978. The Internal Structure and Regional Context of Early Iron Age Society in South-Western Germany", *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 15, 73-112.

Friedman, J. y M. Rowlands
1977. Notes towards an epigenetic model for the evolution of "civilization". En: *The Evolution of Social Systems*, editado por J. Friedman y M. Rowlands, pp. 201-275. Duckworth, London.

Garay de Fumagalli, M.
1994. Relaciones de complementariedad en el Periodo de Desarrollos Regionales entre el ámbito de Valles Orientales y el de la quebrada de Humahuaca en el sector centro-meridional (quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina). En: *Taller de Costa a Selva: Producción e Intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes centro-sur*, pp. 373-394.

2003. El Cucho de Ocloyas. Control e Interacción en los valles orientales de Jujuy. *Cuadernos FHyCS-UNJu* 20: 133-150. San Salvador de Jujuy.

García, S. P., D. Rolandi, M. López y P. Valeri
2002. Viajes comerciales de intercambio en el departamento de Antofagasta de la Sierra, Puna meridional argentina: pasado y presente. http://revista-redes.rediris.es/html-vol2/vol2_5.htm.

Gell, A.
1998. The Theory of the Art Nexus. En: *Art and Agency. An Anthropological Theory*, pp. 12-27. Oxford University Press, Oxford.

Giayetto, O.
2006. Origen Historia y Clasificación. En: *El cultivo de maní en Córdoba*, compilado por E. M. Fernández y O. Giayetto, Capítulo I, pp. 25-35. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto, Argentina.

Giesso, M., Glascock, M. D., Durán V., Gil, A., Neme G. y L. Sanhueza
2007. Caracterización de obsidianas de la Provincia de Mendoza y Chile central por Fluorescencia de Rayos X. En: *Libro de Resúmenes del 2do. Congreso Argentino y 1ro. Latinoamericano de Arqueometría*, pp. 45. Comisión Nacional de Energía Atómica, Centro Atómico Constituyentes, Buenos Aires.

Gifford, C. H.
2003. *Local Matters: Encountering the Imperial Inkas in the South Andes*. Ph. D. Thesis, Columbia University, New York, USA.

Gifford, C. y F.A. Acuto
2002. Space, Place and Inka Domination in Northwest Argentina. En: *Experimental Archaeology: Replicating Past Objects, Behaviors, and Processes*, editado por James R. Mathieu, pp. 95-110. British Archaeological Report, International Series 1035, Oxford.

Gluzman, G.
2008. Producción metalúrgica de bienes utilitarios en el noroeste argentino prehispánico. En: *Estudios arqueológicos en Yocavil*, editado por M. N. Tarragó y L. R González, pp. 177-224. Asociación Amigos del Museo Etnográfico, Buenos Aires.

Gnecco, C., Patiño, D., Doriguel, O., Bellot-Gurlet, L. Poupeau, G. y M. Glascock.
1998. La articulación prehispánica costa-Andes en el suroccidente de Colombia vista a través de las redes de circulación de obsidiana. En: *Intercambio y Comercio entre Costa, Andes y Selva. Arqueología y Etnohistoria de Suramérica*, editado por F. Cardenas-Arroyo y T. L. Bray, pp. 49-66. Universidad de Los Andes, Bogotá.

González, A.R.
1955. Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. Argentino. *Anales de Arqueología y Etnología* XI: 7-29.

1959. A note on the antiquity of bronze in N. W. Argentina. En: *Actas 33° Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo 2, pp. 384-397. San José.

1977. *Arte Precolombino de la Argentina*. Ediciones Valero, Buenos Aires.

1979. Dinámica cultural del N. O. argentino. Evolución e historia en las culturas del N. O. argentino. *Antiquitas* N° 28-29: 1-15. Buenos Aires.

1980. Patrones de asentamiento incaico en una provincia marginal del Imperio: implicaciones socioculturales. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* T. XIV (1):63-82. Buenos Aires.

1984. La Provincia y población incaica de Chicoana. En: *Presencia Hispánica en* la Arqueología, dirigido por E. Morresi y R. Gutierrez, vol. 2, pp. 549-566. Museo Nacional de Antropología Juan A. Martinet, Instituto de Historia – Facultad de Humanidades – UNNE.

1992. *Las Placas Metálicas de los Andes del Sur*. Verlag Philipp Von Zabern, Mainz am Rhein.

1998. *Arte Precolombino. Cultura La Aguada, Arqueología y Diseños*. Filmediciones Valero. Buenos Aires.

González, A. R. y G. L. Cowgill
1975. Cronología arqueológica del Valle de Hualfín, Pcia. de Catamarca, Argentina. Obtenida mediante el uso de computadoras. *Actas del Primer Congreso Nacional de Arqueología Argentina*: 383-396.

González, A. R. y P. Díaz
1992. Notas arqueológicas sobre la Casa Morada. *Cuadernos de Arqueología* 5: 13-45. Museo Arqueológico de Cachi, Cachi.

González, A. R. y V. A. Núñez Regueiro
1969. Ensayo sobre los tensores y manoplas del N.O. argentino. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, Tomo XXX, pp. 237-290. Santiago de Chile.

González, A.R. y J. A. Pérez
1968. El Área Andina Meridional. En: *Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo 2, pp. 241-265. Buenos Aires (1966).

1972. *Argentina Indígena, vísperas de la conquista*. Paidós, Buenos Aires.

González, L.
1994. El caso de la cera perdida. Metalurgia prehispánica y recursos en el valle de Yocavil. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 19: 171-190.

2002. Heredarás el bronce. Incas y metalurgia en el Noroeste argentino. *Intersecciones en Antropología* 3: 55-68. Olavarría.

2003. El oro en el Noroeste argentino prehispánico. Estudios técnicos sobre dos objetos de la Casa Morada de La Paya. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVIII: 75-99.

2004. *Bronces sin nombre. La metalurgia prehispánica en el Noroeste Argentina*. Ediciones Fundación CEPPA, Buenos Aires.

González, L. y P. Peláez.
1997. De ricos y famosos. Bienes metálicos en las sociedades prehispánicas tardías del Noroeste Argentino. *Actas XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina,* Tomo II: 221-232. Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

González, L. y M. Tarragó
2004a. Producción tecnológica e identidad durante el dominio incaico en el Noroeste argentino. *Boletín de Arqueología PUCP* N° 8: 191-207. Perú.

2004b. Dominación, resistencia y tecnología: la ocupación incaica en el Noroeste argentino. *Chungará* 36 (2): 393-406. Universidad de Tarapacá, Arica.

Gosden, C.
2005. What Do Objects Want? *Journal of Archaeological Method and Theory, Vol. 12, No. 3: 193-211.*

Guthrie, M.
s/f. *Overview of X-ray Fluorescence.* http://archaeometry.missouri.edu/xrf_overview.html.
Consultado 02/06/09.

Haber, A.
2006. Arqueología de la puna de Atacama. En: *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d. C.*, pp. 23-56. Universidad del Cauca, Jorge Sarmiento Editor Universitas libros.

2007. Comentarios marginales. En: *Sociedades Precolombinas Surndinas: Temporalidad, Interacción y Dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por V. I. Williams, B. N. Ventura, A. B. Callegari y H. D. Yacobaccio, pp. 59-72. Edición de los autores, Buenos Aires.

Hayden, D.
1997. Urban Landscape History: The Sense of Place and the Politics of Space. En: *Understanding Ordinary Landscapes*, editado por P. Groth y T. Bressi, pp. 111-133. Yale University Press, New Haven and London.

Heredia, O.
1968. Arqueología de la subárea de las selvas occidentales. En: *Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Tomo 2, pp. 295-353. Buenos Aires (1966).

Hernández Llosas, M. I.
1983-85. Las calabazas prehispánicas de la puna centro-oriental (Jujuy, Argentina). Análisis de sus representaciones. *Anales de Arqueología y Etnología* 38/40: 77-159. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo.

Herz, N. y E. G. Garrison
1998. *Geological Methods for Archaeology.* Oxford University Press, Inc., New York

Hodder, I.
1982a. Towards a contextual approach to prehistoric exchange. En: *Contexts for Prehistoric Exchange*, editado por J. Ericson y T. Earle, pp. 199-209. Academic Press, New York.

1982b. *Symbols in action*, Cambridge University Press, Cambridge.

1990. Style as historical quality. En: *The uses of style in archaeology, editado por* M. W. Conkey y C. Hastorf, pp. 44-51. Cambridge University Press, Cambridge.

1996. *Theory and Practice in Archaeology.* Routledge, London.

Hongn, F.D.
s/f. *Hoja geológica 2566-III Cachi. Provincias de Salta y Catamarca. República Argentina.* SEGEMAR. Edición preliminar.

Hyslop, J.
1984. *The Inka road system.* Academic Press, New York.

1990. *Inka settlement planning.* University of Texas Press, Austin.

Hyslop, J. y P. Díaz.
1983. El camino incaico: Calchaquí-Tastil (N.O. Argentino). *Gaceta Arqueológica Andina* 1-6:6-8. Instituto de Estudios Andinos, Lima.

IAWA COMMITTE
1989. IAWA List of Microscopic Features for Hardwood Identification. *IAWA Bulletin N. S.* 10: 21-332.

Ingold, T.
1993. The temporality of landscape. *World Archaeology* 25: 152-74.

Izeta, A., S. Urquiza y L. Baldini
2009. La arqueofauna del Período Tardío en el NOA. Una aproximación desde los conjuntos del sitio Molinos I (Provincia de Salta, R. Argentina). *Arqueología* 15: 17-59 .Buenos Aires.

Izko, X.
1986. Comunidad andina: persistencia y cambio. *Revista Andina* Año 4, N° 7. Cuzco, Perú.

Jacob, C.
1999. Combatiendo la corrosión: arqueometalúrgia en el valle Calchaquí norte. En: *Libro de Resúmenes del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 164. Córdoba.

2000. *Análisis arqueometalúrgicos del sitio Cortaderas Derecha*. M.s.

Jacob, C. e I. Leibowicz
2007. Historias de altura. Un poco más cerca del Qosqo. En: *XVI Congreso de Arqueología Argentina Tomo II, numero especial de revista Pacarina*, pp. 539-544. FHyCS, UNJu, San Salvador de Jujuy.

Johanson, Nils,
1996. *Burials and Society. A Study os Social Differentiation at the Site El Pichao, North-western Argentina, and in Cementeries dated to tha Spanish Native Period*. Gotarc Series B. Gothenburg Archaeological Theses, N° 5. Göteborg University.

Jones, S.
1997. *The Archaeology of Ethnicity: Constructing Identities in the Past and Present*. Routledge, Londres.

Kohl, P.
1989. The use and abuse of World systems theory: the case of the "pristine" West Asian state. En: *Archaeological Thought in America*, editado por C. Lamberg-Karlovsky, pp. 218-240. Cambridge University Press, Cambridge.

Krapovickas, A.
1968. Origen, variabilidad y difusión del maní. (Arachis hypogaea). En: *Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas,* Tomo 2, pp. 517-634. Buenos Aires (1966).

2004. Consideraciones sobre el origen del maní. En: *IV Encontro Latino-Americano de Especialistas em Arachis, Documentos* 127, pp. 35-37. Embrapa – Recursos Genéticos e Biotecnologia, Brasilia.

Krapovickas, A. y W. C. Gregory
1994. Taxonomía del género Arachis (Leguminósae). Bomplandia, Revista del Instituto de Botánica del Nordeste, Tomo VIII, N° 1-4: 1-186. Corrientes.

Krapovickas, P.
1958-59. Arqueología de la puna argentina. *Anales de Arqueología y Etnología* XIV y XV: 53-113.

1965. La cultura Yavi, una nueva entidad cultural puneña. *Etnia* 2: 9-10.

1973. Arqueología de Yavi Chico (provincia de Jujuy, República Argentina). *Revista del Instituto de Antropología de la ciudad de Córdoba* IX: 5-22.

1975. Algunos tipos cerámicos de Yavi Chico. En: *Actas y Trabajos del I Congreso de Arqueología Argentina* (Rosario 1960), pp. 293-300. Buenos Aires.

Krapovickas, P. y S. Aleksandrowicz
1986-1987. Breve visión de la cultura Yavi. *Anales de Arqueología y Etnología* 41-42: 83-127.

Krieger, A.
1944. The typological concept. *American Antiquity* 9: 271-288.

Lafón, C. R.
1954. *Arqueología de la Quebrada de La Huerta (Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy)*. Publicaciones del Instituto de Arqueología I, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Lafone Quevedo, S.
1908. Tipos de alfarería de la región diaguito-calchaquí. *Revista del Museo de La Plata* XV: 295-396.

Latcham, R.
1938. *Arqueología de la región atacameña*. Prensas de la Universidad de Chile, Santiago de Chile.

Lazzari, M.
1999a. Distancia, espacio y negociaciones tensas: el intercambio de objetos en Arqueología. En: *Sed non Satiata*, editado por A. Zarankin y F. A. Acuto, pp. 117-151. Ediciones del Tridente. Buenos Aires.

1999b. Objetos viajeros e imágenes espaciales: las relaciones de intercambio y la producción del espacio social. *Revista Do Museu de Arqueologia e Etnologia*, Suplemento 3: 371-385. Universidade de Sao Paulo.

2005. The Texture of Things: Objects, People, and Landscape in Northwest Argentina (First Millennium A.D.). En: *Archaeology of Materiality*, editado por L. Meskell, pp. 126-161. Blackwell, Oxford.

Ledesma, R.
2003 Diseño de puntas de proyectil. Una vía de análisis alternativo para el estudio de identidad en la Quebrada del Toro, Provincia de Salta, Argentina. *Cuadernos FHyCS-UNJu* 20:241-269. San Salvador de Jujuy.

Lee, B. y E. LiPuma
2002. Cultures of circulation: The imaginations of modernity. *Public Culture* 14 (1): 191–213.

Lehmann-Nitsche, R.
1904. Catálogo de antigüedades de la Provincia de Jujuy. *Revista del Museo de La Plata* XI: 73-120.

Lechtman, H. y A. R. González
1991. Análisis técnico de una campana de bronce estañífero de la cultura santamariana, noroeste argentino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 5: 81-85.

Lechtman, H. N. y A. W. MacFarlane
2006. Bronces y redes de intercambio andino durante el Horizonte Medio: Tiwanaku y San Pedro de Atacama. En: *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*, editado por H. Lechtman, pp.503-539. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Ledergerber-Crespo, P.
1992. El uso de la coca durante el período de Desarrollo Regional en el Ecuador, *Prehistoria Sudamericana. Nuevas perspectivas*, Betty J. Meggers, ed., p. 369-381, Taraxacum, Washington.

Lema, V.
2009. *Domesticación vegetal y grado de dependencia ser humano-planta en el desarrollo cultural prehispánico del noroeste argentino*. Tesis Doctoral en Ciencias Naturales, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Inédita.

Leoni, J. B. y F. A. Acuto
2008. Social Landscapes in Pre-Inca Northwestern Argentina. En: *The Handbook of South American Archaeology*, editado por H. Silverman y W. H. Isbell, pp. 587-603. Springer, New York.

Liberani, I.
1882. Capítulo VII. Productos Naturales. En: *Memoria Histórica y Descriptiva de la Provincia de Tucumán*, pp. 351-385. Buenos Aires.

Lorea, L., Brassiolo, M. M. y C. Gomez.
2008. Abundancia y diversidad de lianas en un bosque del Chaco húmedo argentino *Revista de Ciencias Forestales - Quebracho* 16: 41-50.

Looser, G.
1926. Las tabletas para tomar rapé del Museo Nacional. *Revista Chilena de Historia Natural* XXX: 19-22.

Lorandi, A.M.
1980. La frontera oriental del Tawantinsuyu: el Umasuyu y el Tucumán. Una hipótesis de trabajo. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XIV (1): 147-164. Buenos Aires.

1983. Mitayos y Mitmaqkuna en el Tawantinsuyu meridional. *Histórica* VII (1):3-50. Lima.

1988. Los Diaguitas y el Tawantinsuyu. Una hipótesis de conflicto. *La Frontera del Estado Inca*, editado por T. Dillehay y P. Netherly, pp. 235-259. BAR International Series 442, Oxford.

Lorandi, A.M. y R. Boixadós.
1987-88. Etnohistoria de los Valles Calchaquíes en los siglos XVI y XVII. *Runa* XVI-XVII: 263-419. Buenos Aires.

Lorandi, A. M. y M. B. Cremonte.
1991. Evidencias en torno a los mitmaqkunas incaicos en el N.O. Argentino. *Anthropológica* 9:212-236.

Lorandi, A. M., Del Río, M. y J. M. Gordillo
1993-98. Reflexiones compartidas en la conformación de identidades en los valles de Cochabamba y Calchaquí. *Xama* 6-11: 183-192. Mendoza.

Llagostera, A.
2004. *Los antiguos habitantes del salar de Atacama. Prehistoria atacameña*. Pehuén Editores, Santiago de Chile.

2006. Contextualización e iconografía de las tabletas psicotrópicas Tiwanaku de San Pedro de Atacama. *Chungará* 38 (1): 83-111. Universidad de Tarapacá, Arica.

Llagostera, A., C. M. Torres y M. A. Costa.
1988. El complejo psicotrópico en Solcor-3 (San Pedro de Atacama). *Estudios Atacameños* 9: 61-98. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

Madrazo, G.
1995-96. El comercio regional en el siglo XIX. La situación de Salta y Jujuy. *Andes* N° 7: 221-250. CEPIHA, Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, Salta.

Malinowski, B.
1922. *Argonauts of the Western Pacific*. Waveland Press, Inc., Prospect Heights.

Marchegiani, M., Palamarczuk, V. y A. Reynoso.
2009. Las Urnas Negro sobre Rojo tardías de Yocavil (Noroeste Argentino). Reflexiones en torno al estilo. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* Vol. 14, N° 1: 69-98, Santiago de Chile.

Marconetto, M. B.
1999. Las leñas del jaguar. En: *En los tres reinos: Prácticas de recolección en el cono Sur de América*, editado por C. Aschero, M. A. Korstanje y P. Vuoto, pp. 179-185. Instituto de Arqueología y Museo, Fcaultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

Marengo, C.
1954. *El antigal de Los Amarillos (Quebrada de Yacoraite, Provincia de Jujuy)*. Publicaciones del Instituto de Arqueología II, Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Márquez Miranda, F.
1946. Los diaguitas. *Revista del Museo de la Plata* 3:5-300.

1967. Panorama de los estudios arqueológicos en la República Argentina. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre* Vol. X, Partes 1-2: 52-67. Buenos Aires.

Márquez Miranda, F. y E. M. Cigliano
1957. Ensayo de una clasificación tipológico-cronológica de la cerámica santamariana. *Notas del Museo de La Plata*, T. XIX, Antropología 68:1-27.

Martel, A. y C. Aschero
2007. Pastores en acción: imposición iconográfica vs. autonomía temática. En: *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*, compilado por A. E. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. H. Mercolli, pp. 329-349. Editorial Brujas, Córdoba.

Martínez, J. L.
1990. Interetnicidad y complementariedad en el altiplano meridional. El caso atacameño. *Andes* 1: 11-30. CEPIHA, Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, Salta.

Martínez, M. R. y M. L. Pochettino
2004. Análisis de los recursos terapéuticos utilizados en el valle Calchaquí: las mujeres dicen acerca de dolencias y "remedios". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* N° 29: 163-182.

Mata de López, S.
1990. Estructura agraria. La propiedad de la tierra en el valle de Lerma, valle Calchaquí y la frontera este (1750-1800). *Andes* N° 1: 47-88. CEPIHA, Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, Salta.

1991. Comercio regional. Salta a comienzos del siglo XIX. *Andes* N° 4: 143-168. CEPIHA, Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, Salta.

1998. Población y producción a fines de la colonia. El caso de Salta en el Noroeste Argentino en la segunda mitad del siglo XVIII. *Andes* N° 9: 143-169. CEPIHA, Centro Promocional de Investigaciones en Historia y Antropología, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, Salta.

Matera, S.
2008. Ochenta años después: una revisión de las prácticas mortuorias en el valle de Caspinchango, Catamarca. En: *Estudios arqueológicos en Yocavil*. M. Tarragó y L. González editores, pp. 227-276. Asociación Amigos del Museo Etnográfico, Buenos Aires.

Mauss, M.
1925. *The Gift. The form and reason for exchange in archaic societies*. Routledge, London.

McCormac, F. G., Hogg, A. G., Blackwell, P. G. , Buck, C. E., Higham, T. F. G. y P. J. Reimer
2004. SHCal04 Southern Hemisphere Calibration 0-11.0 cal kyr BP. *Radiocarbon* 46, 1087-1092.

Mendonça, O.; Bordach, M.; Albeck, M.E. y M. Ruiz
1997. Collares de vidrio y ollas de barro. Comportamiento ante la muerte en el Tilcara Hispanoindígena Inicial (Jujuy, Argentina). *Cuadernos FHyCS-UNJu* 9: 175-202. San Salvador de Jujuy.

Menéndez Sevillano, M. C. y M. Ferreira
2008. *El poroto andino en el Noroeste Argentino*. Banco de Germoplasma del NOA, INTA, EEA, Salta. http://www.inta.gov.ar/region/noa/prorenoa/SSD_QH/archivs/Poroto-andino.pdf.

Menéndez Sevillano, M. C., García Medina, S. y M. L. Maggio
2003. Los recursos genéticos del poroto. Obtención de variedades mejoradas. *Revista IDIA* XXI, N° 4: 121-124.

Menéndez Sevillano, M. C., Palacios, R., Zallocchi, E. M. y M. M. Brizuela
1998. Phaseolus vulgaris L. (Fabaceae): Estudio de poblaciones silvestres argentinas. *Agrociencia* Vol. 32, N° 2: 131-138.

Miller, D.
1985. *Artefact as Categories*. Cambridge University Press Cambridge.

1998. Why some things matter. En: *Material Cultures: Why Some Things Matter*, editado por D. Miller, pp. 3-21. University of Chicago Press, Chicago.

Montel, G.
1926. An archaeological collection from the rio Loa valley, Atacama. *Oslo Etnografiske Museum Skrifter*, Bind 5, Hefte 1: 1-46. Oslo.

Montenegro, M.
2002. Análisis preliminar de las tabletas para inhalación de sustancias psicoactivas de la Provincia de Jujuy. Argentina. *Pacarina, Revista de Arqueología y Etnografía Americana* II (2): 103-109.

Montenegro, M. y M. Ruíz.
2007. Tránsito y paisaje en la puna de Jujuy durante los Desarrollos Regionales: una aproximación iconográfica. *Cuadernos FHyCS-UNJu* 32: 167-185. San Salvador de Jujuy.

Morales, J. M., Sirombra, M. y A. D. Brown.
1995. Riqueza de árboles de las Yungas argentinas. En: *Investigación, Conservación y Desarrollo en Selvas Subtropicales de Montaña*, editado por A. D. Brown y H. R. Grau, pp. 163-174. Proyecto de Desarrollo Agroforestal / L.I.E.Y.

Mostny, G.
1952. Una tumba de Chiuchiu. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* XXVI (1): 1-55.

Mulvany. E.
1995. La localidad arqueológica de Chivilme, Dpto. Chicoana, Salta. *Cuadernos FHyCS-UNJu* 5: 105-125. San Salvador de Jujuy.

1999. Problemática de la ocupación inkaica en la región de Lerma. En: *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina,* Tomo I, pp. 252-261. FCNyM, UNLP.

Mulvany, E., Mamani, E. M., Viveros, F. y M. Ilari
2007. Estilos incaicos del Horizonte Tardío en la región de Lema. En: *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Revista Pacarina* N° Especial 1, pp. 499-505. UNJU. S.S. de Jujuy.

Munizaga, C.
1957. Descripción y análisis de la cerámica y otros artefactos de los valles de Lliuta, Azapa y Vitor. En: *Arqueología Chilena, Contribución al estudio de la región comprendida entre Arica y La Serena*, editado por R. P. Schaedel, pp. 45-58. Universidad de chile, Santiago.

MUNSELL SOIL COLOR CHARTS
1975. *Munsell Color Macbeth A Division Of Kollmorgen Corporation*. Baltimore, Maryland.

Murra, J.
1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
1976. Los límites y limitaciones del "archipiélago vertical", en los Andes. En: *Homenaje al R.P. Gustavo Le Paige*, editado por H. Neimeyer, pp. 141-218. Universidad del Norte, Santiago.

1978. *La organización económica del Estado Inca.* Editorial Siglo XXI. Buenos Aires.

1983 [1956]. *La organización económica del Estado Inca,* Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.

2002. *El mundo andino: población, medio ambiente y economía.* Fondo Editorial PUCP.

MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO
1991. *Diaguita. Pueblos del Norte Verde*. Segunda Edición. Santiago de Chile.

1994. *Los Sueños del jaguar. Imágenes de la puna y la selva argentina*. Berenguer Rodríguez, J. (Ed.). Santiago de Chile.

MUSEO DE ARTE HISPANOAMERICANO I. FERNANDEZ BLANCO
2006. *Tesoros Precolombinos del Noroeste Argentino*, editado y compilado por M. Goretti, Fundación CEPPA, Buenos Aires.

Nastri, J.
1999. El estilo cerámico santamariano de los Andes del Sur (siglos XI a XVI). *Baessler-Archiv, Neue Folge* Band 47: 361-396. Berlin.

2008. La figura de las largas cejas de la iconografía santamariana. Chamanismo, Sacrificio y Cosmovisión Calchaquí. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 13 (1): 9-34, Santiago de Chile.

Nielsen, A.

1997. *Tiempo y cultura material en la Quebrada de Humahuaca 700-1650 d.c.* Instituto Interdisciplinario Tilcara, UBA.

1997-98 Tráfico de caravanas en el Sur de Bolivia: Observaciones etnográficas e implicancias arqueológicas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXII-XXIII: 139-178. Buenos Aires.

2001. Evolución social en Quebrada de Humahuaca (AD 700-1536). En: *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberian y A. Nielsen, Tomo I, pp. 171-264. Editorial Brujas, Córdoba.

2003. Por las rutas del Zenta: evidencias directas de tráfico prehispánico entre Humahuaca y las Yungas. En: *La Mitad Verde del Mundo Andino: Estado Actual de las Investigaciones Arqueológicas en la Vertiente Oriental de los Andes y Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*, editado por G. Ortiz y B. Ventura, pp. 261-283. Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.

2006a. Estudios intermodales e interacción interregional en los Andes circumpuneños: teoría, método y ejemplo de aplicación. En: *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*, editado por H. Lechtman, pp. 29-62. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

2006b. Plazas para los antepasados: Descentralización y poder corporativo en las formaciones políticas preincaicas de los Andes circumpuneños. *Estudios Atacameños* 31: 63-89. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

2007. Bajo el hechizo de los emblemas: políticas corporativas y tráfico interregional en los andes circumpuneños. En: *Producción y Circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*, compilado por A. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. H. Mercolli, pp. 393-411. Editorial Brujas, Córdoba.

Niemeyer, H.
1994. Pasos cordilleranos y contactos entre los pueblos del Norte Chico de Chile y el Noroeste Argentino. En: *La Cordillera de Los Andes: Rutas de encuentros*, Museo Chileno de Arte Precolombino, pp. 23-37. Santiago.

Nuñez, L.
1963. Problemas en torno a la tableta de Rapé. Anales de la Universidad del Norte N° 2:149-168.

1996. Movilidad caravánica en el área centro sur andina: reflexiones y expectativas. En: *La integración surandina cinco siglos después*, compilado por J. Albó et al., pp. 43-61. Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las casa", Cuzco.

Nuñez, L. y Dillehay, T.
1995 [1978]. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e interacción económica*. Ensayo, Universidad del Norte, Chile.

Nuñez Regueiro, V. y M. Tarragó
1972. Evaluación de datos arqueológicos: ejemplos de aculturación. *Estudios de Arqueología* 1: 36-48. Cachi.

Núñez Regueiro, V. y M. Tartusi.
1999. La región del NOA durante el Período de Desarrollos Regionales. En: *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II, pp. 233-236. La Plata.

Odess, D.
1998. The Archaeology of Interaction: views from artifact style and material Exchange in Dorset society. *American Antiquity* 63 (3): 417-435.

Otonello, M. y A.M. Lorandi
1987. *Introducción a la Arqueología y Etnología*. Eudeba, Buenos Aires.

Outes, F. F.
1907. *Alfarerías del noroeste argentino*. Anales del Museo de La Plata, Tomo I, (segunda serie).

Oyarzún, A.
1929. Las calabazas pirograbadas de Calama. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo LXII, N° 66: 82-104. Santiago de Chile.

1931. Las tabletas y los tubos para preparar y aspirar la paricá en Atacama. *Revista Chilena de Historia y Geografía* LXVIII (72): 68-76.

Palma, J.

1997. Patrones de intercambio de la Quebrada de Humahuaca, Noroeste Argentino. *Estudios Atacameños* 14: 121-130. Universidad católica del Norte, San Pedro de Atacama.

1997-98. Ceremonialismo mortuorio y registro arqueológico: apuntes sobre complejidad social. R*elaciones. Sociedad Argentina de Antropología* XXII-XXIII: 179-202.

1998. *Curacas y Señores: una visión de la sociedad política prehispánica en la Quebrada de Humahuaca.* Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Palma, N.
1973. La población actual. En: *Tastil. Una ciudad preincaica argentina*, dirigido por E. Cigliano, Capítulo I. Ediciones Cabargon, Buenos Aires.

Palamarczuk, V. y Manasiewicz, M.
(2001). Tiempos antiguos: centralización y estandarización en la producción de la cerámica Famabalasto Negro Grabado. En: *Actas XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Rosario. En prensa.

Parker Pearson, M. y C. Richards
1994. *Architecture and Order.* Routledge, London.

Parodi, L. R.
1966. *La agricultura aborigen en la Argentina.* Eudeba, Buenos Aires.

Pärssinen, M. y A. Siiriäinen
1997. Inka-style ceramics and their chronological relationships to the inka expansión in the southern Lake Titicaca area (Bolivia). *Latin American Antiquity* 8 (3): 255-271.

Patiño Sánchez, T. M. y J. E. Villanueva Criales
2008. Prosiguen las excavaciones en la Ciudad de los Muertos. Temporada de campo 2008 en Wayllani/Kuntur Amaya. *Chachapuma, Revista de Arqueología Boliviana* 4: 31-43. La Paz.

Pauketat, T.
2000. The Tragedy of Commoners. En: *Agency in Archaeology*, editado por M-A. Dobres y J. Robb, pp. 113-129. Routledge, Londres & Nueva York.

Pearsall, D.
1989. *Paleoethnobotany. A Handbook of Procedures.* Academic Press, San Diego & London.

Pérez de Micou y E. Ancibor
1994. Manufactura cestera en sitios arqueológicos de Antofagasta de la Sierra, Catamarca. *Journal de la Société des Américanistes* 80: 207-216.

Pérez Gollán, J. A.
1973. Arqueología de las culturas agroalfareras de la Quebrada de Humahuaca (Provincia de Jujuy, República Argentina). *América Indígena* XXXIII: 667-679.

1986. Iconografía Religiosa Andina en el Noroeste Argentino. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* XV (3-4): 61-72.

1994. Los sueños del jaguar. Viaje a la región de la sabiduría y de los señores iluminados. En: Los *Sueños del jaguar. Imágenes de la puna y la selva argentina*, editado por J. Berenguer Rodríguez, pp. 15-17. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.

Pérez Gollán, J. A. e I. Gordillo
1993. Religión y Alucinógenos en el Antiguo Noroeste Argentino. *Ciencia Hoy* 4 (22): 50-63.

1994. Vilca/Uturuncu. Hacia una arqueología del uso de alucinógenos en las sociedades prehispánicas de los Andes del Sur. *Cucuilco* 1 (1): 99-140.

Pérez Gollán, J. y O. Heredia
1987-88. Hacia un replanteo de la cultura de La Aguada. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12: 161-178. Buenos Aires.

Perrota, E. y C. Podestá

1975. Arqueología de la quebrada de Shiquimil. En: *Actas I Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 405-422. Buenos Aires.

1978. Contribution to the San José and Santa María cultures, Northwest Argentina. En: *Advances in Andean Archeology*, editado por D. Browman, pp. 525-551. Mouton.

Phillips, K.
2002. Textual Strategies, Plastic Tactics. Reading Batman and Barbie. *Journal of Material Culture* 7(2):123-136.

Pimentel, G., Montt, I., Blanco, J. y A. Reyes.
2007. Infraestructura y prácticas de movilidad en una ruta que conectó el Altiplano Boliviano con San Pedro de Atacama (II Región, Chile). En: *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*, compilado por A. E. Nielsen, M. C. Rivolta, V. Seldes, M. M. Vázquez y P. H. Mercolli, pp. 351-382. Editorial Brujas, Córdoba.

Piñeiro, M.
1996. Análisis de variabilidad individual en la ejecución de elementos de diseño en la cerámica santamariana. En: *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina (13° parte), Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* Tomo XXV (1/4), pp. 357-365. San Rafael.

Piperno, D. R. y D. M. Pearsall
1998. The Phytogeography of Neotropical Crops and Their Putative wild Ancestors. En: *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics,* Capítulo 3, pp. 109-166. Academic Press, New York.

Plog, S.
1976. Measurement of Prehistoric Interaction between Communities. En: *Early Mesoamerican Village*, editado por K. Flannery, pp. 255-272. Academic Press, New York.

Podestá, C. y E. Perrota
1973. Relaciones entre culturas del Noroeste argentino. San José y Santa María. *Antiquitas* 17: 6-15, Buenos Aires.

Pol, R. G., Camín, S. R. y A. A. Astié
2006. Ecorregión del Monte. En: *Situación ambiental argentina 2005*, editado por Brown, A.; U. Martínez Ortiz; M. Acerbi y J. Corcuera, pp. 227–233. Fundación Vida Silvestre Argentina, Buenos Aires.

Pollard, G.
1983. Nuevos aportes a la prehistoria del valle Calchaquí, Noroeste Argentino. *Estudios de Arqueología* 3 y 4. Museo Arqueológico de Cachi, Cachi.

Pollard, M., C. Batt, B. Stern y S. M. M. Young
2007. *Analytical chemistry in archaeology*. Cambridge University Press. Cambridge, New York, Melbourne, Madrid, Cape Town, Singapore, São Paulo.

Portugal, M. 1957.
Arqueología de La Paz. En *Arqueología Boliviana (Primera Mesa Redonda),* dirigido por C. Ponce Sanginés, pp. 360-391. Biblioteca Paceña-Alcaldía Municipal, La Paz.

Potteiger, M. y J. Purinton
1998. *Landscape Narratives*. John Wiley and Sons, Inc, New York.

Preucel, R e I. Hodder
1996. The production of value. En: *Contemporary Archaeology in Theory*, editado por R. Preucel y I. Hodder, pp. 99-113, Cambridge University Press, Cambridge.

PRIMERA CONVENCIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA
1966. *Publicaciones*, Instituto de Antropología, F. F. y Humanidades, U. N. Córdoba, N. Serie N°1 (XXVI).

Raffino, R.
1972. Las sociedades agrícolas del Período Tardío en el Quebrada del Toro y aledaños. *Revista del Museo de La Plata*, N.S. Sección Antropología VII: 157-210. La Plata.

1977. Las aldeas del Formativo inferior en la Quebrada del Toro (Pcia. de Salta. Argentina). *Obra del Centenario del Museo de La Plata*, II, Antropología: 253-300.

1978. La ocupación inka en el NOA: Actualización y Perspectivas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* T. XII. Buenos Aires.

1981. *Los Inkas del Kollasuyu*. Ramos Americana Editora, La Plata.

1983. Arqueología y Etnohistoria de la Región Calchaquí. En: *Presencia hispánica en la Arqueología Argentina*, editado por E. Morresi y R. Gutierrez, pp. 817-861. Instituto de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Noreste, Chaco

1984. Excavaciones en El Churcal (Valle Calchaquí, República Argentina). *Revista del Museo de La Plata* 7, Antropología 59: 223-263. La Plata.

1988. *Poblaciones indígenas de la Argentina*. Editorial TEA, Buenos Aires.

1993. El dominio Inka en el Altiplano de Bolivia. En: *Inka: Arqueología, historia y urbanismo del Altiplano Andino*, editado por R. Raffino, pp 169-212. Corregidor, Buenos Aires.

Raffino, R.; Cigliano, E. y M. E. Manzur
1976. El Churcal: un modelo de urbanización tardía en el valle Calchaquí. En: *Actas y Memorias IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Primera* Parte) T.III (1/4): 33-43. San Rafael, Mendoza.

Raffino, R.; Raviña, G.; Baldini, L. y L. Iacona
1979-82. La expansión septentrional de la Cultura La Aguada en el N.O. Argentino. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 9: 7-35.

Raffino, R., Tonni E. P y A. L. Cione
1977. Recursos alimentarios y economía en la región de la Quebrada del Toro, Provincia de Salta, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* Vol. XI; N. S.: 9-30. Buenos Aires.

Ratto, N., Feely, A. y R. Plá.
2007. La producción alfarera en el Bolsón de Andalgalá (Departamento de Tinogasta, Catamarca) y su alcance extra-regional. En: *Cerámicas arqueológicas. Perspectivas arqueométricas para su análisis e interpretación*, editado por M. B. Cremonte y N. Ratto, pp.123-139. Universidad Nacional de Jujuy.

Raviña, M. G.; Fernández A. M.y A. Caparelli.
2007. La relación de las tarabitas, horquetas o ganchos de atalaje con el tráfico de bienes en momentos tardíos prehispánicos. *Estudios Atacameños* 33: 87-104. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

Reboratti, C.
2006. Ecorregiones Puna y Altos Andes. En: *La situación ambiental argentina 2005*, editado por Brown, A.; U. Martínez Ortiz; M. Acerbi y J. Corcuera, pp. 33-39. Fundación Vida Silvestre, Buenos Aires.

Reis, R. E., Kullander, S. O. y C. J. Ferraris, Jr.
2003. *Check List of the Freshwater Fishes of South and Central America*. EDIPUCRS, Porto Alegre, Brasil.

Renfrew, C. y P. Bahn
1993. ¿Qué Contactos Tenían? Comercio e Intercambio. En: *Arqueología, Teoría, Métodos y Prácticas*, pp. 321-353. Ediciones Akal S. A., Madrid.

Rivera, S. M.
1996. Tratamiento y diagnóstico del material leñoso de la cueva Epullán Grande (Provincia de Neuquén). Præhistoria N° 2: 283-290.

Rivera, S M. y V. M. Fernández
1997-98. Identificación del material leñoso y otros vestigios macrovegetales arqueológicos de la cueva Epullán Grande, provincia de Neuquén. Algunos aspectos metodológicos y culturales. *Paleoetnológica* 9: 33-48.

Rivolta M. C.
2005. *Cambio social en la Quebrada de Humahuaca (1100-1400 d.C.).* Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Rodríguez, L.
2004. Migraciones en los Andes Meridionales. El caso de los atacameños en Santa María durante la segunda mitad del siglo XVIII. *Revista Andina* Nº 39: 103-124. Cuzco, Perú.

Rodríguez, L. C. y H. M. Niemeyer
2000. Evidencias indirectas sobre el origen de la cochinilla, *Dactylopius coccus* (Hemiptera: Dactylopiidae). *Revista Chilena de Entomología* 27: 85-89.

Rodríguez, M. F.
1997. Sistemas de asentamiento y movilidad durante el Arcaico. Análisis de macrovestigios vegetales en sitios arqueológicos de la puna meridional argentina. *Estudios Atacameños* 14: 43-60. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

Rodríguez Orrego, L.
1975. *A site of Metallurgical Activity in Northwest Argentina*. Dumbarton Oaks Conference on Pre-Columbian Metallurgy of South America, pp. 203-207. Washington, DC.

Rostworowski, M.
1977. Pescadores, artesanos y mercaderes costeños en el Perú prehispánico. *Revista del Museo Nacional* XLI: 311-345.

Roth, I. y A. M. Giménez de Bolzón
1997. *Argentine Chaco forests. Dendrology, tree structure, and economic use. 2- The humid Chaco. Encyclopedia of Plant Anatomy*. Gerbruder Bomtraeger, Berlin Stuttgart.

Rowe, J. H.
1944. An introduction to the archaeology of Cuzco. *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology*, Vol. XXVII (2): 1-98. Harvard University.

1982. Inca policies and institutions relating to the cultural unification of the empire. En: *The Inka and Aztec States 1400-1800*, compilado por G. A. Collier, R. I. Rosaldo y J. D. Wirth, pp. 93-118. Academic Press, New York-London.

Ruiz Huidobro, O.
1960. Descripción geológica de la hoja 8e, Chicoana (provincia de Salta). *Dirección Nacional de Geología y Minería, Boletín 89*. Buenos Aires.

Rydén, S.
1944. *Contributions to the Archeology of the Rio Loa Region*. Erlanders Bocktryckeri Aktiebolag, Göteborg.

1947. *Archaeological Researches in the Highlands of Bolivia*. Erlanders Bocktryckeri Aktiebolag, Göteborg.

Sackett, J. R.
1985. Style and ethnicity in the Kalahari: a reply to Wiessner. *American Antiquity* 50:154-159.

Sagárnaga Meneses, J. A.
2008. Alianza y Ritualidad en Tiwanaku. Las vasijas pares de Pariti. *Chachapuma, Revista de Arqueología Boliviana* 4: 31-43. La Paz.

Saitta, D. J.
1994. Agency, class and archaeological interpretation. *Journal of Anthropological Archaeology* 13.3: 201-227.

Salas, A. M.
1945. *El antigal de Ciénaga Grande (Quebrada de Purmamarca, Prov. de Jujuy)*. Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Serie A, V. Buenos Aires.

Salomon, F.
1985. The dynamic potential of the complementarity concept. En: *Andean ecology and civilization*, editado por S. Masuda; M. Shimada y C. Morris, 511-531. University of Tokio Press, Tokio.

1986. Vertical polities on the Inka frontier. En: *Anthropological History of Andean Polity*, editado por J. V. Murra, N. Wachtel y J. Revel, pp. 89-117. Cambridge University Press, Cambridge.

Santoni, M. y G. Torres

1995/6. Antiguos productos como base alimentaria de los campesinos actuales. Un problema cultural. *Andes* 7: 251-274. CEPIHA, Salta.

Santos Biloni, J.
1990. *Árboles autóctonos argentinos*. Tipográfica Editora Argentina, Buenos Aires.

Santos Gollán, J.
1958. Zoogeografía. En: La Argentina. Suma de geografía, dirigida por F. de Aparicio y H. A. Difrieri, Tomo III, pp. 211-359. Ediciones Peuser, Buenos Aires.

Scattolin, M. C. y M. Lazzari
1997. Tramando redes: Obsidianas al oeste del Aconquija. *Estudios Atacameños* 14: 189-209. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

Schiappacasse F., V.; Castro R., V. y H. Niemeyer.
1989. Los desarrollos regionales en el Norte Grande (1000 a 1400 d.C.). En: *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista,* editado por Hidalgo J., V. Shiappacasse F.; C. Aldunate Del S. e I. Solimano R., pp.181-220. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.

Schortman, E. y Urban, P.
1987. Modeling Interregional Interaction in Prehistory. *Advances in Archaeological Method and Theory,* Vol.11: 37-95.

SECRETARÍA DE MINERÍA Y RECURSOS ENERGÉTICOS.
2007. *Minería de Salta: Prospección, producción y exportaciones. Padrón de minas, canteras y cateos*. Ministerio de la Producción y el Empleo, Secretaría de Minería y Recursos Energéticos, Gobierno de la Provincia de Salta. Crisol, Salta.

Sempé, M. C.
1977. Las culturas agroalfareras prehispánicas del valle de Abaucán (Tinogasta-Catamraca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XI, N.S.: 55-68.

1999. La fase Punta Colorada-Guanchín en el valle de Abaucán. Actas XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Tomo II: 116-120. La Plata.

Senatore, M. X. y A. Zarankin
1999. Arqueología histórica y expansión capitalista. Prácticas cotidianas y grupos operarios en la Península Byers, Isla Livingston, Islas Shetland del Sur. En: *Sed Non Satiata: Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*, editado por A. Zarankin y F. A. Acuto, pp. 171-188. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.

Serrano, A.
1941. Los recipientes para paricá y su dispersión en América del Sud. *Revista Geográfica Americana* XV (91): 251-257.

1958: *Manual de Cerámica Indígena*. Editorial Assandri, Córdoba.

1963. *Líneas fundamentales de arqueología salteña*. Edición del autor, Salta.

Shanks, M. y C. Tilley.
1982. Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic mortuary practices. En: *Symbolic and Structural Archaeology*, editado por I. Hodder, pp. 129-154. Cambridge University Press, Cambridge.

1987. *Social Theory and Archaeology*. Polity Press, Cambridge.

1996 [1987]. *Re-Constructing Archaeology. Theory and Practice*. Second Edition. Routledge, London.

Sheppard, A.
1954. Ceramics for the archaeologist. *Carnegie Institution Publication* 609. Washington D.C.

Silliman, S.
2001. Agency, practical politics and the archaeology of culture contact. *Journal of Social Archaeology* Vol 1(2): 190–209.

Sommer, U.

2001. "Hear the Instruction of They Father, and Forsake not the Law of They Mother": Change and Persistence in European Early Neolithic. *Journal of Social Archaeology* 1 (2): 244-270.

Sprovieri, M.
1999. Procesos sociales de dominación y desigualdad: acceso y producción lítica en el Valle Calchaquí Norte En: *Libro de Resúmenes del XIII Congreso de Arqueología Argentina*, pp. 261. UNC, Córdoba.

2003. *Informe del análisis del material lítico de los sitios La Huerta y Campo Morado (Quebrada de Humahuaca). Campañas 2001 y 2002.* Ms.

2005. *Manejo de recursos y producción lítica en sociedades tardías del valle Calchaquí (Salta).* Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas, orientación Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Inédita.

2008. *Interacción en La Paya, valle Calchaquí, Salta entre los siglos IX y XVI. Una visión desde las tabletas y tubos del complejo alucinógeno.* Poster presentado en las VII Jornadas Expo Universidad-Comunidad, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

(2009a). La producción lítica en sociedades tardías del valle Calchaquí (Salta). *Mundo de Antes*, Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán. En prensa.

(2009b). Alucinaciones en circulación. Una mirada a la interacción surandina tardía desde las tabletas y tubos de La Paya (valle Calchaquí, Salta). *Anales del Instituto de Arqueología y Etnología* N° 63-64, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza. En Prensa.

(2010). La "Colección La Paya" un siglo después. *Arqueología* N° 16, Instituto de Arqueología, FFyL, UBA. En prensa.

Sprovieri, M. y L. Baldini.
2007. Aproximación a la producción lítica en sociedades tardías. El caso de Molinos I, valle Calchaquí central (Salta). *Intersecciones en Antropología* 8: 135-147.

Sprovieri, M. y M. Glascock
2007. Aproximación a la circulación de obsidiana en el valle Calchaquí salteño entre los siglos IX y XV. *XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Número Especial de Revista Pacarina*, Tomo III: 221-226. San Salvador de Jujuy.

Strube Erdman, L.
1963. *Vialidad Imperial de los Incas.* Serie Histórica N° XXXIII, Instituto de Estudios Americanistas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Stuiver, M., Reimer, P.J. y R. Reimer
2005. Calib Radiocarbon Calibration Program. http://calib.qub.ac.uk/calib.

SUBSECRETARÍA DE MINERÍA DE LA NACIÓN
1999. *Recursos Minerales de la República Argentina.* Anales N° 35, Instituto de Geología y Recursos Naturales, Servicio Geológico Minero Argentino. Buenos Aires.

Tarragó, M.
1968. Secuencias culturales de la etapa agroalfarera de San Pedro de Atacama (Chile). En: *Actas y Memorias del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas,* Tomo 2, pp.119-144. Buenos Aires (1966).

1970. Panorama arqueológico del sector septentrional del valle Calchaquí. Salta. En: *Actas y Trabajos del 1° Congreso Nacional de Arqueología Argentina, pp.* 221-233. Santa Fe.

1974. Aspectos ecológicos y poblamiento prehispánico en el valle Calchaquí, provincia de Salta, Argentina. *Revista del Instituto de Antropología* n° V: 195-216. Buenos Aires.

1976. Alfarería típica de San Pedro de Atacama. *Estudios Atacameños* 4: 37-73. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

1980a. Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del valle Calchaquí, Provincia de Salta, y el desarrollo agrícola posterior. *Estudios de Arqueología* 5: 29-53. Museo Arqueológico de Cachi.

1980b. El proceso de agriculturización en el Noroeste argentino, zona valliserrana. En: *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I, pp. 181-218. Universidad Nacional de San Juan, Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, San Juan.

1984a.La historia de los pueblos circunpuneños en relación con el Altiplano y los Andes Meridionales. *Estudios Atacameños* 7: 116-132. San Pedro de Atacama, Universidad del Norte.

1984b. El contacto Hispano-indígena: La provincia de Chicoana. *Runa* 14: 145-186.

1989. *Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con los otros pueblos púnenos, es especial, el sector septentrional del valle calchaquí.* Tesis Doctoral. Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

1994. Intercambio entre Atacama y el borde de Puna. En: *Taller De Costa a Selva: Producción e Intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes centro-sur*, pp. 199-213, Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Tilcara.

1995. Desarrollo Regional en Yocavil. Una estrategia de investigación. *Hombre y Desierto* 9:225-235. Antofagasta, Chile.

1996. El Formativo en el Noroeste argentino y el alto valle Calchaquí. En: *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, 11° parte, Revista del Museo de Historia de San Rafael* 23 (1/4):103-119. Mendoza.

2000. Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos. En: *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*, dirigido por M. Tarragó, pp. 258-300. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

2003. La arqueología de los valles calchaquíes en perspectiva histórica. *Anales Nueva Epoca "Local, Regional, Global: prehistoria, protohistoria e historia en los Valles Calchaquíes"* 6: 13-42. University of Göteborg, Sweden.

Tarragó, M., Carrara, M. y P. Díaz
1979. Exploraciones arqueológicas en el sitio SSalCac 14 (Tero), Valle Calchaquí. Jornadas de Arqueología del Noroeste Argentino. *Antiquitas* 2: 231-242.

Tarragó, M. y M. De Lorenzi
1976. Arqueología del valle Calchaquí. *Etnía* 23-24:1-35. Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce". Olavarría

Tarragó, M. y P. Díaz.
1972. Sitios arqueológicos del valle Calchaquí. *Estudios de Arqueología* 1: 49-61. Museo Arqueológico de Cachi, Cachi.

1977. Sitios arqueológicos del valle Calchaquí (II). *Estudios de Arqueología* 2: 63-71. Museo Arqueológico de Cachi, Cachi.

Tarragó, M. y L. González
2003. Los Graneros: un caso de almacenaje incaico en el Noroeste Argentino. *Runa* XXIV: 123-149.

Tarragó, M., González L. y J. Nastri
1997. Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana. *Estudios Atacameños* N° 14: 223- 242. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama

Tarragó, M., L. González y P. Peláez
1996. El consumo de alucinógenos en el Noroeste Prehispánico. Evidencias en contextos funerarios. En: *Actas de las Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata y Segundas Jornadas de Etnología* III, pp. 140-148.

Tarragó, M. y J. Nastri
1999. Dimensiones de la complejidad santamariana. En: *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo II, pp: 259-264. La Plata.

Tarragó M. y V. Núñez Regueiro
1972. Un diseño de investigación arqueológica para el valle Calchaquí: fase exploratoria. *Estudios de Arqueología* 1: 62-85. Museo Arqueológico de Cachi, Cachi.

Tarragó, M. y S. Renard
1999. Cerámica y cestería arqueológica del Valle de Yocavil, una aproximación a partir de sus improntas. En: *Libro de Resúmenes del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I, pp. 137-138. La Plata.

Tarragó, M. y M. C. Scattolin
1999. La problemática del Período Formativo en el valle de Santa María. En: *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tomo I, pp. 142-153. La Plata.

Tartusi M. y V. Núñez Regueiro

2003. Procesos de interacción entre poblaciones de los valles intermontanos del NOA y las de piedemonte. *Anales Nueva Epoca* "Local, Regional, Global: prehistoria, protohistoria e historia en los Valles Calchaquíes" 6: 43-62. University of Göteborg, Sweden.

Ten Kate, H.
1893. Rapport sommaire sur un excursión acheologique dan les Provinces de Catamarca, de Tucumán, et de Salta. *Revista del Museo de La Plata* 5: 329-348. La Plata.

Tilley, C.
1984. Ideology and legitimation of power in the Middle Neolithic of Southern Sweden. En: *Ideology, Power and Prehistory* editado por D. Miller y C. Tilley, pp. 114-116. Cambridge University Press, Cambridge.

1994. *A phenomenology of landscape. Places, paths and monuments*. Berg Publishers, Oxford.

Togo, J., Basualdo, M. A. y N Urtubey
1990. Aprovechamiento socioeconómico de la flora autóctona de Santiago del Estero (listado de especies y uso popular más frecuente). *Indoamérica*, Serie Científica, Año III, N° 3: 1-161. Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Santiago del Estero.

Torrella, S. y J. Adámoli
2006. Ecorregión Chaco Seco. En: *La situación ambiental argentina 2005*, editado por A. Brown, U. Martínez Ortiz; M. Acerbi y J. Corcuera, pp. 75-82. Fundación Vida Silvestre, Buenos Aires.

Torres, C. M.
1986. Tabletas para alucinógenos en Sudamérica: tipología, distribución y rutas de difusión. *Boletín del Museo de Arte Precolombino* 1: 37-53.

1987. The iconography of South American snuff trays and related paraphernalia. *Etnologiska Studier* 37: 1-135. Göteborg.

1998. Psychoactive substances in the archaeology of northern Chile and NW Argentina. A comparative review of the evidence. *Chungará* 30 (1): 49-63. Universidad de Tarapacá, Arica.

Tortorelli, L. A.
2009. *Maderas y bosques argentinos*. Orientación Gráfica Editora, Buenos Aires.

Toscano, J.
1898. *La Región Calchaquina. Páginas de Historia Pre y Postcolombiana y de Arqueología Calchaquina*. Imprenta La voz de la Iglesia. Buenos Aires.

Ulhe, M.
1913. Tabletas de madera de Chiuchiu. *Revista Chilena de Historia y Geografía* VIII: 3-7.

1915. Los tubos y tabletas de rapé en Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía* XVI: 114-136.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
1997. *Los señores del jaguar; Taller de capacitación en conservación y exhibición de colecciones arqueológicas y etnográficas*. Fundación Antorchas, Center for Museum Studies (Smithsonian Institution) y Museo Etnográfico (UBA). Buenos Aires

Uribe, M.
1997. La alfarería de Caspana en relación a la prehistoria tardía de la subárea circumpuneña. *Estudios Atacameños* N° 14: 243-262. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

2002. Sobre alfarería, cementerios, fases y procesos durante la prehistoria tardía del desierto de Atacama (800-1600 DC). *Estudios Atacameños* 22: 7-31. Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama.

Uribe, M., Alfaro, L. A. y C. Aguero Piwonka
2004. Arqueología de los Períodos Intermedio Tardío y Tardío de San Pedro de Atacama y su relación con la cuenca del río Loa. *Chungará* 36, Suplemento Especial 2: 943-956. Universidad de Tarapacá, Arica.

Valencia, R. y T. Chafatinos, R. Ibaguren, R. Menegatti, A. Ocaranza
1970. *Los suelos de los valles Calchaquíes, Provincia de Salta* (Primera parte. Estudio de campo.). Prov. de Salta. U.N.L.P.

Van Buren, M.
1996. Rethinking the vertical archipelago. Ethnicity, exchange and history in the South central Andes. *American Anthropologist* 98 (2): 338-351.

Vignati, M. A.
1933. El ajuar de una momia de Angualasto. *Notas preliminares del Museo de La Plata* II: 187-232.

Vilela, C.
1956. Descripción geológica de la hoja 7d, Rosario de Lerma (provincia de Salta). *Dirección Nacional de Geología y Minería, Boletín 84*. Buenos Aires.

Villagrán, C. y V. Castro
2003. *Ciencias indígena de Los Andes del Norte de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

Villegas, M. P.
2006. *Teledetección arqueológica en el valle Calchaquí medio (Salta, Argentina)*. Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas, orientación Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Inédita.

Vitry, C.
2000. *Aportes para el Estudio de Caminos Incaicos. Tramo Morohuasi Incahuasi. Salta-Argentina*. Editorial Gofica, Salta.

2004. Camino de los diaguitas y del inga en Escoipe. Intersecciones entre la historia y la arqueología. *Revista Escuela de Historia*, Año 3, Vol. 1, N° 3. Universidad Nacional de Salta, Salta.

2008. *El Nevado de Cachi*. Palloni Ediciones, Córdoba.

Von Rosen, E.
1924. *Popular Account or Archaeological Research during the Swedish Chaco-Cordillera Expedition 1901-1902*. C. E. Fritze Ltd., Stockholm.

Wagner, D. L.
1932. *La civilización chaco-santiagueña*. Conferencia del Sr. Duncan L. Wagner pronunciada en el Centro Naval de Buenos Aires el 23 de abril de 1923. Cía. Imp. Argentina, Buenos Aires.

Weber, R.
1978. A seriation of the late prehistoric Santa María culture of Northwestern Argentina. *Fieldiana Anthropology* 68: 49-98, Chicago.

1981. An analysis of Santa María urn painting and its cultural implications. *Fieldiana Anthropology*, New Series N° 2: 1-32. Chicago.

Weiner, A.
1994. Cultural Difference and the Density of Objects. *American Ethnologist* 21 (2): 391-403.

Wiessner, P.
1983. Style and social information in Kalahari San projectile points. *American Antiquity* 48 (2): 253-276.

Whitaker, T. W.
1948. Lagenaria: A Pre-Columbian Cultivated Plant in the Americas. *Southwestern Journal of Anthropology*, Vol. 4, N° 1: 49-68.

1983. Cucurbits in Andean Prehistory. *American Antiquity*, Vol. 48, N° 3: 576-585.

Williams, V
1983. Evidencia de actividad textil en el establecimiento incaico Potrero Chaquiago (Provincia de Catamarca). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 15: 49-59. Buenos Aires.

2004. Poder estatal y cultura material en el Kollasuyu. *Boletín de Arqueología PUCP* N° 8: 209-245. Pontificia Universidad Católica del Perú.

2008. Avances sobre estudios composicionales de cerámica del NOA. En: *Problemática de la arqueología contemporánea*, compilado por A. Austral y M. Tamagnini, pp. 177- 182. Universidad Nacional de Río Cuarto, Río Cuarto.

Williams, V. Y T. D'Altroy
1998. El sur del Tawantinsuyu: un dominio selectivamente intensivo. *Tawantinsuyu* 5: 170-178.

Williams, V., M. P. Villegas, M. S. Gheggi y M. G. Chaparro
2005. Hospitalidad e intercambio en los valles mesotermales del Noroeste argentino. *Boletín de Arqueología de la PUCP* 9: 335-373. Pontificia Universidad Católica del Perú.

Wobst, M.
1977. Stylistic Behavior and Information Exchange. *Anthropological Papers of the University of Michigan* 61: 317-342.

Wynveldt, F.
2007. La estructura de diseño decorativo en la cerámica Belén (Noroeste Argentino). Boletín Del Museo Chileno de Arte Precolombino Vol. 12, N° 2: 49-67. Santiago de Chile.

Yacobaccio, H.; Escola, P.; Lazzari, M. y F. Pereyra.
2002. Long-Distance Obsidian Traffic in Northwestern Argentina. En: *Geochemical Evidence for Long-Distance Exchange*, editado por M. Glascock, pp.167-203. Bergin and Garvey, Londres.

Yacobaccio, H.; Escola, P.; Pereyra, F.; Lazzari, M. y M. Glascock.
2004. Quest for ancient routes: obsidian sourcing research in Northwestern Argentina. *Journal of Archaeological Science* 31: 193-204

Zavaleta, M.
1906. *Catálogo de la Colección Calchaquí de Arqueología y Antropología de Manuel B. Zavaleta*. Imprenta y Librería Petenello Hnos., Buenos Aires.

Zuloaga, F. O. y O. Morrone (editores)
1999. *Catálogo de las Plantas Vasculares de la República Argentina II*. Missouri Botanical Garden Press, Missouri.

ÍNDICE DE FIGURAS INCLUIDAS EN EL TEXTO.

Capítulo 2
Figura 1: Perfil transversal esquemático de ambientes de la región andina (tomado de Museo de Arte Hispanoamericano 2006: 21). 4

Capítulo 4
Figura 2: Fotografía de la Puna. 30
Figura 3: Fotografía del valle Calchaquí. 31
Figura 4: Fotografía de las Yungas. 31
Figura 5: Fotografía de la Región Chaqueña. 33
Figura 6: Fotografía del valle Calchaquí. 34
Figura 7: Cuadro cronológico para la región valliserrana del NOA, la Quebrada de Humahuaca y la región Atacameña (modificado de Pérez Gollán 1994). 41
Figura 8: Secuencia de fases de las urnas santamarianas (tomado de Nastri 2008: fig. 5). 56
Figura 9: Secuencia de fases de los pucos santamarianos (tomado de Perrota y Podestá 1973). 57
Figura 10: Urnas santamarianas del valle Calchaquí. 58
Figura 11: Urna de sección elíptica del valle Calchaquí. 59
Figura 12: Pucos santamarianos del valle Calchaquí. 60
Figura 13: Vaso libatorio del valle Calchaquí. 61
Figura 14: Tableta y tubo para inhalación de alucinógenos del valle Calchaquí. 72
Figura 15: Cerámica Inka Imperial del valle Calchaquí. 74
Figura 16: Cerámica Inka Provincial del valle Calchaquí. 74
Figura 17: Cerámica Casa Morada Policromo. 75

Capítulo 7
Figura 18: Fotografía satelital con localización de La Paya. 123
Figura 19: Ejemplo de discrepancias entre las distintas fuentes de información. 134
Figura 20: Ejemplo de toma de decisiones a partir del cruce de información entre las distintas fuentes. 134
Figura 21: Ejemplo de reasignación de artefactos a una nueva categoría morfológico-funcional. 135
Figura 22: Secciones de estudio en maderas duras. 150

Capítulo 8
Figura 23: Pieza La Paya Dibujos Negros con iconografía santamariana. 164

ÍNDICE DE GRÁFICOS INCLUIDOS EN EL TEXTO.

Capítulo 8

Grafico 1: Representación de distintos tipos de alfarerías en la muestra analizada. 154
Gráfico 2: Representación de las variedades de la alfarería santamariana-calchaquí en la muestra analizada. 155
Gráfico 3: Representación de otras variedades de alfarería tardía en la muestra analizada. 157
Gráfico 4: Representación de variedades de la alfarería inkaica en la muestra analizada. 160
Gráfico 5: Representación de variedades de vasijas "foráneas" en la muestra analizada. 166
Gráfico 6: Representación de otros tipos de vasijas en la muestra analizada. .....
Gráfico 7: Plot bivariado de los elementos químicos Rubidio (Rb) versus Circonio (Zr) mostrando las grupos de fuentes para las 13 muestras analizadas. Las elipses de las fuentes están establecidas en un nivel de confianza del 90% aproximadamente. 192

LISTADO DE ABREVIATURAS UTILIZADAS.

AAN: Análisis por Activación Neutrónica

AC: Antes de Cristo

AMNH: American Museum of Natural History

AMS: Espectrometría de masa con aceleradores

AP: Antes del presente

Cat.: Catálogo

CLRd: Corte longitudinal radial

CLTg: Corte longitudinal tangencial

CM: Casa Morada

CMP: Casa Morada Polícromo

CT: Corte transversal

DC: Después de Cristo

E: Este

ECH: El Churcal

FCAyF: Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales

FFyL: Facultad de Filosofía y Letras

FNG: Famabalasto Negro Grabado

FRX: Fluorescencia de Rayos X

LP: La Paya

LPDN: La Paya Dibujos Negros

MAC: Museo Arqueológico "P. P. Díaz"

ME: Museo Etnográfico "J. B. Ambrosetti"

MEC: Museo "E. Casanova"

MLP: Museo de La Plata

MSNF: Museo di Storia Naturale di Firenze

N y R/Cr.: Negro y Rojo sobre Crema

N/Cr.: Negro sobre Crema

N/R: Negro sobre Rojo

N: Norte

NMAI: Smithsonian National Museum of the American Indian

NME: National Museum of Ethnology

NMNH: Smithsonian National Museum of Natural History

NOA: Noroeste argentino

O: Oeste

PDR: Período de Desarrollos Regionales

PI: Período Inka

Qda.: Quebrada de Humahuaca

R/B: Rojo sobre Blanco

s/d: Sin datos

S: Sur

SM: Sala de Molinos

SPA: San Pedro de Atacama

UBA: Universidad de Buenos Aires

UNLP: Universidad Nacional de La Plata

VC: valle Calchaquí

VCC: valle Calchaquí central

VCN: valle Calchaquí norte

VCS: valle Calchaquí sur

XCD: Xiloteca "Ing. Elvira Rodríguez" de la Cátedra de Dendrología